

Un romance real de ciencia ficción interestelar

DEIRID



CANCIÓN AL DUEÑO

CANCIÓN DE ALIEN

DEIRI DI

ÍNDICE

[Adelante](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Capítulo 54](#)

[Capítulo 55](#)

[Epílogo](#)

[Nota del autor](#)

[Zoo alienígena](#)

[¿Quieres más?](#)

[Sobre el autor](#)

ADELANTE

Este libro es independiente. Puede leerse antes o después del libro que lo acompaña, Alien Zoo. Sin embargo, te recomiendo que leas primero Alien Zoo, ya que ese libro se leerá de manera diferente después de leer este, pero no arruinará la historia de cualquier manera. Este libro se ha traducido utilizando tecnología. Si encuentras algún problema, envíame un correo electrónico a: di@deiridi.com y me encargaré de solucionarlo.

Para cualquier duda sobre contenidos, eche un vistazo a mi sitio web.

¡Únete a mi lista de correo para recibir relatos cortos picantes gratis!

SENTÍ QUE IBA A VOMITAR.

La brisa marina, cargada del hedor de las algas podridas que la marea había dejado al descubierto, no ayudaba a aliviar las náuseas. El ruido metálico del astillero se silenciaba con el latido de mi corazón en los oídos.

Ahí estaba su coche.

Se detuvo y se colocó cerca de la cafetería.

Me acerqué a ella mientras salía. El estómago me dio un vuelco cuando mis emociones blandieron una espátula contra mis entrañas.

Mi ex mejor amiga me dedicó una sonrisa tentativa, su pelo rubio se reflejaba en la luz del sol como siempre lo hacía, sus ojos cómicamente grandes se abrieron de par en par cuando le devolví la sonrisa. Me tendió los brazos, abiertos y acogedores.

Quería darle un puñetazo en su estúpida y bonita cara.

En vez de eso, la abracé.

Me hundí en el calor de su abrazo con un suspiro.

Era tan suave.

"Me alegro de que hayas podido venir". La verdad de esas palabras no anulaba las otras que ambos sabíamos que no decía. Era importante empezar suavemente. Empezar amablemente.

Para contener la oleada de emoción que espumaba dentro de mí como una tormenta.

Podríamos hacer el "por qué lo hiciste" y el "cómo pudiste" más tarde.

"Yo también", dijo Arnina mientras me apretaba y luego me soltaba.

Hubo una pausa incómoda, de esas que quedan en el aire cuando ambas personas quieren que la otra rompa un muro que costó mucho construir.

"Caminemos por la playa", dije y me di la vuelta para dirigirme hacia aquella marea desbocada.

Arnina me acompañó, pasando su brazo por el mío, como solíamos hacer, mientras pasábamos por encima de largos troncos de madera a la deriva que bordeaban las laderas arenosas, restos de la masiva explotación maderera que antaño había obstruido las aguas con los cadáveres de los barcos de vapor hundidos bajo el agua.

Mis pies se hundieron en la arena pegajosa y me desvié hacia una zona de aspecto más firme. No sabía cómo decir lo que tenía que decir.

La presión me subió al pecho y entonces las palabras se desataron como un volcán que brota de la superficie de la Tierra.

"Finalmente te liberaste, magnífico bi..."

"¡Lorelei!" Arnina me cortó mientras la lava golpeaba el océano, enfriando su precipitación.

"No es como si me tuviera en una jaula".

El sonido de las amoladoras de metal resonaba en el aire desde el astillero, más al interior, mientras las gaviotas les graznaban desde arriba.

Puse los ojos en blanco y me eché la trenza por encima del hombro. Luego le apreté el brazo.

"¿Estás tan segura de eso?" le pregunté, arqueando una ceja.

Arnina hizo un gesto de dolor, pero no contestó.

Ella lo sabía. Yo lo sabía. Ahora era el momento de decir por fin todas las cosas que quería decir sobre ese pedazo de basura al que llamaba ex novio. Ella no me dejaría decirlas antes.

Antes no escuchaba.

"En primer lugar, ese hombre no reconocería un acto de consideración desinteresada ni aunque Eleos, el dios griego de la misericordia, bajara y le diera una revelación; y en segundo lugar", dejé que las palabras se quedaran en el aire un momento, asegurándome de dar a mis elaboraciones la pausa performativa adecuada. "Dejó que sus amigos hablaran mal de ti, lo que significa que él hablaba mal de ti con ellos; y tercero, por fin te defendiste y rompiste con ese idiota con el que has estado perdiendo el tiempo durante tres años. A veces hay que ser bi..."

"No fue del todo malo". Me cortó de nuevo.

Así que seguía sin gustarle mucho maldecir.

Bueno, eso fue decepcionante.

Si queríamos reparar nuestra amistad, ella tendría que lidiar con las palabrotas. Al menos me debía eso. Aún así, no iba a intentarlo de nuevo en este momento. No era el momento de insistir.

Ahora era el momento de estar aquí para ella.

"Te rompió un plato en los pies porque no le lavaste los platos", señalé. "Tienes una cicatriz en el tobillo".

"¿Te conté lo de cuando intenté romper con él y me escondí en el baño?", preguntó ella, con el ceño fruncido en su rostro hermosamente redondeado.

"¿Y quitó las bisagras y arrancó toda la puerta para entrar?". Volví a apretarle el brazo. Eso había sido casi al principio de su relación, cuando aún me hablaba.

"Me llamó zorra cuando entró con el taladro en las manos", dijo en voz baja.

Hice una pausa, guardé silencio un momento.

Así que algunas palabras iban a ser más tiernas que otras. Debería haber adivinado que la insultaba y la insultaba a ella. Hizo casi todo lo demás.

"Era la zorra", murmuró.

"Claro que sí", asentí.

Había algo que brillaba sobre las suaves olas y me hizo llorar los ojos, así que aparté la mirada.

"¿Adónde nos dirigimos ahora?", preguntó.

Saqué mi teléfono.

Este viaje lo tenía casi todo planeado, ya que estaba muy emocionada cuando me llamó por primera vez en años, pero siempre había margen para hacer ajustes.

"¿Creo que se llama Vintage?" Revisé mi teléfono. "Parece que tendremos una gran vista de la puesta de sol sobre la bahía. Es el único otro bar de vinos con degustaciones a menos que queramos ingeniárnoslas para que nos lleven a uno fuera de la ciudad".

"¿Por qué no nos saltamos más vino y vamos a cenar? Hay un restaurante muy mono cerca del ferry, el de los búhos", preguntó.

"Eso tiene comida sana, ¿verdad?" le pregunté. Parte de este viaje era para reavivar nuestra amistad, pero se lo había vendido como una misión de sanar tu corazón viendo qué más hay por

ahí. "¿Buscas al tipo de hombre que piensa que la salud física es tan importante como la riqueza en lugar de encontrarlo en un bar?".

"En la próxima relación en la que me meta, el tipo tendrá que matar un dragón o algo así". Me sonrió y negó con la cabeza. "Pero eso no es realista. Al menos debería tener unos estándares normales".

"Podrías hacerle un combate de lucha libre profesional con un hombre disfrazado de T-Rex", le respondí sonriendo. "El listón está por los suelos cuando se trata de normas normales, Neen. Está bien que tengan que superar algunos obstáculos. Incluso mejor si tienen que ver con dinosaurios".

Fue bueno verla sonreír de nuevo.

Fruunció el ceño y miró hacia el agua, entrecerrando los ojos. Giré la cabeza para mirar en la misma dirección. Era el mismo brillo que había visto antes, pero ahora podía ver que no era sólo un truco de la luz sobre el agua. Parecía una mancha gigante con un campo de camuflaje klingon.

"¿Qué es eso?" pregunté.

"No sé...", se interrumpieron sus palabras y volví a mirarla.

Tenía la cara completamente desencajada.

"¿Arnina?" Pregunté, agitando mi mano delante de su cara. "Yo chica, ¿estás bien?"

Ella no respondió.

Volví a mirar hacia el océano.

Esa gran mancha brillante era mucho más grande.

Un destello de miedo primitivo me recorrió.

Una cosa que había aprendido en los dos últimos años era que el miedo era un don. Era una herramienta. Era una parte de mi cerebro al servicio de mi mayor supervivencia. Cuando lo sentía, ya fuera en los pequeños rastros de ansiedad o en la enorme oleada repentina, era absolutamente esencial que prestara atención a lo que intentaba decirme.

Ahora, me decía que corriera.

"Neen, tenemos que irnos". Tiré del brazo de Arnina, pero ella no se movió. "Neen, despierta. Tenemos que irnos."

Ella no se movería.

Le solté el brazo.

No iba a ceder.

Podría correr.

Podía dejarla allí ante lo que fuera que la tenía atrapada como un pez hipnotizado por el brillo de un rape, un ciervo mirando fijamente a los faros de su perdición. Podía dejarla allí y huir. De todos modos, había abandonado nuestra amistad. No me había hablado en los últimos dos años porque no me creía, no creía en mí. Que finalmente rompiera con ese pedazo de basura que se había prendido de ella no significaba que eso arreglara nada.

No le debía una mierda.

Ella me abandonó primero.

El miedo rugía dentro de mi pecho, instándome a huir.

Me alejé un paso de ella.

Me sentí mal.

"¡Palitos de pescado!" Maldije

El miedo decía corre, pero mi corazón decía quédate.

Me acerqué a ella de un salto y apoyé la espalda contra la suya. Entrelacé mis brazos con los suyos, que no respondían, me agaché un poco para poner mi trasero debajo del suyo y luego me

incliné hacia delante, moví un poco el trasero y estiré las piernas, levantándola del suelo y poniéndola a mi espalda. Se dejó caer en el suelo como una gelatina marina.

"Uuugh, chica, eres tan afortunada de tenerme en tu vida", gruñí mientras forcejeaba por la arena mojada.

Entonces, mi siguiente paso se hundió en un parche de arenas movedizas hasta la rodilla.

"FU-"

Mi estómago cayó como la caída de una montaña rusa mientras mi cuerpo era arrastrado de repente en una dirección: hacia arriba.

El mundo giraba a mi alrededor mientras yo me agitaba en el aire, perdiendo el control sobre mi amigo.

La alcancé, pero mis dedos se cerraron en el aire en vez de en su brazo.

"¡Vuelve aquí!" Grité mientras intentaba nadar por el aire como una sirena en una red.

Volví a girar, sin saber qué dirección era hacia arriba o hacia abajo. Entonces vi que el suelo retrocedía rápidamente y que una de mis hermosas botas hasta la rodilla se clavaba en la arena.

"¡Noooooooo!" Grité, con la voz cruda en la garganta mientras lo alcanzaba.

Esas botas me costaron trescientos dólares.

Algo gris me envolvió, presionándome. Intenté empujarlo. No conseguí impactar contra el material duro y plástico. Me envolvió el cuerpo, empezando por la espalda y envolviéndome las piernas. Su brillo suave y sobrenatural ondulaba a mi alrededor, desplazándose a medida que me deslizaba hacia arriba. ¿O era hacia abajo? No sabía en qué dirección.

Mi cara se apretó contra algo blando. Miré hacia arriba. Arnina estaba encima de mí en el tubo. Su pie se clavaba en mi hombro, su pantorrilla en mi mejilla.

El tubo volvió a ondularse y nos desplazamos aún más, deslizándonos hacia el vientre de la bestia.

Ha habido muchos momentos en la vida en los que he rechinado los dientes y he enterrado el miedo, en los que he sabido que lo único que podía hacer era ser valiente y seguir adelante, seguir adelante y todas esas cosas buenas. Sin embargo, este no era uno de esos momentos.

Fue un momento de terror puro y duro.

Me estaban tragando.

Grité.

La garganta volvió a ondularse. Luego me soltó, liberándome en el espacio vacío, y de repente estaba cayendo; no, estaba flotando hasta que me posé suavemente sobre una superficie dura.

No paré de gritar.

Algo me agarró del brazo y sentí un fuerte pellizco.

Giré la cabeza hacia la sensación, sólo para encontrarme con un maldito alienígena que sujetaba algo con sus garras y lo apretaba contra mi brazo. La criatura tenía escamas o era correosa, sin rastro de pelo en ninguna parte. Con dos ojos y un cuerpo bípedo de aspecto masculino, parecía un lagarto gigante andante vestido con un leotardo beige ajustado.

Un reptalien.

Di un fuerte golpe con el brazo libre y abofeteé a ese cabrón.

Lo soltó, dando un paso atrás para sostener su rostro alargado.

Yo seguía gritando, por supuesto, pero ahora no era la única que hacía ruido.

El alienígena lagarto chillaba, un sonido agudo y chirriante que me dolía en los oídos y, de repente, había más de ellos en la habitación, todos gritando o siseando. Había un montón de ruidos raros que no entendía.

Vi a Arnina en la otra mesa.

Estaba desmayada, inmóvil y tumbada como una buena abducida.

Me arrojé de la mesa para alejarme del grupo de reptaliens monstruosos, rodando por el otro lado y cayendo al suelo. Uno de ellos se interpuso entre la puerta y yo, abriendo los brazos mientras me siseaba.

Solté otro grito salvaje antes de respirar hondo y mirar a mi alrededor, intentando comprender dónde estaba. Bueno, entender no. Estaba claro que me habían abducido los alienígenas y estaba en su nave espacial.

Una superficie redonda a media altura de la pared estaba cerrada herméticamente como un esfínter. El suelo pálido, rojizo y violáceo se aplastaba bajo mi único pie descalzo, lleno de baches como el cuero cubierto de verrugas, a juego con el centro de las paredes y la puerta abierta, que de pronto se cerró por todos lados para revelar que también era un esfínter carnoso de aspecto desafortunado.

Excepto las mesas

Las hileras de mesas pegadas a las paredes eran metálicas y completamente diferentes de toda la estructura de la sala. Había otras piezas de equipo alrededor de la sala que parecían orgánicas, como si se hubieran formado a partir de ingeniería biológica en lugar de fundición y soldadura. Sin embargo, no podía estar seguro de cómo habían fabricado los muebles. Al fin y al cabo, era mi primera abducción alienígena.

El equipo podría haber sido de uso médico, aunque no podía estar seguro porque parte de él tenía ese aspecto metálico de la era espacial, y el resto parecía una creación de terror encontrada en una mazmorra de tortura de una especie que utilizaba la ingeniería genética para fabricar incluso las herramientas más básicas. Había pantallas y luces, yuxtapuestas a tubos que goteaban y burbujas pulsantes que, por lo que yo sabía, podían ser botones.

Nada me resultaba familiar. No tenía forma de saber realmente para qué servía todo aquello, pero sin duda podía adivinar que todo aquello no era nada bueno.

Levanté las palmas de las manos, ya sin mi única salida posible, y respiré hondo para calmarme.

"Escucha, friki deakies, creo que tienes que llevarme ante tu líder", le dije.

Los brazos me envolvieron por la espalda.

Chillé de nuevo, mis piernas pataleando para atrapar una de las espinillas del tipo lagarto que me recogió. Por desgracia, había utilizado mi pie descalzo en lugar del protegido por un sólido par de carísimas botas de senderismo. El dolor me recorrió el pie al oír un pequeño chasquido.

Otro reptaliano se adelantó y me agarró por los tobillos, mientras un tercero me agarraba por las muñecas. El primero que me sujetaba por la cintura me soltó sin miramientos, y quedé colgando entre los dos alienígenas como un cerdo asado en el asador.

"¡Suéltame!" Grité, agitándome con toda la eficacia de un niño pequeño.

Los dos alienígenas me llevaron hacia la pared cinchada, que rápidamente se abrió en forma de puerta con un golpe húmedo y nauseabundo. Me llevaron a través de ella y bajaron por una rampa. Seguí luchando a pesar del creciente dolor en el pie. Lo único que veía eran piernas, caras y techos, y mira por dónde, también tenían cola.

Una cola escamosa se balanceó frente a mí cuando el lagarto que me sujetaba los tobillos los soltó y se volvió para hacer algo.

Luego me pusieron de pie y me empujaron contra una especie de contenedor duro y vertical. A medida que me empujaban dentro, los bordes se elevaban a mi alrededor.

Frente a mí había otro de los contenedores.

Era metálico y liso, destacando de las paredes carnosas con esa extraña yuxtaposición de tecnología metálica contra estructura biológica. Unas venas gruesas y palpitantes salían de las paredes hacia una gran caja. Tubos metálicos salían de la caja y entraban en la parte trasera de la cápsula. Tenía paredes plateadas y una forma ovalada alargada, pero la puerta era de cristal translúcido.

Con un sobresalto, me di cuenta de que acababan de meterme exactamente en lo mismo.

Cerraron la puerta translúcida delante de mí, atrapándome dentro.

"¿Qué os pasa?" Grité mientras me inclinaba hacia adelante para empujar contra el cristal.
"Cobardes de mierda, pedazos de..."

Tosí, luchando por respirar mientras el aire se volvía opaco a mi alrededor.

"Cabrones", resollé antes de desmayarme.

TOSÍA SOBRE LAS MANOS Y LAS RODILLAS. UN CHARCO VISCOSO SE EXTENDÍA DEBAJO DE MÍ. ME agité y me di cuenta de que estaba vomitando y de que algo salía de mí.

Tenía frío.

Entonces sentí un fuerte pellizco en el culo.

Grité y me tambaleé hacia delante, resbalando por un suelo de metal rallado y haciéndome pequeños cortes en las palmas de las manos y las rodillas. Me revolví en el fango y vi a Arnina boca abajo en el suelo junto a mí.

Uno de esos reptaliens estaba de pie sobre mí. Llevaba un atuendo completamente distinto al de los anteriores. Este llevaba una larga túnica enroscada, como cintas en un palo de mayo envuelto. Estaba mirando un pequeño dispositivo en su mano.

Sentí la desagradable sensación de algo que se deslizaba por mi piel. Miré hacia el otro lado y vi a otro de esos lagartos imbéciles sujetando algo que se parecía vagamente a mi camisa, si mi camisa hubiera pasado cien años empapada en jugo de escabeche.

Me puse en pie y el suelo metálico se clavó en una de las suaves almohadillas de mis pies, apenas suavizada por el calcetín que llevaba al descubierto. Miré hacia abajo. Aún llevaba puesta una bota, pero mi pie se aplastaba dentro de ella como si estuviera relleno de gelatina. El exterior de la bota goteaba el mismo líquido rosa salmón que resbalaba por mi piel.

El alienígena que sujetaba los restos empapados de mi camiseta volvió a alcanzarme. Intenté apartarme. Sentí que todo mi cuerpo se había dormido. Sentí punzadas en los músculos que no respondían como yo esperaba. Lo siguiente que supe fue que el alienígena estaba sujetando jirones de tela vaquera.

Mis pantalones.

Estaba desnuda.

Eso apestaba, pero daba igual. Ya había estado en público con poco más que mi traje de cumpleaños. Lo que más me molestó en esta situación fue que no decidí enseñar mis partes.

Retrocedí un paso cuando el alienígena se acercó a mí. Miré a mi alrededor, buscando la puerta. La sala en la que me encontraba había cambiado radicalmente. Había largas filas de cápsulas a las que me habían empujado, pero en lugar de estar enganchada a paredes fangosas y de aspecto biológico, la sala era ahora elegante y estéril. Las paredes parecían de hormigón y el suelo tenía rejillas metálicas. Un líquido viscoso goteaba de mí, cayendo por los espacios vacíos entre el metal. Seguí dando pasos hacia atrás, alejándome del reptalien.

Miré más allá del reptalien para ver a otro de ellos sosteniendo una manguera y golpeando con ella a una Arnina muy desnuda mientras tosía y se ahogaba en el suelo.

Miré detrás de mí y vi un arco curvo abierto con luces brillantes en los bordes.

Volví a mirar a mi amigo.

El alienígena se movió hacia mí, siseando suavemente.

Esta vez, no me volví.

Este era ahora el punto para salvarme, y ayudarla después de tener más que una bota podrida puesta.

Me di la vuelta para salir corriendo por la puerta. Por desgracia para mí, el suelo fuera de la gran sala seguía siendo de metal, pero ahora era liso y liso, perfectamente resbaladizo para mi pie pringoso.

Caí con una bofetada dura y húmeda de carne desnuda contra la superficie metálica. Intenté poner las manos debajo de mí y por un momento se deslizaron.

Uno de los alienígenas entró por la puerta y me alcanzó.

Pisó el charco y también resbaló.

Ahora ambos estábamos en el suelo. Conseguí apartarme un poco y me puse en pie tambaleándome, manteniendo el equilibrio a pesar de que resbalaban por todas partes como si estuviera sobre hielo.

Resbalé y me deslicé por el pasillo central, atravesé otra puerta y me estrellé contra la espalda de uno de los alienígenas lagartos. Mientras avanzaba a trompicones, me encontré cara a cara con una gran pantalla llena de la imagen de alguien totalmente diferente.

Sus ojos se abrieron de par en par mientras me miraba fijamente.

Por un momento me perdí en las motas de verde bosque de su mirada. Sentí una sacudida en el corazón, el reconocimiento de otra alma, en algún lugar del espacio o del tiempo, que me veía. Sus ojos no tenían la frialdad de mis captores. Sus ojos tenían el conocimiento de que yo era otra persona que merecía ser tratada con respeto por mi humanidad.

Esos pensamientos pasaron por mi mente, pero poco después les siguió una oleada de dudas.

¿Cómo podría respetar mi humanidad?

Era un extraterrestre.

Uno que parecía un elfo con rasgos felinos.

Tenía una espesa melena de pelaje tan negro que desequilibraba el contraste de los colores a su alrededor. Le caía en cascada desde la cabeza hasta la nuca, fundiéndose en un pelaje más corto y suave que le recorría los hombros. Una túnica ornamentada le cubría los hombros, y la tela que cubría su pecho se tensaba lo suficiente como para mostrar la extrema definición de sus músculos. Me miró con ojos esmeralda e inclinó la cabeza hacia un lado; una de sus largas y puntiagudas orejas de elfo felino se movió hacia atrás, con un pequeño mechón de pelo en la punta que alargaba el movimiento.

Era impresionantemente guapo.

Su belleza era tan impresionante que me daba rabia ver su cara en una pantalla.

¿Por qué no podía haberme recogido de la playa este macho de aspecto devastador en lugar de estos imbéciles lagartos?

Una mano áspera me rodeó el bíceps.

Giré sobre mí mismo y me abalancé con fuerza para intentar golpear a la criatura que me había agarrado. El movimiento brusco me hizo resbalar y caí de bruces, chocando contra las extremidades del alienígena que me tenía.

Entonces varios de ellos se me echaron encima, me agarraron con las manos mientras yo forcejeaba y gritaba. Uno de ellos se echó encima de mí, clavándome las piernas en el suelo y presionándome dolorosamente la rodilla.

Un hermoso sonido flotó a través de la pantalla.

Se superpuso a una serie de silbidos y otros ruidos que sonaban más como los alienígenas lagartos que estaban forcejeando conmigo.

Entonces, de repente, me soltaron.

Me resbalé y volví a ponerme en pie, mirando a la pareja de alienígenas que ahora estaban de pie, separados a una buena distancia de mí. El atractivo hombre de la pantalla de vídeo volvió a cantar y, al mirarle, le vi contonearse como si fuera un bailarín de cabaret en un número espectacular.

Estaba haciendo toda una rutina de baile.

No sabía lo que esperaba, pero no era eso.

Los siseos, chasquidos y otros sonidos se repitieron tras su número de canto y baile, superponiéndose ligeramente de nuevo. Uno de los reptalienses respondió.

Estaban conversando.

¿Esos tipos me dejaron ir porque él les dijo que lo hicieran?

El alienígena aspirante a Inuyasha que aparecía en la pantalla hizo varios gestos con las manos, parecidos a los del jazz, y de la pantalla también salieron varios siseos.

Repetí el gesto.

Sus ojos volvieron a mí, y lo hice de nuevo.

Sus orejas se movieron hacia atrás, aplastándose contra su cráneo.

Cantó algo más, sus ojos sosteniendo los míos mientras ardían con una promesa tácita que no entendí, y entonces la pantalla se volvió negra.

Me volví hacia el alienígena que tenía más cerca y apoyé las manos en las caderas.

"Supongo que ahora tienen que tratarme con..." empecé.

El alienígena cerró la mano en un puño y la giró hacia mi cara.

El dolor me estalló en el pómulo y volví a caer al suelo, con los pies resbalándome de nuevo. Un pie me agarró por el costado, haciéndome caer el resto del camino, expulsando el aliento de mis pulmones, y enrosqué los antebrazos contra las sienes, con las manos cubriéndome la nuca.

Me llovían golpes.

Todo lo que sentí fue dolor hasta que no sentí nada.

DEJÉ LA TABLETA EN EL SUELO. ESTABA CLARO QUE LOS PAPELES HABÍAN SIDO FALSIFICADOS, Y no muy bien. Cualquier oficial medio entrenado se daría cuenta de que era algo que había que rechazar con extrema vehemencia. Por desgracia para ellos, yo no era un oficial.

"Tu papeleo parece estar en orden", dije, golpeando con los dedos en mi escritorio. "La venta se llevará a cabo".

El Izanbur siseaba suavemente, los tonos cambiantes de su lengua no eran tan agradables como los míos, pero se traducían bien a través de la interfaz de la pantalla.

"Excelente. Informaremos al zoo de que el envío..." El Izanbur se cortó y gritó de sorpresa. Se tambaleó hacia adelante cuando algo pequeño golpeó su espalda.

Cuando desapareció de la vista de mi pantalla, lo que la sustituyó fue una sorpresa total.

Era una de las criaturas descritas en la documentación. La documentación no era nada en comparación con verlo en el vídeo con mis propios ojos.

Me miró fijamente, con los ojos desorbitados, con lo que sería una frondosa melena de pelo rojizo pegada a la espalda, resbaladiza por lo que probablemente era una sustancia viscosa utilizada en una cámara de éxtasis. Más sustancia viscosa se deslizaba por su cuerpo, cubriendo las curvas de su piel desnuda.

Casi no tenía pelo. Entre las piernas tenía una espesa mata de pelo marrón y la parte inferior de las piernas estaba cubierta por una pequeña capa de pelusa.

Al menos una de ellas. Su otra pantorrilla estaba completamente cubierta de lo que parecía cuero podrido.

Tenía dos montículos mamarios completos en lo alto del pecho, en lugar de varios planos repartidos por el vientre, que resultaban sorprendentes de ver, pero los papeles indicaban que su especie, los hoomons, tenían montículos redondeados aunque nunca hubieran parido crías.

Se le hinchó el pecho mientras me miraba fijamente.

Sentí algo que no había sentido en mucho tiempo: un cálido pulso en la ingle, la llamarada de la atracción sexual.

Respiré hondo, mi reacción física se apoderó de mi conciencia, chocando contra la realidad de lo que ella ya era para mí.

Un peón menor en un juego sobre el que no tenía control.

Un Izanbur entró en la habitación tras ella y la agarró por el brazo. Su rostro se contorsionó, sus labios se retrajeron y enseñó los dientes.

Otra oleada de lujuria se apoderó de mí.

Me sentí extrañamente atraído por este alienígena.

Era tan feroz.

Incluso estando en un lugar de total y completa vulnerabilidad, no se derrumbó: se defendió. Cuando perdieron el equilibrio y cayeron al suelo, más Izanburs entraron en la habitación. La rabia y una feroz actitud protectora se apoderaron de mí.

"¡Déjala ir inmediatamente!" Le grité.

El Izanbur que se agarraba a ella obedeció de inmediato mientras el resto se revolvía hacia atrás para alejarse de ella. Podían perder mucho dinero en esta venta si la bloqueaba y, por el estado de su nave, no iban a poder seguir funcionando sin la entrada de dinero.

"Inspector, éste es resistente a los sedantes", explicó uno de los Izanburs. "Una criatura salvaje no atiende a razones; hay que contenerla manualmente".

"No dañes el inventario", ordené.

"Él es sólo el oficial de regulación. No supervisa la entrega", siseó otro Izanbur.

"Encontrarás la manera de ser amable", gruñí.

"Suave", se hizo eco la pequeña hoomon con las manos.

"Nacerá en buenas condiciones", me tranquilizó el primer Izanbur.

"Suave", repitió el salmón.

"También inspeccionaré a los animales en el momento de la entrega", dije. "El pago completo esperará mi aprobación".

Miré fijamente a la pequeña alienígena, deseando que viera mi intención.

Iba a por ella.

No estaba sola.

Terminé la transmisión antes de que pudieran protestar por mi mentira. Luego me senté de nuevo en mi escritorio, frotándome el puente de la nariz con los dedos mientras cerraba los ojos.

No esperaba mi reacción ante ella.

Era... inusual.

Necesitaba verla en persona. No lo había planeado. Iba a limitarme a manipular las cosas desde la distancia, a colocar todas las piezas en su sitio. Pero había algo más que me llamaba. De todos modos, me ayudaría estar allí, así que un viajecito para supervisar mis maquinaciones no vendría nada mal. Tal vez después de que mi plan hubiera alcanzado su cúspide, podría tomarla para mí.

Hacía mucho tiempo que no estaba con nadie, y ella podía distraerme de la soledad.

Aunque había tenido muchas oportunidades de buscar otra pareja, no había querido hacerlo. Volver a poner a otra mujer en esa situación era cruel.

Para ser mi pareja, una mujer tendría que ser un tipo especial de feroz, y todas las mujeres que había conocido me habían deseado por las razones equivocadas. No quería a alguien que sólo me deseara por mi posición, poder y riqueza.

Es lo único que querían.

Una cosa para jugar podría ser la solución a mi problema.

Me invadió la preocupación.

Ahora no podía alcanzarla. Aunque quisiera arrebatársela a los Izanburs, no conocía su ubicación exacta en el espacio. Todo lo que sabía era que estaban lo suficientemente cerca como para llevar a los hoomons a Sebsitar Prima en unos pocos ciclos planetarios.

Me llevaría más tiempo llegar a la luna Sebsitar Prime.

Además, era ilógico poseerla.

Supondría un gran riesgo para mis planes.

Si iba en persona, podría vigilarla, asegurarme de que la trataban bien hasta que pudiera recuperarla. Era lógico ir. Había un gran riesgo de que todo se viniera abajo y el conglomerado

se hiciera con el control total.

Si iba, podría asegurarme de que todo saliera bien.

Mientras estuviera allí, podría asegurarme de que la trataran bien.

Necesitaba entender por qué me sentía tan protector con ella.

Di un golpecito en mi escritorio para abrir un canal con mi asistente administrativa principal. Lo configuré como solo voz, lo que hizo que una pequeña figura holográfica genérica se proyectara sobre mi escritorio.

"Yreta, cambio de planes. Saldremos hacia Sebistar Prime en cuanto la flota tenga todo el combustible y esté lista", dije.

"La estación se ha estado preparando exhaustivamente para su visita", me recordó Yreta, la figura genérica sobre el escritorio haciendo los movimientos de reproche respetuoso. "¿Desea que cancele el programa de actividades, que las comprima en un solo día antes de que termine nuestro reabastecimiento y repostaje, o que las reprograme para un viaje posterior?"

"Elige los más importantes y alinéalos para que quepan dentro de la ventana de reabastecimiento", ordené. "El resto esperará. No estaremos fuera mucho tiempo, pero no proporcione un marco de tiempo específico".

"Lo haré inmediatamente, tu estimada luz estelar", respondió Yreta con deferencia.

"¿Cuándo comenzará el primer evento?"

"Un cuarto de frío", ordené, y luego corté la comunicación.

Giré el cuello y me puse en pie.

Mi mirada se desvió hacia la pequeña placa holográfica que había en el borde de mi escritorio. Estiré la mano y la rocé, haciendo que un poco de polvo flotara en el aire, y apareció la imagen de mi compañera, desaparecida hacía tiempo. El viejo y familiar dolor irradió en mi pecho, oprimiéndome el corazón con una presión que por un momento sentí como si no pudiera respirar.

Entonces pensé en la forma en que la pequeña hoomon se había balanceado salvajemente, luchando contra sus captores con poca habilidad y una enorme desventaja física. Mostró los dientes y golpeó a pesar de que era imposible pensar que tendría éxito.

No era de las que se rinden.

Por primera vez, la presión en mi pecho se aligeró.

Le di un golpecito a la imagen, cerrándola.

Mi determinación se endureció tras aquel viejo dolor. Una vez hecho esto, me quedaría con el pequeño hoomon para mí. No examiné mis razones; no importaban.

Lo único que importaba era la ligereza que sentía cuando pensaba en ella.

Eso, y el deseo de mantenerla a salvo.

Sólo podía mantenerla a salvo si la tenía conmigo.

Me aparté y me dirigí a la ducha. Primero tenía que lavarme, ponerme el atuendo adecuado y cumplir con mis obligaciones. Me ocuparía de la siguiente fase del plan una vez que mi nave espacial hubiera abandonado el muelle de la estación espacial.

Me lavé a conciencia y me miré en el espejo de cuerpo entero de la puerta. Me di la vuelta para asegurarme de que no me había saltado ni una sola mancha.

Mi pelaje estaba imaculado.

Atravesé mis aposentos y volví a cruzar las puertas reforzadas que conducían a mi puesto de mando. Me incliné sobre mi escritorio y envié la orden de comunicación.

En cuestión de minutos tenía a los tres regentes, Garaxan, Zanbarth y Nevintar, en la pantalla frente a mí. Juntos formaban el conglomerado que gobernaba Sebsitar Prima.

"Estoy decepcionado por los informes que me han llegado sobre su sala", empecé rápidamente, sin darles la oportunidad de introducir cualquier distracción que quisieran lanzarme. Con hombres así, era importante entrar en materia lo antes posible y no darles tiempo a evadirse.

"Señor, nosotros..." Garaxan intentó decir antes de que le cortara de nuevo.

"Has sido demasiado indulgente", interrumpí, asegurándome de mostrar mi irritación con las orejas echadas hacia atrás y la cola azotando. Levanté los hombros y los dejé caer, extendiendo las garras en ambas manos. "El tiempo de la indulgencia ha llegado a su fin. Si va a insistir en regodearse en ser un inútil, debemos asegurarnos de que se dé cuenta de adónde le llevará eso la próxima vez".

Hice una pausa, dejando que mis palabras calaran, mientras los tres hombres frente a mí se detenían, endureciendo sus cuerpos mientras trataban de reprimir la alegría y la excitación que les producía mi proclamación. Aún podía verlo en los pequeños movimientos de sus orejas que intentaban mantener quietas, el temblor de una sonrisa parcialmente reprimida.

"¿Qué desea que hagamos?" preguntó Nevintar.

"Es hora de que palee mierda", dije, dejando que las fluctuaciones tonales de mi frase enfatizaran la severidad de mi orden. "O puedes buscarle otro puesto igualmente adecuado. Envíame tus sugerencias y aprobaré una".

Los tres líderes del Conglomerado inclinaron la cabeza, abriendo las manos, metiendo las garras mientras sus colas hacían movimientos bajos de barrido, mostrando su obediencia a mi orden.

Terminé la llamada.

Era hora de animar al Príncipe a reclamar su trono.

HABÍA ALGO QUE ME HACÍA COSQUILLAS EN LA NARIZ.

Estornudé y me dolió todo el cuerpo. Gemí. Me dolía el abdomen. Me dolían las costillas. Me dolía el hombro. Eran tantos pequeños y agudos puñales de dolor que no quería moverme. Estaba de lado, hecho un ovillo. Extendí lentamente la conciencia mientras levantaba la cabeza, abriendo los ojos con cuidado mientras mis pestañas costrosas se despegaban unas de otras.

Estaba en una caja.

¿Qué pasa con estos malditos reptaliens y la tortura de confinamiento? Primero una cápsula y ahora una caja. ¿Qué pasó con la vieja celda con barrotes?

Había una paja debajo de mí. Dos pequeños tubos a lo largo de una pared sobresalían en el pequeño espacio. El techo era demasiado corto para sentarse, ni yo podía estirarme en toda mi longitud.

Nop. Esto era mucho no.

Puse las manos debajo de mí, intentando mover las caderas para ponerme a cuatro patas, pero el dolor me envolvió cuando intenté levantarme del suelo.

Cierto. Me habían golpeado.

Me habían dado una buena paliza.

Me dolía tanto que no sabía cómo empezar a evaluar mi estado, aparte de que era malo, muy malo. Sin duda me habían pateado la cabeza al menos una vez. Sentía como si hubiera varias capas de lana rasposa envueltas alrededor de mi cerebro, clavándose en los cortes. No tenía roturas evidentes en los brazos ni en las piernas, pero estaba cubierto de laceraciones con costras, como si me hubieran arrastrado por el suelo de metal. Respirar era como si me clavarán fragmentos de cristal.

Tenía que tener las costillas rotas.

Definitivamente tuve una hemorragia interna.

Desconocía la probabilidad de que sobreviviera sin atención médica, pero las palpitaciones en mi cráneo abrumaban ese pensamiento.

Estaba muy jodido.

Volví a recostar lentamente la cabeza sobre la paja, las paredes de la caja nadaban ante mis ojos como si estuviera borracho. Aún no estaba en condiciones de intentar salir de la caja. Un gran peso se apoderó de mí, cansancio mezclado con miedo y depresión.

Había otra cosa mal.

Estaba húmeda, con el cuerpo cubierto de sudor frío. Me estremecí. Una oleada de náuseas me invadió y tragué saliva mientras la boca se me llenaba de saliva.

Estaba enfermo.

¿Quizás uno de mis cortes se había infectado?

No había nada que pudiera hacer al respecto. Estaba en un cajón, puesto allí por alienígenas que acababan de golpearme hasta el punto de que intentar salir a puñetazos como un superhéroe atrapado en un ataúd no era ni de lejos una opción.

No podía moverme. No podía salir.

Quizá era hora de descansar.

Cerré los ojos.

Volví a abrir los ojos y respiré hondo.

Cuando cesaron las arcadas, respiré agitadamente.

¿Acabo de cerrar los ojos?

No lo sabía. Había una luz tenue en el cajón y miré a mi alrededor. Nada había cambiado, excepto que justo debajo de mis caderas estaba húmedo. La toqué, me llevé la mano a la nariz y la olfateé.

Me había meado encima.

Estaba en peores condiciones de lo que pensaba.

Me moví todo lo que pude a pesar de la agonía, apartando las caderas de la zona húmeda y colocándolas en un lugar más seco. Me giré e inspeccioné los pequeños tubos que colgaban de la pared. No me habrían metido en una caja con una pajita si quisieran que me muriera. Pero quizá sí. Tal vez la paja estaba allí para ayudar a absorber la asquerosidad de un cuerpo en descomposición.

Eso no tenía ningún sentido.

Enfoqué la fuente de la tenue luz que me permitía ver. Era una pequeña franja de luz incrustada en la parte superior de la caja. No se habrían molestado en poner una pequeña luz para que pudiera ver a mi alrededor si estuvieran planeando dejarme morir sin más.

Había comida y agua en los tubos, cosa que descubrí al pincharlos con un dedo. En cuanto empecé a acariciarlos empezaron a gotear sus respectivas sustancias, agua y lo que sabía a pasta de vitaminas. Cuando dejé de tocarlos dejaron de hacerlo.

Me trataban como a un hámster.

Me moví lo suficiente como para levantar la cabeza y rodear con los labios uno de los tubos. El agua fría me llenó la boca mientras succionaba, y tragué con avidez, dando varios tragos antes de que el punzante dolor de cabeza me hiciera volver a bajar la cara al suelo y cerrar los ojos.

No sé cuántas veces lo hice.

Estaba atrapado en un ciclo infernal.

La lucecita se encendía y yo me despertaba, bebía agua, me movía un poco y me volvía a tumbar. La luz se apagaba de nuevo y volvía a dormirme. Cuando el hambre vencía a las náuseas, me obligaba a tragar un bocado de pasta insípida del otro tubo.

Las gachas me pesaban por dentro como cemento y me llenaban el vientre de gases agudos y dolorosos, que no hacían sino aumentar la pura miseria de mi confinamiento solitario.

Quería luchar.

Quería patear, gritar y golpear las paredes del cajón, pero moverme incluso para conseguir el sustento que necesitaba era demasiado.

Parecía que estaba atrapado allí para siempre, una neblina interminable de sufrimiento.

Entré y salí del estado de vigilia, perdida en una corriente interminable de tiempo.

Entonces algo cambió.

Se cantaba.

Se quedó a la deriva en los bordes de mi conciencia como un sueño, provocándome para que

volviera a ser consciente. Lo primero de lo que me di cuenta fue de que seguía viva, porque seguía sintiendo dolor. Era menos dolor, y eso en sí mismo era un gran alivio.

Me desmayé otra vez.

Me desperté con una luz brillante que envolvía mi visión. Tenía la cara pegada a una toalla blanca y suave. Parpadeé y mi cerebro se puso en marcha mientras asimilaba la visión del entorno que me rodeaba.

Estaba encima de una mesa, tumbado de lado.

No me moví, me limité a examinar la habitación a mi alrededor.

Había una pantalla plana montada en una mesa con ruedas junto a la mía. Estaba en ángulo opuesto al mío, pero pude distinguir una pantalla con una línea en movimiento y lo que parecía un gráfico de barras. El texto de la pantalla me resultaba totalmente desconocido. De un lado de la pantalla goteaban cables. Cuando los seguí con la mirada, me di cuenta de que estaban conectados a mí.

Me invadió la rabia.

Más mierda alienígena.

Respiré hondo. Inhalé el aire, expandiéndome hacia las profundidades de mi vientre, mis costillas inferiores, expandiéndome, mis costillas traseras llenándose de oxígeno mientras eventualmente mis hombros se levantaban, y mi pecho salía lo más que podía. Necesitaba centrarme, calmarme, controlarme y asegurarme de que estaba lista para lanzarme a hacer lo que fuera necesario para escapar de esos malditos monstruos.

Estaba fuera de la caja.

Fue la respiración más profunda que había hecho en mucho tiempo.

Y no me dolió.

No me dolía nada.

No me duele nada.

De hecho, algo me sentó muy bien.

Algo suave, cálido y húmedo se deslizó por mi espalda, detrás de mí, donde no podía ver sin levantar la cabeza. Mi piel se erizó ante la sensación, irradiando un suave placer de ser acariciada. Era lo primero agradable que sentía desde hacía tiempo. No me moví. Me quedé tumbada mientras el tacto se elevaba y volvía a posarse en mi hombro, recorriéndolo suavemente, desde el omóplato hasta el costado de las costillas. Continuó sobre la curva de mi cadera, ahuecando cuidadosamente sobre el lado de mi glúteo antes de continuar abajo de mi pierna.

¿Alguien me estaba lavando?

Me quedé tumbado, disfrutando de la sensación de las caricias.

Quienquiera que fuese estaba detrás de mí y fuera de mi vista.

Me quedé tumbada y una sensación de alivio me invadió, con un innegable sentimiento de gratitud absoluta, yuxtapuesto a la rabia. Quienquiera que estuviese allí me tocaba con una delicadeza que no había sentido en ninguno de los reptalianos.

Alguien me ha salvado.

Alguien me estaba cuidando.

Las lágrimas empezaron a resbalar por mis ojos.

Pasara lo que pasara, esto no era el trato duro y brutal de los reptaliens que me habían recogido de la playa. Esto era algo diferente. Aún no sabía hasta qué punto, pero mientras la suave limpieza seguía bajando por mi rodilla, alrededor de la espalda y por la pantorrilla, las emociones que había guardado dentro de mí desde que me arrancaron del único mundo que

conocía por fin salieron a la superficie.

Un sollozo escapó de mis labios antes de que pudiera detenerlo.

La suave caricia de la toallita se detuvo.

Oí el sonido de algo que se movía y luego oí un acolchado muy suave. Pude sentir el calor del cuerpo de la persona que estaba detrás de mí mientras se ponía de pie y caminaba hacia mi frente.

Levanté la cabeza para mirarlos.

Era el hombre de la pantalla de vídeo.

Estaba tan cerca de mí.

Podía ver las marcadas líneas de sus músculos, acentuadas por los pantalones negros ajustados y la camiseta de tirantes ajustada. Lllamarla camiseta de tirantes era exagerado, porque no sabía cómo describirla. La tela le subía por los hombros y le bajaba por los pectorales y el abdomen. Su abdomen de tabla de lavar estaba a la vista. El calor se apoderó de mis piernas al verlo, pillándome desprevenida. El traje se le pegaba como una segunda piel a un atleta profesional y se alzaba sobre mí, absolutamente macizo en comparación conmigo.

Me hizo sentir positivamente pequeña.

Mi vista estaba a la altura de su cinturón. Tenía una riñonera a un lado que parecía hecha de cuero. De la parte delantera del cinturón colgaba una trenza. Parecía hecha con la misma melena que le caía en cascada por la espalda. Debajo colgaba un cordón trenzado de eslabones similares al paracord.

Tenía una cola, que yo no había visto en el vídeo en absoluto, enroscada de modo que no tocaba el suelo, cubierta del mismo pelaje exuberante.

Quería tocarlo.

Me impulsé para sentarme mientras él rodeaba la mesa en la que estaba, escatimando otro pensamiento de gratitud por el hecho de poder sentarme.

Tuve suerte de estar vivo.

En el último periodo de tiempo en el que todo lo que existía era el nebuloso dolor de mis heridas, supe que lo que había sufrido era lo bastante grave como para matarme.

No sabía cuánto tiempo más habría aguantado.

El hombre alienígena elfo pantera extendió una gran mano. Vaciló a unos centímetros de mi cara, pero no me moví. Acortó la distancia y me cubrió la cara con la mano, mientras su pulgar me acariciaba suavemente una de las lágrimas que rodaban por mi mejilla.

Luego me cantó algo en voz baja.

Esa parte de mi corazón que se había hecho un ovillo, esa parte de mí que creía muerta desde hacía tres años, esa parte de mí se resquebrajó un poquito.

Esa parte de mí asomó la cabeza y pensó en desplegarse.

Apoyé la mejilla en su mano y le miré fijamente. Su suave tacto irradiaba una calidez que nunca antes había experimentado.

"Hola", le dije, dejándole ver la sonrisa grande y bonita que un talentoso ortodoncista me había ayudado a adquirir.

Tiró de la mano hacia atrás, sus orejas se movieron momentáneamente hacia atrás mientras se alejaba un paso de mí. Giró la cabeza sin dejar de mirarme mientras cantaba algo en voz alta.

Su repentina distancia me hizo darme cuenta de lo expuesta que me sentía.

Miré a mi alrededor, buscando algo con lo que cubrirme. Estaba sentada sobre una tela blanca con una textura parecida a la de una toalla, así que la cogí y me la enrollé alrededor del pecho para que me colgara hasta más allá de las rodillas.

Un ruido procedente del otro lado de la habitación me hizo levantar la vista.

Miré más allá de él hacia donde otro miembro de su especie atravesaba una puerta corredera que se hundía en una cavidad de la pared, volviendo a salir tras atravesarla. Suponía que era una "ella". No quería utilizar la palabra "ella", y su complexión era radicalmente distinta a la de él. Su estructura ósea era diferente, y era bastante más pequeña y delicada. Aún así, me superaba en estatura con sus dos metros. No tenía pechos, todo su pecho era plano, pero sus caderas eran un poco más anchas, y estaba claro que su centro de gravedad era más bajo que el de él.

Ella le cantó algo al hombre sexy que tenía delante, y él se volvió de espaldas a mí y le contestó, sus canciones se superponían ligeramente como si estuvieran cantando en armonía una melodía que ambos conocían.

"Hola chicos." Agité la mano para intentar llamar su atención y luego me di un golpecito en el pecho. "Mi nombre es Lorelei."

Volví a golpearme el pecho y repetí mi nombre.

El más pequeño me ignoró.

El gato anime alto, moreno y sexy no se giró para verme, pues seguía meneando la cola hacia un lado, ligeramente esponjada. Mis ojos recorrieron la curva de su musculoso trasero. Los músculos estaban bien definidos, como si se hubiera pasado la vida trepando y saltando como actividad cotidiana.

El hombre gato musculoso y babeante señalaba la máquina que estaba conectada a mí. La mujer gato se acercó y dio unos golpecitos en la pantalla, alejándola para que yo no pudiera ver nada de lo que estaba pasando.

"Al menos podríais intentar comunicaros", dije, moviéndome para que mis pies colgaran del lado de la mesa. Estaba unos metros más arriba de lo que me gustaría, pero necesitaba bajar. Puse ambas manos a un lado de mí y salté de la mesa, usando la mesa para sostenerme mientras mis piernas se tambaleaban en el aterrizaje y casi se derrumbaban debajo de mí.

Me invadió una oleada de euforia.

No era natural.

Sabía cómo se sentía la dicha antinatural.

"Oh, eso sí que es bueno", dije mientras echaba un vistazo a los tubos conectados a mí.

Uno iba directo a una vena. "Pero no lo quiero."

Quería el dolor.

Quería saber cuánto me habían herido.

Alcancé el tubo que entraba en mi vena y lo arranqué de un tirón.

El elfo gato más pequeño soltó un siseo y se acercó a mí.

Le aparté la mano y me di la vuelta para huir por ella.

En vez de eso, me topé directamente con alto, moreno y guapo.

Me rodeó con los brazos y me levantó del suelo, apretándome contra su pecho mientras me sujetaba y me acunaba suavemente.

Rodeé sus bíceps con las manos, rozando con las yemas de los dedos el suave pelaje negro de sus tríceps mientras mis codos se hundían a los lados de mis costillas. Mis pies colgaban en el aire junto a sus espinillas mientras mi cuerpo entero se amoldaba a él, atrapado allí por el suave agarre de acero de sus brazos.

Sentí que algo suave se enroscaba alrededor de mis tobillos.

¿Su cola?

Mi cara estaba apretada contra su duro pecho.

Olía a hogar.

Respiré hondo, mientras un recuerdo me bañaba, arrastrado por las olas de olor.

Cuando era pequeña, antes de que mi padre falleciera, vivíamos en una casa en un antiguo barrio de las afueras de la ciudad donde las parcelas tenían alrededor de medio acre cada una. En nuestro patio trasero había robles centenarios con troncos tan grandes que no podía rodearlos con los brazos. Sus ramas bajaban hasta el suelo lo bastante cerca como para que pudiera trepar por ellas y tumbarme allí hasta que mi padre me llamara para cenar.

Después de cenar, nos tumbábamos en la hierba cerca del árbol, mirando las estrellas mientras él señalaba las constelaciones. Podía oler la hierba, el aliento fresco de los robles, el leve aroma a jazmín del ramillete de flores que bordeaba el césped.

Parpadeé y volví al presente.

Había otro matiz en el olor del macho alienígena de pelaje medianoche que me resultaba familiar, pero que no podía localizar.

Necesitaba un minuto para salir de esta neblina inducida por el olor.

Giré la cabeza para no quedarme de cara a su pecho. Empujé contra sus brazos y él me bajó sobre las piernas tambaleantes, sin dejar de sujetarme, pero dejándome espacio suficiente para girar.

Le cantó algo a la mujer y ella respondió. Fueron y vinieron un momento más antes de que ella se apartara de él, con las orejas echadas hacia atrás y el vello de los brazos y los hombros erizado.

Se dio la vuelta y huyó de la habitación..

En cuanto la puerta se cerró tras ella, me puso las manos en las caderas y me levantó sin esfuerzo para dejarme de nuevo sobre la mesa.

No protesté.

Sentarse parecía una buena idea.

Además, me flaqueaban mucho las piernas.

Cruzó la habitación y cogió una caja grande y estrecha, lo bastante larga para contener varias pelotas de baloncesto alineadas. Volvió y la dejó sobre la mesa, a mi lado. Puso las manos encima, me miró fijamente y cantó algo.

"No sé qué tiene eso", le dije, "pero tienes que aprenderme mi nombre si vas a hacerme regalos".

Abrió la tapa de la caja y ésta se levantó sobre unas bisagras. Una niebla fría se deslizó por el borde. Podía sentir el frío. Era una especie de nevera.

Me acerqué y miré por encima del borde.

Tardé un minuto en procesar lo que estaba viendo.

Había cinco cosas redondas que tenían la misma textura y coloración que la piel de los reptaliens. Metí la mano y cogí una, levantándola.

Un rostro me devolvió la mirada.

Era una cara que reconocí.

"¿Por qué tienes una maqueta falsa de las cabezas de los alienígenas que...". Me interrumpí mientras mi cerebro entraba lentamente en la siguiente velocidad de comprensión.

Giré la cabeza para mirar la parte inferior del cuello.

La carne desgarrada y la columna vertebral seccionada se veían con todo detalle.

Volví a colocar con cuidado la cabeza cortada, muy real y nada falsa, en la nevera.

Mis sentimientos estaban quietos y callados dentro de mí.

Me giré para mirar al macho alienígena, que aún no se había presentado pero que claramente pensó que era apropiado traerme las cabezas cortadas de los alienígenas que me abdujeron.

Extendí la mano para coger una de las suyas.

Me moví despacio, observándole atentamente. No estaba segura de cuál sería el lenguaje corporal negativo o positivo para él, pero estaba segura de que lo averiguaría, con suficiente observación.

"Gracias", dije simplemente.

Más tarde, cuando supiera cómo comunicarme con él, tendría que decirle que ése era, con diferencia, el mejor regalo que nadie me había hecho nunca. Era atento, considerado, personalizado y saciaba mi verdadera necesidad de venganza.

Era ligeramente aterrador, y sin embargo sólo sentí excitación, más que miedo.

Fue francamente romántico.

Me puse una de las manos en el pecho, justo encima de donde había anudado la toalla.

"Lorelei", dije.

"Lorelei", le contestó, repitiendo las notas de la escala pentatónica.

Se golpeó el pecho con la mano libre.

"Zale", cantó, las notas de su nombre descendiendo.

"Zale", le repetí, renunciando a cantar.

Cantar no era una habilidad que se me diera bien.

Movió ligeramente las orejas y me soltó la mano. Luego cerró la tapa, cogió el recipiente y salió de la habitación.

Dejé escapar el aliento que había estado conteniendo.

Estaba a salvo.

Sabía que podía tomármelo de otra manera. Sería fácil cambiarlo en mi mente y tenerle miedo por la forma casual en que me presentó las pruebas de una brutal serie de asesinatos.

Pero ya había perdido mi frágil inocencia cuando mi corazón se endureció hacía tres años.

No sabía exactamente en qué clase de mundo me encontraba ahora, pero el mundo en el que había crecido demasiado deprisa era aquel en el que los maltratadores como esos reptaliens podían seguir haciendo daño a las mujeres una y otra vez. La única vez que vi a gente así acabar con ellos fue cuando un grupo de víctimas se reunió y se tomó la horrible molestia de llevarlos ante los tribunales.

Que un hombre salga y resuelva el problema por mí, que saque la basura sin que yo tenga que pedírselo...

"¿Cómo me caso con ese hombre?" pregunté a la habitación vacía.

EL PEQUEÑO HOOMON PODRÍA TENER DAÑO CEREBRAL.

Los esclavistas la golpearon y la encerraron en una pequeña caja para que se pudriera.

Parecía intentar comunicarse, pero sus esfuerzos eran atroces. No pude evitar echar las orejas hacia atrás mientras ladraba una versión destrozada de mi nombre. Ni uno solo de los sonidos que emitía se acercaba a una palabra, sólo era una combinación de gruñidos animales.

Con suerte, el otro hoomon, el que llegó físicamente intacto, lo tendría más fácil al menos para imitar nuestro lenguaje.

A la larga, era esencial poder comunicarse.

Los esclavistas ilegales estaban vendiendo esta especie desconocida de alienígenas inteligentes que, según ellos, tenían la capacidad, si no el conocimiento, de hablar correctamente. Había dispuesto que fueran adquiridos, bajo la autoridad del conglomerado, por el mayor zoológico de la vasta ciudad lunar Sebsitar Prime. Los seres sensibles serían mantenidos cautivos en ese zoo, y todo lo que el Príncipe tenía que hacer era darse cuenta, conseguir las pruebas, y llevar su encarcelamiento ilegal a los ojos del público. El alboroto le ayudaría a debilitar la autoridad de los regentes.

Pero eso no funcionaría si los hoomons no pudieran demostrar su sensibilidad.

Los Izanburs habían entregado personalmente a los hoomons en Sebsitar Prima, y me alegré de haberme apresurado a llegar allí lo bastante rápido para su llegada. Era esencial que me asegurara de que los dos hoomons estuvieran en condiciones satisfactorias. Pero cuando me di cuenta de que la valiente y feroz hoomona que había visto en la pantalla de vídeo había sido maltratada y confinada en una pequeña caja para que yaciera en su propia mierda y suciedad, mi ira había ido más allá de la furia.

Les había ordenado que la trataran con cuidado.

En cambio, estuvieron a punto de matarla.

Me aseguré de que nunca volvieran a torturar a otra criatura así.

La gata me miró fijamente con esos ojitos suyos, enmarcados por gruesas pestañas marrones, y de repente me sentí abrumada por la necesidad de llevármela a casa y cuidar de ella.

Hice a un lado esos sentimientos confusos e indeseados.

No había lugar para eso.

Era un peón en mi plan, una extraña alienígena prisionera y a mi merced. Cuando cumpliera su propósito, podría vivir en mi palacio, donde me aseguraría de que tuviera todo lo que deseara. Si lográbamos comunicarnos y su especie sabía algo de navegación espacial, encontraría la forma de devolverla a su hogar, si eso era lo que deseaba.

Me alejé de ella.

Me había dejado llevar por mis emociones.

Sin embargo, me quemaba la sola idea de dejarla marchar.

Era mía.

Mío para cuidar, mío para mantener.

Ese pensamiento me arañó el corazón. No sabía por qué me sentía así. Estaba completamente consumido por esto, por ella. No era responsable de su esclavitud, pero si me negaba a elegir o a actuar, no sería mejor que los captores que había matado por ella.

La guerra entre mi corazón y mi sentido del deber era vertiginosa, y tenía que salir de aquella habitación antes de hacer algo de lo que me arrepintiera.

Me volví para recoger la caja. Ahora mismo pertenecía al zoo y cualquier interferencia manifiesta por mi parte desestabilizaría el equilibrio de mi plan.

El Príncipe tenía que ganarse su trono o no podría conservarlo.

Podría llevarme a mi nueva mascota a casa en cuanto aprovechara la oportunidad que tenía delante. El conglomerado ya había hecho lo esperado y lo había asignado a la sección de depredadores peligrosos del zoo, donde se había construido el hábitat de los hoomons.

Probablemente intentarían organizar un accidente en algún momento en que mi atención estuviera puesta en otra parte.

Mis espías me habían dado un informe completo de cómo los regentes habían estado trabajando para impedir que el Príncipe encontrara pareja. Ya se había notado y murmurado en las redes sociales. La opinión pública apoyaba al Príncipe, y la única forma real de que el conglomerado de regentes se mantuviera en el poder era eliminarlo.

"¿Ya has terminado?", me preguntó el veterinario cuando salí de la habitación con la caja de cabezas de Izanbur en los brazos.

"Sí, puedes ver a tu paciente", le dije. "Y la tratarás con mucho cuidado".

Esta veterinaria pensaba que yo era un intermediario del conglomerado, alguien que tenía suficiente poder para ordenarle que se fuera de su propio lugar de trabajo, pero no tanto como para tenerme miedo.

Si supiera quién soy en realidad estaría aterrorizada.

"No voy a hacer daño a un animal bajo mi cuidado", dijo, su tono tenso. "No tenías que amenazarme".

Esta veterinaria en particular tenía un talento excepcional y una alta tasa de éxito cuando trabajaba con criaturas que no tenían documentación médica completa. Tenía talento suficiente para ser médico en una de las estaciones espaciales que trabajaban con alienígenas, pero su expediente de empleada dejaba claro que tenía una fuerte aversión a las interacciones sociales.

Era capaz, tenía talento y no quería estar rodeada de gente.

Mientras considerara al hoomon como un animal, le proporcionaría unos cuidados excepcionales, hasta el punto de que no quería dejar a su pupilo solo en una habitación con algún intermediario del conglomerado.

Había enumerado la dirección de su casa al convencerla de que abandonara la sala, un acto que bastó para incomodarla y hacerle saber que sabía más de ella que un empleado cualquiera que realizaba una tarea sin importancia.

"Pido disculpas por asustarte", dije. "Cuida bien del hoomon".

Asentí y salí del edificio.

Yreta y un pequeño equipo me esperaban fuera. Incluso disfrazado, no viajaba sin ellos. Valoraba mi intimidad y mi libertad, pero no era tonta.

"El Príncipe ha enviado una solicitud de guardaespaldas de su finca", dijo. "¿Quieres poner a

uno de tus hombres con ellos?"

Sonreí.

"No exactamente", respondí.

ME SENTÉ CON LAS PIERNAS CRUZADAS Y MIRÉ FIJAMENTE LA PUERTA DE MALLA METÁLICA DE MI jaula.

Esto fue ridículo.

En cuanto el Sr. Murder Mayhem Hot Stuff se fue, la malhumorada gatita me metió en una de las dos pequeñas jaulas que había en la pared. Intenté clavar los talones, pero ella era fuerte y yo apenas podía mantenerme en pie. Me había sacado una o dos veces para intentar pesarme y sondearme, pero yo no estaba dispuesto a ello.

Me froté la mano dolorida.

Probablemente no debería haberla golpeado.

Dice mucho de la alienígena que no me hiciera daño después de que la clavara. Se limitó a inmovilizarme y continuó con su misión de meterme en la jaula. Estaba claro que no era maliciosa, sólo que no me consideraba alguien cuyos pensamientos u opiniones pudieran tenerse en cuenta.

Estar encarcelado no era lo mío.

La habitación no tenía nada divertido que mirar, aparte de jaulas vacías.

Varias cajas metálicas con tubos, luces e interruptores estaban colocadas sobre carros móviles dispuestos de forma desordenada en los bordes de la gran sala, manteniendo el centro abierto y despejado salvo por una mesa metálica alta.

Menos mal que nada de eso era orgánico y rezumaba.

La puerta de la habitación se abrió y entró Arnina, con su aspecto de Juana de la Jungla, vestida con un traje remendado de hojas gigantes. Llevaba el pelo hecho un desastre. Lo único que tenía a su favor era que el chico gato alienígena que estaba a su lado, cuyo pelaje y coloración del pelo gritaban leopardo de las nieves, no la acompañaba... lo llevaba atado con una correa.

"¡NEEN! ¡Eres una estrella de mar con suerte!" Grité. "¿Cómo es que estoy atrapado en una jaula, y usted tiene ocho pies de gigante elfo leopardo monstruo Tom Holland parecen en una correa GORRAM?"

Me buscó por la habitación y me encontró en una jaula desagradablemente pequeña.

"¿Lorelei?", gritó.

"¿Llevas hojas?" Pregunté. "¿Cómo consigo un juego?" La doctora y guardia de la prisión me había robado la toalla cuando me metió aquí, y estaba cansada de tener mis partes a la vista.

Arnina soltó la correa, desenrolló la cola del alienígena que la acariciaba suavemente y corrió hacia ella.

Un fuerte gruñido retumbó en la habitación, un gruñido de león que hizo vibrar los trozos de

metal que había por el espacio.

Arnina lo ignoró y corrió hacia la jaula en la que yo estaba. Su nuevo juguete se interpuso entre ella y el médico ladrón de toallas y empezó a cantar y bailar.

Se contoneaban de verdad cuando hablaban entre ellos. Sus voces se superponían, creando bellas armonías que sonaban como si estuvieran cantando una pieza ensayada, en lugar de mantener una conversación. Era como ver un musical en el que los actores no pensaban que el público importaba en absoluto y estaban completamente centrados el uno en el otro.

"¿También te defiende a ti?" Me arrastré hasta la puerta de la jaula sobre manos y rodillas, ensartando los dedos entre los barrotes de mi jaula. "¿Cómo consigo uno de esos?"

"Lorelei, antes no me trataba así. Creo que la correa es su forma de disculparse o de ganarse mi confianza. Estoy bastante segura de que ahora sabe que soy sensible", dijo ella, buscando en el borde de la jaula. "¿Qué es lo último que recuerdas?"

Se detuvo y empezó a rebuscar en un juego de llaves.

¿Cómo consiguió las llaves?

Le sonreí a través de los barrotes.

Después de años de saber que estaba con un ser humano que era un serio basurero de comida rápida, una persona que yo sabía a ciencia cierta que era un criminal, que absolutamente la habría lastimado tanto física como psicológicamente, era agradable verla mostrando alguna forma de poder. Aún no me había contado lo que pasó entre ella y su ex.

Pero ya lo sabía por mi experiencia con él.

Había sido el tipo de hombre que merecía estar en la cárcel, pero que probablemente nunca llegaría a estarlo porque otros hombres pensaban que su comportamiento era normal en los hombres.

Miré al macho alienígena detrás de ella.

Dudé.

Había abandonado nuestros años de amistad por un tipo que la trataba como a una mierda. ¿Qué estaría dispuesta a hacer por un hombre que la liberara de su cautiverio? No me gustaba esa incertidumbre, esa falta de confianza. Pero tenía que honrarla y reconocerla.

Podría querer tender la mano a una vieja amistad y seguir desconfiando de ella.

Siempre y cuando no volcara mis sentimientos sobre ella.

Esos me los podía guardar para mí.

"Estábamos caminando por la playa, ¿verdad?" Dije. "Eso fue lo último que recuerdo antes de despertar en esta pesadilla".

Al menos podría tantear el terreno antes de darle toda la información.

No es que sintiera que compartir los detalles exactos de lo que había sucedido fuera a hacerme daño, es que tenía dentro de mí un sentimiento de desconfianza enfermiza que se enroscaba en mis palabras y hacía que quisiera guardar algo apretado contra mi pecho, algo que era mío y que podía compartir cuando me apeteciera.

"La playa también es lo último para mí". Ella asintió, probando una llave en la cerradura de mi puerta.

"Entonces estaba aquí, y este alienígena raro estaba como pesándome e intentando meterme cosas en sitios". Fruncí el ceño. "Espero que le rompí la cara, cuando le di un puñetazo porque definitivamente me rompí la mano. ¿Cómo convenciste al elfo leopardo de las nieves bondage de que eras sensible? Esta perra lo ignora todo".

"Adolescentes", dijo, probando otra tecla.

"Tienes que darme más que eso", escarbé en busca de más información mientras ella abría la

puerta.

"Conseguí que los adolescentes reconocieran que no soy un animal y me enseñaron a presentarme. Por cierto, estamos en un zoo. Tengo un corral entero donde todo tipo de alienígenas me miran embobados".

"¿Es ahí donde conseguiste las hojas?" pregunté mientras me arrastraba fuera de la jaula.

Los dos alienígenas detrás de nosotros se volvieron aún más ruidosos, la jaula abriendo un detonante para la discusión. La doctora intentó rodear al Boy Toy de Neen, pero éste se movió para bloquearle el paso.

"Sí, ahora vamos a convencer a la otra de que somos inteligentes, para que deje de asustarse", respondió cogiéndome la mano, sin darse cuenta de que me estremecí al tocarla. Siempre había estado menos pendiente de los demás. Era estupendo que no se enfadara por las microagresiones, pero también significaba que le faltaba un poco de conciencia de la amistad.

Arnina cantó algo a los extraterrestres mientras agitaba los brazos como una bailarina de danza moderna haciendo una emotiva pieza sobre una tetera. Después me dirigió una mirada significativa, como si quisiera que la imitara.

Sonaba como su lengua.

La maleducada doctora se quedó paralizada y la miró fijamente.

"Las bolas de Cthulhu, Neen. Sabes que no sé cantar", le dije. ¿Cómo iba a copiarla?

"Hazlo lo mejor que puedas, ¿y tal vez enfatizar los gestos? Sé que bailas bien", me dijo.

"Bailo bajo el agua, Neen". Me crucé de brazos, sin mencionar que había ampliado mis locales de baile desde la última vez que salimos. Me juzgaría, lo sabía. Ya no se fiaba de mi opinión sobre su ex cuando actuaba en fiestas infantiles. Decirle lo que había hecho para ganarme la vida en los últimos años no la ayudaría a creer en mí. "Mis piernas de tierra necesitan mucho más trabajo".

"Si no puedes entender las notas, trabaja en las direcciones hacia arriba o hacia abajo de los sonidos. Ahora, repitan conmigo", dijo antes de cantar todo el tinglado introductorio para intentar enseñar a los alienígenas nuestros nombres.

Sí, esa doctora no merecía saber mi verdadero nombre.

Meterme en una jaula anuló el hecho de que mi cuerpo se sentía mejor de lo que se había sentido en años, menos la mano con la que la había golpeado, por supuesto.

"Mi nombre es jódete", croé como una rana drogada de lamerse a sí misma, y lancé un doble pájaro.

"¡Lorelei!" gritó Arnina. "¡Tenemos que hacer amigos aquí! Estamos en la mierda sin nave espacial, ¡y todo lo que tenemos son estos empleados del zoo para ayudarnos!".

"Espera a que intenten meterte una sonda por el culo y verás lo simpático que te sientes", fruncí el ceño, cruzándome de brazos.

Me alejé, cogí una gran hoja de tela de la estantería y empecé a envolverme con ella como si fuera una toga. Ya había pasado bastante tiempo cautivo. No me iba a molestar con nadie que no me trajera las cabezas de mis enemigos en una caja.

Los extraterrestres volvieron a cantar entre ellos.

Me costó atarme la toga.

Me dolía mucho la mano.

Cada vez era más difícil moverse.

Arnina se unió a mí y me ayudó con mi improvisado atuendo. La dejé terminar, sintiéndome malhumorada y aliviada al mismo tiempo. Estaría bien que mis emociones tomaran una dirección y se atuvieran a ella.

Arnina cogió otra toalla.

"Coge otro", dijo. "Si nos vuelven a meter en el corral, podemos usarlos para intentar subir al balcón".

"Entendido, seastar", respondí, cogiendo varias más y poniéndome capas.

"Arnina", cantó su alienígena con correa.

Se dio la vuelta y caminó hacia él con obediencia pasiva, validando mis preocupaciones anteriores. Así era ella. En cuanto encontraba a un chico que le gustaba, ignoraba cualquier señal de alarma, como el hecho de que a los de su especie les gustara enjaular a los nuestros.

Me crucé de brazos y los observé.

Cantaban palabras de un lado a otro, señalándose el estómago. Arnina sonreía como una tonta que acababa de descubrir el significado del amor verdadero.

Entonces su alienígena desenvainó sus garras.

Era evidente que la conversación le estaba agitando; ¿quizá era una forma de indicar sus emociones?

Tal vez era menos amor verdadero y más ansiar a alguien que pudiera protegerla.

Estos machos tenían un armamento serio incorporado.

Luego, él, el médico y Arnina empezaron a ir y venir un poco más, incluso pasándose lo que parecían unas pinzas.

Incapaz de seguir lo que pasaba, empecé a perder el sentido.

¿Mi cazador de cabezas cortó las cabezas de esos reptaliens con sus garras desnudas? Si es así, ¿cómo mantenía su pelaje tan limpio? ¿Cuánto trabajo costaría lavarle con champú cada centímetro? Me ruboricé al pensarlo, imaginando la espuma jabonosa cayendo por su cuerpo duro y ondulado.

Arnina me señalaba y cantaba, y el gesto me devolvió a lo que estaban haciendo.

Entonces su macho cantó algo más y le señaló el culo.

"¿No me digas que quiere que te pongas un strap-on y lo montes como un pony?". le pregunté.

Arnina me ignoró, muy concentrada en su lección de lengua.

Siguieron cantándose y entonces el varón levantó la sonda con la que el médico había intentado atraparme.

No pude contenerme. Me eché a reír.

"Lorelei, esto es serio. Está intentando asegurarse de que recibo atención médica", dijo Arnina, por fin comprometiéndose conmigo.

"Eso es lo que dicen todos los tíos cuando quieren metérsela por detrás", respondí. "Eso y: 'Ooooooh, nena, el condón está demasiado apretado, usemos el otro agujero'. El otro agujero no te protege del brillo espacial de ponerte demasiado juguetona con un hada".

Arnina puso los ojos en blanco.

"¿Puedes ayudarme a subir a la mesa?", preguntó.

"Nunca digas que no te lo permito", bromeé mientras me acercaba a la mesa. Me puse en cuclillas y apoyé la mano buena con la palma hacia arriba en el muslo.

Arnina apoyó las manos en el borde de la mesa y puso un pie en mi mano. Cuando me incorporé, Arnina se levantó y puso la barriga sobre la mesa. Con un poco de contoneo, rodó sobre la mesa y se sentó.

Fue muy fácil levantarla.

No tenía ningún dolor residual por haber sido golpeado y abandonado a revolcarme en mi propia suciedad en una jaula. Por lo menos, aunque la estúpida señora de los gatos me metió en

una jaula, se ocupó primero de mis heridas.

Arnina cantó algo a los alienígenas.

Suspiré.

No me quedé esperando. Mientras estaban ocupados, rebusqué en la habitación y encontré vendas y un cabestrillo. Me vendé la mano, asegurándome de vendármela bien para no moverla y hacerme más daño. Utilicé el cabestrillo para sujetarla porque, ¿por qué no?

Conocimientos básicos de primeros auxilios: los tengo.

Una vez terminado el examen de Arnina, su bombón alienígena nos condujo a un carrito que flotaba del suelo como si perteneciera a una película de Regreso al futuro. Nos sentamos en su único banco, con Arnina en el centro.

"¿A dónde nos lleva, Neen?" Le pregunté.

"Probablemente volvamos a nuestro corral", bostezó Arnina. "Es el único que limpia mi jaula y cosas así. Es el escalón más bajo. Si todos piensan que somos animales, probablemente seamos propiedad, y estaría robando si nos llevara a otro sitio".

Sí, al diablo con eso.

"¿Y si corremos en dos direcciones distintas cuando pare este carrito de golf flotante?". Pensé. "No puede atraparnos a los dos".

"¿Flotando?", preguntó.

Por supuesto que no se dio cuenta.

"¿No lo viste?" Dije. "Esta cosa no tiene ruedas."

"No, no lo hice. En cualquier caso, no deberíamos separarnos. Sólo sé unas pocas palabras, y tú no puedes cantar una mierda, y creo que deberíamos..." Se interrumpió cuando su Boy Toy detuvo el carro.

"¿Qué?" Pregunté. "¿Debemos qué?"

¿Estaba esta chica pensando seriamente en dejarme otra vez?

"Aquí no es donde está el corral", frunció el ceño, deslizándose del asiento tras el macho.

"Bueno, ¿dónde estamos?" pregunté. "Si Drizzt aquí es sólo un personaje secundario, ¿adónde nos llevaría?".

No había forma de que parara con las referencias a los elfos ahora que me había enganchado a ellas. El chico gato que llevaba atado era guapo de una forma etérea, no del tipo rudo que va a asesinar a sus enemigos, como mi chico.

Mi chico, ¿podría llamarlo así?

Me sonrojé al darme cuenta de que ya me sentía muy unida.

Una caja de cabezas cortadas, y yo estaba listo para rodar y poner mis piernas en el aire. Definitivamente necesitaba tomar una ducha fría para mi apego emocional durante una situación de alto estrés en la que estaba totalmente vulnerable.

Aunque una ducha caliente sería mucho mejor.

"¿A un abogado?" Arnina devolvió su juego de llaves al alienígena y éste nos condujo a través de las puertas a una sala que parecía un vestíbulo. Le seguimos por un pasillo lleno de hileras de puertas iguales. Abrió una y la mantuvo abierta.

Entramos y él nos siguió, cerrando la puerta tras de sí.

Era una habitación larga y rectangular con dos puertas. Una línea de encimeras la dividía en dos zonas diferentes. El espacio más alejado tenía gruesos tubos cilíndricos que recorrían la pared a varias alturas. Era como si a un árbol viejo le crecieran ramas tan anchas como el tronco cerca del suelo y un metro por encima, y alguien las cubriera de tela y las pegara a la pared para crear plataformas agradablemente redondeadas por las que trepar y descansar.

"Esto es una cocina. Eso es un salón", dije, llamándolo como lo veía. "Lor'themar nos llevó a casa".

Esa era una bastante oscura.

"¿A qué viene esa referencia? ¿Te la has inventado?". Arnina negó con la cabeza, abandonando la pregunta sin respuesta mientras seguía hablando. "Esto no tiene por qué ser su casa. Podría ser una oficina".

"Me da igual que sea Mordor disfrazado", empujé una pared de lo que había bautizado como la cocina, y apareció un panel. Miré dentro. Había un montón de cajas con fotos de cosas que no reconocí, así que lo cerré y abrí otro. "Ya es mucho mejor que una jaula".

Éste tenía tarros, así que saqué uno, lo abrí y lo olí.

"Arnina, vete a la mierda", nos cantó su Boy Toy y señaló una de las puertas. "Makrus".

Señaló el árbol acolchado.

Ah, ese era probablemente su nombre. ¿O era el nombre del gato trepador del árbol del sofá?

Luego pasó la mano por encima de su muñequera, haciendo que se proyectara una imagen en el aire. A continuación se acercó al árbol, se sentó en él y empezó a dar golpecitos con el dedo en la pantalla.

"¿Ves?" Señalé, nunca pierdo la oportunidad de demostrar que tenía razón. "Sala de estar. ¿Quieres apostar a que la puerta da a una cama? Aragorn va a dormir en el sofá como el rey que es".

"Aragorn no es un nombre de elfo", dijo Arnina, sonriéndome al darse cuenta de mi deliberado error.

A veces, la mejor manera de manejar una situación estresante fuera de tu control era la distracción lúdica. Yo era un profesional de las vibraciones negativas y las transformaba centrándome en el humor del momento presente.

Abrí otra puerta en la cocina.

"¡Lotería!" Grité. "¡Encontré la nevera!"

Empecé a sacar cosas. El plan actual era probarlas y luego echar un montón de cosas en una sartén.

Con suerte tendría un plan mejor antes de llegar a ese punto.

"No creo que lleve mucho tiempo aquí", dijo Lorelei al volver al salón. "Su ropa está en el suelo y no vi ningún sitio donde ponerla".

"Sólo hay tres cosas en la nevera, así que parece probable", respondí, insatisfecho con lo que había encontrado.

Abrí uno de ellos y lo probé.

Sabía agrio.

"Esto es un baño", gritó Arnina. Había seguido a su alienígena a otra habitación. "Hay una ducha, pero en lugar de toallas, es como un secador de cuerpo entero incorporado en la ducha. El retrete parece lo que cabría esperar de un ser bípedo, pero no tiene agua. Tiene virtudes de madera y arena, creo. Tira de la cadena, pero no tengo ni idea de cómo funciona. Parecen arenas movedizas".

Me acerqué a mirar por encima de su hombro.

"Es una caja para gatos", bromeé.

"O un inodoro de compostaje", señaló Arnina. "Los tenemos en la Tierra. Funcionan bastante bien si se hacen bien".

Había un gran peso en el aire cuando dijo esas palabras.

"¿Crees que alguna vez llegaremos a casa?" pregunté. Ya estaba segura de que la respuesta

era no.

"Paso a paso. Podemos alcanzar cualquier meta", murmuró. "El primer paso es aprender el idioma. El segundo paso es asegurarnos de que tenemos derechos legales como personas".

Eso sonaba a mucho trabajo. Al menos intentaba ser positiva al respecto, pero la agobiante realidad de la situación no dejaba mucho margen para la evasión.

"El segundo paso también podría ser hacer autostop", dije.

"Tenemos que asegurarnos de que tenemos habilidades comerciales comercializables que un carguero alienígena pueda encontrar útiles. Yo, por mi parte, no me abro de piernas para volver a casa", dijo, mirando a su macho alienígena.

Se acercó a nosotros. Ambos retrocedimos.

"¿Ni siquiera para Rey de la Selva aquí?" pregunté, arrepintiéndome inmediatamente. Estábamos en una situación precaria. No debería estar bromeando sobre prostituir a mi amigo por la libertad.

"Trabaja en un zoológico paleando mierda", dijo. "Es imposible que tenga una nave espacial".

O tal vez estaba bien bromear sobre ello ya que ella estaba respondiendo de esa manera.

"Tuvo los cojones de llevarnos lejos del zoo", señalé. "O tiene una fanfarronería que tú no conoces, o el hombre robaría una nave espacial para ti. Dejó que le pusieras un collar y lo pasearas con una correa. Dime que al menos le has visto las pelotas".

Se sonrojó.

"¡Lorelei!"

Sonreí.

¡Ahí estaba la diversión que había estado buscando!

"Oh, calamar escurridizo, ¿qué no me has dicho? ¿Tengo que castrarlo mientras duerme con unas pinzas de ensalada?". Moví mi mano sin vender, imitando las pinzas.

"No, no", dijo, agitando las manos. "Nosotros sólo... Yo, bueno..."

Ahí estaba. ¿Cómo podía confiar en ella si se censuraba cuando hablaba conmigo? Debería poder contármelo todo.

"Creo que lo excité una vez", simplificó.

"¿Se te insinuó?" Le pregunté.

"No, creo que yo, técnicamente, accidentalmente hice un movimiento en él", dijo.

"Ahora está enamorado de ti y quiere rescatarte, y tú... ¡Oye! ¡Iba a cocinar eso!" Hice un uno ochenta en la conversación al darme cuenta de que su Boy Toy estaba socavando mis esfuerzos.

¡Volvía a poner todos mis tesoros en la nevera!

"¡No! ¡Tengo hambre!" Grité. Le empujé y cerré la nevera. Él cantó algo e intentó volver a cerrarlo.

"Intenta aprender palabras en lugar de agarrar", dijo Arnina. "Voy a darme una ducha".

"¡Para ti es fácil decirlo, Srta. Tono Perfecto!" Dije, pero ella ya había salido de la habitación.

¿Cómo iba a hacerlo?

"¡Hambre!" insistí, agitando los brazos en círculos gigantes, sintiéndome como un americano en Europa que espera que todo el mundo sepa inglés, frustrado por mi propia falta de capacidad de comunicación. "¡Aprende mi idioma! Hungry!"

¿Por qué no me dio de comer?

O al menos, quitarse de mi camino para que pudiera alimentarme.

Oí el sonido del agua corriendo mientras seguía discutiendo con el terco alienígena.

Entonces se oyó un ruido en la puerta que se parecía mucho al trinar de un pájaro, y el Niño Juguete dejó de guardar cosas en la nevera para acercarse a la puerta. Se abrió y allí estaba la doctora. Le dio algo y se marchó.

Lo dejó en el suelo y volvió a coger los tarros que había sacado de la nevera.

"En serio, ¿eres como la policía de los donuts?" pregunté. "¿Por qué eres tan tacaño?"

La puerta volvió a sonar y se dirigió a ella.

Se abrió para revelar a mi asesino.

Mi corazón se agitó al verle.

Y lo que es más importante, me gruñó el estómago.

Por el olor, había traído comida.

ME QUEDÉ DELANTE DE LA PUERTA CON LA GRAN BOLSA DE COMIDA PARA LLEVAR EN LA MANO.

No podía creer que estuviera haciendo esto.

Al mismo tiempo, la profunda necesidad de volver a verla tiraba de mí con una urgencia que no comprendía. Ella no entendía quién era yo. No sabía que el hecho de que yo apareciera en su puerta con comida para ella era algo que pondría a todo el Imperio patas arriba si se corriera la voz.

El Príncipe abrió la puerta y se le dibujó una sonrisa en la cara al verme.

"¿Has venido tú mismo?", preguntó. "Pensé que enviarías a alguien".

Lo empujé y mis ojos se centraron en mi pequeña hija, que estaba de pie detrás de él, mirando a su alrededor. Sus ojos se abrieron de par en par al reconocermelo, y toda su cara se iluminó al sonreírme, manteniendo los labios cerrados alrededor de los dientes. Llevaba una toalla pequeña. No fruncí el ceño al verla y dejé la comida en la encimera junto a ella.

Se giró, guiándose por la nariz mientras olfateaba el aire. En cuanto la bolsa estuvo sobre la encimera, hurgó en ella y sacó envases.

"He venido a verlo con mis propios ojos", le contesté.

Mi salchichita emitió un sonido delicioso al abrir uno de los recipientes.

Era tan... mona.

Me acerqué y le tendí la mano, cogiendo entre mis dedos un mechón de su crin. Era suave y sedoso, pero también parecía enredado. Giró la cabeza para mirarme, con un fideo colgando de la boca.

ME METÍ EL FIDEO EN LA BOCA COMO UN COCKER SPANIEL DE DIBUJOS ANIMADOS.

Mi gato anime alien tenía un mechón de mi desordenado pelo entre las manos, y podía sentir cómo lo levantaba, las terminaciones nerviosas de mi cuero cabelludo me producían escalofríos. Estaba tan cerca de mí, se cernía sobre mí. Mastiqué y tragué, lamiéndome la salsa salada de los labios mientras buscaba algo que decir antes de recordar que hablar no era posible.

Estaba utilizando un utensilio que parecía un tenedor, pero en lugar de ser plano con una ligera curva, era como una garra que se utiliza para arrancar los huesos de la fruta, sólo que más ancho. Volví a meter el tenedor en el recipiente de comida para llevar que tenía en las manos y me volví hacia él. Quería saber quién era aquel hombre. Quería saber por qué estaba haciendo todo esto por mí.

Quería tocarlo.

Levanté la mano y la puse sobre la suya, rozando suavemente con los dedos los bordes de mi propio pelo. Giró la mano y me la cogió con cuidado mientras la miraba, pasando la yema del pulgar por los bordes lisos de mis uñas, apenas visible la punta de su garra retráctil.

La pulsera que llevaba en la muñeca emitió un sonido metálico. Me soltó la mano, se dio la vuelta y salió por la puerta.

Suspiré.

Demasiado para conocerlo.

¿Por qué no se quedó?

Unos minutos más tarde, sonó una campanilla en la puerta y el juguete de Neen abrió. Fruncí el ceño cuando vi quién era. Era esa mujer gato, la doctora, o lo que fuera, que me había metido en la jaula diminuta. Me crucé de brazos y la fulminé con la mirada, deseando tener una forma mejor de expresar mis ganas de irme.

Espera, yo podría resolver esto.

Que no supiera cantar no significaba que no pudiera expresarme. Estaba claro que los alienígenas utilizaban mucho el lenguaje corporal en sus comunicaciones y, aunque yo no tenía todas las partes del cuerpo necesarias, me encantaba encontrar nuevas formas de moverme por el espacio y el tiempo.

Después de todo, era bailarina.

Le entregó una pequeña bolsa al Niño Juguete, cantando algo antes de que sus ojos se deslizaran más allá de él hacia mí.

Levanté ambas manos y las puse por encima de las orejas, a un lado del cráneo.

Mantuve los dedos pegados.

Luego, con un solo movimiento, giré las manos hacia dentro hasta darles la vuelta completa,

y los muñecos de cada mano estaban ahora en el interior, luego aplané las palmas hacia abajo, hacia el cráneo.

Sus orejas se movieron ligeramente hacia atrás y luego giraron para apuntarme mientras inclinaba la cabeza.

Quería darte las gracias por curarme, pero en vez de eso era mucho más divertido optar por la opción "jódete por meterme en una jaula". El niño de juguete miró hacia ella e hizo un chasquido antes de señalar la puerta y cantarle. Ella sacudió la cabeza y se fue. Que te vaya bien.

Cogí otro recipiente de comida para olerlo.

Arnina eligió ese momento para salir de la ducha. Debía de haber encontrado un cepillo, ya que su pelo estaba bastante bonito. Iba a tener que buscarlo después de terminar de comer esta deliciosa comida.

"Tu novio extraterrestre pidió comida para llevar", le dije. "Ah, y la señora de la sonda de culos pasó con algo para ti".

Sabía que también debía mencionar a Zale, pero me guardé ese pequeño detalle. Odiaba esa sensación de desconfianza, pero no podía desprenderme de ella. Incluso en mi estado mental más salvaje de disonancia cognitiva, la realidad de la capacidad de Arnina para elegir a un chico por encima de nuestra amistad estaba grabada a fuego en mi corazón.

"Supongo que ella sabía que nos iba a traer aquí", señaló mientras se acercaba a la barra. Cuando se acercó, golpeé con el pie el lateral del mostrador y oí un clic.

Se deslizó un taburete del que sólo sobresalía la punta.

Lo sacó hasta el final y se subió a mi lado. Teníamos que hacer el ridículo. Todo era demasiado grande para nosotros. Estos duendes gato eran gigantes.

"Toma, prueba esto". Deslicé un cartón redondo y un tenedor alienígena.

"¿Dinglehopper?" bromeó Arnina, levantándolo para mirarlo.

Me reí, lo cual fue un error, ya que acababa de comer un bocado de fideos. Acabé tosiendo: mis vías respiratorias no eran aptas para los fideos.

"¡No te atragantes!" Arnina me dio una palmada en la espalda. "Tú eres la que siempre hace chistes de sirenas. Si no los aguantas, no los pesques".

Oh, definitivamente se sentía muy bien ahora.

Sentí que mi misión como amigo de animarla había tenido éxito. ¿Quién iba a decir que sólo haría falta una abducción alienígena, tortura y elfos gigantes gato para animarla? Por supuesto, se saltó la parte de la tortura. Esa parte era toda mía.

Me enjugué una lágrima mientras tragaba saliva.

"¡Eso es porque soy la reina sirena de Port Townsend! Es mi deber real soltar alguna parrafada de pescado". Sonreí y volví a meter mi saltamontes en el recipiente de fideos. "No me lo esperaba de un marinero de agua dulce como tú".

"Lo que usted diga, Majestad", sonrió Arnina, miró el cartón de pollo teriyaki que tenía delante y suspiró.

Su juguete extraterrestre le cantó algo y le acercó el paquete que el médico le había dejado en el mostrador. Dentro del envoltorio había cinco tubos llenos de una sustancia púrpura. Los tubos tenían media pulgada de ancho y la longitud de la palma de mi mano. Un extremo tenía una cubierta de goma extraíble y el otro un compresor para expulsar la crema.

Volvió a cantarle y ella le miró como si estuviera hecho de tarta de chocolate.

"Creo que se supone que debes tomar la medicación con la comida", dije, y luego sorbí otro bocado. No sabía de qué estaba hablando, pero estábamos comiendo y él se la estaba dando ahora, así que parecía sensato.

"Ojalá hubiera alguna forma mágica de implantar su lenguaje en mi cerebro", dijo. "Me gustaría saber qué estoy tomando y por qué".

"Si hay naves espaciales, entonces hay traductores", comenté. "A menos que hayamos caído por una grieta dimensional en lugar de ser abducidos y, de hecho, sigamos en la Tierra. Oh, ¿dónde está el médico cuando se le necesita?".

"¿Quién?" Preguntó, y yo no estaba seguro de si estaba cayendo en la trampa o siguiéndole el juego. A veces era difícil saberlo con ella.

"Exactamente. Ahora, ¿vas a confiar en el médico alienígena al azar y tomar esos o qué?" Señalé. No me gustaba la doctora pero definitivamente me curó.

"Creo que es veterinaria". Arnina destapó uno de los tubos y se lo bebió.

Hice una pausa, con la comida a medio camino de la boca. ¿Un veterinario? ¿Significaba eso que mi trozo asesino de chico gato en llamas pensaba que yo era un animal?

El Boy Toy de Arnina le cantó y le empujó uno de los cartones de comida.

"Vale, vale", dijo, cogiendo de nuevo el dinglehopper. "Comeré".

Fruncí el ceño mientras los observaba. Era imposible que estos tipos pensaran que éramos animales, a juzgar por la forma en que interactuaba con Arnina. Al menos, realmente esperaba que no.

Realmente quería *que* me viera como una mujer.

Sería más fácil si supiera su nombre.

Tenía que controlar lo de aferrarme al primer chico que me salvara. No importaba que estuviera buenísimo, fuera amable y matara a mis enemigos por mí.

No podría enamorarme de él al primer rescate. De ninguna manera.

Cuando terminé de comer, salí a investigar la ducha. Los mandos estaban muy altos, pero la temperatura era estupenda y fácil de regular. Mejor aún, el jabón olía y parecía jabón, aunque tenía una curvatura curiosa.

No era de extrañar que esta especie tuviera tantas similitudes, dado que tenían un aspecto muy humanoide. Por otra parte, tenía que haber diferencias que aún desconocía.

Descubrí el misterio del secador de pelo cuando cerré la ducha y me lanzó un chorro de aire caliente. Encontré el cepillo en la encimera, limpié el pelo de Boy Toys y me arreglé el mío. Luego me dirigí a la puerta número dos, la que Lorelei creía que era nuestro dormitorio.

Detrás de la puerta había más un nido que una habitación. Un gran mueble a la altura de los muslos ocupaba la mayor parte de la habitación. Los bordes se curvaban en forma de platillo. Todo estaba cubierto por una sábana bajera. En un extremo había una manta enrollada.

La ropa se desparramaba por el suelo desde una bolsa abierta, como si alguien acabara de llegar de viaje y, en lugar de deshacer la maleta, se dedicara a vivir directamente de ella. Junto a la puerta había otro montón de ropa.

Era una tontería de macho inmaduro; ni siquiera se molestó en deshacer la maleta. Pero, ¿cuánto tiempo pensaba quedarse aquí? Tal vez esto era un hotel u otro tipo de vivienda temporal.

Acabé durmiéndome en cuanto me acosté, despertándome parcialmente cuando Arnina se metió conmigo en el gran nido de la cama.

Cuando me desperté por la mañana, se había ido.

SALÍ DEL DORMITORIO Y ME ENCONTRÉ A ARNINA TUMBADA DE ESPALDAS EN EL SOFÁ EMPOTRADO en la pared, con los talones apoyados en la musculosa espalda de su Boy Toy, que estaba muy desnudo y tenía la cabeza firmemente plantada entre las piernas.

Necesitaba desayunar.

De ninguna manera iba a esperar en el dormitorio, hambriento y solo, a que se tirara a un tío con el que ni siquiera podía hablar.

"Oh mi Gaia, ¿estás recibiendo cabezazos de la tribu de la nieve Na'vi ahora mismo?" Pregunté desde la puerta.

Jadeó y tiró del vestido camisero por encima de la cabeza de Makrus. Makrus emitió un pequeño chasquido, pero no soltó la cabeza.

Arnina soltó un pequeño grito cuando su cabeza se movió en su sitio.

Vaya, no le importó en absoluto que yo estuviera allí.

Arnina le plantó el pie en el hombro y empujó. Acabó deslizándose por el sofá lejos de él antes de rodar y ponerse en pie.

No trató de sujetarla ni de impedir que se alejara de él, lo que para mí fue una ventaja. Sin duda era lo suficientemente fuerte como para mantenerla en su sitio.

Cuando ella se movió, él se sentó, y tuve una vista frontal completa de lo que estaba empacando.

No era humano.

Bueno, una parte parecía perfectamente útil, aunque un poco grande.

El resto, sin embargo...

"¿Son... qué son?" Ladeé la cabeza. "¿Qué demonios son esos?"

De la base de su virilidad salía un nido de tentáculos morados. Tenía un aspecto absolutamente alocado. Se agitaban como si quisieran agarrarse a algo.

"¿No podías haber esperado?" preguntó Arnina, con la cara enrojecida.

"Uno", levanté un dedo. "Alienígena; dos, nos ha estado manteniendo cautivos; tres, no podemos comunicarnos bien; cuatro, no tenías que parar si estabas en ello; y cinco, ¿Qué. El. Demonios. Son. ¿Esos?"

"No lo sé, joder, pero... me gustan", dijo, todavía con problemas para mirarme a los ojos. "Y no, no voy a quedarme ahí tumbada y recibir una mamada mientras tú miras, perverso..."

Se interrumpió.

"¿Qué?" desafié. "¿Perverso qué?"

"Moza", terminó.

"Ni siquiera puedes usar la palabra puta, ¿y usas tu coño para el primer contacto?". Me reí.

"Neen, tienes que alejarte de la vergüenza sexual interna y aceptar el hecho de que el deseo es sano y natural. Deberías poder hablar de ello. No hay absolutamente nada malo en querer follar con un alienígena que tiene el cuerpo de un atleta olímpico. Tampoco tiene nada de malo que tu mejor amigo te interrumpa para asegurarse de que es consentido. Si lo que quieres es una polla rara, puedes volver a ello después de ponerte en plan: "Sí, Lorelei, quiero una polla alienígena de mi captor convertido en posible salvador, y no, no quiero compartirla ni que mires porque me siento segura siendo follada sin respaldo". Los límites verbales contundentes son súper relajantes y no requieren avergonzar a una zorra para establecerlos. Odio lo que te hicieron tus padres".

"No habrían hecho nada si no se hubieran enterado de la existencia de mis libros", afirma.

Su Boy Toy se levantó del sofá y se dirigió hacia el baño, cubriéndose finalmente con una toalla alrededor de la cintura.

"Tus padres te hicieron prometer tu virginidad a tu padre cuando tenías como doce años para que se la regalara a tu marido", le dije. "Tus libros no tuvieron la culpa".

Sólo pensarlo me enfurecía aún más.

Sus padres le habían dicho sin ambages que su cuerpo pertenecía a los hombres de su vida, así que cuando finalmente se encontró con su ex, tenía muy poca defensa mental ante un hombre que también creía que los cuerpos de las mujeres eran posesiones.

Su Boy Toy entró en el baño y oí el sonido de la ducha al abrirse.

"Lorelei, ahora no quiero hablar de mis padres", dijo, mirando la puerta del baño con indisimulado anhelo.

"Entonces dame lo que necesito", dije, añadiendo un jadeo a mi voz. "Háblame, cariño".

Se rió.

Sólo esperé.

"Sí, su pene es extraño, y no, no estoy segura de querer sexo todavía, pero no dije eso, y él paró de todos modos, así que me siento bastante segura en este momento, tan segura como puedo sentirme después de... todo... esto. Quiero entrar ahí y echarle un buen vistazo a sus partes movidas, como tú dices. Si necesito ayuda, gritaré banana como mi palabra de seguridad, ¿de acuerdo?"

Con eso me bastaba.

Era adulta y podía hacer lo que quisiera mientras no me impidiera el acceso a la comida.

"Ve a por él, Neen", dije y me giré bruscamente para investigar los deliciosos olores de la cocina.

"Eres una zorra pervertida", susurró mientras se dirigía hacia la puerta del baño.

"Hace falta ser uno para conocer a otro", sonreí.

Me fijé en la pila de cartones que había en la isla de la cocina. Parecía que el amante nos había traído más comida para llevar. La comida que comimos la noche anterior me sentaba bien en el intestino, sin molestias ni signos de intoxicación, así que era de esperar que aquel médico nos hubiera comunicado lo que podíamos comer. Quizá por eso Boy Toy me impidió meterme en la nevera: la entrega iba a contener cosas más aptas para el estómago de lo que yo podía preparar con lo que tenía en la nevera.

Fruncí el ceño.

Si Arnina había estado retenida en el recinto de un zoo, era muy probable que aquella mujer no fuera médico, sino veterinaria, como pensaba Arnina. Clavé un tenedor en algo cremoso y dulce. Eso significaba que había estado retenida en una perrera, no en una jaula.

Ese pequeño hecho me cabreó.

Me habían tratado como a un animal.

Respiré hondo cuando sentí que la emoción negativa se apoderaba de mí. Había tenido demasiadas malas experiencias en la vida como para dejar que la indignación se apoderara de mí.

"Mis emociones son válidas, pero no me controlan", dije en voz alta, intentando recordar aquella mierda por la que me había guiado mi terapeuta. "Pasan a través de mí tan fácilmente como una brisa. Me alimentan con su energía. Reconozco que ser tratado como un animal salvaje me sienta mal, pero voy a dejarlo pasar".

Cogí otro cartón para inspeccionar el contenido.

"En su mayor parte", añadí, reconociendo la realidad de quién era como persona. Podía hacer todo tipo de mantras, y eso ayudaba, pero al fin y al cabo, iba a volver locos a esos clientes del zoo si alguna vez los veía.

No creía en el perdón.

Levanté la caja y la miré más de cerca. Parecía una combinación de silicona y plástico, y era más redondeado y cilíndrico que las cajas de papel o poliestireno a las que estaba acostumbrado en la Tierra. Un concepto similar, pero con un diseño y unos materiales diferentes. En cierto modo, tenía sentido que una especie bípeda lo bastante parecida a los humanos desarrollara conceptos similares, como recipientes de comida para llevar y sofás.

Pensé en los tentáculos.

La protección podría ser diferente. Esas cosas interferirían absolutamente con una goma. Me encogí de hombros. De todos modos, las distintas especies no serían compatibles. Al menos, eso no era algo de lo que tuviera que preocuparme.

Excepto que sí me preocupaba.

Si fuéramos los dos únicos humanos aquí, dondequiera que estuviéramos, ninguno de los dos podría ser madre. No era algo en lo que hubiera pensado mucho, ya que no había encontrado a ningún chico con el que estuviera dispuesta a ser madre, y mucho menos a formar una familia tradicional con diez bebés y una valla blanca, pero la idea de no poder hacerlo, de que me quitaran esa opción, me hacía sentir bastante mal.

Mordí un fideo salado y dulce.

No era lo que esperaba para desayunar, pero estaba bastante rico.

Dediqué toda mi atención a la comida que tenía delante. Era lo importante en el momento presente, no las oportunidades vitales que podrían perderse para siempre.

Arnina salió del baño.

Parecía sorprendida, como si hubiera recibido más de lo que esperaba. Eso, y que tenía al cien por cien montones de eyaculación en la cara y el pelo.

Se acercó al fregadero para lavarse la cara.

"¿Todo lo que querías?" Pregunté suavemente. "Pareces conmocionada".

"Fue un poco intenso, pero bueno. Además, su semen sabe a natillas", respondió ella. "También me la restregó por el pelo".

Fue un alivio.

Espera un momento.

¿Dijo que le restregó su esperma alienígena en el PELO?

¿Y lo había probado?

Me mordí el labio, intentando contener una carcajada. Era una diferencia cultural bastante grande. Sacudí la cabeza, divertida. Y lo que era mejor, sonreía de forma bobalicona. Me había imaginado que estaba a salvo por el breve momento que observé en el sofá, pero me alegraba oír que, aunque se había asustado, se lo había pasado bien.

"No voy a compartirlo", dijo.

No quería su Boy Toy, ni siquiera un poco.

Me gustaban más los hombres dispuestos a ejecutar una venganza sangrienta y presentarla como un regalo.

"Creo que podría intentar conseguir el mío", dije. "Pero sólo después de que establezcamos el acondicionador de pelo extra como un duro no límite".

"SEÑOR, SÉ QUE NO ME CORRESPONDE INTERROGARLE...". YRETA PERMANECIÓ A MI LADO mientras mirábamos a través del gran ventanal del despacho del antiguo propietario. El Príncipe había actuado con rapidez y ya se había hecho con el control del zoo, incluida la oficina principal. El equipo de seguridad estaba esperando a que llegara para poder revisar personalmente los documentos que nadie había tenido el tiempo o la precaución de destruir.

Encontraría las pruebas de la venta ilegal de seres sensibles aprobada por el conglomerado, y las utilizaría para acabar con ellos.

No tenían ni idea de lo que se avecinaba. Porque técnicamente, no tenían nada que ver con esto.

Tenían mucho que ver con otras cosas, pero no eran tan descuidados. No me sentí mal por tenderles una trampa. Si no le daba al Príncipe alguna forma de desafiarlos, al final se las arreglarían para matarlo tranquilamente.

Sólo le estaba dando las herramientas para afilar sus garras.

Era él quien debía conectar con su depredador interior y cortar las cabezas de sus enemigos.

"Di lo que piensas", le ordené.

"¿Esto merece tu tiempo?" preguntó Yreta. "Puedo encargarme de esta operación y llevarla a término. Esto es sólo un Príncipe en una luna".

Observé desde la ventana de la oficina principal que se alzaba sobre el zoo, ofreciendo una vista de muchas de las instalaciones y recintos, cómo el Príncipe en cuestión escoltaba a los dos hoomons a través de la pequeña multitud que ya se había reunido para ver el recinto de hoomons excesivamente publicitado. Pronto se vieron rodeados cuando la gente se dio cuenta de que los hoomons andaban sueltos por el zoo, en lugar de estar a buen recaudo detrás de su recinto de depredadores de alta seguridad.

Mi pequeña hija, Lorelei, estaba levantando ambas manos, con todos los dedos hacia abajo excepto los dos del medio, que mostraba de forma prominente. Se giró para que todo el mundo pudiera verlos mientras movía la boca para expresar algo.

Redujeron la velocidad hasta detenerse.

Me volví para abordar las preocupaciones de Yreta.

"Eres hábil y sé que eres plenamente capaz de manejar esto, por eso te confío la mayor parte de la logística", le dije. "No me he quedado porque dude de ti, sino porque tengo un interés adicional que persigo y que debe ser tratado personalmente. Ahora, espero lo mejor de ti".

Asentí hacia el grupo.

"Sí, sire", se inclinó Yreta y aceptó el despido y la orden no vocalizada mientras abandonaba el despacho.

Momentos después, salió de la parte inferior del edificio en el que me encontraba con más miembros de mi equipo de seguridad que había instalado tanto en la seguridad del zoo como en el equipo de guardia para la protección del Príncipe. Estaba rodeado de hombres leales a mí en todo momento.

Al igual que el conglomerado, los regentes a los que tuvo que desafiar para hacerse con el poder.

Yreta, en concreto, llevaba tiempo trabajando para el Príncipe, actuando como jefe de su equipo. El equipo de Yreta se unió al Príncipe. Todo el grupo con los hoomons desapareció en el edificio. Pronto estarían en el ascensor camino del despacho que yo ocupaba.

Los informes de Yreta sobre el Príncipe eran la razón por la que estaba tan decidido a darle ventaja aquí.

Él me era leal. El conglomerado no lo era.

Me acerqué a las puertas del ascensor, como lo haría un guardia de seguridad. Se abrieron y entraron el Príncipe, Yreta y los hoomons.

Mi salchichita seguía vestida con una toalla.

Por un momento me decepcionó que el Príncipe las cuidara, pero luego me di cuenta de que la otra hoomon estaba vestida con su camisa y apestaba absolutamente a él. Eso no cambiaba el hecho de que no había cuidado bien de mi pequeña salchicha, pero al menos no la había vestido con su camisa.

Menos mal que mi salchichita no olía así.

Los ojos del Príncipe se desviaron hacia mí, abriéndose ligeramente en señal de reconocimiento, pero no hizo ninguna otra expresión. Sabía que no debía delatarme. Iba vestido como un guardia, así que me trataría como tal, aunque era poco probable que intentara darme órdenes.

"El vestuario debería llegar en breve, así como algo de comida", le dijo a Yreta. "Asegúrate de que ambos lleguen. Además, si esos adolescentes vienen al zoo, envíalos aquí". Hizo un gesto con la muñeca, indicando que le estaba enviando algo, probablemente las fotos de los adolescentes en cuestión.

Inclinó la cabeza, indicando que estaba escuchando un mensaje entrante.

"Señor, hay un problema en la jaula nocturna de la salchicha", dijo.

Era la jaula en la que mi pequeña hoomon se habría unido a su amiga si no hubiera estado tan malherida.

"Una unidad de guardia viene conmigo", ordenó. Me miró de nuevo. "Tú y los otros dos quedaos con los hoomons y protegédlos".

"¿Quieres que los mantenga aquí?" preguntó Yreta.

"Son libres de ir donde quieran. Quédate con ellos", dijo. "Y pónganme al corriente de cualquier cambio de ubicación".

Yreta me miró.

Asentí con la cabeza.

"Entendido, señor", dijo al Príncipe.

Empezó a dar golpecitos en su unidad de muñeca y a dar órdenes en voz baja al equipo. Había otro guardia en la sala, aparte de mí, un tipo bajo y gris que destacaba en la puntería a larga distancia y en el combate cuerpo a cuerpo.

Mi pequeña hoomon se acercó a Yreta, con todo el cuerpo tenso y los hombros casi hasta las orejas.

"Me llamo Lorelei", dijo, con una pronunciación apenas comprensible.

"Yreta", respondió Yreta.

"¡Me llamo Zale!" Le sonreí.

¿POR QUÉ ESTAMOS AQUÍ?" PREGUNTÉ. "ESTE LUGAR ES UN DESASTRE. ¿POR QUÉ SE HA IDO ASÍ? ¿Quién es esta bestia de aspecto hosco? Parece que se ha peleado con una batidora".

Arnina se limitó a encogerse de hombros en respuesta a mis preguntas.

Su Boy Toy nos había dejado en un despacho con tres alienígenas, aparentemente guardias. Una de ellas, una mujer de aspecto malvado, llevaba un atuendo que sólo supe que era un uniforme porque los otros alienígenas que habían salido cuando la multitud nos rodeó llevaban todos lo mismo. La ropa era de color rojo oscuro, y la parte superior, un chaleco, dejaba al descubierto sus brazos llenos de cicatrices. La piel de la parte interior de los brazos y el cuello era de un dorado leonado, y su pelaje estaba moteado con varios colores diferentes que me hicieron pensar en hierba alta y seca. Tenía un gran número de cicatrices en los brazos.

Y lo que es más importante, estaba a su lado.

Mi hombre gato asesino caliente estaba aquí, el jaguar de medianoche de un extranjero.

No debería haberme sorprendido. Parecía que cada vez que me encontraba en una nueva situación, él estaba allí.

¿Pero cuándo se quedaría?

Me invadió un nerviosismo agitado. De las interacciones de Arnina se desprendía claramente que esos machos tenían la capacidad de interesarse por nosotras de un modo que iba mucho más allá de la amistad.

Éste me había regalado las cabezas de mis maltratadores. Era poderoso, despiadado y se preocupaba por mí de una forma que golpeó algo en mí que nunca había reconocido antes de que abriera esa caja delante de mí.

Era un hombre que podía protegerme.

Pero también me había dejado en aquella consulta veterinaria para que me metieran en una perrera. No me llevó con él. Así que, el hecho de que pudiera protegerme no significaba que lo hiciera.

Respiré hondo para aclarar mis ideas y orientarme.

Estaba allí de pie mirándome.

En cambio, me volví para centrarme en la alienígena que estaba a su lado.

"Me llamo Lorelei", grazné en mi mejor intento vocal.

"Yreta", respondió la alienígena gatuna.

"¡Me llamo Zale!", cantó con gusto y una sonrisa el guardia negro de medianoche.

El último guardia, un macho de color gris, nos ignoró.

Miré a mi alrededor.

La habitación parecía como si alguien hubiera intentado destrozarla y se hubiera

interrumpido a mitad de camino. Había cosas desparramadas y varios objetos se habían golpeado contra el gran escritorio del centro de la habitación y habían quedado rotos en el suelo. Contra la pared había una estantería empotrada medio llena, y frente a ella, en el suelo, había una caja llena de objetos que habrían cabido en las estanterías.

"¿Crees que Yreta es su nombre o una forma de decir déjame en paz?" le pregunté.

"Es difícil saberlo. Sabemos como diez palabras", respondió Arnina mientras entraba en la habitación.

Técnicamente, era ella la que conocía esas palabras. Yo no participaba en eso de saber vocabulario, a no ser que fuera vocabulario de movimiento.

Zale no había dicho nada más. Sólo nos observaba.

Nunca encontré nada bueno en ponerme encima de un hombre que jugaba al frío y al calor conmigo, así que le ignoré.

Si quería atención, estaba seguro de que lo haría saber.

Se acercó a la enorme ventana del suelo al techo que se extendía en una gran curva.

La ventana dominaba la enorme habitación. La seguí para mirar hacia fuera.

Sólo para ver el zoo extendiéndose ante mí.

"Ahí está mi bolígrafo", dijo Arnina, señalando hacia abajo, hacia aquel lugar miserable. Desde este despacho se tenía una vista privilegiada de él y de varios otros. Su corral parecía un pequeño parque, pero con todas las plantas colocadas de forma que cada centímetro fuera visible desde las ventanas. Había un pequeño estanque junto a una de las ventanas.

Por un momento me sentí irrazonablemente celosa de que pudiera pasar el rato allí en lugar de en la consulta del veterinario. Yo habría utilizado ese estanque para montar un espectáculo.

Volví a respirar hondo y traté de dejar pasar aquella emoción inútil.

Entonces vi el bolígrafo junto al suyo.

"Uf, ¿qué es eso que hay en el corral de al lado?". pregunté. Había una criatura que parecía sacada de una pesadilla. Era el doble de grande que un elefante, tenía pinchos, un agujón, seis patas y masticaba un gran trozo de algo sanguinolento. "Parece que te hubiera comido vivo. ¿Te imaginas si pudiera trepar?"

Palideció y retrocedió.

"Estuve a punto de superar ese muro", dijo.

"Neen, habrías muerto si hubieras saltado ese muro", dije, señalando lo obvio.

Se quedó en silencio, sumida en sus pensamientos.

La puerta que se abrió detrás de nosotros nos hizo volvernos. Una esbelta elfa felina alienígena empujaba una gran caja flotante hacia la habitación. Le dio un golpecito, se posó en el suelo y se abrió. Metió la mano y sacó un perchero lleno de telas de distintos colores.

Iba toda elegante como un leopardo de las nieves.

"Se parece mucho a tu gato elfo buenorro", le dije. "Su coloración es la misma. Todos los demás han sido bastante diferentes hasta ahora".

La mujer miró hacia mí cuando hablé y se quedó inmóvil un momento, con los ojos muy abiertos. Luego se giró y lanzó una rápida serie de palabras discordantes contra Yreta.

Arnina y yo nos dirigimos hacia la ropa cuando ella estaba de espaldas.

Estaba desesperada por ponerme algo que no fuera una toalla.

La mujer del guardarropa y Yreta tuvieron un largo tira y afloja antes de que la mujer del guardarropa se volviera hacia nosotras. Retrocedió cuando se dio cuenta de que habíamos cruzado la habitación y ya estábamos rebuscando en su ropa.

"Hola, me llamo Arnina", cantó Arnina.

"Apuesto a que no sabía que estaba vistiendo a las mascotas". Saqué un vestido verde azulado brillante que le quedaría fabuloso a Arnina. "Pruébate".

"Oh, no", Arnina pasó de un conjunto a otro. "No, no podemos usar estos."

"Llevo una toalla", dije. "Por supuesto que llevo esto".

"Todos tienen agujeros para las colas". Arnina levantó un vestido y metió el brazo por el hueco. "Esta es la ciudad del culo de crack para nosotros".

"Eso no es ni remotamente un problema. Ahora ponte este vestido". Se lo puse en las manos. Dejé de discutir, se quitó la camisa y el vestido e hizo lo que le dije.

Cogí una cosa endeble de color morado que parecía que podía enviar por correo, la levanté y, de un tirón, le arranqué una tira.

La elfa del guardarropa soltó una retahíla de palabras que sonaban como un arpegio, pero no se acercó a nosotros mientras yo sostenía la tira de tela morada. Sabía que era un bicho raro por ser capaz de reconocer elementos de la estructura musical, pero una de las razones por las que sabía a ciencia cierta que se me daba fatal cantar era que había intentado durante mucho tiempo que se me diera bien.

Suficientes lecciones y práctica para aprender que la canción nunca iba a ser mi fuerte.

Lo até alrededor de la cintura de Arnina como el pañuelo de cadera de una bailarina de danza del vientre. El problema del agujero del trasero se resolvió con un poco de capas.

"¿Ves? No hay problema", sonreí, orgulloso de mí mismo.

Siempre siento bien enfrentarse a un problema y resolverlo, sobre todo cuando el resultado es cuidar de los demás. El problema de ocuparse de los demás sin ocuparse primero de uno mismo se puso rápidamente de manifiesto cuando la mujer del guardarropa empezó a doblar de nuevo el perchero.

"Noooooo", grité, estirando la mano para detenerla. "¡Todavía estoy en toalla! ¡¡Vamos, señora!!

La mujer, con su cola moviéndose de un lado a otro, dirigía todas sus palabras a

Yreta, que se quedó de brazos cruzados, sin decir nada.

Arnina agarró el extremo del perchero del armario y tiró de él hacia nosotros. Dijo algo firme y breve en su idioma y luego siseó como un gato.

Sonreí. Por fin me cubría las espaldas.

La mujer retrocedió varios pasos, soltando el perchero.

Arnina volvió a sacarlo.

"Nunca he oído sisear a ninguno de estos morfos de gato elfo", señalé mientras reanudábamos la búsqueda entre la ropa.

Arnina se encogió de hombros.

"Supongo que me estoy comportando como un animal salvaje, entonces." Sacó un vestido dorado. "Pruébate este".

"Oooh, sí", sonreí.

Merecía que me cubrieran de oro.

FUE DIFÍCIL CONTENER LA RISA CUANDO EL HOOMON SISEÓ A LA MADRE DEL PRÍNCIPE. NO PUDE contener la risa y su madre me fulminó con la mirada.

Sabía quién era yo y estaba más en sintonía con mis planes que su hijo. Cuando era muy joven y nueva en mi puesto, no apoyé del todo su intento de hacerse con el poder tras la muerte de su compañero. Conocía el poder que tenía el conglomerado, y como viuda reciente con un nuevo cachorro, no veía que ella tuviera el poder para mantener el trono sin que yo mismo me quedara en órbita y mantuviera su posición. Aun así, le había dado la opción, y con discusiones había entrado en razón.

Los mantuve a ambos con vida, pero ella había querido más.

Le prometí que estaría allí para más cuando fuera capaz de reunir el poder por sí misma sin mi ayuda o cuando su hijo alcanzara la mayoría de edad y encontrara a su pareja. Confiaba menos en mí que en su hijo, pero también sabía que yo lo quería en el poder y que los había mantenido a ambos a salvo, y eso era lo único que le importaba.

"Enséñales para que puedan hablar por sí mismos", dijo el Príncipe al entrar en la habitación. "Merecen su propia voz".

"¡Son dos!", gritó un adolescente.

El Príncipe había traído a cinco de ellos a la sala.

Los adolescentes emitieron sonidos de alegría que sonaban como un ronroneo rodante colocado hacia delante en la boca para que el sonido cayera de sus labios como una cascada de cristal. Se abalanzaron sobre los dos hoomons.

El Príncipe se acercó a su madre, irradiando ira con su discurso corporal.

"¿Qué haces aquí?", preguntó.

"Pensé en comprobar por mí mismo por qué pediste ropa para mujeres menudas justo después de finalizar la adquisición. ¿Qué es esto exactamente? Esas criaturas se anuncian como una de las exhibiciones, pero no son animales. Son alienígenas sensibles. ¿Por qué están en un zoológico? ¿Es por eso que aceleró la línea de tiempo?"

Me moví en mi sitio.

Ser guardia era molesto.

Lo que realmente quería hacer era llevarme a mi pequeña hoomon lejos de aquí y ver si conseguía que sisease. En lugar de eso, debido al papel que adopté, fui un observador silencioso.

No duraría mucho en esto.

Ser un espectador no era lo mío.

La única restricción que he tenido en mi vida me la puse yo misma. Tenía deberes y tradiciones que mantener, pero a estas alturas de mi carrera podía decidir cómo y cuándo me

ocupaba de las cosas. Todo el mundo a mi alrededor se plegaba a mi capricho, a mi poder.

Tomar las decisiones era una parte obligatoria del trabajo.

¿Hacer de guardia? Eso era para mí..

Era necesario garantizar personalmente la seguridad de mi hoomon hasta que llegara el momento en que pudiera llevármela.

Los ignoré, y en su lugar observé a los hoomons interactuar con los adolescentes. Estaban involucrados con sus nuevos profesores. Quería unirme a ellos, pero era arriesgado. Los jóvenes solían ser más espabilados de lo esperado, y si uno de ellos colgaba una foto mía en Internet, corría el riesgo de que me reconocieran. Tenía que encontrar la manera de pasar desapercibida.

Estaba a punto de ir hacia allí cuando el Príncipe bajó la voz, llamando mi atención.

"Mi osae se ha despertado", dijo.

"¿Quién es?" Su madre juntó las manos. "¿Dónde está? Supongo que la tienen vigilada. Tenemos que hacer esto público inmediatamente antes de que la junta de Fironus tenga la oportunidad de..."

"Es una gorróna", dijo en voz baja.

La conmoción se apoderó de mí.

Todos los miembros de nuestra especie tenían el osae.

Era un simbiote, un ser que vivía dentro de nuestros cuerpos, alargando nuestra esperanza de vida para que la muerte sólo fuera cosa de la violencia o los accidentes. El osae estaba tan arraigado en nuestra especie que habíamos evolucionado juntos, que incluso aquellos que tenían suficientes años no se consideraban adultos hasta que su osae despertaba.

Las osae durmientes impedían el embarazo, lo que era una bendición para una especie longeva, que sólo despertaba para los encuentros más compatibles.

Sólo despertaban al encontrar pareja.

No ha sido posible.

Los hoomons eran extraterrestres.

Las piezas del rompecabezas de mis propias emociones encajaron. Lo que había sentido por Lorelei, lo posesivo que era, cómo había matado personalmente a los esclavistas que la vendieron... mi cuerpo y mi corazón no la veían como una propiedad.

Mi corazón la llamaba como si fuera una igual.

Pero nadie era mi igual.

No podría permitirlo nunca más.

"¿Qué?" La alegría de su madre se transformó en conmoción. "¿Qué has dicho?"

"Mi osae despertó por la hoomon Arnina", dijo el Príncipe.

"No bromeas con esas cosas", dijo su madre, echando las orejas hacia atrás con disgusto.

Se bajó el cuello de la camisa, dejando al descubierto el mordisco de apareamiento más pequeño que jamás había visto.

Los celos y la nostalgia me desgarraron.

Empujé esos sentimientos hacia lo más profundo.

No había lugar en mi vida para eso. Nunca iba a permitir que otra hembra me mordiera. No podía hacerme eso a mí mismo.

Nunca más.

"¡NO!" Su madre gruñó, sus orejas se aplanaron, su cola azotando detrás de ella. "¡No! ¡No puede ser! ¡No puede ser! Debes rechazarlo!"

"No lo haré". El Príncipe mantuvo su voz firme. "Acepto la elección y la abrazo, junto con todos los retos que conlleva".

"Tú... I..." Su madre bajó la voz. "¿Has completado el apareamiento?"

"No", dije.

Aún no había criado al gorrino.

Por cómo olía, había estado a punto de hacerlo.

Nuestra especie sólo se reproducía cuando el osae lo elegía; incluso entonces, no era seguro. Sin la ralentización de la reproducción provocada por la propagación del simbionte osae, nuestra especie habría tenido problemas para adaptarse a la espectacular prolongación de nuestra esperanza de vida que supuso el cambio de la forma en que envejecen nuestros cuerpos por el simbionte osae, al reparar el daño que sufren nuestros cuerpos con el paso del tiempo a un ritmo acelerado pero controlado. Nos cambiaron para mejor, y por eso nos aseguramos de que se extendieran hasta que cada una de nuestras especies tuviera un simbionte.

La reducción de las posibilidades reproductivas significaba menos cuando se sabía que no se moriría de viejo.

"Hay una manera de evitarlo", dijo su madre mientras suavizaba su lenguaje corporal. "Te ayudaré".

"No parecías dispuesto a ayudar hace un momento", señaló.

"Te ayudaré", repitió. "En una semana, tendré una solución. Pero no completes el vínculo. Por favor. No lo hagas."

Salió corriendo por la puerta.

El Príncipe se dirigió al escritorio, concentrándose en el trabajo que tenía que realizar.

Las noticias que le dio fueron sorprendentes. Por un lado, significaba que no tenía que atar al conglomerado en una larga batalla legal mientras encontraba pareja y despertaba a su osae.

Sería capaz de avanzar rápidamente.

Si estaba dispuesto a enfrentarse a su madre en esto, significaba que había una posibilidad de que les desafiara formalmente por el trono.

Por otro lado, que una de nuestras especies encontrara pareja con un alienígena no tenía precedentes.

Habría desafíos.

Miré a mi gorrino al otro lado de la habitación.

Podría alejarme de esto. El Príncipe tenía todas las herramientas que necesitaba. Todo lo que tenía que hacer era usarlas. Le había puesto en la mejor posición posible para lo que tenía que superar.

Si me quedaba, corría el riesgo de que esta sensación que tenía se convirtiera en otra cosa.

Posiblemente podría aparearme con mi pequeño hoomon.

Eso era algo de lo que mis asesores me decían que me alejara. No sería bueno para mí. No sería bueno para mi posición.

Ni siquiera podía hablar.

Pero en lugar de girarme para salir por la puerta, me encontré cruzando la habitación.

No podía explicarlo, pero había algo en ella. Era completamente analfabeta, y aun así me moría por besarla.

Mis osae ya se habían despertado. No necesitaban el mordisco para salir de su letargo ante el sabor de una mujer que era adecuada para mí. No lo necesitaban, pero yo necesitaba evitarlo. El osae elegía a los que podían ser mi pareja. La mordedura reclamó a la que yo elegí. Destinado y elegido, mezclados.

Podía jugar con mi pequeña hoomon, pero no podía aparearme con ella.

No pude elegirla.

Podría hacerlo.
¿No podría?

"¿DE QUÉ CREES QUE SE TRATABA?" LE PREGUNTÉ A LORELEI. "DIJO TU NOMBRE, Y LUEGO BOOM. Alucina".

"Centrémonos en el lenguaje", dijo, evitando claramente responder a la pregunta. Sabía más de lo que decía. "Todo será mucho más fácil cuando podamos comunicarnos".

"Vaya manera de gafarte", resoplé. "Apuesto a que descubriremos que robarle la trenza de la entrepierna significa que vas en serio. No sé si te habrás dado cuenta, pero cuando estábamos rodeadas de los asgardianos, algunos de los chicos no llevaban trenzas en la entrepierna y estaban con sus mamás, que las llevaban en el pelo. Estás totalmente comprometida".

Me había hablado de un momento en que la habían retenido en una jaula del zoo y ella le había robado la trenza que llevaba en un cinturón delante de la entrepierna.

Miré a Zale.

No tenía trenza.

Según mi razonamiento, eso significaba que estaba cogido.

A lo mejor lo guardaba en otro sitio. Si lo hizo, tal vez debería tomarlo, sobre todo si la acción había conseguido una reacción tan grande de Arnina's Boy Toy.

Dejé de lado ese impulso. Procedía de la parte de mi cerebro que se deleitaba en causar problemas, y por muy alegre que fuera ceder, robarle algo a la ardiente máquina asesina alienígena con la que ni siquiera podía hablar no era la idea más inteligente.

Fuera lo que fuera lo que quería de mí, era el tipo de hombre que encontraría la forma de hacérmelo saber.

Sus ojos se clavaron en los míos y sentí que se me cortaba la respiración, que se me encendía la llama entre las piernas al sentir el calor entre nosotros. Me recorrieron pequeños escalofríos de electricidad. Las ondas brillantes que irradiaban entre nosotros eran algo que no había sentido en mucho tiempo, y sabía exactamente lo que significaban.

Joder, lo deseaba.

Quería acostarme con un extraterrestre.

Aquel pensamiento, a pesar de mis bromas con Arnina, era demasiado intenso para mí. La reacción de mi cuerpo, el hecho de que reaccionara así ante un hombre cuando llevaba años sintiéndome prácticamente entumecida ahí abajo, era más de lo que sabía manejar.

Sobre todo porque me hacía sentir así sólo con mirarme.

Aparté la mirada de él.

"Dios mío, para", se rió Arnina.

Ahora había cinco adolescentes con nosotros, intentando enseñarnos. Todos tenían nombres que estoy seguro de haber destrozado. Al igual que estaba seguro de que destrozaba todo lo

demás. Tenían reacciones físicas y faciales diferentes a mis intentos que a los de Arnina.

Cabro cogió una taza y cantó una retahíla de palabras. Luego cogió lo que parecía una tablilla rota y cantó la misma retahíla, pero con tonos ligeramente distintos.

"Creo que la acción implica el objeto", dijo Arnina después de repetir sus trinos de sonido imposible. "Porque la palabra para taza no falta, pero la melodía es ligeramente diferente".

"Voy a enseñar a esta humana". Agarré del brazo a Srencia, una alienígena de color miel y crema que venía conmigo mientras la separaba ligeramente del resto.

"Estoy completamente sordo, así que vamos a abordar esto desde dos direcciones diferentes."

Una vez que la tuve separada en una sección del despacho completamente despejada de muebles u otros obstáculos, me alejé un paso de ella y extendí las manos.

"Vale, Srencia". Intenté cantar su nombre, pero sus orejas se echaron hacia atrás cuando lo hice. Estaba bastante segura de que eso no era bueno, lo que me hizo dudar. Debería dejar de intentar cantar. Sólo iba a hacer que les cayera mal.

Intenté apartar ese pensamiento autosaboteador, pero se aferraba a los bordes de mi mente.

¿Y si Zale se hubiera entusiasmado al ver mi cuerpo, pero se hubiera apagado en cuanto oyó mi voz? Intenté recordarme a mí misma que eso no importaba. Mi vida no giraba en torno a si le gustaba o no a un chico.

Incluso si fue el primer hombre que conocí que realmente hizo algo para protegerme.

Srencia me dijo algo con un trino, atrayendo de nuevo mi atención hacia ella.

"Bien". Evité volver a cantar su nombre. "Sé que no puedes entenderme, pero vamos a trabajar en un idioma que realmente entiendo, y vas a ayudarme aquí. ¿Qué significa esto?"

Hice la locura de las manos de jazz que vi hacer a Zale en la pantalla la primera vez que lo vi.

Srencia dio un paso y sus orejas se aplanaron.

"¿Es una amenaza?" le pregunté. Entonces le enseñé los dientes y repetí el gesto. Sus orejas se echaron hacia atrás, completamente planas, y sus labios se levantaron para mostrar sus propios dientes. Eran mucho más espantosos que los míos, con caninos gruesos y colmillos prominentes de carnívoro cien por cien.

Dejé de hacer lo que estaba haciendo.

"Vale, ¿entonces un despliegue de amenazas?" Musité. "Sé que no puedes responder a eso... tal vez pueda encontrar..."

Repetí lo de las manos y los dientes, y luego cerré el puño y tiré de él hacia atrás como si fuera a darle un puñetazo.

Zale se interpuso entre nosotros y me rodeó con la mano.

"Oh, bien, esto será útil, ya que la estaba estresando totalmente", dije, retirando mi mano de la suya con una rápida sacudida para que me soltara. Lo agarré por los hombros y tiré de él. Respondió a mi tacto, permitiéndome moverlo un par de pasos hacia un lado. "Ahora voy a daros dos opciones, y tenéis que decirme cuál es".

Levanté un dedo.

"Primera opción", dije.

También podríamos hacer charadas con esto.

Repetí los dos gestos hacia Zale, pero en lugar de cerrar la mano en un puño, me acerqué, le rodeé la parte baja de la espalda con las manos y rocé su pecho con la mejilla. Sus manos flotaron en el aire por encima de mí y sentí cómo cada músculo se tensaba bajo mi contacto.

Di un paso atrás.

Levanté dos dedos.

"Segunda opción", dije, sonriendo con una sensación tóxica que conocía demasiado bien.

Sólo podía contenerlo durante un tiempo. Me encantaba esa sensación. Era la alegría psicótica que me invadía cada vez que decía algo insignificante que provocaba que otra persona estallara en una erupción de emoción. Era el subidón de azúcar de la instigación, de causar problemas, pero seguro que me proporcionaba una deliciosa recompensa de dopamina.

Aunque tuviera malas consecuencias.

Repetí los dos gestos, luego cerré el puño, eché el codo hacia atrás y di un puñetazo directo a las tripas de Zale con toda la fuerza que pude.

Ni siquiera se inmutó.

Ladeó la cabeza y me miró fijamente.

Mi mano, sin embargo, se sentía como si acabara de golpear una pared de ladrillo.

Volver a golpear a alguien con una mano rota era una idea terrible. Me mordí el labio con fuerza y se me llenaron los ojos de lágrimas mientras retiraba la mano con cuidado y la acunaba contra el pecho.

"Entonces, ¿es uno o dos?", dije, levantando los dedos de mi mano no palpitante mientras mi voz vacilaba.

"¡Dos!" chirrió Srencia en mi idioma, la palabra cantada con un crescendo menor.

Luego balanceó la cadera hacia la izquierda y rodó un hombro.

"Uno", cantó, luego me rodeó con sus brazos y me dio un breve abrazo, la parte inferior de su barbilla rozando la parte superior de mi cabeza mientras se inclinaba para abrazarme. Parecía medir sólo un metro ochenta, igual de bajita que las demás.

Cuando retrocedió, Zale alargó la mano y me la tocó ligeramente, apartándola de mi pecho. La palpó suavemente con los dedos, estudiando mi rostro. Hice un gesto de dolor.

"No te preocupes, te lo vendaré otra vez", le dije, hablando aunque sabía que no podía entenderme. No podía creer que me hubiera hecho eso. Como mínimo, debería haberle golpeado con la otra. Pero entonces probablemente tendría dos manos rotas en lugar de una.

Me soltó la mano, se dio la vuelta bruscamente y se marchó.

Su repentina salida fue un aguijonazo inesperado.

No, no necesitaba tener mis emociones unidas a este tipo.

Además, podía dejarme tirado después de que le diera un puñetazo en el estómago.

"De acuerdo..." Me volví hacia Srencia. "Hagamos ese cariñoso otra vez".

Trabajé una y otra vez con Srencia, resolviendo los movimientos corporales lo mejor que pudimos. Trabajé enseñándole palabras en mi idioma, pero dejé de intentar cantar el equivalente en el suyo. Me resultaba demasiado incómodo. Ahora estaba segura de que mi sordera me estaba llevando a destrozar su lengua y no quería seguir practicando donde pudieran oírme. Tendría que pedirle a Arnina que me ayudara en privado.

Así no me avergonzaría más.

Estábamos a punto de entender lo que significaba el movimiento de una cola cuando Zale se puso de repente a mi lado y me cogió la mano con la que me retorció, haciendo que me detuviera y me girara hacia él.

Me untó algo en la muñeca que me hizo cosquillas.

Sus dedos acariciaron mi piel, calentándola.

Me sonrojé al quedarme allí, con la mano atrapada en la suya, y mi conversación interespecie interrumpida por su repentina y dominante presencia. Una vez pasado el cosquilleo inicial, un calor irradió en mi mano, aliviándome hasta los metacarpianos. Cambió el agarre y me envolvió la mano con una cinta increíblemente suave, asegurándola con cuidado para que mi mano perdiera un poco de movilidad, pero la parte lesionada quedara sujeta.

Luego me sonrió, con los dientes cubiertos.

Giró un hombro, crispó la cadera y se llevó mi mano golpeada a la mejilla, frotando suavemente el lateral de la cara contra ella. Luego dio un paso atrás y se alejó de nosotros.

Seguí trabajando con Srencia, pero no le quité ojo de encima mientras se movía por la sala. En un momento dado, se marchó y volvió con una enorme pantalla que arrastró hasta Arnina y su grupo. Inmediatamente empezaron a utilizar el lápiz óptico que la acompañaba para escribir en ella como si fuera una tableta gigante. No parecía importar sobre qué superficie escribieran. Mientras sostuvieran el lápiz, escribirían en el aire, en la silla, en sus brazos... No importaba; las cosas seguían sucediendo en la pantalla.

Más tarde, volvió con una gran cantidad de comida, y todos abandonaron sus proyectos y empezaron a comer. La comida era igual de sabrosa que la de la otra noche, pero con sabores ligeramente diferentes.

El juguete de Arnina permaneció en la habitación con nosotros todo el tiempo, trabajando en algo. Parecía que estaba revisando unos registros que había sacado de un escritorio, introduciendo pequeños cubos cristalinos en una ranura y pasando rápidamente los dedos por una pantalla proyectada en nada más que aire sobre el escritorio.

Zale revoloteó, observando a distancia, pero no volvió a intervenir.

Un rato después, el Boy Toy de Arnina acabó cantando algo a la sala, y los adolescentes dejaron lo que estaban haciendo con nosotros y corrieron hacia él. Extendieron sus pulseras de una en una mientras él hacía un gesto en el aire. Al mover la mano, aparecían imágenes en el aire por encima de la pulsera. Pasó por cada una de ellas, mirándolas. Con algunas hizo un gesto separado y la imagen se disolvió. Hizo lo mismo con cada imagen o vídeo en el que aparecía.

Observé atentamente.

Lo extraño era que en los vídeos e imágenes en los que aparecía, él salía borroso en todos ellos. A pesar de eso, seguía haciendo el gesto de disolverse.

Me acerqué a Arnina, que estaba de pie junto al tablero tecnológico gigante cubierto de texto, tanto alienígena como humano.

"Apuesto a que les paga, aunque si es así, me pregunto por qué no contrató a alguien con, ya sabes, experiencia con lenguas alienígenas". reflexioné.

"Fueron amables conmigo", dijo Arnina. "Ninguno de los otros clientes del zoo hizo nada".

"Seguro que también están subiendo vídeos nuestros a algo", señalé.

Había observado que los adolescentes hacían algo que se parecía mucho a grabar en una aplicación de sus pulseras. También me di cuenta de que cada vez que abrían esas aplicaciones, Zale se alejaba inmediatamente y fingía estar haciendo algo que le daba la espalda a la cámara.

"¿Importa eso?" preguntó Arnina.

"Lo es si quieres convencer rápidamente a un puñado de gatos elfos engreídos de que debes tener derechos básicos", señalé.

"No son..." Arnina se interrumpió, sin terminar la frase como solía hacer. La conocía lo suficiente como para saber que a veces olvidaba lo que decía en voz alta y lo que pensaba.

"Nos metieron en jaulas y nos ignoraron hasta que el tío se enamoró de ti". Me revolví el pelo por encima del hombro. Lo sentía seco. También me picaba un poco el cuero cabelludo. Tenía que encontrar un champú que se adaptara mejor a mis necesidades capilares. "Ni siquiera se molestaron en hacer pruebas básicas para medir nuestra capacidad de funcionamiento mental superior. Asumieron que éramos animales sin contexto real. Eso cuenta como engreído para mí".

Los adolescentes se fueron, dejándonos en la habitación con Zale, el Boy Toy y los guardias.

El Niño Juguete sonrió y le cantó algo a Arnina, que lo siguió inmediatamente. Me encogí de

hombros y le seguí de cerca, con Zale detrás de mí y un calor intenso en la comisura de los labios. Había más guardias fuera de la oficina y, cuando salimos, se apartaron para seguirnos. Dos más estaban al final del ascensor.

¿Quién era?

Desde luego, no se comportaba como ninguno de los otros guardias, y el Niño Juguete le trataba con deferencia al cien por cien cuando no estaba intentando activamente fingir que era como

Zale no estaba allí.

Aquí había una dinámica de poder que no entendía.

Salimos de lo que parecía la entrada del zoo, un lugar con entradas estrechas donde la gente tendría que pasar por un escáner. Había grandes carteles pegados en altos expositores. Me detuve al mismo tiempo que Arnina, y la imagen me produjo una descarga de rabia pura y dura.

Era un póster gigante de Arnina.

Buck desnudo.

"Mierda, Neen", dije. "Que se jodan estos tíos".

Arnina le cantó algo a su Boy Toy.

"Le pedí que los bajara", murmuró Arnina. Me dijo una palabra en su idioma y luego repitió. "Abajo".

Se acercó, levantó la mano y arrancó el cartel de la pared. A continuación, se golpeó la muñequera y cantó algunas cosas en ella, incluida la palabra "abajo" de nuevo.

Luego enrolló el cartel en un tubo y se lo entregó a Arnina.

"Qué buen chico", murmuré en voz baja.

Arnina le rodeó con los brazos, apretándole la cintura.

Aparté la mirada mientras se acurrucaban y descubrí que Zale me miraba fijamente. Me sonrojé, evité sus ojos y miré al cielo.

Gah, estaba siendo tan raro con él.

La mitad de las veces me sentía atrevida y traviesa, y otras veces me avergonzaba y era incapaz de mirarle a los ojos. Si pudiera controlar mis emociones, podría actuar como una persona normal y ser coherente. Pero no, en vez de eso, iba de un lado a otro como un bicho raro.

Respiré hondo y traté de deshacerme del discurso negativo.

Al menos era un extraterrestre.

No es que supiera que mi comportamiento era anormal.

Arnina cantó algo más. Luego empezamos a caminar de nuevo.

Terminamos en una franja de hierba virgen del tamaño de una carretera de dos carriles que discurría junto al zoo. Tenía un enorme desvío señalizado con placas metálicas de gran tamaño en el suelo donde podían estacionar los vehículos, pero no había aparcamiento.

El Niño Juguete apoyó la mano en una columna situada frente al desvío, y una de las placas metálicas se desplazó bruscamente, retrocediendo como una persiana sobre un lanzamisiles. En lugar de un arma, un vehículo elegante y aerodinámico se elevó del suelo, planeando en el aire mientras la plancha metálica se deslizaba de nuevo a su sitio bajo él.

Uno de los guardias se movió hacia otro panel y otro vehículo se elevó del suelo mientras el Boy Toy Makrus, Yreta, Zale, Arnina y yo subíamos al primero. Los asientos eran cómodos, aunque demasiado grandes para mí, con sus cojines acolchados que me envolvían y me estrechaban como un abrazo. El juguete de Arnina sacó una red de malla y la ajustó alrededor de Arnina como un cinturón de seguridad de cinco puntos. Zale se colocó delante de mí y extendió la mano hacia mi cinturón. Lo agarré antes de que él pudiera, copiando rápidamente los

movimientos del niño, y me até antes de que terminara con ella. Zale me observó un momento y luego se sentó frente a mí. Miré alrededor de la cabina en lugar de mirarle a él.

No podría soportar ese calor ahora mismo.

Yreta se subió a un asiento de la parte delantera que tenía palancas y botones alrededor formando un semicírculo.

Colocó un pequeño orbe en un hueco del salpicadero del coche.

El propio vehículo tenía una enorme ventanilla tintada a modo de techo abovedado, así que miré a nuestro alrededor.

Estaba oscuro.

Cuando el vehículo se elevó en el aire, pude ver la entrada del zoo debajo de nosotros.

No lo sobrevolamos, sino que nos quedamos directamente sobre la franja de hierba. Podía ver las pasarelas curvas del zoo serpenteando por debajo de nosotros, llevándonos de vuelta a lo largo de las sinuosas curvas. Vi el borde de uno de los corrales más grandes y luego el coche se alejó volando.

Seguía la línea del camino de la franja de hierba, por lo que pude ver. A medida que subíamos, nos mezclamos con una corriente de otros vehículos. Los otros coches tenían cúpulas de cristal bulbosas similares, pero todos estaban tintados como el nuestro. Apreté la cara contra el cristal para intentar ver mejor.

Miré hacia el interior del coche y, de repente, el suelo del vehículo desapareció.

"¡Qué maravilla!" jadeé cuando las luces de la metrópolis que teníamos debajo se hicieron visibles a trescientos sesenta grados.

El corazón me latía con fuerza en el pecho mientras miraba con los ojos muy abiertos la ciudad resplandeciente que teníamos debajo. Era una galaxia de luces. Estrellas en las ventanas de los edificios, cometas de vehículos zumbando en el aire por encima, por debajo y a nuestro alrededor.

No había naturaleza.

Había caminos de hierba entre los bordes redondeados de edificios circulares y en espiral. En uno de los tejados de una torre especialmente alta había lo que parecía un jardín, pero hasta donde yo podía ver, entre las resplandecientes luces del manto discotequero de la noche, todo era ciudad.

Se desparramó.

"Creo que estamos en una luna", musité, pensando en todo lo que había visto hasta entonces pero que no había tenido ocasión de procesar realmente. "Ese planeta que podemos ver a veces parecía poblado con las luces y todo en la superficie, pero había bosques y nieve y esas mierdas. Obviamente, no estamos tan arriba, pero todo esto me parece una ciudad".

"Mi corral en el zoo tenía más árboles de los que estoy viendo aquí", dijo Arnina. "Aunque, veamos qué aspecto tiene de día".

Extendí el brazo y agarré la mano de Arnina, apretando tan fuerte que mis metacarpos se aplastaron dolorosamente.

Sentí que se me saltaban las lágrimas cuando ella me devolvió el apretón, y las abrí más para intentar no llorar.

La realidad de nuestra situación era cada vez más real al contemplar la ciudad y el planeta en el cielo. Podíamos perder la Tierra para siempre.

"Puede que no lleguemos a casa", ahogué, respirando hondo y tembloroso. "Podríamos quedarnos atrapados aquí para siempre. ¿Qué vamos a hacer?"

No siempre disfrutaba de mi vida en la Tierra, pero eso no significaba que estuviera dispuesta

a que me la arrebataran para siempre. No significaba que estuviera listo para renunciar a la humanidad.

"No vamos a hacer nada", volvió a apretarle la mano. "Yo, por otro lado, voy a conseguir un sugar daddy extraterrestre y cuidar de nosotros dos".

Chica, ¿qué?

La inesperada ridiculez de su afirmación, unida a la cruda realidad potencial de la misma, se convirtió en una hilaridad casi maníaca.

Me eché a reír.

"No acabas de decir eso", me reí entre dientes, limpiándome las mejillas. Yo también había estado llorando?

"¿Qué ha pasado con lo de no utilizar un lenguaje despectivo hacia las mujeres? ¿Ahora vas a qué, exactamente? ¿Chupar una polla para que te lleve a casa?"

¿Por qué tenía que decirlo así?

Ella intentaba aligerar el ambiente, y yo tomé la montaña rusa de nuestros miedos y deseos y los expuse al aire con mi atrevida franqueza.

Ella retrocedió, sacudiendo la cabeza.

"No hay nada despectivo en hacer lo necesario para sobrevivir", afirma Arnina. "Cualquier persona que hace lo que debe hacer para vivir nunca debe avergonzarse de ello".

Esas palabras calmaron algo en mí.

Ella ni siquiera sabía lo que yo había estado haciendo para ganar dinero durante los dos últimos años, y fue y dijo eso. Ni siquiera es que tuviera que hacer eso exactamente. Era el único trabajo que podía mantener. Mis arrebatos emocionales y la intensa necesidad de contrariar a los demás hacían que mantener un horario normal de nueve a cinco fuera casi imposible. Desde luego, dificultaba mi actuación en entornos más respetables.

Así que actué de la forma más fácil para ganar el dinero que necesitaba.

Sólo por sus palabras, probablemente no me juzgaría si se lo contara. Esa fue la razón por la que me hice amiga suya. Dentro de sus modales torpes y su distanciamiento había una mujer que, en última instancia, no juzgaba a los demás por hacer lo que tenían que hacer en ese momento.

A menos, por supuesto, que su novio se lo dijera.

Aquel pensamiento provocó en mi corazón una nota de amargura que aún supuraba.

No sabía cuánto había cambiado en los últimos dos años.

No sabía si volvería a ponerse en mi contra por culpa de un tío.

"Pero en serio". Agarré su mano de nuevo. "No hagas algo que lastime tu corazón por mi bien. Resolveremos esto juntos".

"No lo haré", Arnina me apretó la mano. "Quiero decir, lo haría, pero bromas aparte, no creo que se trate de eso. No creo que Makrus nos haya rescatado porque quiera utilizarme. "

Su Boy Toyladeó la cabeza cuando ella pronunció su nombre con toda la inflexión tonal de su lengua.

"A lo mejor quiere utilizarme", le espeté, con el alborotador que llevaba dentro revolcándose de alegría.

No mordió el anzuelo.

Sacudió la cabeza y sonrió.

"De ninguna manera", dijo Arnina. "Definitivamente le gusto yo, no tú. No sería tan considerado con nosotras si planease hacernos daño".

La miré con el ceño fruncido.

"Eso no lo sabes", le dije. "Viste a esos chicos grabándonos en vídeo mientras nos enseñaban.

¿Y si eso fue por otra razón que hacer que nos vieran como sintientes? Ni siquiera podemos hablar con él todavía. ¿Cómo vamos a saber cuáles son sus verdaderas intenciones? Además, ¿te has dado cuenta de que cuando cogieron a Zale?" Olvidé que no había estado hablando de él, ya que frunció ligeramente el ceño ante el comentario. "El macho de medianoche, el melancólico de pelo oscuro, aquí al fondo, ¿cerró esa mierda? Creo que borraba fotos y vídeos. Después de eso, evitaron que saliera en las fotos".

"No creo que tengan malas intenciones", dijo. "¿Ese de pelo oscuro, Zale que dijiste? Podría ser el tipo más amable. No lo sabemos. Probablemente esté haciendo lo que Makrus le pide y sea por nuestro propio bien. Las acciones de Makrus hacia nosotros han hablado mucho más alto que cualquier palabra".

¿Zale siendo gentil?

Me regaló cabezas en una caja.

Realmente no podía soltar ese detalle en este momento o ella podría enloquecer. No era el momento de asustarse. Nos dirigíamos quién sabe a dónde, a un planeta o luna alienígena que no teníamos ni idea de dónde se encontraba físicamente en el espacio en relación con nuestro planeta natal.

El pánico no nos iba a llevar a ninguna parte.

Tampoco confiaba ni me enamoraba de los chicos sólo porque nos hacían regalos.

"Joder, Neen", me eché hacia atrás en la silla. "¿Te estás enamorando de un tipo con el que ni siquiera puedes hablar? Has estado pensando que es un conserje todo este tiempo y claramente no lo es. No sabes nada de este tipo en absoluto".

"Sé que nos ha salvado", dijo cruzándose de brazos.

"Por lo que sabes, él es la razón por la que estábamos en el zoológico en primer lugar", señalé. "No sabemos una mierda."

"Yo...", se quedó callada y su rostro adoptó esa expresión incómoda y tensa que tenía cuando pensaba las cosas y se olvidaba de que había otras personas allí.

El vehículo se detuvo. Habíamos aterrizado en el tejado de un gran edificio. Algo estaba creciendo: una cubierta vegetal dorada que formaba la pista de aterrizaje. A nuestro alrededor se extendían algunas de las primeras plantas de mayor tamaño que había visto fuera del zoo.

Brillaban, con vetas púrpuras y turquesas que iluminaban las grandes frondas.

Me desabroché el cinturón y salí del vehículo.

Salí a un musgo suave que se hundía bajo mis pies descalzos, haciéndome cosquillas entre los dedos. Seguí al Niño Juguete por la frondosa alfombra del tejado. Se detuvo de repente y una escotilla circular se abrió en el suelo delante de él. Se metió por ella y desapareció bruscamente de mi vista.

Me apresuré a asomarme por el borde, con Arnina a mi lado. En lugar de escaleras o ascensor, había una serie de plataformas cubiertas por una alfombra blanca de aspecto vidrioso. El Niño Juguete estaba de pie, mirando a Arnina desde dos plataformas más abajo, lo que parecía una caída de diez metros. No es que estuviera seguro de ello. Era lo más lejos que podía ver por el hueco, porque cada plataforma sobresalía en medio círculo ocupando lados alternos del hueco.

"De ninguna manera voy a saltar eso", dije mientras el Niño Juguete nos hacía un gesto. Miré a los cuatro guardias que estaban detrás de nosotros, esperando a que descendiéramos. Era una decisión fácil.

Señalé a Zale.

"Tú", le ordené. "Llévame."

Zale parpadeó y sonrió.

Su sonrisa me invadió de calidez y me cantó algo.

Como si pudiera entender una palabra.

Me acerqué a él. Era un hombre que me había visto una vez en una pantalla y había decidido asesinar a los alienígenas que me golpearon. Me había alimentado y cuidado. Aunque me hubiera dejado un rato en aquella consulta veterinaria, apuesto a que una vez que pudiera comunicarme con él descubriría que tenía una buena razón.

Le había dado un puñetazo, literalmente, y ni siquiera reaccionó.

En vez de eso, se ocupó de mi mano con loción espacial alienígena mágica.

En este punto, me sentía bastante seguro con este tipo.

No era del todo racional.

Como acababa de decirle a Lorelei, no era el momento de confiar en alguien sólo porque fuera un poco amable. La amabilidad podía usarse como arma si se combinaba con confusión y privación. Lo había visto muchas veces con los tipos con los que trabajaba. La forma más rastrera se llamaba negging, y consistía en combinar insultos con cumplidos para intentar desequilibrar a la otra persona y poder aprovecharte de ella.

Sabía que nunca debía fiarme de alguien que me halagaba y me insultaba al mismo tiempo. Había estado rodeada de una buena cantidad de personajes sospechosos. Mi capacidad para confiar en los hombres había tocado fondo y la intuición se había desarrollado hasta el filo de la navaja. Había visto todos los trucos, los ruegos, las mentiras, los bombardeos amorosos y los intentos de utilizar la fuerza física para conseguir lo que querían.

Este tipo no había hecho nada de eso.

No sabía mucho sobre esos alienígenas, aparte de algunos fragmentos de lenguaje corporal que había podido reconstruir con ayuda. No conocía su cultura. Ni siquiera sabía por qué no habían intentado comunicarse con nosotros o poner a prueba nuestra inteligencia de forma básica antes de meternos en un zoo.

Era vulnerable, pero no poder hablar no era el fin de mi capacidad para contar un par de cosas sobre él.

Lo que sí sabía era que este tipo, este enigmático, extrañamente atractivo y desgarrado macho alienígena, tenía todas las oportunidades para aprovecharse de mí o hacerme daño. En lugar de eso, se limitaba a quedarse allí de pie, mirándome como si yo fuera una criatura fascinante cuya existencia jamás hubiera podido imaginar.

Me incorporé sobre las puntas de los pies y estiré los brazos a los lados de su cuello, hundiendo los dedos en su espesa melena. Sus ojos parpadearon un instante, como si la acción le hubiera resultado placentera.

Es bueno saberlo.

Es hora de ver hasta dónde puede llevarme el lenguaje corporal.

APRETÉ MI PECHO CONTRA SUS ABDOMINALES.

"¿Cómo hago para que me recojas?". le pregunté, señalando con la cabeza hacia la escotilla.

Tal vez debería levantar una pierna y mover su brazo debajo de ella, o...

Se agachó un poco y me levantó tan rápido que solté un gritito. Le rodeé con los brazos, contoneándome y levantándome en su agarre. Me sostuvo mientras me movía entre sus brazos, girando para que yo también pudiera rodearle la cintura con las piernas.

Me rodeó con sus brazos y sus enormes manos se enroscaron en mis muslos.

Un escalofrío de excitación me recorrió al tocarle, al sentir su cuerpo entre mis piernas. Era tan fuerte. Me mordí el labio ante el repentino torrente de excitación electrizante.

Se sentía tan bien tocar a este hombre extraterrestre.

Era tan extraño, pero resultaba difícil pensar en él como algo tan anodino como un varón cuando cada parte de mi cuerpo gritaba que aquella criatura dura como una roca apretada contra mí era un hombre en todos los sentidos de la palabra.

Dio un pequeño salto hacia la abertura.

Me solté de él y bajé unos centímetros por su cuerpo. Sus cálidas manos me apretaron mientras me levantaba. Su otra mano se enroscó en la parte baja de mi espalda, apretándome más contra él.

¿Qué se sentiría si esos dedos recorrieran mi piel?

Ese pensamiento se desvaneció cuando de repente saltó hacia delante y se introdujo en la escotilla circular.

Grité y reí mientras pasábamos volando junto al juguete de Arnina. Me aferré a Zale cuando rebotó en la plataforma en la que estaban e inmediatamente bajó de un salto a la siguiente y luego a la siguiente. No pude evitar reírme durante todo el trayecto.

¡Ha sido muy divertido!

Pasamos junto a varias plataformas con arcos abiertos que conducían a grandes salas que apenas pude vislumbrar. Entonces Zale atravesó una y se detuvo bruscamente.

Me soltó y bajó los brazos.

Estaba pegada a él como una fresa.

Me llevó un momento, pero de mala gana, muy de mala gana, lo solté y me deslicé por su cuerpo hasta mis pies.

Se aferró a mí, apretando cada vez más mi cuerpo, suave a pesar de su fuerza, mientras me impedía moverme, manteniéndome pegada a él.

Le miré a los ojos.

Respiró hondo y me soltó, alejándose de mí. Sentí la ausencia de su calor durante un

insuportable instante antes de volver en mí. Quería que se aferrara a mí. Mi cuerpo lo pedía a gritos, lo exigía.

Respiré hondo y me alejé de él, adentrándome en la habitación.

No necesitaba obsesionarme con tocarle ahora mismo.

No necesitaba estar pensando en lo bien que se sentía su cuerpo.

O cuánto deseaba desesperadamente tocarle más.

Estábamos en una cavernosa habitación circular, más grande que la mayoría de las casas en las que había estado.

Pisé una cálida baldosa de mármol con unos bordes tan suaves que no podía sentirlos con los pies descalzos. Tenía un aspecto y un tacto inmaculados, sin la suciedad que se desprende de los zapatos. Los ventanales del suelo al techo del otro extremo de la habitación daban a la resplandeciente ciudad. Las líneas de tráfico corrían por debajo de nosotros como un río de burbujas oscuras que se mecen sin parar, ramificándose por la ciudad como una red de canales.

Estábamos muy arriba.

Mirar por la enorme ventana me producía una sensación de opresión en el estómago, de estar a demasiada altura del suelo y de que todo lo que miraba estaba ligeramente equivocado. Nada se parecía a lo que yo estaba acostumbrado. Todo era parecido, pero diferente, como si estuviera soñando y el sueño hubiera tomado una dirección extraña. Era reconocible como una ciudad.

Pero no se parecía a ninguna ciudad que hubiera visto antes.

Además, no había nubes, ni por encima ni por debajo de nosotros.

Y había un resplandor hexagonal translúcido en el cielo.

Aparté la mirada de la extrañeza y volví a la habitación.

El resto de la habitación era igual de raro.

El agua brillaba en una depresión de unos tres metros de ancho en el centro de la habitación. Me acerqué y me di cuenta de que había peces de gran tamaño nadando en ella. El fondo de la pecera era transparente, y pude distinguir los contornos ondulados de la habitación del piso inferior. Mientras observaba, un pez desapareció de mi vista. Me fijé en unas pequeñas aberturas que salían de la pecera. Probablemente, el lugar al que conducían era más visible en la sala de abajo.

Claro que sí.

En cuanto confirmara que esos peces no iban a comerme, me metería en esa cosa.

Miré y vi que Arnina había entrado en la habitación.

La guardia, Yreta, llevaba algo colgando del cinturón. Era la esfera que había colocado en el coche.

"Cúbreme las espaldas si lo necesito", grité a Lorelei mientras caminaba hacia Yreta.

Justo cuando la alcancé, tropecé.

Mi hombro chocó contra ella al tropezar.

Yreta me puso las manos en los hombros para estabilizarme.

"Whoa, ¿estás bien?" gritó Arnina.

"Perfecto", sonreí mientras me alejaba de Yreta con la llave del coche recién robada en la mano y me dirigía hacia Arnina.

Ahora ya no estábamos atrapados.

Si teníamos que irnos, siempre podíamos robar un coche volador que no supiéramos conducir. Eso no era tan importante para mí como conservar las llaves. Si necesitábamos irnos, lo único que nos frenaba era el conocimiento, no el acceso o la oportunidad.

La falta de conocimientos podría resolverse con nuestra propia agencia.

La falta de acceso y de oportunidades significaba que estábamos en una jaula.

Los alienígenas cantaron algo detrás de mí.

Arnina sonrió cuando su Boy Toy se acercó y le tendió otro orbe. Me miró mientras se lo tendía, con una sonrisa que se parecía mucho a una mueca.

"No se les escapa nada a estos tontos", suspiré.

Arnina se lo quitó.

"¿Qué es esto?", preguntó.

Extendí la mano para mostrarle la llave que había robado.

"Las llaves del coche", dije. "No es que podamos subir al techo usando ese ridículo eje de mono".

Puso las palmas de sus manos sobre las nuestras, que contenían las llaves del coche, y las empujó hacia nosotros. Luego se dio la vuelta y se dirigió a una de las puertas que rodeaban la habitación. La señaló y luego se señaló a sí mismo. Luego se dirigió a la puerta contigua y nos señaló a ambos y de nuevo a la puerta.

Bueno, es hora de echar un vistazo a las nuevas excavaciones.

Me dirigí hacia donde señalaba.

De camino, me detuve junto al estanque gigante con forma de pecera. Me incliné y metí el brazo en él, observando a los dos duendes gato. Todos me miraron, pero ninguno dio muestras de angustia por mi acción ni se movió para detenerme.

Ninguno de los peces se acercó a morderme.

Perfecto.

Saqué el brazo, me lo sacudí y alcancé a Arnina en lo que claramente era nuestro nuevo dormitorio.

"Dormitorio", Arnina dijo lo obvio. La cama era parecida a la del apartamento, pero mucho más grande y sedosa.

"Esto es bastante mejor que el lugar anterior." Miré a mi alrededor. Esto era una mierda de pantalones de lujo en comparación con el último lugar. "Debe ser muy caro conseguir una ventana como una pieza sólida como esta e instalarla en la cima de un rascacielos. Apuesto a que vamos a estar por encima de las nubes cuando nos despertemos por la mañana".

Llamaron a la puerta y Arnina retrocedió para contestar.

Cuando me di la vuelta, me di cuenta de que había salido de la habitación.

"Ooookay", dije a la habitación vacía. "Un buen adiós irlandés".

Sacudí la cabeza y me quedé mirando la puerta.

Podría volver ahí fuera.

Zale podría estar todavía allí, o podría haberse ido.

Tenía muchas ganas de hablar con él, de seguir trabajando en nuestro... lenguaje corporal. Pero conocía muy bien esa sensación maníaca en mi pecho. Era la sensación que sentía cada vez que me enamoraba de alguien de forma descontrolada. Era la sensación que me hacía mirar el móvil durante horas, preguntándome cuándo me iba a contestar. La sensación que me hacía pensar en él todo el tiempo, incluso cuando lo único que había hecho era sonreírme.

Hacía tiempo que no tenía un flechazo.

No podía salir.

Tuve que calmarme para encontrar mi frialdad antes de volver a interactuar con él.

Si dejaba que este sentimiento creciera, desarrollaría una imagen de él en mi cabeza que sólo se basaba muy vagamente en la realidad. Esa parodia de él se haría cada vez más fuerte en mi mente hasta que le juzgara basándome en cómo quería que fuera, no en quién era en realidad.

Mi imaginación era mi superpoder, pero también mi mayor debilidad.

Ya me había enamorado demasiadas veces de hombres que sólo existían en mi mente. No podía volver a hacerlo.

"Primer paso", me ordené en voz alta. A veces eran necesarias las palabras para dominar la maraña de pensamientos que gritaban en mi mente. "Concentrarme en mi respiración".

Me concentré en mi respiración, notando cómo se hacía más profunda a medida que expandía el vientre y la parte baja de la espalda, dejando que fluyera hacia la caja torácica y se elevara y rodeara los hombros hasta encontrar la expansión completa de los pulmones. La mantuve durante unos instantes, sentándome en la cima de la respiración y aguantándola.

Entonces lo dejé pasar.

En la respiración residía la paz.

La respiración era donde había empezado a encontrar la paz mental.

La intensidad de mi vida y de mi salud mental en los últimos años me había agobiado sin descanso hasta que me apunté a una clase de meditación que me enseñó esa técnica. Cada vez que las cosas se volvían demasiado locas, en mi cabeza o fuera de ella, volvía a mi respiración.

"Segundo paso", me recordé. "Aterrizar mi energía".

Separo los pies a la altura de las caderas y los planto firmemente en el suelo.

Cerré los ojos e imaginé que mi energía bajaba por los principales ganglios nerviosos de mi cuerpo, recorriendo mi columna vertebral, bajando por mis entrañas, bajando por ese asiento de palpitante excitación. Imaginé que bajaba hasta la Tierra.

Bueno, ya no era la Tierra; estaba en una luna alienígena de locos.

Lo que sea, me imagino su energía como diferente.

En lugar de encontrar la energía cálida y fundida de mi planeta natal, imaginé una energía plateada y caliente, algo diferente pero aún suficiente para conectarme. Yo estaba aquí, en la superficie de esta luna, un pequeño animal arrastrándose por su superficie, conectándose a ella. Imaginé esa energía fluyendo hacia arriba a través de mi sistema nervioso, subiendo hasta alcanzar el cielo a través de la parte superior de mi cabeza. Luego imaginé que tiraba hacia abajo desde el estanque brillante de la parte superior de mi cabeza, dejando que fluyera a través de mí.

Arriba y abajo, moví la energía, acompañándola a mi respiración.

Entrando y saliendo hasta que esa necesidad maniaca mía de ir a buscar a Zale se desvaneció, se calmó.

Me quedé mirando el techo irracionalmente alto. El propio techo era luminoso y brillaba suavemente para iluminar la habitación. Soplé aire hacia la frente, haciendo que el pelo suelto que me había caído en el ojo se esponjara hacia arriba y hacia un lado. Todo el techo, al ser una luz gigante, parecía un desperdicio.

No había forma de anclar puntos de anclaje para crear un aparato de escalada, que era algo que esta habitación pedía a gritos. ¿De qué servían los techos gigantes si no se podía colgar un gran anillo o algunas sedas o algo por el estilo para jugar?

Me di la vuelta y me dirigí hacia la puerta.

Hablando de jugar, no me apetecía quedarme sentado en este dormitorio, aunque me sintiera un poco cansado.

Había una pecera gigante para que yo la examinara y posiblemente me metiera un dedo en ella y viera si los alienígenas se asustaban o no.

La puerta se abrió justo cuando llegué a ella.

Zale se paró en la puerta.

El corazón me dio un vuelco en el pecho, todo el trabajo que había hecho hasta entonces para

procesar mi sobreabundante energía de enamoramiento se fue por la puerta cuando me detuve a poca distancia de él.

"¿Por qué estás...?" No logré terminar mi pregunta.

Zale cubrió la distancia que nos separaba. En un momento, estaba allí de pie mirándome; al siguiente, su mano estaba alrededor de mi espalda, levantándome y haciéndome girar. Me levantó lo suficiente para que mi cara quedara alineada con la suya, y luego me apretó contra la pared, manteniéndome levantada e inmovilizada allí con la dura longitud de su cuerpo. Separé las piernas instintivamente, dejando que sus abdominales me oprimieran. Le rodeé los hombros con los brazos antes de que pudiera pensar.

El calor se encendió en mí al sentir toda su fuerza, dura como una roca.

Inclinó su cara hacia mí, sus ojos sosteniendo los míos como si fuera a besarme.

Pero no lo hizo.

Se quedó allí, con sus labios a escasos centímetros de los míos, sus ojos pasando de los míos a los míos y de nuevo a los míos.

No pude soportarlo.

Acorté la pequeña distancia que nos separaba y mis labios se encontraron con los suyos.

No me devoró.

Su beso fue vacilante, apenas me rozó.

Lo deseaba tanto que me quemaba. El fuego corría por mi interior, exigiéndome que me fundiera con él, que cayera dentro de él como lo haría si fuera humano.

Pero no era humano.

Era un alienígena con el que no tenía forma real de comunicarme mientras me encontraba en una situación física y emocional vulnerable. Ese pensamiento presionó contra el calor que fluía a través de mí, enfriándolo ligeramente, lo suficiente para que dudara.

Me puse rígida entre sus brazos.

Sin previo aviso, caí por mi propio pie, la ausencia de él me sorprendió mientras recuperaba el equilibrio.

"Espera", dije en voz baja, pero la puerta ya se había cerrado tras él.

¿Qué ha sido eso?

¿Por qué lo hizo?

Y lo que es más importante, ¿por qué se detuvo?

No se detuvo sólo porque me puse rígida, ¿verdad?

¿O era otra cosa?

Volví a la cama y me arrojé sobre ella, boca abajo. Por un momento, me quedé quieta y luego no pude soportarlo. Aporreé la cama como un niño pequeño, golpeándola con los puños y los pies mientras lanzaba un grito contra la tela.

Lo hizo porque me quería.

Sabía que no debía asignar un significado a las acciones de un macho alienígena cuya cultura desconocía, pero al mismo tiempo ya sabía que esos tipos podían sentir deseo sexual por nosotras. Las interacciones de Arnina con su Boy Toy lo habían dejado perfectamente claro.

No sabía por qué el deseo de Zale por mí le había hecho huir, pero probablemente tenía algo que ver con que yo fuera de otra especie. A menos que su especie tuviera un largo historial de apareamiento con otras especies, la probabilidad de que la opinión pública se enfriara al respecto era bastante baja.

No podía estar seguro de nada de eso.

No hasta que pudiera hablar, leer y escribir en su lengua.

El calor entre mis piernas era demasiado. Necesitaba ocuparme de ello.

Me incorporé y me quedé mirando la puerta.

¿Cuánto tiempo tenía antes de que Arnina volviera?

La puerta se abrió y Arnina volvió a entrar en la habitación.

"Me dio una escalera", dijo.

Forcé una sonrisa y crucé las piernas.

Mañana iba a tener que encontrar un rato a solas para cuidarme. No podía seguir excitándome tanto sin un desahogo, y Arnina y yo no teníamos el tipo de relación en la que pudiera hacerlo con ella en la habitación, por mucho que bromeara sobre otras cosas.

Arnina sonrió y le tendió algo.

Tenía dos postes con cuerdas ensartadas entre ellos en segmentos uniformes, como una escalera de cuerda con postes sólidos en lugar de ser totalmente de cuerda. El techo era lo bastante alto, así que me enseñó a usarla pulsando un botón en el lateral de los postes para extenderlos. Tenía unos pequeños ganchos en el extremo que nos ayudarían a anclarla a una superficie más alta... como una de las plataformas del extraño hueco del pasillo de escalada. Esta escalera nos permitiría subir y bajar por el hueco sin que nos llevaran en brazos.

Ahora teníamos las llaves del coche y una escalera que nos permitiría salir.

Estos alienígenas nos daban lo que necesitábamos para sentirnos seguros.

Al menos lo que yo necesitaba.

Necesitaba sentir que tenía una salida, aunque sólo fuera la ilusión de una.

Volví a tumbarme en la cama.

Oh, era absolutamente sedoso.

Rodé por ella, disfrutando de la suavidad de las mantas y las almohadas. Estaba en el paraíso de la comodidad.

"Me encanta cuando tienes razón", suspiré. "Es lo mejor de todo porque eres tan... optimista de que las cosas van a salir bien".

"¿Y tú no?" preguntó Arnina.

"Hago bromas", dije. "En realidad no creo que las cosas vayan a salir bien. Soy incapaz de dejar ir la mierda que ha sucedido en el pasado. No puedo olvidar experiencias o momentos. No puedo dejar ir a la gente, incluso cuando las cosas van mal con ellos".

Miré a Arnina.

"Me alegro de que no pudieras soltarme", dijo Arnina.

Había mucho peso en esa frase, muchas palabras sin decir.

No la solté, ni siquiera cuando no me creyó que su novio era un asqueroso.

El único problema era que si me hubiera dejado llevar y no hubiera vuelto a intentar quedar con ella después de que rompiera con él, ninguno de los dos habríamos sido secuestrados.

"A veces es mejor para mí que las cosas no funcionen desde el principio", señala Arnina.

Me incorporé bruscamente.

"Esta vez no", dije. "Estamos hasta el cuello de azúcar en términos de poder y capacidad para salir de esta situación. El hecho de que tu novio esté dispuesto a entregarme las llaves del coche y dejar que me quede con el otro par que robé, y luego darnos los medios para llegar al coche - cuando claramente estamos tan preparados para manejar el eje como una persona recién llegada a una silla de ruedas está preparada para manejar las escaleras- creo que tienes razón en esto. Él tiene nuestro mejor interés en mente".

Ese pozo ya demostraba que a esta especie no le importaban las personas que no estaban físicamente preparadas para superar los obstáculos. El hecho de que la opción que nos dieran

fuera una escalera era una mala señal. ¿Por qué la opción no era un ascensor?

Sabía que los tenían.

"Me pregunto cómo se desplazan por aquí las personas en silla de ruedas", reflexiona Arnina, reflejando mis pensamientos. "Si tienen opciones de accesibilidad, quizá podamos usar eso en vez de la escalera de cachivaches".

"Tienen naves espaciales que pueden llegar a la Tierra", señalé. "Probablemente tienen una atención médica fenomenal".

Estaba en muy mal estado cuando llegué a la consulta del veterinario. Estaba magullado, roto, infectado, inflamado y definitivamente tenía atrofia muscular.

El hecho de que ahora anduviera por ahí sintiéndome más sano que nunca después de haber sido atendido por un veterinario del zoo era una prueba muy convincente de esa teoría.

"Tampoco es mi novio", señala Arnina, "pero gracias por reconocer mis instintos. No estoy muy segura de lo que siente por mí. Intenté arrancarle la garganta con los dientes".

"Chica, eso me suena a preliminares". Puse los ojos en blanco. "¿Quieres que haga un movimiento sobre él para demostrar que es tuyo? El hombre ni siquiera me mira".

Ooh, esa parte de mí a la que le gusta hurgar en las heridas doloridas fue mala esta noche.

La razón por la que supe que su ex era un asqueroso fue porque se esforzó mucho por enrollarse conmigo y yo lo rechacé. No aceptó mi no por respuesta.

Cuando fui a decírselo, resultó que él había hablado primero con ella.

Le creyó cuando le dijo que me había insinuado.

Mis pequeños disparos eran mordaces.

"¡No!", dijo mientras yo sonreía al darme cuenta de que no estaba dolida por ello. "Quiero decir, tienes razón, pero ¿y si sus especies se emparejan de por vida o son seriamente xenófobas? Aunque le guste, eso no significa que esté dispuesto a ser mi novio. ¿Y si sólo quiere un polvo exótico?"

Me encantó que ahora fuera capaz de soportarlo.

Tal vez algún día llegaríamos al punto en que ella se disculparía conmigo.

Aunque ni siquiera estaba seguro de que supiera la historia completa, ya que nunca me la había preguntado. Simplemente se me echó encima, enfadada porque me había insinuado a su novio. No me dio el beneficio de la duda ni escuchó mi versión, a pesar de nuestra amistad.

"¿Qué tal si vemos si hay una ducha detrás de la puerta número tres, y luego vas a tratar de hablar con él al respecto?". Señalé la puerta al otro lado de la cama. "Tenéis mucho de lo que hablar, y sólo podréis hacerlo si seguís intentando averiguar cómo comunicaros".

Arnina se mordió el labio, distanciándose de nuevo.

Estaba pensando en enrollarse con él otra vez.

Ese pensamiento no me molestaba. No es que tuviera derecho a opinar sobre lo que ella hacía con su cuerpo o con quién cuando no me afectaba directamente... aparte del hecho de que nuestra supervivencia actual se basaba en que esos tipos quisieran cuidar de nosotras. No se sabía exactamente cuál era su punto de vista sobre las relaciones extraterrestres, pero estaba claro que les gustábamos, y a su Boy Toy le gustaba ella.

"O, ya sabes", me puse en pie e imité el movimiento de cadera que precede a un abrazo en el lenguaje alienígena. "Siempre está el lenguaje corporal".

Arnina se echó a reír.

Sonreí y volví a rodar sobre la cama, estirando los brazos por encima de la cabeza para que mis hombros recibieran un masaje glorioso mientras rodaba.

Todavía pensaba que tenía un trabajo como sirena profesional en fiestas infantiles.

Todavía no tenía ganas de decirle la verdad.
No hasta que hiciera el esfuerzo de arreglar lo que nos había hecho.

OÍ UN GRITO AHOGADO DESDE LA HABITACIÓN DE AL LADO.

Era Arnina.

Me puse en pie de un salto y salí corriendo por la puerta del dormitorio antes de que mi mente pudiera alcanzar a mi cuerpo. Atravesé la puerta de la habitación de su Boy Toy y encontré a Arnina despeinada y sollozando en la cama grande, con el pelo revuelto y la ropa revuelta y desarreglada.

La habitación apestaba a lujuria.

Su Boy Toy estaba de pie junto a la cama; una tableta en sus manos, y lo que había en ella a primera vista, parecía pornografía.

Mi opinión sobre él cayó en picado.

"¿Qué está pasando?" Pregunté.

Arnina balbuceó algo incomprensible. Lloraba desconsoladamente, con los ojos hinchados y enrojecidos, e hiperventilaba mientras tomaba bocanadas de aire. Me acerqué corriendo a la cama, la agarré por los hombros y la arrastré hasta la puerta.

No se resistió.

"¡Si le has hecho daño, volveré aquí y te cortaré la polla!" Le grité a su Boy Toy mientras tiraba de Arnina hacia la puerta.

"No, déjale la polla", se rió Arnina entre sollozos, apenas le salían las palabras. "No me ha hecho daño".

Entramos a trompicones en nuestro dormitorio mientras ella respiraba hondo, con hipo, tratando de calmarse. Me senté en la cama y esperé a que me dedicara una sonrisa temblorosa, secándose los ojos con el dorso de las manos.

"¿Y bien?" Pregunté mientras ella parecía volver a controlarse. "¿Qué fue eso?"

"Él no..." Arnina sacudió la cabeza. "Soy un desastre".

"¿No haría qué?" Le insistí. No era el momento de que me contaran la mitad de la historia. "¿No quiso parar?"

"¡No!" Ella sacudió la cabeza. "¡No arrancaba!"

No he podido evitarlo.

Me reí.

"¿Llorabas porque no quería follarte?". pregunté, incrédula.

"¡Soy tan estúpida!" se lamentó Arnina y se tiró de bruces en la cama. Nos parecíamos mucho en algunas cosas. En concreto, tirarnos de bruces en la cama era nuestra forma de intentar controlar nuestras emociones.

"Vale, vamos a retroceder ese proceso de pensamiento unos pasos antes de que vayas a

maltratarte verbalmente". Froté mi mano suavemente entre sus omóplatos. "Estamos lejos de casa, no conocemos el idioma local y tu salvador, que está buenísimo, está dispuesto a enrollarse contigo y a chupártela. Estás preocupada por tu seguridad y, supongo, muy cachonda. En esa situación, ¿no crees que es razonable que te enfades cuando tu Boy Toy hace algo que sientes como un rechazo?"

"No creo que me rechazara". La voz de Arnina estaba amortiguada por la cama. "¿Cómo va a quererme ahora?"

"Es un alienígena", afirmé rotundamente. "A juzgar por la multitud que vi cuando paseábamos por el zoo, no parece haber escasez de mujeres en su propia especie. El hecho de que te desee lo convierte en un bicho raro, así que yo no me preocuparía. Duerme y resuélvelo por la mañana".

Arnina levantó la cabeza de la cama y me miró con los ojos hinchados.

"Si es un bicho raro, ¿qué significa eso?" Ella preguntó.

"Un aspirante a follador friki", respondí sin dudar.

Puso los ojos en blanco y se bajó de la cama.

"Voy a asearme". Hizo una pausa antes de meterse en el baño.

"Gracias, Lorelei."

"De nada, Neen", le dije.

Un calor me llenó el pecho.

Se sentía como antes.

Como si nunca me hubiera dejado ir para poder quedarse con una absoluta mierda.

"NEEN, SI HUBIERA INTENTADO ENTRAR POR ESA PUERTA ANOCHE, LE HABRÍA DADO UNA PATADA en los tentáculos", dije, saliendo del vestidor y dejando otro conjunto sobre la cama a mi lado. Me gustaba la ropa plateada para ella, porque le hacía juego con su Boy Toy. "Esto está lleno. Me siento como si estuviera comprando en una boutique, no en un armario. El hecho de que los agujeros de la cola estén cosidos es un bonito detalle, pero ¿por qué están todos en nuestras tallas?".

Me di la vuelta y me metí de nuevo en el armario, tratando de ocultar la sensación de placer que sabía que tenía en la cara. ¿Por qué causar problemas me hacía sentir tan feliz?

"Mantiene los tentáculos dentro de él, envueltos alrededor de su pene", dijo Arnina. "Y te entiendo, pero sigo pensando que habría estado bien que me hubiera seguido. Sé que es una tontería, flipar con un tío y luego querer que te siga, pero aun así".

Volví a asomar la cabeza y lancé algo ocre a Arnina.

"Le gritaste y rompiste a llorar después de que te sacara", señalé. "Si dijiste que sí tantas veces como insististe, no es culpa suya perseguirte. Además, le habría arrancado esos tentáculos y luego le habría dado una patada".

"Es como si un dios nórdico hubiera tenido un hijo con...", vaciló.

Qué divertido.

"Con el depredador de *Alien contra Predator* y luego le cortó el pelo y se lo enrolló alrededor-", añadí.

"¡PARA!" Ella levantó ambas manos. "¡No! ¡Oh, no! Lo que quiero decir es que no podrías poner tus manos en sus tentáculos, y mucho menos darle una patada sin que él te lo impidiera. Es muy fuerte".

"¿Quieres apostar?" Sonreí, mi sentimiento travieso hinchándose en mí.

Oh, eso podría haber sido demasiado lejos.

Hacer una broma sobre mí tratando de seducir a su novio extraterrestre podría ser un poco demasiado pronto.

"Basta ya, seastar", se cruzó de brazos. "¿Por qué insistes en esto? Sabes que tengo algo con él. Literalmente nos viste juntos. Aunque todo esto está literalmente fuera de nuestro mundo, sabes que me molestaría si realmente quisieras decir lo que dices".

La ira me invadió de repente.

"¿Cómo sabes que no quiero decir lo que estoy diciendo, Neen?" Pregunté.

Necesitaba escupirlo.

Evitó mis ojos, mirando al suelo.

"Lo siento", dijo en voz muy baja.

"¿Para qué?" No iba a dejar que se escabullera de esto.
Necesitaba reconocerlo, decirlo en voz alta.

"I..."

Un golpe en la puerta la interrumpió.

"Abre la puerta", dije. "Pero no hemos terminado aquí."

"Lo sé", dijo mansamente. "Pero lo siento mucho".

"Lo sé, Neen". Le sonreí, intentando quitarme las malas vibraciones. "Si no lo supiera, no te habría pedido que hicieras ese viaje conmigo".

Dio un pequeño suspiro y no respondió. En lugar de eso, abrió la puerta y vio a su Boy Toy allí de pie.

Ella se agachó bajo su brazo.

"¡Hora de empezar el día!", le gritó mientras él se giraba para seguirla. Estaba completamente concentrada en él, igual que él en ella. Fueron a colocarse junto al gigantesco ventanal. Era una tercera rueda a la enésima potencia.

"Seguro que tienes muchas cosas planeadas", le arrulló.

Solté un gran suspiro tembloroso.

Ya no podía estar aquí con ella.

Yo había intentado disimularlo, como si su incapacidad para expresar con palabras este punto delicado entre nosotros estuviera bien, que era algo que podía esperar a que ella estuviera preparada, pero no era así.

Llevaba dos años esperando a que lo reconociera.

Estaba esperando a que dijera que se había equivocado.

Que debería haber confiado en mí antes que en su flamante novio.

Debería haberme creído.

Me dolía que no lo hiciera. Incluso después de años de espacio entre nosotros, el dolor no había desaparecido. Tampoco había desaparecido el deseo de que me viera, me creyera y me pidiera perdón. Pedir perdón era un buen paso, pero había toda una escalera de reparación de la relación por delante y ella estaba allí de pie mirándola. No, ni siquiera la estaba mirando.

Estaba mirando a su nuevo Boy Toy.

No la culpaba exactamente. La situación en la que estábamos era mucho. Aferrarse al tío bueno que la había salvado y cuidado era comprensible. Ese pensamiento me golpeó. Tal vez eso era lo que sentía por Zale. Quizá me sentía atraída por él porque me estaba cuidando. Tal vez no teníamos una conexión real.

Me deshice de esos pensamientos.

No importa lo que no significaba que se sentía muy bien para ella para cepillarme de esa manera.

Tal vez siempre fue así; yo sólo tenía una idea diferente de quién era en mi cabeza a la que me había aferrado durante años.

Necesitaba salir de aquí.

"Necesito un poco de espacio, así que voy a explorar hoy en lugar de hacer lo que sea que tu chico amante haya planeado". Llamé a Arnina mientras salía de la habitación. Le eché otra mirada anhelante a la pecera.

Podría ir a nadar más tarde.

Ahora sólo necesitaba un poco de espacio.

Zale estaba de pie cerca del arco que conducía al pozo, mirando su unidad de muñeca. Estaba dando golpecitos en una pantalla holográfica que se proyectaba sobre él. Cuando salí de la

habitación, la apagó y se volvió para centrarse completamente en mí.

Su atuendo era muy diferente del uniforme que llevaba el otro día.

Sus pantalones de cuero negro hacían juego con su pelaje y su cola. Un chaleco plateado cubría sus pectorales y se extendía en pequeñas tiras sobre sus abdominales, dejando un espacio abierto en el centro y a los lados. Sobre los costados y los frentes abiertos había tirantes adicionales que sujetaban la tela plateada. Era ceñido en las partes que cubrían su piel desnuda y holgado donde caía sobre la piel que cubría su espalda. Anillos plateados rodeaban el extremo de su cola y las puntas de sus orejas estaban espolvoreadas de plata.

Sus ojos se posaron en mí y giró todo su cuerpo hacia mí.

¿Se había disfrazado para verme?

Me dirigí directamente hacia él.

"Tú y yo, amigo, vamos allá arriba", le dije. "Vamos."

No me importaba adónde fuéramos.

Era hora de ir a alguna parte.

Era hora de explorar.

Le cantó algo al Niño Juguete y me siguió a través del arco. Cuando me acerqué al borde de la cornisa, se acercó por detrás y me cogió en brazos. Apoyé la cabeza en su pecho mientras él saltaba y me llevaba a la cima sin vacilar.

En la cima, me dejó en el suelo y le sonreí.

Si Arnina iba a centrarse en su Boy Toy, tal vez era hora de que me centré en mí mismo.

"Llévame a algún sitio", le dije. "A cualquier sitio".

ME RECOSTÉ EN EL MULLIDO SOFÁ Y ECHÉ UN VISTAZO A LOS DOS PERCHEROS DE ROPA QUE MI salchichita había apartado. El perchero que estaba repleto de más conjuntos que ella había indicado que le gustaban.

Había mucho que se podía comunicar sin palabras. Lo único que hacía falta era prestar atención. Lo que me llamó la atención fue que a mi pequeña le encantaba elegir la ropa, así que la llevé de compras.

Había algo más que pensé que podría gustarle.

"Nos llevaremos todos esos", señalé la sobrecargada estantería. "Envíenlos todos a la misma dirección".

"Sí, el del puerto espacial". El empleado asintió con la cabeza, señalando a otro de los empleados, que inmediatamente se llevó el perchero. "Nos sentimos profundamente honrados de tener a uno de los guardias personales del Emperador frecuentando..."

"Se requiere discreción cuando se sirve al Emperador". Volví la mirada hacia el asistente, mostrando la punta de mis colmillos. "Él recompensa a los que guardan su intimidad. A los que no..."

Me interrumpí cuando la cortina se movió.

Mi salchichita emitió un sonido muy bonito, parecido a un chirrido agudo, mientras echaba hacia atrás la cortina de la cabina y levantaba los brazos. La tela negra se ceñía a su cuerpo como una segunda piel, abrazando sus curvas y mostrando el contorno de los músculos firmes que había sentido bajo mis manos cuando la llevé por el pasillo de acceso a la suite del Príncipe.

Chirrió algo y levantó la rodilla, enganchando el codo bajo ella mientras se balanceaba sobre una pierna. Desplazó el peso al girar las caderas y la pierna se elevó mientras la parte superior del cuerpo se inclinaba hacia un lado para mantener el equilibrio.

Lentamente, extendió la pierna hasta ponerla recta, con el pie por encima de la cabeza.

Me sostuvo la mirada y su sonrisa se extendió hasta que se le vieron los dientes.

En respuesta, me invadió una oleada de agresividad.

Era tan impresionante, tan desafiante.

El calor que me invadía palpitaba en respuesta a su desafío. Era una mujer que tenía la pasión de perseguir la destreza física hasta la excelencia. Tenía empuje, alegría y, por la forma en que sus ojos me miraban, sabía exactamente lo talentosa y hermosa que era cuando exhibía su habilidad.

La deseaba, no podía negarlo.

La pregunta era: ¿la aceptaría mi pueblo?

¿Estaría dispuesta a quedarse conmigo si no lo hicieran?

Sabía adónde tenía que llevarla a continuación.

"Se lo pondrá cuando salga de aquí", le dije a la dependienta, que esperaba con otra selección de trajes. Me puse en pie, incapaz de quedarme sentado y limitarme a observar cómo probaba la elasticidad de su nuevo traje.

Sería perfecto para lo que había planeado.

Sus ojos se clavaron en mí mientras me acercaba a ella.

Bajó la pierna con un movimiento fluido. Moví una de mis orejas hacia un lado mientras me acercaba a ella, y luego incliné la cabeza hacia la salida.

"Tengo otra sorpresa", retumbé.

NO PODÍA SENTIRME DECEPCIONADA CUANDO SALÍ DEL COCHE AL FAMILIAR TEJADO. DESPUÉS DE una gloriosa excursión de compras, me había traído de vuelta al ático. No había estado preparada para volver. No me había dado cuenta de las ganas que tenía de ver y hacer hasta que volví al lugar donde habíamos estado antes.

Ya había pasado suficiente tiempo sentado en una caja.

Al mismo tiempo, sin que yo pudiera decirle lo que quería hacer, me había llevado de compras. Me encantaba ir de compras. En casa, compraba rebuscando en los estantes de varias tiendas de segunda mano. El lugar al que me llevó era todo lo contrario a lo que yo estaba acostumbrada. Los asistentes me traían té, pequeños dulces e innumerables percheros con ropa para que me probara en un lujoso vestidor privado mientras él descansaba pacientemente.

Fue absolutamente glorioso.

Sonreí y miré desde el borde del tejado la ciudad que me rodeaba.

El aire azotaba a mi alrededor, pero no era tan fuerte ni tan frío como esperaba. Miré al cielo, el brillo hexagonal translúcido apenas visible mientras observaba el enorme planeta que se cernía sobre mí. Pude ver cómo una parte de un continente cambiaba de color mientras lo observaba, pasando del morado al blanco con un gradiente en movimiento.

Fue absolutamente fascinante.

Un pensamiento revoloteó en mi interior, una antítesis del miedo, la ira y la ansiedad que me habían atormentado desde el momento en que había sido succionado por el aire fuera de la playa.

Qué suerte tuve.

Fue una experiencia única y maravillosa, aunque empezara de forma infernal y horrible.

No tenía nada de qué quejarme en ese momento, aparte de mi propia ignorancia.

Me giré para buscar a Zale, sólo para encontrarlo ya a mi lado. Cuando mis ojos se posaron en él, extendió la mano hacia mí.

No lo dudé.

Me eché hacia atrás.

Me cogió de la mano y tiró de mí hacia atrás, con el codo girando hacia arriba y por encima de su cabeza mientras me daba la espalda. Me tendió la otra mano, con la palma hacia arriba y los dedos hacia mí. Extendí la mano y puse la otra en la suya.

Tiró de mí hacia arriba y hacia su espalda.

Al chocar contra él, se levantó recto, tirando de todo mi peso hacia arriba con la sola fuerza de sus tríceps. Su cola rozó el interior de mis muslos mientras me levantaba. Mis piernas rodearon su cintura.

Puso mis brazos alrededor de sus hombros y me soltó.

Me aferré a él como un mono araña, con una sonrisa dibujándose en mi cara. Llevaba puesto un conjunto estilo yoga que había escogido en mis compras. Este conjunto en particular tenía una solapa interior para el orificio de la cola, que lo ocultaba cuando la cola no empujaba a través de él, de modo que mi raja del culo quedaba fuera de la vista. El tejido, parecido al rayón, era suave y firme a la vez.

Mis brazos desnudos se apretaron contra la piel de la parte superior de sus hombros mientras caminaba hacia la gigantesca escalera de plataformas. Podía sentir sus músculos moviéndose entre mis piernas. Era tan fuerte, un depredador hecho de músculos brutales.

Este no era un hombre extraterrestre que se sentaba sin hacer nada con su cuerpo.

Este era un hombre extraterrestre que entrenaba.

Acaricié con la nariz el espacio donde su pelaje se unía a su piel desnuda, sintiendo la suavidad de ambos, respirando el rico aroma del bosque y de un hogar que anclaba mi corazón a un recuerdo de algo perdido hacía mucho tiempo.

Vaciló, perdiendo el paso por un momento.

Sentí que todos sus músculos se agarrotaban y que volvía a ponerse en movimiento. Cuando llegamos a la puerta del pasillo, ésta se abrió, dejando al descubierto la caída a la plataforma inferior. Uno de sus brazos me rodeó, sujetó mis muslos y me estrechó contra él.

Retumbó una canción de barítono hacia mí, y luego saltó.

Solté una risita mientras lo montaba.

Creía que nunca me cansaría de esto. Era como montar un leopardo mientras saltaba entre los árboles, sedoso y suave mientras se movía. Me aferré a él mientras me llevaba como si no pesara nada.

No se detuvo en la suite del ático.

Bajó otro nivel, luego otro, luego otro.

Antes de que me diera cuenta, atravesó un arco y entró en una habitación con un techo altísimo. Apreté las rodillas contra su cintura y me levanté para poder mirar por encima de su hombro.

Un montón de ojos me miraban fijamente.

Mis ojos se abrieron de par en par al ver lo que teníamos delante. Estábamos en la entrada de una gran sala de entrenamiento de movimiento llena de alienígenas elfos felinos de diversos tamaños y formas. Un buen número de ellos eran más pequeños que los demás y más delicados, con caderas más anchas y hombros más estrechos.

Zale cantó algo y, de repente, la sala se puso en movimiento mientras todos reanudaban su actividad.

En una esquina, una serie de pesados sacos hechos con una gruesa cuerda en capas colgaban del techo, balanceándose mientras unos cuantos alienígenas los golpeaban. No sólo los golpeaban.

Cambiaban entre golpear con los puños cerrados, acuchillar con los dedos extendidos o retroceder y saltar sobre ellos con agarres de cuerpo entero. Los sacos de cuerda estaban agujereados por los arañazos.

En el suelo, junto a las bolsas, había una serie de bolsas de diversos tamaños. Cuando los alienígenas las levantaron, haciendo fuerza, quedó claro que eran pesadas.

Frente a los sacos de cuerda y las bolsas lastradas, una disposición de vigas de equilibrio, pequeños postes verticales y barras sobresalía de la pared. Parecía un circuito de parkour con distancias de salto imposibles entre los postes.

Una jungla de cuerdas colgaba del techo en el extremo alto de los postes para que los que

llegaban arriba pudieran saltar y arrastrarse por el techo.

Había unos cuantos postes verticales en una esquina de la sala que parecían destinados a formar parte de la pista de parkour. Tenían un diámetro lo bastante pequeño como para dar una vuelta, aunque dudaba que lo utilizaran para eso.

Una pista de atletismo delineaba el borde de la sala, y en el espacio restante había un círculo de sparring, donde dos de los alienígenas libraban una batalla de baile, y una pista abierta perfecta para estirarse.

Sonreí más.

No, eso no era bailar. Sus movimientos eran diferentes de los movimientos fornidos e inmóviles de la lucha humana.

Su combate cuerpo a cuerpo tenía muchos más saltos.

Desenrollé mis piernas de la cintura de Zale y me dejé caer al suelo.

El suelo estaba acolchado.

Reboté en él un momento y también me pareció elástico.

Rodeé a Zale y giré la cabeza para abarcar toda la habitación. Luego me miré los pies descalzos. Aquí nadie llevaba zapatos. No me molesté en esperar a que Zale intentara comunicarme por qué me había traído a esta sala o quiénes eran los otros alienígenas.

Lo único que importaba era que por fin podía moverme libremente.

Subí y bajé un momento sobre las puntas de los pies, luego me incliné hacia delante y me agaché para alcanzar los pies. Respiré hondo durante unos instantes, sintiendo realmente el estiramiento. Volví a subir por la columna vertebral para enderezarme y miré por encima del hombro.

Zale volvió a arrastrar los ojos hasta mi cara.

Me estaba mirando el culo.

Volví a sonreír, una gran sonrisa dentada.

Sus orejas se aplanaron ligeramente antes de devolverle la sonrisa, con dientes y todo.

Hice una rápida comprobación de los cuádriceps, levantando un talón hacia el trasero y agarrándome el tobillo con la mano para asegurarme de que cada parte de mi cuerpo se sentía cómoda y preparada.

No podía esperar más.

Salí corriendo.

Me moví por la pista de footing, empezando con un ritmo lento y constante. Miré detrás de mí y vi que Zale me seguía. Oídos y ojos giraron para seguirme mientras me movía por la sala y me hundía en mi cuerpo, sintiendo el movimiento cómodo y familiar. Los ignoré a todos.

Me di cuenta de que los alienígenas de la pista de footing se desplazaban a otras estaciones mientras yo continuaba, y sus ojos se posaban en el hombre alienígena que caminaba detrás de mí. Después de una vuelta, dejé que mis piernas se estiraran y comencé a esprintar. En la siguiente vuelta, volví al trote lento y constante hasta que controlé mi ritmo cardíaco y mi respiración.

Continué hasta que todo mi cuerpo se sintió caliente y lleno de vida, notando que mi ritmo cardíaco tardaba bastante más en volver a bajar a un ritmo más lento de lo habitual. Reduje la marcha y miré a mi alrededor.

Los dos alienígenas que estaban en el ring se habían detenido y estaban tomando un descanso junto a una pequeña fuente con cascada cerca de los sacos lastrados. Se inclinaron sobre el agua burbujeante, bebiendo directamente de la parte superior de la fuente.

Me di la vuelta y corrí hacia la pista de combate.

Cuando llegué al borde, me giré para mirar a Zale, que seguía conmigo. Su cabeza se inclinó hacia un lado mientras le agarraba de la mano y tiraba de él hacia el ring, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho y no solo por la enérgica carrera.

Lo que estaba haciendo era peligroso.

No tenía forma de comunicarme bien con este hombre.

Lo que había entre nosotros era un diálogo basado en nuestra observación mutua, una conexión que se construía a partir de lo que nos presentábamos el uno al otro en cada momento. Nuestras interpretaciones de las acciones del otro se basaban en nuestra propia educación individual, las condiciones socioeconómicas de nuestra vida y los rituales y costumbres de nuestra especie.

Yo había interpretado que se cargaba a los alienígenas que abusaban de mí como un gesto de protección.

Podría tener un enorme abanico de significados diferentes de los que yo no tendría ni idea. Podría haberlo hecho porque habían intentado engañarle con la venta, y me estaba enseñando lo que hacía a la gente que le engañaba. Pudo ser porque su especie era protectora con los niños, y mi tamaño, en comparación con él, me hacía parecer un juvenil. Podría haber sido una amenaza, una advertencia o una promesa de lo que me haría en el futuro.

No era un luchador.

Me encantaba moverme, eso estaba claro, pero cuando se trataba de dar un puñetazo, no era especialmente hábil ni tenía mucha práctica, a pesar de haber dado dos durante mi estancia en esta ciudad alienígena. Era más débil, más pequeño y tenía menos experiencia que él. No le metí en aquel cuadrilátero porque pensaba que tendría la más mínima oportunidad de impresionarle con mis puñetazos.

Le metí en ese ring porque quería ver lo que haría.

Cada interacción con él me ayudaba a hacerme una idea más clara de quién era sin saber nada de su especie ni de su sociedad. Todo lo que tenía para basarme eran sus acciones, y hasta ahora, todas sus acciones decían que iba a cuidar de mí y que sería amable conmigo.

¿Qué haría ahora que le estaba dando una forma socialmente aceptable de ponerme las manos encima?

Pasó a mi lado y entró en el cuadrilátero, apartando su mano de la mía cuando se colocó en el extremo opuesto al mío. El sonido de la sala se atenuó, pero no le quité los ojos de encima. Él no me quitó los ojos de encima. Se agachó. Sus movimientos eran lentos, deliberados.

Entonces saltó directamente hacia mí, como habían hecho los otros luchadores.

El pánico primitivo me inundó al ver a una enorme y musculosa bestia masculina volando por el aire en arco. Solté un grito y me lancé hacia un lado. Deslicé un brazo hacia la cadera, mi hombro golpeó el suelo mientras hundía la barbilla en el pecho, rodando en diagonal a lo largo de mi columna vertebral.

Los pies se me vinieron abajo y me lancé de nuevo hacia arriba.

Se quedó donde yo había estado, esperando, observándome.

Una vez que estuve completamente de pie, volvió a agacharse.

Esta vez, el salto fue más rápido.

De nuevo, me lancé a un lado.

Repetimos, él esperando a que yo estuviera de pie, proyectando claramente su intención con la lenta agachada. Con cada pasada, se movía cada vez más rápido, dándome cada vez menos tiempo para recuperarme hasta que...

Su cuerpo chocó contra el mío y me rodeó con los brazos mientras me tiraba al suelo. Me

rodeó la nuca con la mano, protegiéndome el cráneo y el cuello. Apoyé las palmas de las manos en su pecho mientras él se agachaba sobre mí y me acunaba. Murmuró algo y el sonido retumbó bajo mis manos.

Luego se levantó y me puso de pie.

Dio un paso atrás.

Me cantó algo más y se agachó. Rápidamente volvió a enderezarse, emitió otro sonido e hizo un gesto para salir de la arena.

¿Quería continuar o parar?

Me froté el hombro un momento. Aunque el suelo era elástico, practicar mis volteretas para esquivar a un hombre gato elfo saltarín era demasiado. Necesitaba otro tipo de ejercicio. Miré los sacos de pesas. Podía hacer pesas o...

Volví a mirar a Zale.

Tal vez estaría dispuesto a esquivar.

Cerré las manos en puños y me las llevé a la cara, como si hubiera asistido a una clase de boxeo. Puse un pie delante de mí y deslicé el otro hacia atrás y a lo ancho, doblando las rodillas para adoptar una postura firme que me permitiera moverme con rapidez.

Me deslicé hacia delante, manteniendo los pies pegados al suelo mientras saltaba rápido y bajo. Con mi movimiento, balanceé el puño hacia él, girando las caderas para tratar de añadir potencia al golpe.

No esquivó.

Parpadeé, mirando fijamente hacia donde mi puño estaba completamente encajado en su mano.

Emitió un sonido chirriante, del que se hizo eco la sala.

Se reía de mí.

Toda la sala se reía de mí.

Mi cara empezó a arder mientras me sonrojaba de vergüenza.

Sabía que no era un gran luchador, pero por eso estaba aquí en este ring con él. Ser secuestrada por esos alienígenas lagartos, ser golpeada por ellos... no quería volver a sentirme tan indefensa nunca más.

Quería aprender a luchar.

Cómo luchar de verdad.

La rabia se apoderó de mí mientras él seguía riendo, y lancé mi otro puño hacia él. Se agachó, cayendo por debajo de mi brazo, me levantó del suelo y me arrojó sobre su hombro.

"¡Enséñame!" le gruñí mientras pateaba intentando zafarme de su agarre. No me soltó mientras forcejeaba, sino que se acercó a la puerta y me sujetó con firmeza.

No me rendí.

A la mierda con esto.

No iba a dejar que este macho me arrastrara así.

Empujé hacia abajo sus omóplatos y levanté el torso. Su brazo me rodeaba la parte posterior del sacro, pero no me sujetaba con una mordaza.

Estaba siendo amable.

Su error.

No iba a ser amable.

No pensé en lo que estaba haciendo, ni en las consecuencias.

Acabo de hacerlo.

Me retorcí sobre su hombro de modo que mi vientre estaba hacia su cabeza y mi costado

sobre su hombro.

Entonces, agarré sus suaves y delicadas orejas.

De un tirón le eché la cabeza hacia atrás.

Dejó escapar un gruñido mientras me soltaba de las caderas para levantar ambas manos hacia las mías. Entonces cambié de dirección, tirando de su cabeza hacia delante con mis manos al mismo tiempo que hacía un crujido épico, llevando mis dos rodillas hacia su cara.

Oí, y sentí, el sonido de su nariz agitándose bajo el impacto.

Moví las piernas en círculo y dejé que el impulso de su movimiento ascendiera por mi cuerpo mientras giraba sobre su hombro y aterrizaba en el suelo.

Mis ojos se encontraron con los suyos.

Levantó la mano para tocarse la nariz.

La sangre goteaba sobre su mano.

Tenía las orejas pegadas a la cabeza.

"¡Vete a la mierda!" dije, lanzándole una doble mirada, incapaz de contener una sonrisa dentada.

Entonces me di la vuelta y corrí hacia él. Oí un gruñido bajo detrás de mí y no pude contenerlo.

Me reí.

No sabía qué coño me pasaba.

Sólo sabía que enemistarme con un enorme alienígena depredador que ya sabía que mataría a varias personas para demostrar su punto de vista me producía una gran dosis de alegría. La adrenalina que recorría mi organismo me hacía feliz.

Eso no significaba que fuera a dejar que me atrapara.

Me lancé hacia un lado, dando otra voltereta cuando su cuerpo golpeó el suelo donde yo acababa de estar. Seguí corriendo.

Llegué al poste en el que me había fijado antes.

Salté hacia él.

Levanté las manos y me agarré todo lo que pude. Levanté las rodillas, la derecha apuntando hacia la derecha mientras presionaba la espinilla derecha contra el poste y el pie derecho contra el otro lado. Mi pierna izquierda giró hacia atrás para que mi pantorrilla presionara contra él, colocando el poste entre un sándwich de espinilla y pantorrilla.

Extendí las piernas, levantando las caderas en el aire mientras tiraba con los brazos.

Subí, ascendiendo rápidamente fuera del alcance de Zale.

El poste era mucho más alto que a los que estaba acostumbrado, pero funcionaría.

Me encaramé cerca de la cima y le miré.

Me miró fijamente.

Todos los presentes me miraban fijamente.

El corazón me latía con fuerza en el pecho, un pequeño estremecimiento de manía me recorría. Tenía público. Se trataba de una especie alienígena que hablaba mediante una gran cantidad de movimientos corporales.

No sabía cantar, pero seguro que sabía bailar.

Así que bailé.

Enganché un codo alrededor del poste por encima de mi cabeza. Bajé el otro brazo, lo estiré y conecté con el poste cerca de las caderas. Empujé hacia fuera, separando las piernas del poste y estirándolas, enviando energía a través de ellas. Empecé a caminar en el aire con los dedos de los pies en punta, moviendo las piernas como si acariciara el propio aire.

Luego empujé con más fuerza, utilizando los músculos dorsales y los costados del cuerpo para elevar lentamente los pies cada vez más hasta que quedé perpendicular al poste.

Yo era fuerte, era guapa, y maldita sea, me iban a pedir permiso antes de arrastrarme como un saco de patatas.

Pasé de una posición a otra, aprovechando mis años de experiencia para bailar en silencio y sin música. Bajé lentamente por el poste, pasando de girar a su alrededor a colocarlo directamente entre mis piernas y balancearme por él. Puse sensualidad en mis movimientos, asegurándome de que parecieran sin esfuerzo.

Miré debajo de mí mientras descendía.

Zale había dado un paso atrás, sus orejas ya no estaban planas, su cola ya no se movía. Me estaba dejando espacio para hacer lo mío. Su cuerpo estaba relajado mientras me observaba ondular.

Sus ojos eran otra cosa.

Ardían mientras me miraban.

Cuando llegué al fondo no me detuve.

Bailé alrededor del poste, agitando el pelo, cortando el aire con las caderas mientras actuaba como si estuviera en una competición de talla mundial.

Iba a hacer que me entendiera.

Finalmente, me detuve en el silencio y me volví hacia él, con el corazón laténdome en el pecho y la respiración acelerada en los pulmones. Le sostuve la mirada mientras caminaba hacia él. No alargó la mano para agarrarme cuando me acerqué. Se limitó a esperar, inmóvil.

Levanté la mano y le acaricié suavemente la cara.

"Ahora puedes enseñarme lo que quieras enseñarme", dije en voz baja, deseando por todo el mundo poder cantarlo en su idioma en lugar de decirlo rotundamente en el mío. Deslicé la mano por su mejilla. Utilicé el pulgar para limpiar suavemente parte de la sangre de su nariz antes de seguir bajando la mano por su mandíbula, a lo largo de su cuello, sobre su hombro y bajando por su brazo hasta encontrar su propia mano.

Rodeé su mano con la mía, me di la vuelta y empecé a caminar hacia la puerta.

Vino conmigo.

Cuando llegamos al pasillo, me volví hacia él.

Levanté los brazos hacia él.

"Ya puedes levantarme", dije mientras rebotaba sobre las puntas de los pies.

Colocó sus manos a ambos lados de mi cintura, sus pulgares haciendo pequeños círculos sobre el espacio hasta delante de los huesos de mi cadera, provocando un aleteo en mi bajo vientre. Luego me levantó en brazos, sosteniéndome con cuidado en lugar de echarme al hombro.

En lugar de subir, bajó un nivel.

Me dejó en una habitación nueva.

Ésta tenía una pequeña sala de entrada y una puerta abierta que mostraba una pared al otro lado, un pasillo que iba hacia la izquierda, ocultando lo que hubiera detrás.

De la abertura salía un sonido extraño, conmovedor y repetitivo.

Zale se acercó a una pared en blanco y apretó la mano contra ella. La pared se abrió para mostrar una amplia selección de objetos de diferentes tamaños y formas. La sospecha me hizo cosquillas.

Esto no podía ser lo que yo pensaba, ¿verdad?

Recogió varios de los objetos y volvió a cerrar la pared presionando con las manos.

Señaló la abertura con la cabeza, me hizo un gesto y la atravesó.

Le seguí.

Recorrimos un estrecho pasillo y al final giramos para encontrarnos con una larga sala. Había pequeños cubículos uno al lado del otro, con paredes que llegaban hasta el techo. Eran lo bastante anchos como para que cupieran dos personas de tamaño alienígena de dos metros y medio una al lado de la otra, con las espaldas abiertas hacia nosotros. La parte delantera de cada cubículo se abría a un espacio alargado donde colgaban varios objetos. Cada objeto tenía una forma distinta y parecían modelos de diferentes alienígenas. Había unos que representaban a los alienígenas elfos felinos, así como varios otros tipos, incluidos los alienígenas lagartos, un tipo diferente con cuernos, y uno que se rearmaba y era un insecto. Tenían perforaciones.

Mientras observaba, uno de los alienígenas que estaba en el cubículo apuntó al objetivo con un objeto cilíndrico.

De repente, una luz brillante salió de su arma y recorrió el campo de tiro, dejando un agujero quemado en el hombro del objeto con forma de alienígena. Emitió el extraño sonido que había oído antes.

"Pew, pew, pew", sonreí.

Esto era un campo de tiro.

Mi rabia anterior se desvaneció.

No rechazaba mi deseo de aprender a luchar.

Lo estaba redirigiendo para enseñarme a usar las armas de largo alcance de su especie.

Zale me condujo a un cubículo vacío y dejó las armas alienígenas sobre el mostrador a la altura del cuello. Bueno, a mí me llegaban a la altura del cuello; a él, a la altura de las costillas. Cogió el dispositivo más pequeño, un pequeño cilindro con la parte superior plana y ovalada, y lo puso delante de mí.

Señaló un pequeño interruptor lateral y un botón.

Estaba justo donde descansaría su pulgar si lo sujetara.

Levantó la pistola, apuntó a nuestro blanco inmaculado y pulsó el botón. No ocurrió nada. Volvió a ponerla frente a mí, accionó el interruptor de la parte inferior y repitió el gesto.

Esta vez disparó.

Cantó algo más, apuntando el arma hacia el campo de tiro. Volvió a accionar el interruptor del arma y me la puso en las manos. Era extrañamente suave, casi como si el propio metal estuviera hecho de terciopelo. Me cubrió las manos con las suyas y me rodeó con los brazos, de modo que su pecho quedaba a mi espalda. Su calor irradiaba en el pequeño espacio vacío que nos separaba.

Repitió su canción, apuntando el arma hacia el campo de tiro..

A continuación, hizo como si fuera a volver a apuntar hacia la pared que teníamos detrás y gruñó una negativa antes de volver a apuntar al campo de tiro.

"Bien. Seguridad básica del arma. Pon el seguro hasta que estés listo para usarla. No apuntes el arma a otras personas a menos que tengas la intención de disparar", dije. "Sólo apunta el arma hacia el campo de tiro. Entendido."

Apunté el arma hacia el campo de tiro, quitando el seguro.

El calor me inundó cuando apreté el gatillo.

Vio mi deseo de protegerme y me dio el arma del conocimiento.

Era la herramienta de saber cómo derribar a un oponente más grande, más hábil, más rápido y más grande. Todavía quería aprender a luchar sin un arma, pero esta era una habilidad más letal de lo que podía ser por mí mismo.

Me centré en aprender el arma.

Era el tipo de hombre que masacraría a mis enemigos.

También era el tipo de hombre que me enseñaría a hacerlo por mí misma.

Y lo que es más importante, era el tipo de hombre que aceptaba que me defendiera, que impusiera mis límites con violencia cuando las palabras no eran una opción, incluso si eso significaba que la violencia iba dirigida a él.

Me mordí el labio mientras bajaba el arma, manteniéndola apuntando hacia el campo de tiro mientras giraba la cara para sonreírle, la verdad de aquel cálido sentimiento irradiaba en mí.

Si encontraba una forma de volver a la Tierra, no estaba seguro de si la aceptaría.

Aquí había algo que quería explorar a fondo primero.

Puse el seguro y dejé el arma sobre la mesa.

Luego me alcé y le rodeé el cuello con los brazos.

Tiré.

Dobló las rodillas y bajó la cabeza hacia mí, cediendo a mis caricias mientras yo inclinaba la cabeza hacia atrás. Me puse de puntillas.

Todavía no podía llegar a él.

Me miró a los ojos durante un largo instante y sentí el peso del abismo que nos separaba. Se centraba en mí, me daba todo lo que quería y necesitaba sin que yo pudiera pedírselo, pero ¿era demasiado? ¿Me lo estaba dando porque me veía como una especie de mascota alienígena a la que quería cuidar?

Tiré un poco más fuerte, pero no cedió.

Lo único que conseguí fue levantarme del suelo durante un breve instante.

Ni siquiera podía besarle sin que me ayudara.

Suelto un suspiro y relajo los brazos, volviendo a bajar los pies al suelo.

Mantuve la cara vuelta hacia él mientras mis ojos bajaban hasta sus labios y luego volvían a sus ojos.

Quizá debería meterle la mano en los pantalones y agarrarle los huevos.

Eso transmitiría mis intenciones con bastante rapidez.

Me mordí el labio y lo consideré seriamente.

La necesidad de tocarle, de comunicarle en términos inequívocos que quería una conexión más física con él, rugió en mí como un incendio. Estaba impaciente. No quería esperar.

Lo quería.

Quería que supiera que le deseaba.

Luego me llevó una mano a la mejilla y me rozó los labios con el pulgar, presionándolos un poco, mientras sus ojos buscaban los míos.

Ooh, una idea aún mejor.

Separé los labios y rodeé su pulgar con los míos.

Hice girar la lengua alrededor de la punta y agaché la cabeza hacia delante, deslizando la boca sobre su dedo mientras agitaba la lengua, intentando imitar la sensación de mi canal interno cuando alcanzaba mi punto álgido, envolviendo su dedo y acariciándolo.

Lanzó un gruñido bajo, amortiguado por el ruido repetitivo de las armas al disparar.

Deslicé la cabeza hacia atrás, chupando su dedo hasta sacarlo por completo de mi boca.

Luego imité su gruñido, hundí mis propios dedos en la espesa melena de su nuca y volví a tirar de él, tratando de arrastrarlo hasta mi nivel.

Seguía sin moverse.

En lugar de eso, me puso las manos en las caderas, sus dedos volvieron a acariciar ese

pequeño punto delante de los huesos de mi cadera mientras me levantaba en el aire. Se inclinó hacia mí y mis piernas se colocaron a ambos lados de él, aprisionándome contra la pared lateral de nuestro pequeño cubículo de despido.

Luego bajó la cabeza a una distancia mucho menor de la mía.

Sus labios se apretaron contra los míos.

Su tacto era terciopelo sobre acero. La inevitabilidad me retuvo allí, los fuertes lazos de sus brazos, mis dedos enredados en su pelo, mi aliento temblando en mis pulmones mientras me congelaba.

Yo había presionado para esto. Yo quería esto. Estaba sucediendo.

Me abrazaba, me tocaba.

Sus dedos acariciaron los bordes de mis caderas, enviando estelas de electricidad a través de mí mientras mis abdominales inferiores se contraían en respuesta, la única parte de mí que se movía.

Era mucho más grande que yo y no podía hacer nada para detenerlo.

Ese pensamiento me atenazó, el miedo me azotó.

Quería esto, pero me daba miedo.

Este era el miedo que sentía cuando tenía que atravesar el oscuro aparcamiento a las cuatro de la mañana para llegar a mi coche después del trabajo. Esto era cada momento en que contenía la respiración, con una sonrisa pegada a la cara mientras rechazaba a un tipo, esperando a averiguar si su propia cara torcería su forma para revelar el odio que había debajo. Esta fue la mañana en que me desperté con la cabeza martilleándome en una cama que pertenecía al nuevo novio de mi mejor amiga, y no podía encontrar mi ropa interior.

Este pánico paralizado fue la razón por la que no discutí cuando Arnina me reprendió por ligar con su novio.

Por qué me alejé y se la dejé sin luchar, mi ira y mi miedo congelado combinándose para abandonarla a un hombre que sabía que abusaría de ella.

Esta reacción, este familiar pánico atrapado y aterrorizado, me cogió por sorpresa.

Aquí estaba otra vez.

Sus labios rozaron los míos suavemente, sin presionar, como si estuviera esperando.

No me moví. No respiraba.

Echó la cabeza hacia atrás y sus ojos buscaron los míos.

El corazón me latía con fuerza en los oídos mientras mis dedos se apretaban con más fuerza, manteniendo un firme agarre sobre su pelo ondulado. Sus manos se relajaron en mis caderas. Su peso se desplazó.

Iba a bajarme.

Iba a alejarse.

Todo porque me congelé.

Por primera vez en mucho tiempo, sentí el calor del resplandor matutino, la promesa de un amanecer al borde del horizonte. El hielo que recubría los bordes de mi corazón como fragmentos dentados no era nada contra los cálidos rayos.

La promesa del amanecer me encendió.

Se apartó de la pared, quitándose el apoyo.

"Te deseo", exhalé mientras le rodeaba con las piernas, usando las rodillas para agarrarme a él y elevarme lo suficiente para acortar la distancia entre nosotros. Volví a apretar los labios contra los suyos, aspirando su aroma mientras separaba los suyos y deslizaba la lengua en su boca.

Dejó escapar un gemido cuando su mano se deslizó hacia abajo para tomar una palma de mi culo, su gran mano me agarró, sus dedos rozaron la tela que me cubría entre las piernas. Me sobresalté ante el contacto inesperado y la repentina descarga de placer que vino con él, y apartó los dedos.

Su otro brazo me rodeó la cintura, el antebrazo subió por mi espalda mientras sus dedos se clavaban en mi pelo.

Luego me besó.

Me hizo sentir como si nunca me hubieran besado.

Como si me hubiera pasado toda la vida fingiendo unirme a otra persona pero sin conocer nunca la realidad, la verdad que se esconde tras un tipo de conexión. Esto no era sólo el encuentro de bocas para despertar el deseo.

Esto era comunión, una conexión entre dos personas que se deseaban más que la mera saciedad del deseo.

Quería conocerle, saborearle, averiguar los intrincados detalles de su corazón.

Me deseaba y estaba dispuesto a parar sin que yo le dijera que lo necesitaba.

Sus dedos se deslizaron por mi pelo.

Mi lengua rozando la punta de unos colmillos afilados.

Su lengua explorando mi boca, las pequeñas protuberancias en ella diferentes, pero deliciosas.

Su inhalación repentina mientras me mecía contra sus abdominales, rechinando contra él mientras le mordía el labio.

El gemido que se me escapó cuando tiró de mi cabeza hacia atrás y deslizó sus labios por mi cuello.

La forma en que su mano masajeaba mi trasero mientras me apoyaba, me sostenía, me tomaba.

Se acabó demasiado pronto.

Esta vez no me ha dejado tirado.

Me aferraba a él.

Se rió mientras me separaba los brazos de él y me abría las piernas.

Ronroneó, retumbándome mientras me colocaba de nuevo en el suelo con firmeza, girándome para mirar al objetivo.

Luego cogió una pistola más grande, parecida a la pequeña de antes pero con un óvalo más estrecho en la parte superior, y me la puso en las manos, señaló el seguro y el gatillo, y cantó algo con voz áspera de deseo insaciable.

Respiré hondo y me concentré en el campo de tiro.

Todo lo que podía sentir era gratitud.

No sabía que sería capaz de sentirme así.

Pensé que esta parte de mí estaba muerta.

Su paciencia me había devuelto a la vida.

DORMIR HABÍA SIDO DIFÍCIL.

No dormí con el resto de los guardias. En lugar de eso, tomé la suite de nivel completo inmediatamente inferior al piso donde dormía el Príncipe, donde él y los dos hoomons tenían sus habitaciones.

Toda esta torre era de lo más avanzado en lo que a defensa se refería, por lo que, a pesar de la frágil apariencia de las enormes ventanas y el imponente físico, era uno de los lugares más seguros en los que uno podía estar en la ciudad. Se la había regalado al Príncipe cuando éste superó la adolescencia y pudo empezar a buscar a la compañera que le ayudaría a afianzarse en su pretensión al trono.

Me pasé las garras por el pelo al salir de las duchas, completamente seca, pulida y cepillada para que mi pelaje brillara. Admiré mi hermoso pelaje oscuro, incluidas las ricas rayas negras aún visibles a pesar del tono.

Luego me pasé las yemas de los dedos por los labios.

Había besado a la gorróna.

No una, sino dos veces.

Nunca había besado a nadie así.

Cuando se puso rígida en mis brazos, me detuve.

Me preocupaba haber sido demasiado agresivo, que su especie tuviera un ritual de cortejo que yo no hubiera seguido, que ella necesitara. Había demasiadas cosas sin decir entre nosotros. Cuando quiso pasar el día conmigo, me volqué para que fuera el mejor.

Cuando me golpeó y se zafó de mis garras, no me sentí furioso, sino excitado.

Había huido y mi excitación salvaje me impulsó a perseguirla, a llevarla al suelo y demostrarle que no podía escapar de mí.

Pero entonces lo hizo.

Subió.

Entonces se movió.

Nunca había visto a ninguna criatura moverse como ella. Era tan expresiva en su sexualidad, se movía como si su cuerpo goteara oro líquido, acariciaba aquel poste como si fuera un amante conocido, alguien que la sostenía para que se retorciera contra él.

Era hipnotizante.

Todas las dudas de que no fuera capaz de aprender nuestro idioma se desvanecieron. Había demostrado que tenía problemas para pronunciar correctamente las palabras, pero era absolutamente capaz de aprender los movimientos. Podía moverse de una forma que dejaría a mi gente completamente boquiabierta.

Sabía que tenía que darle más, ofrecerle más.

Llevarla al campo de tiro para enseñarle a usar nuestras armas y ser testigo de su alegría me hizo estar seguro de que había tomado la decisión correcta. Era una pequeña viciosa y darle las herramientas y la capacidad para defenderse sería el regalo que haría brillar sus ojos.

Cuando me atrajo hacia ella...

Gemí, recordando el sabor de sus labios, la sensación de su cuerpo mientras la mantenía atrapada contra aquella pared. Cómo se había aferrado a mí cuando intenté bajarla. Cómo su hielo se había convertido en calor en un instante, y su deseo por mí se mostraba con una claridad inconfundible.

Recordé cómo fue demasiado para mí, cómo estuve a un suspiro de llevarla contra la pared en ese mismo instante, pero no podía hacerlo, no con otros a nuestro alrededor. Era mía y sólo mía. Nadie nos molestaría, pero yo no quería compartir ni un atisbo de ella.

Recordé que tenía que quitármela de encima.

Me moví los pantalones, que me apretaban incómodamente.

Yo era mucho más fuerte que ella, y aun así, ella luchaba por tocarme, por abrazarme.

No sabía que eso me excitara tanto.

Pero tuve que detenerla por otra razón.

Los hoomons eran compatibles con nosotros.

Podrían ser elegidos por nuestro osae.

El simbiote que vivía dentro de los cuerpos de mi especie nunca se propagó a otras especies alienígenas. Tampoco fue despertado por alienígenas. El hecho de que pudiera despertar y ser atraído por estos hoomons sólo significaba una cosa en la que podía pensar: los hoomons eran huéspedes compatibles para el osae.

Si me apareaba con ella, el osae se extendería a ella y se uniría a ella.

Si me apareaba con ella, podría acabar pariendo a mis crías.

Me fijé en el recuerdo de cómo se sentía en mis brazos cuando la llevé por el pasillo central, cómo había dejado escapar un sonido repiqueteante, como el del viento a través de las campanas.

Era el sonido más hermoso que le había oído hacer.

Añadí un rebote extra a mis movimientos mientras la llevaba hacia abajo, y los sonidos se hicieron más fuertes. ¿Estaba contenta? Eso parecía. No me arañaba ni se mostraba asustada. Me agarraba con firmeza, pero sin miedo. Había tirado de mí y me había pedido lo que quería.

Quería más.

Quería más de esos sonidos.

Quería más de ella.

Era una mujer que no sabía quién era yo. No sabía nada más de mí que lo que yo le había mostrado. Si me respondía, si me aceptaba, sería por lo que yo era para ella, no por lo que era para el mundo.

Podía verme como era, no como me habían educado para ser.

Ella no vio todo el peso que mi papel apilaba sobre mí.

Sólo me veía a mí.

Ese beso... Me costó mucho dejarla en su habitación después de la sesión de entrenamiento y marcharme. Me costó mucho volver a mis aposentos. Intenté alejar la idea de volver con ella tomándome la justicia por mi mano.

No fue un alivio.

Sacudí la cabeza, intentando desterrar ese momento de mis pensamientos.

No podía dejar que esto me abrumara.

Resoplé ante ese pensamiento.

Me había desviado de mi ruta prevista, había llegado a esta metrópoli una luna antes de lo previsto, había decapitado personalmente un barco lleno de traficantes de esclavos y me había disfrazado haciéndome pasar por guardaespaldas y sirviente de uno de mis vasallos.

Fuera lo que fuera, no era menor.

Ya me había abrumado.

Gemí y miré hacia el fondo del tanque del acuario que colgaba suspendido en el techo de esta suite.

Me quedé helado.

Apretadas contra el cristal encima de mí había dos hermosas nalgas desnudas y redondas.

Me quedé mirando la curvatura de aquellos globos mientras se movían, ofreciéndome brevemente una tentadora visión de lo que había debajo de ellos mientras la hoomon giraba en el agua por encima de mí, moviéndose como si fuera un pez.

Ya lo sabía por la forma de su cuerpo y su pelo, pero cuando su cara se volvió hacia mí, lo supe con certeza.

Era mi pequeño hoomon.

Flotaba sobre mí y sus ojos se abrieron de par en par mientras me miraba a través del cristal del fondo del tanque. Su pelo flotaba a su alrededor como un aura gloriosa mientras sus manos hacían pequeños movimientos en forma de ocho.

Estaba desnuda.

Se llevó ambas manos a la boca.

Luego los arrastró hacia mí, siguiendo una gran burbuja de aire. Se retorció en el agua, girando sin esfuerzo mientras la planta de sus pies descalzos presionaba el cristal sobre mí.

Salió disparada hacia arriba, lejos de mí, ofreciéndome una vista completa y magnífica de su culo desnudo y de la tentadora piel que cubría la raja entre sus piernas. Volvió a mostrármela mientras pataleaba.

El horror me invadió al captar el color de las luces del borde del estanque sobre ella.

No, otra vez no.

Me di la vuelta y corrí hacia el pozo de acceso.

FRUNCÍ EL CEÑO MIRANDO LAS VENTANAS DEL SUELO AL TECHO.

Arnina se había ido con su Boy Toy, y yo estaba aquí solo en la suite.

Me quedé de pie junto a las enormes ventanas con una manta mullida que era lo más parecido a una toalla que pude encontrar, contemplando las vistas. ¿Qué clase de persona tiene este nivel de lujo? Era una locura. Parecía el tipo de riqueza que sólo experimentaría si perteneciera al 1%. Era como tener un ático en el centro de Nueva York o en otra gran ciudad, pero en lugar de ser una suite, tenía varios pisos de altura.

No podía soportarlo más.

Necesitaba mover mi cuerpo.

Me di la vuelta y me dirigí hacia el estanque con forma de pecera gigante que había en el suelo, en medio de la sala común. No había guardias en la sala conmigo. Supuse que estaban en otro nivel o algo así, dado que estas habitaciones parecían tener arcos abiertos hacia esa loca columna con plataforma de salto en el centro.

Claro, estaban las ventanas gigantes, pero da igual.

No es que mi cuerpo significara algo para esos elfos gatunos del espacio. Probablemente encontrarán mi falta de pelaje en los hombros y la espalda bastante rara y poco atractiva.

Con ese pensamiento en mente, me quité toda la ropa.

Me acerqué al borde y me senté, metiendo los dos pies. El agua se cerró alrededor de mi piel y me quedé allí sentada, concentrándome en mi respiración y en las sensaciones de mi cuerpo. La noche anterior no me salió ningún sarpullido ni tuve ninguna reacción cutánea adversa al sumergir el brazo, pero necesitaba minimizar los riesgos. No tenía un kit para analizar el agua. A menos que me las arreglara para jugar a las adivinanzas con esos alienígenas, la forma más rápida de averiguar si las cosas estaban bien era probándolas cuidadosamente.

O casi siempre con cuidado.

Me desplacé hacia delante y hundí toda la parte inferior de las piernas en el agua, hasta las rodillas.

Los peces de colores se arremolinaban en el agua cristalina. Estaba bastante caliente, más o menos a la misma temperatura que mi cuerpo, pero no vi más algas ni plantas que algunas enredaderas flotantes al otro lado del estanque. Me alejaría de ellas cuando entrara. Era más seguro jugar en aguas abiertas que correr el riesgo de enredarme con plantas desconocidas. Además, no sabía si excretaban veneno o sustancias irritantes. Tampoco tocaría a ninguna criatura del estanque cuando entrara.

Observé a los peces nadando en el agua.

Ninguno de ellos se acercó a mí.

Su comportamiento y el hecho de que a los alienígenas no les importara que hubiera metido el brazo la noche anterior me dieron la seguridad de que ninguno de los peces era depredador de animales más grandes. Me evitarían y yo respetaría sus límites. No había problemas.

Miré alrededor del estanque, tratando de encontrar otros peligros o cosas de las que debía estar alerta.

En el borde del estanque se encendieron unas luces brillantes, cálidas, suaves y amarillas. Dos grandes bandas grises recorrían los laterales de la pecera. No eran evidentes al mirar el agua desde arriba, pero pude verlas al acercarme.

Dado que el agua era tan clara, era probable que hubiera filtros o posiblemente bombas que añadieran agua a mayor profundidad. Tenía que haber todo un sistema para mantener el agua tan clara y limpia como estaba dada la temperatura y la vida de plantas y peces en ella, a menos que los alienígenas tuvieran alguna forma loca de gestionarla.

Levanté una de mis rodillas.

Mi piel se veía y se sentía bien.

En la siguiente prueba, metí la mano en el agua, me la llevé a la boca y la lamí.

Me quedé sentado un momento con el agua en la lengua.

Sabía a agua.

No sentí ningún sabor a cloro, sal u otros productos químicos a los que estaba acostumbrado. Simplemente sabía a agua.

Ahora, la prueba más arriesgada, pero la más importante si iba a nadar en condiciones.

Volví a meter la mano en el agua y la levanté para que el agua me goteara por las yemas de los dedos. Me tapé la cara con la mano, eché la cabeza hacia atrás y me pasé la mano por el ojo izquierdo. Esperé pacientemente hasta que una gota de agua me cayó directamente en el ojo y entonces moví la mano.

Parpadeé.

No había ninguna sensación extraña, ni ardor ni picor.

Sentí como si me hubiera entrado agua limpia en el globo ocular.

A continuación, cogí un puñado e hice lo mismo, salpicándolo en un solo ojo.

Si algo salía mal, estaba solo. Era esencial que me asegurara de tener un ojo funcional si los productos químicos del estanque alienígena estaban a punto de quemarme la retina. Realmente, si estuviera siendo seguro, esperaría a que alguien más volviera y se quedara conmigo si necesitaba atención médica por esto.

Pero a estas alturas mi voluntad de seguridad tenía un límite.

Ahora mismo necesitaba sentirme viva.

Necesitaba hacer algo que me gustara.

Necesitaba sentir que era realmente yo misma.

El puñado de agua no me irritó el ojo, así que decidí hacer un "yolo" duro y apoyé las palmas de las manos a ambos lados de las caderas. Levanté el trasero y me desplazé hacia delante, deslizándome hacia el agua.

Este era mi lugar.

Dejé escapar un suspiro de felicidad mientras me colgaba del borde, sintiendo el remolino de la suave corriente en el agua. El agua de este estanque se arremolinaba alrededor del cuenco con una suave corriente, pero la presión me resultaba lo bastante fácil como para resistirla simplemente remando con las manos. No tendría que esforzarme mucho para mantenerme donde quería en el cuenco.

Miré a mi alrededor y vi que los peces se mantenían a distancia de mí.

Si estuviera mucho aquí, podrían acostumbrarse a mí como una no amenaza, pero para ser la primera vez que entraba en su casa, este comportamiento me hacía sentir más relajado.

Manteniendo la mano en la orilla del estanque, sumergí la cabeza y abrí los ojos.

Era precioso.

Siempre había una diferencia entre estar en un mundo submarino que sólo habías visto desde la superficie o a través de un cristal. Desde fuera o desde arriba, podías ver la belleza y la complejidad, pero cuando te adentrabas en ese mundo, era algo totalmente distinto.

Era la diferencia entre ver un baile y formar parte de él.

Al menos lo era cuando tenías gafas.

Todo lo que vi fue un desastre borroso.

Aun así, era un lío en el que podía navegar. Para mí, nadar no tenía tanto que ver con lo que veía como con lo que sentía. Era lo más cerca que podía estar de volar sin que me brotaran alas.

Saqué la cabeza del agua y volví a hacer un rápido chequeo de mi cuerpo.

La piel estaba bien, los ojos también, el agua me sentó de maravilla... ¡Ya era suficiente precaución para mí!

Respiré hondo y me extendí en la superficie boca arriba, con las manos y los brazos abiertos mientras salía a la superficie, flotando con facilidad al mantener el cuerpo tenso y alargado.

De repente, me doblé por la mitad y junté las manos y los pies, enviando mi cuerpo directamente al agua, con las nalgas por delante.

Por encima de mí, pude ver cómo las suaves luces amarillas se tornaban rosas, como una puesta de sol.

Me dejé llevar hacia abajo en esa posición hasta que mi trasero chocó contra el cristal del fondo.

Me retorcí y me di la vuelta para ver que el suelo de la pecera no era translúcido, como yo pensaba, sino completamente transparente, lo que permitía ver claramente el suelo.

Zale me miró fijamente.

Le devolví la mirada durante un largo momento, sin estar segura de lo que sentía.

Por un lado, me veía muy bien desnuda, así que la vergüenza no estaba en el menú para mí en esta situación particular. No es que importara con un extraterrestre. Quién sabía cómo me vería desnuda. Hasta ahora, ninguno de los elfos felinos alienígenas que había visto tenía tetas, así que probablemente yo tenía un aspecto raro y carnoso. Segundo, él ya me había visto desnuda, dos veces.

Él, de hecho, me había limpiado mientras estaba inconsciente y desnudo y me vio desnudo luchando contra un grupo de alienígenas lagartos justo antes de que me dieran una paliza.

Me llevé las manos a los labios y le lancé un burbujeante beso de sirena.

Luego planté el pie en el fondo y salí disparado hacia la superficie.

Me reí durante todo el trayecto, con las burbujas saliendo de mi boca y mi nariz. Me encantaba la forma en que el agua se deslizaba alrededor de mi cuerpo, una corriente que me acariciaba, jugando con los mechones de mi pelo y enroscándose en los bordes de los dedos de mis pies. El agua era vida. Cuando me movía por ella, me sentía como si estuviera hecha de magia, como si fuera una hoja flotando en la brisa. Me elevaba. Podía mover mi cuerpo como quisiera y éste respondía, mis músculos se sostenían contra la siempre presente atracción de la gravedad.

Fue sin esfuerzo.

Mi mano derecha rompió la superficie del agua mientras me acercaba al borde.

Unos dedos cálidos se cerraron alrededor de mi muñeca.

Me empujaron hacia arriba y mi cabeza rompió la superficie del agua. Lancé un grito cuando todo mi cuerpo se elevó en el aire, y mi otra mano se alzó para agarrar la gruesa y fuerte mano que me sujetaba la muñeca como una mordaza.

Me colgué de su agarre durante un largo latido.

Me dolía el hombro por la brusquedad con que me habían tratado y el corazón me latía con fuerza en los oídos por lo repentino que había sido sacarme del agua. Mis pies salieron del agua mientras la adrenalina recorría mi organismo y me encontré cara a cara con un rostro que gritaba depredador: Zale.

No lo pensé; simplemente actué.

Apoyé las rodillas en el pecho, levanté los dedos de los pies y pateé con fuerza, dirigiendo los talones hacia su preciosa cara.

Tiró de su cabeza hacia un lado, y su agarre se aflojó.

Me retorcí en el aire como un pez que lucha por su vida y me liberé.

Me caí hacia atrás.

Estaba demasiado cerca del agua para hacer una reentrada limpia, así que golpeé con una fuerte bofetada. Me escocía la piel al deslizarme bajo la superficie. Pateé los dos pies a la vez, moviéndome como una nutria mientras me alejaba del borde antes de volver a asomar la cabeza cerca del centro del tanque, fuera de mi alcance.

Zale se quedó de pie en el borde, mirándome fijamente, con la ropa satisfactoriamente mojada por el chapuzón que debí de pegarme al volver al agua.

Me cantó algo.

Levanté ambas manos fuera del agua, haciendo un ciclo con las piernas para pisar el agua mientras levantaba la parte superior del pecho y los antebrazos en el aire.

Le tiré dos pájaros.

"Vete a la mierda", le dije. "No puedes tocarme así".

¿Cómo podía hacérselo entender? Podría haberme sacado del agua porque ninguno de su especie nadaba y pensaba que me estaba ahogando, o porque este estanque de peces era una especie de espacio sagrado para su especie que yo estaba profanando, o porque en realidad uno de los peces era mortal si entraba en contacto con él. Podría haber tenido una buena razón para empujarme.

Aun así, necesitaba asegurarme de que era porque estaba preocupado por mí, y no porque estuviera enfadado y estuviera a punto de hacerme lo mismo que a esos imbéciles lagartos. Ése era el problema con los hombres violentos y asesinos, sobre todo con los que no te tirabas: si no los conocías bien y tenías un vínculo serio de pareja a largo plazo, siempre existía la posibilidad de que te consideraran desechable. Incluso si estabas comprometida, podías estar fácilmente en peligro si hacías algo que les hiciera daño, fuera o no intencionado o incluso cierto.

Aunque estuviéramos follando, hacerme daño de cualquier manera era un momento serio de no pasar.

Lastimarme significaba que habíamos terminado para siempre.

Levanté la muñeca que había magullado y la señalé con la otra mano.

"Oooowwww", aullé.

Cantó algo más, extendiendo ambas manos hacia mí, con la cola moviéndose de un lado a otro detrás de él como si tuviera mente propia.

Uf, debería haber prestado un poco de atención al menos a la comprensión auditiva.

No saber ninguna de las palabras era problemático. Parecía muy alterado, pero ni siquiera sabía si ése era el sentimiento asociado a tantos movimientos corporales diferentes.

Me hizo una seña, un gesto que parecía querer que me acercara a él, luego señaló el borde del estanque y soltó otra retahíla de canciones, con voz seca. Sonaba casi aterrado.

Seguí observándole, sin moverme.

Se arrodilló, apoyó una mano en el borde y extendió la mano hacia mí por encima del agua. Era imposible que me alcanzara, pero tenía la mano extendida como si de algún modo pudiera cruzar la distancia.

Las luces alrededor del estanque se volvieron de un rosa más oscuro y él soltó un aullido que parecía salir de su corazón. Me dio escalofríos. Era el tipo de ruido que se utiliza cuando algo absolutamente horrible está a punto de suceder.

¿Me estaba gritando?

¿Me lo estaba suplicando?

Ciertamente parecía una mendicidad.

Me moví antes de darme cuenta de que lo estaba haciendo, nadando hacia él. No sabía por qué era tan importante, pero estaba claro que algo le estaba asustando, y aunque ya me había hecho daño antes, era para sacarme del agua, rápido.

Tal vez había una razón por la que me quería fuera.

Las luces del borde se volvieron de un azul frío justo cuando me acerqué a él y extendí la mano para coger la suya.

Me sacó del agua tan rápido que salí volando. Cayó hacia atrás mientras me atraía hacia sus brazos, hacia su pecho, y el impulso del tirón lo derribó.

Oí un fuerte crujido detrás de mí.

Me rodeó con sus brazos y me abrazó.

Apretó su cara contra mi cabeza y todo su cuerpo tembló por un momento.

Giré la cabeza contra la protección de su cuerpo para asomarme por debajo de su bíceps mientras él permanecía envuelto a mi alrededor como un aferrado de fase cinco.

El estanque ya no estaba allí.

Parpadeé.

Todavía estaba allí. Sólo que ya no era agua.

El estanque ya no era líquido.

Era hielo sólido.

"Oh", dije.

Sus brazos me rodearon con fuerza.

Giré la cabeza y mi mejilla rozó su pecho desnudo. Mi pelo goteaba. Pequeños riachuelos de agua corrían por los lugares donde mi piel desnuda rozaba la suya. Incliné la cabeza hacia atrás para mirarle.

Tenía los ojos muy abiertos y la mirada perdida.

Me acerqué para tocarle suavemente la mejilla.

No respondió.

No reaccionó en absoluto: ni un movimiento de orejas, ni una mirada, sólo otro temblor que le sacudió todo el cuerpo.

"¿Zale?" Pregunté, acariciando su mejilla suavemente.

Sin reacción de nuevo.

Se quedó mirando a la nada por encima de mi cabeza.

Miré hacia la pista de hielo que había sustituido al estanque.

Podría haber muerto.

No podría decir desde aquí lo grueso que era el hielo; podría haber ocurrido sólo por los

pocos centímetros de la superficie, pero esa congelación ocurrió rápido. Si me hubiera quedado atrapado en eso con la cabeza fuera del agua y el cuerpo dentro, que se me congelara el cuello al instante no parecía algo a lo que pudiera sobrevivir. Si no me hubiera acercado a él, si hubiera seguido desconfiando, pensando que intentaba hacerme daño...

Yo podría haber muerto, y él estaba absolutamente enloquecido por ello.

Yo significaba algo para él.

Eso, o tenía algún trauma serio que no teníamos forma de discutir.

"Eh", murmuré, metiendo el otro brazo entre nuestros cuerpos para acariciar su otra mejilla. "Estoy aquí. Sigo aquí. Me tienes a mí".

Deslicé ambas manos por los costados de sus mejillas, buscando sus gruesos mechones de pelo. Subí las manos hasta llegar a mi objetivo.

Sus orejas.

Los rodeé con las manos, pasando las yemas de los dedos por su suave dorso.

Se crisparon en mis manos y él parpadeó.

De repente volvió en sí, mirándome, desnuda y empapada en sus brazos.

Mientras miraba sus anchos hombros y su hermoso pelaje negro azabache, la tensión contenida en mí se enroscaba como si fuera a atacar. Me sentía cómodo. Estaba limpio. Estaba alimentado y a salvo.

Estaba en los brazos de un hombre extraterrestre que me cuidaba como ningún hombre humano lo había hecho antes.

Un elfo gato extraterrestre que se detuvo cuando ni siquiera me di cuenta de que lo necesitaba.

Tampoco había echado un polvo en mucho tiempo.

Después de esa experiencia con el ex de Arnina, no tenía ningún deseo de tener citas. Ni siquiera me había cuidado como lo habría hecho normalmente. Esa parte de mí se había sentido casi muerta, como si mi interior estuviera apagado y cerrado permanentemente al más mínimo indicio de atracción, como si no hubiera nada que realmente pudiera ponerme en marcha aunque realmente lo deseara.

Decidí que era porque ningún chico era lo suficientemente bueno.

Pero este tipo, estaba aquí, y era más que suficiente.

No era sólo su aspecto lo que me encendía, sino cómo me trataba. No tenía que ser tan amable y considerado. No tenía que detenerse sólo por mi lenguaje corporal.

Era un auténtico caballero, como nunca antes había visto.

Estaría bien para un revolcón fácil para sacarme de mi depresión.

No tenía por qué significar nada más que atender necesidades: mi necesidad de descargar tensión y la suya de distraerse de lo que le rondaba por la cabeza.

Al menos, eso era lo que me decía a mí mismo.

Había una pequeña parte de mi corazón que sentía de otra manera. Pero esa parte estaba encerrada. Había sido empaquetada y secuestrada para evitar que mi tierno interior fuera aplastado bajo el peso de todo el hielo que me envolvía.

Sabía que era una mujer con mucho sabor.

La mayoría de los hombres que vinieron a husmear a mi alrededor sólo querían probar un poco.

Pero eso estaba bien por ahora.

No tenía intención de encariñarme.

Ignoré la falsedad de mis propios pensamientos, ignoré esa tierna y aterrorizada parte de mí

que se aferraba a la verdad con un pánico aferrado a la realidad: que ya hacía tiempo que me había ido.

Miré fijamente al alienígena que me tenía en sus brazos.

El alienígena que me había salvado la vida y me había entregado las cabezas de mis enemigos en una caja.

El hombre que me había tendido la mano y me había suplicado que me salvara.

Era ajeno a mí, pero no a mi corazón. No me importaba lo que tuviera en los pantalones. Quería conocerlo, conocerlo todo, si me dejaba.

Sosteniendo su mirada, deslicé mi mano por su cuerpo.

Acaricié las duras líneas de sus abdominales, dejando que mis dedos jugaran sobre su piel. Me moví despacio, dándole tiempo suficiente para saber adónde iba y para detenerme si no quería.

No me detuvo.

Me sostuvo la mirada y no se movió, ni siquiera después de que le acariciara el suave espacio entre las piernas.

"No eres un muñeco Ken, ¿verdad?". pregunté mientras frotaba suavemente el exterior de sus pantalones, buscando algo más de lo que estaba encontrando.

Seguía sin moverse, sus ojos absolutamente fijos en mi cara, su respiración lenta y constante. Entonces, algo se movió bajo mi mano.

Era duro, largo y se retorció.

Oh, me había despertado todo de él, incluso esos bits adicionales que había tenido un vistazo de cuando Arnina estaba recibiendo abajo y sucio con su Boy Toy en el sofá de pared extraña de vuelta en su pequeño apartamento temporal..

Zale estalló de repente en movimiento, saltando hacia atrás y poniéndose en pie, alejándose de mi contacto como si mi mano hubiera estallado de repente en el fuego. Caí hacia delante en el espacio vacío que dejaba su cuerpo, atrapándome con las manos. Respiraba entre dientes apretados.

Su cola se agitó detrás de él, pero sus orejas no retrocedieron.

"¿Eso es un no?" pregunté mientras intentaba decir la última palabra en su idioma. No tenía ni idea de cuánto me había acercado. Estaba claro que el tono y la entonación realmente importaban, pero mi capacidad para distinguir la calidad del sonido que salía de mi propia boca era limitada. Así que, por si fuera poco, volví a alargar la mano hacia su entrepierna, pero no hice ningún movimiento para acortar la distancia que nos separaba ni para ponerme en pie.

Sabía qué aspecto tenía en ese momento.

Desnuda, empapada, arrodillada a sus pies y mirándole, tratando de alcanzar su virilidad como una ninfa salvaje surgida del mar, deseosa y deseosa de probar por primera vez la carne de verdad, es decir, si es que los humanos le resultaban atractivos.

Soltó un gruñido bajo.

Luego se acercó de nuevo a mí, me cogió la mano que le ofrecía y tiró suavemente de mí para ponerme en pie.

Deslizó mi mano en la parte delantera de sus pantalones.

Sonreí y busqué lo que quería.

Mi mano rodeó algo grueso y caliente. Unos zarcillos se deslizaron bajo mi tacto, uno de ellos envolviéndome la mano. Se sentía extraño y también caliente. Vibraba acariciándome la muñeca. Pensar en lo que sentiría entre las piernas me hizo sentir calor. Quería sentirlo. Quería sentirlo entero.

Se lo hice saber acariciándole.

Dejó escapar un gemido bajo mientras exploraba con mis caricias.

Quería verle.

Pero no lo conseguí.

Me agarró del antebrazo y tiró de él hacia arriba, haciéndome girar para que le diera la espalda. Una de sus manos me rodeó el cuello, sujetándome con suavidad pero con firmeza.

Durante un largo minuto no se movió, esperó.

Cada vez que se había puesto un poco agresivo conmigo, me había quedado helada. Estaba claro que era el tipo de hombre que quería presionar fuerte. Apuesto a que si habláramos el mismo idioma me diría que fuera una buena chica y me lanzaría como a una muñeca. Era un macho agresivo y dominante, eso estaba claro.

Al mismo tiempo, esperaba.

Esperaba que me pusiera rígida, que me paralizara, que dijera que no con mi cuerpo y no con mis palabras. Solo ese hecho me hacía arder aún más por él.

Esta vez, le di un sí.

Volví a empujar mi trasero contra él, frotándolo contra él.

Su otra mano se deslizó hacia abajo en la parte delantera de mi vientre desnudo ..

Jadeé cuando me rozó los labios inferiores con los dedos.

Arrastró los dedos por mi humedad y gemí, balanceando las caderas hacia su contacto. La mano que tenía en el cuello se deslizó hacia arriba, me cogió la barbilla y la levantó. Se inclinó sobre mi cara inclinada. Su dedo se deslizó en mi raja, rodeando mi número, pero sin tocarlo directamente. Me sostuvo la mirada con sus penetrantes ojos verdes, y me sentí perdida.

Y realmente estaba perdido.

No tenía nada a lo que me importara volver.

La idea de no volver nunca a la Tierra me llenó de una extraña mezcla de alivio abrumador e incertidumbre. Sabía lo que era. Sabía que no quería volver a ella. Estar aquí era escapar de una situación de la que nunca pensé que saldría.

En casa había llegado a un punto en el que no sabía adónde ir para seguir adelante. En parte, le había dado tanta importancia a reavivar mi amistad con Arnina porque, en un momento dado, ella había sido el tipo de amiga que siempre me ayudaba a ver un camino a seguir, incluso cuando yo mismo no podía verlo.

Pero ella no había sido esa amiga para mí.

Y yo no había sido la amiga que le contaba todo.

La imagen que tenía en mi cabeza de ella era diferente de lo que era.

Pero ahora, lo que ansiaba había cambiado.

Todo aquello de lo que quería huir estaba a años luz de mí.

Yo era libre.

No necesitaba aferrarme a nadie. Podía tomar lo que necesitaba, tomar lo que se me ofrecía y no anclar mi sentido del yo en ello. Iba a aprovechar al máximo esta experiencia. Aunque no hubiera elegido venir aquí, iba a disfrutarlo.

Sabía lo que quería.

Y sabía cómo conseguir lo que quería.

Deslicé la mano hacia abajo hasta que mi palma cubrió la suya para mantenerlo en su sitio mientras me movía hacia delante para poder subirme a un pequeño mueble enmoquetado parecido a una mesita de café. Me levantó lo suficiente para que mi trasero quedara a la altura de su pelvis. Me eché hacia atrás y le agarré las caderas, y él se apretó contra mí, sensible a mis

caricias.

Eso estuvo bien.

Hacer que un hombre se moviera con la más ligera presión de mis dedos mientras estaba tan excitado era una gran victoria en mis libros. Todos los demás me agarraban y me tiraban tan pronto como creían que podían. Los únicos que no lo hicieron fueron los que pagaban por bailar y sabían que el portero los echaría si yo gritaba.

Que me dejara posicionarle cuando estábamos solos sin nadie que intercediera o le impidiera hacer lo que quería era otra cosa.

Era algo que ansiaba.

Me apreté contra él moviéndome hacia atrás para que mi culo se restregara contra su entrepierna mientras apretaba más su mano contra mí. Me soltó la cara y dejó caer la mano sobre mi pecho, acariciando suavemente uno de mis pechos.

Lo levanté sobre las puntas de los pies y volví a dejar caer los talones, arqueando la espalda mientras me movía para que mi culo se apoyara contra él, acariciándolo con los movimientos de mi cuerpo.

Deslizó un dedo dentro de mí.

Me sentí tan bien cuando me tocaron.

Por fin me sentí bien cuando me tocaron.

SE SENTÍA TAN BIEN TOCARLA.

Su canal interno estaba empapado, empapando mi dedo con una humedad resbaladiza muy distinta del agua de la que acababa de sacarla. Un aroma fragante se elevó, perfumando el aire con el embriagador olor de su deseo.

Era embriagador.

Mi eje se liberó de mi cuerpo, deslizándose hacia los confines de mis pantalones.

El deseo de saborearla crecía en mí junto con el dolor palpitante de mi pene. Movié su culo redondo arriba y abajo, girando las caderas, y mis oseos empezaron a moverse de nuevo, retorciéndose alrededor de mi vástago mientras la buscaban, retenidos por mi ropa.

Se frotó contra mí, acariciando la longitud de mi virilidad con el contoneo de su culito. Se me pusieron los ojos en blanco por la oleada de placer, deseo e inconfundible necesidad de estar dentro de ella.

Era demasiado.

Mi osae la quería tanto como yo.

Casi la había perdido.

Era impensable.

Cuando la había visto por primera vez en la pantalla con los Izanburs, había sentido una atracción instantánea por su tenacidad, su fiereza, pero aunque su cuerpo alienígena me había parecido intrigante, la idea de que mi osae pudiera despertarse por ella no era una consideración.

Era una especie diferente.

Y sin embargo, era compatible conmigo, una pareja excepcional.

Ella podría llevar a mis crías.

Eso lo cambiaba todo y nada en absoluto. No podía aceptarla ahora, no hasta que pudiera hablar con ella, no hasta que me dijera que estaba preparada, que quería estar conmigo sabiendo la plenitud de lo que eso significaba, no hasta que le hubiera dicho la verdad de quién era yo.

Tuve que contenerme.

Tenía que asegurarme de que estaba totalmente preparada para ser mía, con todo lo que eso conllevaba, antes de tomarla. Ya era mía. Aunque ese sentimiento era una certeza viscosa, quería que me reclamara.

Quería esperar a que ella decidiera ser mía.

Pero ahora necesitaba placer.

Necesitaba lo que yo podía darle.

Y yo se lo daría.

Volví a gruñir, apretando con más fuerza su cuello, con la suficiente firmeza para tirar de su

cabeza contra mi pecho y que perdiera el ritmo y el impulso del balanceo de sus caderas, pero con la suficiente suavidad para que tuviera espacio de sobra para respirar.

Seguí acariciando su canal cuando encontré un punto diferente en su interior. Mi dedo lo acarició y sus labios se entreabrieron, su canal se agitó alrededor de mi dedo mientras dejaba escapar un gemido incontrolado.

Ahí estaba.

Seguí golpeando ese punto, una y otra vez, moviendo la mano para que el talón golpeará la pequeña protuberancia de su parte delantera. Lentamente empecé a deslizar otro dedo dentro de ella, estirándola.

Hacía los ruidos más adorables.

Mauulló y gimió, retorciéndose entre mis brazos mientras su respiración se entrecortaba y su cuerpo se estremecía. Se apretó contra mis dedos y gritó algo que sonaba parecido a mi nombre.

Entonces se deritió en mis brazos.

Quitó la mano de su cuello y la rodeó con el brazo por el medio, sosteniéndola mientras ralentizaba mis dedos.

Cuando dejó de dar espasmos a su alrededor, tiré de ellos y los saqué suavemente de su empapado abrazo.

Me llevé la mano a la nariz.

El paraíso absoluto.

Me lamí los dedos, deleitándome con el almizclado sabor femenino que era todo lo que nunca supe que necesitaba.

Hizo un pequeño ruido. Luego se retorció en mis brazos, sus pequeñas manos se enredaron en mi muñeca mientras intentaba apartar suavemente mis dedos de delante de mi nariz.

Sacudió la cabeza y dijo algo en su monótono lenguaje.

¿No quería que la probara?

¿Cómo se atreve a desafiarme?

SU MANO NO SE MOVIÓ.

"No tienes que hacer eso", le dije, girándome en sus brazos para mirarle de frente, con una oleada de vergüenza desconocida recorriéndome. "Sé que a los hombres no les gusta. No tienes que fingir".

Me miró fijamente durante un largo instante.

Entonces se le pusieron las orejas gachas y me gruñó mostrando los colmillos.

Su cola se agitó detrás de él.

Oh, mierda.

El corazón me dio un vuelco e instintivamente me quedé inmóvil. El miedo me recorrió rápidamente y fue sustituido por una oleada de excitación cuando me sostuvo la mirada y se lamió los dedos una y otra vez, lenta y deliberadamente, en un sensual y sensual despliegue de su lengua.

Esperó, mirándome fijamente mientras se chupaba los dedos de una forma que era una promesa.

El miedo se deshizo en un charco resbaladizo y goteante.

Oh, vaya.

Luego se arrodilló.

Casi pierdo el equilibrio ante la repentina sensación de su estabilidad, pero me rodeó la espalda con la mano y me agarró los glúteos para mantenerme firme.

Había perdido el control absoluto de la situación.

En lugar de sentir ese miedo, ese momento congelado, me encantó.

Me ha encantado.

Yo quería esto.

No había miedo en mí cuando apretó su cara contra mis muslos, respirando hondo mientras me olía. Había tantas incógnitas entre nosotros. Él tenía toda una cultura de expectativas sociales diferentes a las mías de la que yo no sabía nada.

Pero sabía cómo me miraba.

Sabía cómo me tocaba.

Lo quería todo.

Sus garras pincharon ligeramente mi culo, no lo suficiente como para herir o penetrar, pero sí para hacerme saber que se extendían.

Por el bulto que se movía en la parte delantera de sus pantalones, tenía que estar completamente excitado.

Parecía que estaba a punto de tener una experiencia de primera mano con esos tentáculos.

Ese pensamiento se esfumó cuando su lengua se deslizó por mi raja. Dejé caer las manos sobre su cabeza y hundí los dedos en su sedosa melena.

Una de sus manos se deslizó acariciando mi hendidura mientras bajaba hasta la parte posterior de mi muslo, levantándolo para enganchar mi rodilla sobre su hombro.

Luego se zambulló de nuevo.

Su lengua me lamió, separó mis labios inferiores y me lamió con movimientos largos y lánguidos, igual que había hecho con sus dedos. ¿Cómo es que no estaba cansado? Grité, incapaz de contenerme, mientras su lengua rodante y nudosa me elevaba de nuevo sobre las olas del placer, hinchándome hasta un nuevo nivel.

Santo cuervo, iba por el orgasmo número dos.

Iba a llevarme allí.

Un torrente de humedad brotó de mi cuerpo deliciosamente sobreestimulado y él emitió un sonido entre gruñido y gemido mientras aceleraba sus caricias, haciendo girar su lengua alrededor de mi nódulo.

Entonces su dedo volvió a presionar mi abertura.

Moví las caderas contra su dedo, animándole, y él siguió el movimiento, deslizándolo dentro de mí. La textura de su dedo era áspera y deliciosa, pero no se parecía en nada a lo que yo realmente deseaba. Ya me había dado esa parte de él, pero yo quería más.

Lo quería todo de él.

No estaba dispuesto a esperarlo.

Lo necesitaba dentro de mí ahora.

Le rodeé las orejas con las manos y tiré.

Le levanté la cabeza. Me sacó el dedo y me miró fijamente mientras le obligaba a retroceder con mi áspero agarre de las orejas. Se movió conmigo, respondiendo a mis caricias mientras yo lo hacía retroceder, bajando de la mesita y sobre su posición arrodillada, su mano yendo al suelo detrás de él mientras la parte superior de su cuerpo se inclinaba hacia atrás. Me dejé caer, deslizando mi húmeda raja a lo largo de sus abdominales desnudos. Le solté las orejas y busqué sus pantalones entre los dos.

Retumbó algo mientras mis manos revoloteaban sobre el duro montículo, buscando la liberación. No encontré cremallera ni nada, así que me agarré al borde y empecé a bajarlas de un tirón. Él se lanzó hacia delante, empujándome hacia atrás, así que me deslicé hacia abajo, con mi abertura presionando contra aquel bulto bloqueado por la tela mientras sus propias manos me agarraban las muñecas, tirando de ellas hacia mi espalda para sujetármelas con una mano.

Le miré a la cara y me cantó algo.

Me estaba deteniendo.

No quería que me detuvieran.

Él me deseaba. Yo le quería a él.

No sabía la razón de su vacilación, y no me importaba. Podía detenerme físicamente sin esfuerzo. Si realmente no me quería, no había nada que pudiera hacer al respecto, pero este alienígena ya había puesto su boca sobre mí. Había matado por mí. Sus pantalones se tensaban con el esfuerzo de mantenerlo contenido.

Sabía que debía ser amable, respetuoso y esperar.

O tal vez podría huir llorando como hizo Arnina.

No fui yo.

Yo era el tipo de mujer que no tenía ningún problema en tomar lo que quería de aquellos que estaban dispuestos a dármelo. Ya fuera dinero o placer, si era mío, era mío.

El caso es que no quería bajarle los pantalones y empalarme.

Quería que me deseara más allá de sus dudas. Quería esperar a que estuviera listo, pero aun así seguir adelante con lo que yo quería.

¿Cómo iba a hacerlo?

Me froté contra su bulto, frustrada por la tela que no podía apartar. Me sujetaba las muñecas por detrás, pero no me apartaba de él.

¿Cómo podría convencerle de que me aceptara?

Incliné la cara hacia delante y apreté los labios contra el suave espacio donde su piel desnuda emergía de su suave pelaje. Apreté los dientes contra su cuello. Se estremeció y aflojó el agarre de mis muñecas mientras yo mordisqueaba suavemente, descendiendo por los tendones de su cuello con pequeños mordiscos.

Gimió.

Sonreí contra su piel cuando levantó la barbilla, dejando al descubierto más parte de su garganta.

Bajé la boca hasta donde su cuello se unía con los músculos de sus hombros y mordí con más fuerza, al tiempo que intentaba liberar mis muñecas de su agarre. No me soltó. Solté un pequeño gruñido contra su cuello.

Entonces mordí más fuerte.

Le arranqué las manos de un tirón. No intentó recuperarlas. En lugar de eso, me apretó la espalda con las palmas.

Volví a meter la mano entre nosotros.

Agarré el borde de sus pantalones y empujé hacia abajo.

Su mano se movió para unirse a la mía, y algo se soltó, la tela de repente se movió más fácil, deslizándose fuera del camino.

Su longitud caliente y dura sobresalía, presionándome, la gruesa cabeza contra mi abertura.

Los tentáculos se enroscaron alrededor de mis muslos, apretándose.

Me bajaron.

Me solté de su cuello con un jadeo involuntario cuando su cabeza me abrió. Sus manos recorrieron mi espalda de arriba abajo. Un tentáculo se deslizó entre nosotros contra mi frente, separándome los labios inferiores.

Zale me levantó, me cargó y me colocó en el suelo.

Mi espalda estaba ahora contra los mullidos cojines de un sofá, y él estaba sobre mí, cubriéndome.

Se deslizó dentro de mí lentamente, insoportablemente.

Cada terminación nerviosa de mi cuerpo gritó de liberación, años de sueño reprimido se liberaron en un glorioso despertar. Se retiró, pero no del todo. Los tentáculos que sujetaban mis muslos nos mantenían unidos.

Lo quería todo de él.

Yo quería esto.

Volvió a deslizarse dentro de mí y todo mi cuerpo se estremeció con el movimiento. El placer subió más alto, alcanzando una nueva altura. Había más, quería más, necesitaba...

Empezó a moverse, a moverse de verdad, dentro y fuera, encontrando un ritmo que rozaba la locura, y yo me aferré a él, con las uñas clavadas en la piel que cubría su espalda, mis caderas meciéndose con la penetración de su piel desnuda contra la mía. Era mío.

Nunca iba a dejarle marchar.

Mi espalda se deslizó por el sofá, acompañada por el húmedo golpe de su saco contra mi piel

desnuda. Uno de sus tentáculos de apareamiento se deslizó entre nosotros, entre mis pliegues, enroscándose alrededor de mi clítoris y vibrando.

Mi clímax me golpeó como un martillo contra una escultura de hielo, rompiéndome en pedazos mientras me aferraba a él, aferrándolo, apretándolo mientras lo absorbía, clavando mis talones contra la parte posterior de sus pantorrillas, y entonces hubo algo más, algo más, empujando dentro de mí, abriéndome más de lo que sabía que podía llegar, llevándome en las olas palpitantes de la liberación.

Empezó a gruñir, empujando profundamente.

El calor me llenaba, me inundaba mientras él empujaba dentro de mí todo lo que podía.

Lo sostuve mientras se desplomaba sobre mí, retorciéndose dentro de mí mientras se sostenía con los antebrazos. Luego levantó la cabeza y me apartó el pelo aún húmedo de la cara.

Murmuró algo.

Luego volvió a besarme.

SE TUMBÓ ENCIMA DE MÍ EN EL SOFÁ Y LA VI DORMIR.

Metí la pata.

Iba a esperar.

Iba a hacerlo bien, a asegurarme de que lo entendía, y en lugar de eso... En lugar de eso, cedí. El fuego de mi sangre por ella y su evidente e insistente deseo por mí se habían combinado hasta que el momento se había apoderado de mí y había huido con los dos.

Sonreí al pensarlo, y luego mi sonrisa se desvaneció.

Lo hice a pesar de las consecuencias.

No sabía con certeza si el osae se comportaría igual con un hoomon. No sabía si un niño hecho por los dos sería sano y fuerte. Ni siquiera sabía si ella quería tener hijos.

Sólo sabía que me deseaba con una desesperación igual a la mía.

Y cuando me mordió, burlándose de mí con la amenaza de un mordisco de reclamación, no pude encontrar ninguna parte de mí que quisiera detenerla. Si hubiera continuado y roto la piel, podría haberme reclamado a mí, a mí, de entre todas las personas del Imperio.

Y ni siquiera sabía quién era yo.

Pensó que era un guardaespaldas llamado Zale.

Ni siquiera era mi verdadero nombre.

ME DESPERTÉ ANTES DEL AMANECER, CON MI CUERPO ESTIRADO SOBRE EL SUYO. ERA TAN SUAVE y cálido. Su cuerpo se sentía tan bien al tacto.

Me sentía pegajosa.

También sentí pánico.

Anoche estuvo muy bien.

Fue increíble.

Nunca antes había sentido ese nivel de conexión con una pareja. Nunca me había sentido tan viva, tan presente en el momento, tan concentrada en el puro éxtasis de estar con alguien.

Me aterrorizaba.

Me despegué de él, recogí sus pantalones abandonados en el suelo y los coloqué suavemente sobre su regazo antes de abandonarlo allí, dormitando en el sofá.

Al abrir sigilosamente la puerta del dormitorio que compartía con Arnina, pisé algo extrañamente elástico que me pinchó el pie descalzo. Levanté el pie y me encontré con un cepillo del tamaño de un plato en el suelo, delante de la puerta.

"Es más grande de lo que pensaba", susurré mientras lo levantaba con las dos manos.

El dolor entre mis piernas se hizo eco de ese sentimiento.

Sonreí y abrí la puerta de un empujón, tirando el cepillo en el extremo de la cama. Había un suave ronquido bajo las mantas, en el centro de la cama, y respiré entrecortadamente. Estaba bien. Aquel hombre que dormía ahí fuera me trataba con toda la ternura y la pasión de un salvaje.

Pero, ¿una noche era todo lo que iba a conseguir?

Una noche era todo lo que merecía.

Mis pensamientos me aplastaron e intenté apartarlos, respirando hondo de nuevo para mantenerlos a raya y concentrándome en el entorno que me rodeaba.

La habitación empezaba a iluminarse con los primeros rayos de sol. Era un cálido resplandor que hacía brillar el aire. Era imposible saber cuánto duraban las noches aquí. Aún no tenía forma de saber la hora ni de entender el cronometraje local, además estaba el errático ciclo nocturno extra que se producía cuando el planeta se encontraba entre esta luna y el sol, pero que no era tan largo como la noche real.

Me puse en contacto con mi cuerpo y me centré en cómo me sentía físicamente.

Estaba dolorida, más saciada de lo que había estado en toda mi vida y un poco desordenada.

Lo único malo de este momento era el miedo a la pérdida, que inducía a la ansiedad.

Lo que pasó anoche me dio algo que temía perder.

Me metí en la ducha y me cuidé un poco, dejando que el agua caliente corriera por mi cara, lavando la superficie de mi piel mientras me quedaba quieta con el dolor dentro de mí. Era físico,

pero también emocional. Había dado un paso adelante con un hombre extraño, el tipo de paso que me hacía sentir vulnerable.

Me sentía frágil.

Así que hice lo que siempre hacía cuando me sentía así. Fui a buscar una armadura.

Mi tipo favorito de armadura tenía un aspecto absolutamente fabuloso, así que rebusqué en el armario, dándome cuenta rápidamente de que la juerga de compras de ropa que me había pegado no había acabado aquí.

¿Adónde había enviado toda mi ropa nueva?

Elegí un mono de seda y un bonito pañuelo complementario que me enrollé alrededor de las caderas a modo de cinturón, y luego encontré otro conjunto que le quedaba genial a Arnina. Un golpe en la puerta me hizo asomar la cabeza por el vestidor para ver el bulto del tamaño de Arnina que se agitaba en la cama.

Le arrojé el vestido plateado, que le golpeó en la cara cuando se incorporó.

Solté una risita y volví a meterme en el armario.

Oh, esa parte de mí a la que le encantaba provocar problemas estaba satisfecha con eso, aunque ella no reaccionara negativamente a ello en absoluto.

"Ese es tu atuendo para hoy", grité desde el interior del armario.

Oí las campanadas de la risa de Arnina.

"El amante dejó un regalo afuera. Lo puse en el extremo de la cama", dije. "No te preocupes, no es un ratón".

"¿Cómo voy a cepillarme el pelo con esto?", replicó.

Otro golpe resonó en la puerta, pero lo ignoré, sin dejar de rebuscar en el armario, confirmando lo que ya sabía: ni uno solo de los conjuntos era el que había comprado el otro día.

¿Dónde ha ido a parar mi ropa?

No es que me importaran las otras opciones, pero había una diferencia entre un vestuario elegido por mí y otro que yo misma elegía. Ir de compras era un trabajo. Trabajo divertido, pero trabajo al fin y al cabo, y yo quería cosechar los frutos de mi esfuerzo.

Si pudiera preguntar a dónde fueron... si pudiera preguntar cualquier cosa, esto sería más fácil.

No es que deba esperar que todo esto sea fácil.

Este fue el primer contacto con el crack.

Le faltaban todas las cosas que debería tener, principalmente científicos y todo un equipo de lingüistas dedicados a salvar la barrera de la comunicación. En su lugar, tenía situaciones turbias, como estar encerrados en jaulas y recibir palizas de un grupo de traficantes de esclavos.

Luego, ser mimado, alimentado y vestido.

Realmente esperaba que no trabajaran juntos para derribarnos y luego rellenarnos con un propósito nefasto. Sería muy inteligente combinar el dolor y el sufrimiento con el lujo y la amabilidad, de modo que estuviéramos untados de mantequilla y flexibles para cualquier travesura que hubieran planeado para nosotros en el futuro.

Volví a respirar hondo, dejando que el aire rodara dentro de mí, llenándome desde la base hasta el borde.

Perderme en una creación retorcida de mi propia mente no me serviría.

Necesitaba centrarme en el momento presente.

Dejé escapar el aliento y salí del armario para ver a Arnina de pie junto a la puerta abierta. Delante de ella estaba la elfa felina más pequeña que había llevado la ropa a la oficina del zoo hacía unos días. Sus orejas se aplanaron hacia atrás en su cabeza por un breve momento antes de

que se levantaran de nuevo hacia adelante, sostenidas rígidamente en su lugar.

"Eh, es esa que se le parece", le dije. "¿Hermana? ¿Madre? Tú has visto más que yo, así que, ¿qué edad aparenta?".

Arnina me miró con expresión confusa.

"¿Crees que son como esa sociedad en *The Giver*?", preguntó. "No he visto ninguna que parezca vieja".

Vaya, qué oscuro. Le sonreí ante las palabras morbosas.

Parecía tan dulce todo el tiempo y, de vez en cuando, dejaba escapar algo positivamente infernal. Mi sonrisa vaciló por un momento. ¿Y si su sociedad fuera realmente así?

No sabíamos nada de su sociedad, aparte de que estaban confundidos sobre si pertenecíamos o no a un zoo o al dormitorio.

La parecida a Boy Toy agitó las manos en un gesto que reconocí.

¡Por fin! Mis lecciones de lenguaje corporal estaban dando resultado.

"Quiere que la sigamos". Pasé corriendo junto a Arnina, arrastrándola a mi paso.

¡He entendido algo!

"¡Espera!" Arnina se dio la vuelta y cogió las llaves y su cosa de la escalera.

Seguimos a la señora del guardarropa hasta el pozo de escalada. Zale seguía dormido en el sofá. Dudé un momento y pensé en despertarle.

Me volví y vi que la señora del guardarropa nos había dejado atrás, subiendo por el hueco.

Arnina colocó la escalera con cuidado y empezó a subir. Esperé a que llegara arriba y miré a Zale por última vez. Entonces, empecé a subir por la escalera.

"No sé nada de esto", dijo Arnina cuando llegué a lo alto de la escalera. "Parece molesta esperándonos. Creo que deberíamos ir a ver a Makrus".

"Todo irá bien", respondí, aún excitado por haber entendido la comunicación. "Es una de sus empleadas. Tiene que haberla enviado él".

Llegamos a la parte superior del edificio para ver a la mujer de pie junto a la puerta abierta de un coche.

Arnina cantó algo en su canción del elfo gato.

Se estaba volviendo muy buena en eso.

La mujer no respondió.

No tenía ganas de esperar. Me invadió una sensación de angustiosa urgencia, agarré a Arnina de la mano y la arrastré hasta la puerta abierta del coche.

Fuéramos donde fuéramos, ¡esto iba a ser una aventura!

Oí un pequeño gruñido detrás de mí.

Miré hacia atrás para ver a Zale salir de la parte superior del pozo.

Se lanzó hacia nosotros como una pantera que se abalanza sobre su presa, provocándome un pequeño escalofrío de excitación. Fue una dosis embriagadora de adrenalina cuando mi cuerpo reconoció a un depredador en movimiento.

Un depredador que venía a por mí.

"¡Aventura!" grité mientras arrastraba a Arnina al coche.

"No estoy segura de esto", dijo.

"Un secuestrador no entraría directamente en casa y nos pediría amablemente que le siguiéramos", dije. "Entraría por la fuerza y nos pondría bolsas en la cabeza o...".

"¿Golpearlos y sacarnos de una playa?" Arnina interrumpió.

Sentí que me invadía el miedo. Podía oler la sal y sentir la sensación de mi pierna hundiéndose en la arena mientras intentaba cargar con el peso de Arnina. Sentí el duro suelo

metálico de la nave espacial y destellos del dolor cuando me golpeaban.

Por un momento, todo lo que existía era ese miedo y esa rabia.

Los dedos de Zale rozaron mi mano y levanté la vista para ver su cara.

Ya nos había alcanzado.

El hombre de la pantalla.

El hombre que estaba aquí.

El hombre que asesinaría a mis enemigos por mí.

Estaba aquí.

Respiré hondo, estremecida, y dejé escapar el recuerdo.

La próxima vez le despertaría antes de irme.

"¡Arnina!" aulló el juguete de Arnina mientras salía por la puerta principal, con los ojos clavados en el vehículo cuando la mujer del guardarropa cerró la puerta. La mujer le cantó algo al conductor, y el coche dio un bandazo hacia delante al aumentar rápidamente su velocidad, y salimos disparados por los aires, incorporándonos a un carril de tráfico volante.

Me encontré con los ojos de Arnina.

"Esta es mi culpa", admití. "Nos está secuestrando totalmente".

Le cogí la mano y se la apreté.

No me preocupaba que su Boy Toy estuviera tan molesto porque Zale estaba con nosotros.

No dejaría que me pasara nada malo.

Permanecí en silencio mientras el coche descendía entre el tráfico y nos acercábamos al gran muro de un edificio con forma de estadio de gran tamaño. Nos metimos en una fila de tráfico que atravesaba un túnel por debajo.

Después de más tiempo del que podía aguantar la respiración, salimos al otro lado. Nos separamos de la fila de coches y atravesamos otro túnel mucho más corto antes de salir a un espacio al aire libre, un pequeño valle artificial en cuyo centro había un vehículo grande, de aspecto elegante y corpulento.

"¡Es una nave espacial!" Apreté la cara contra el cristal. "¡Lo sabía! Con tantos alienígenas de culo raro, tenía que haber un puerto espacial o dos. Podemos volver a casa".

Cuando el coche se detuvo, Arnina prácticamente se arrojó fuera y yo la seguí.

Varios alienígenas se acercaron a nosotros. Eran enormes hombres alienígenas bípedos de piel gris púrpura y varios cuernos que surgían de crestas de aspecto klingon a lo largo del cuero cabelludo, los pómulos y la mandíbula.

Había una mujer humana con ellos.

Llevaba el pelo negro y espeso recogido en una coleta, y su atuendo gritaba un deliberado estilo steampunk con engranajes decorativos unidos a una minifalda de encaje drapeada sobre unos leggings negros y unas botas de deporte marrones planas hasta la rodilla.

Mi cuerpo se movió antes de que mi cerebro lo alcanzara.

Estaba corriendo hacia ella, con los brazos extendidos.

"OhmagawdyeresotrohumanoPenséqueéramostodosuno", grité mientras corría.

Uno de los alienígenas cachondos me bloqueó el paso y me agarró por la parte superior de los brazos.

De repente, todo era un caos absoluto.

Arnina me tiraba del brazo, intentando arrancarme los dedos del alienígena cachondo.

Entonces otro tío cachondo la agarró.

Cuando la apartó de mí, de repente, fue arrancado de cuajo, soltándola, por lo que ella se tambaleó ligeramente mientras un borrón de pelaje y gruñidos le placaba contra el suelo.

Los de los cuernos gritaban.

El ruido que hacían se superponía con vocalizaciones que sonaban inquietantemente como un canto de guerra procedente de los elfos.

"¡LEMEGO!" Grité en medio del resto de los gritos.

Entonces Zale estaba allí, de pie a mi lado.

Le gruñó algo al alienígena, que me soltó.

Espera, ¿podrían los tipos con cuernos entender a los elfos gato?

El Niño de Juguete nos había alcanzado y placado al tipo que había agarrado a Arnina. Rodaron y se detuvieron, con el Niño de Juguete encima del alienígena cornudo. Tiró del codo derecho hacia atrás y sus garras brillaron a la luz del sol, mientras su rostro se contorsionaba de rabia feroz.

"¡PARA!" Arnina cantó. "En el nombre del amor."

"Antes de que me rompas el corazón...", continuó la humana de pelo negro.

El Niño Juguete se detuvo, estremeciéndose como si el esfuerzo por contener su ataque fuera casi demasiado para él.

La mujer del guardarropa empezó a cantarle al Niño Juguete.

"Entonces, ¿te gustan los clásicos, o eres una paleta anticuada?". La cosplayer pirata espacial steampunk se acercó y extendió la mano. "Soy Tiffany... Ese de ahí es mi marido".

¿Estaba casada con un alienígena cachondo?

Esto fue ridículo.

A continuación, alguien iba a decirme que los alienígenas lagartos estaban abduciendo a mujeres humanas para poder implantarles sus ovipositorios y hacerlas portadoras de sus huevos. Nada tan sexy como ser una incubadora andante de engendros carnívoros.

A menos que fueran lindos bebés con lindas orejitas y colitas esponjosas...

Mi alegría al ver a otro ser humano, especialmente a uno que tenía una nave espacial, se desbordó y no pude contenerla más.

"¡Estamos TAN FELICES de verte!" grité y abracé al pirata steampunk.

Resoplé y la apreté, ignorando el agua que me caía por las mejillas.

No estaba llorando.

"Whoa allí", dijo Tiffany en mi oído. "¿Estás bien?"

Arnina me agarró, así que me giré y enterré la cara en su hombro para ocultar que no estaba llorando en absoluto. No me eché a llorar ante la idea de tener acceso a una nave espacial.

"Eres la primera humana que vemos desde que nos secuestraron", dijo Arnina por encima de mi cabeza. "Soy Arnina, y ella es Lorelei. No sabemos cuánto tiempo hemos estado fuera. ¿Todavía estamos en julio?"

"¿En qué año?" preguntó Tiffany.

Levanté la cabeza.

"¿Qué quieres decir con 'qué año'?" Me limpié las lágrimas en el antebrazo. "No hemos estado fuera el tiempo suficiente para que sea un nuevo año".

"Odio hacer esto", gimió Tiffany, echando la cabeza hacia atrás para mirar al cielo.

Oh, mierda.

Oh mierda, oh mierda, oh mierda.

Se me encogió el corazón al oír sus palabras y mi mente se puso a pensar en lo que podría decir. La Tierra estaba destruida. Había pasado una década o lo que fuera, y no teníamos ni idea de lo que nos habíamos perdido. Sólo quedaban unos pocos humanos desperdigados por ahí, y necesitábamos abandonar a nuestros ardientes alienígenas para poder regenerar una especie

entera.

Me obligué a relajarme.

No, no estaba asumiendo la responsabilidad de toda la raza humana.

"Escúpelo", exigió Arnina. "Arranca la tirita".

"Oh mierda, ¿se ha ido la Tierra?" Dije. "¿Somos como los últimos humanos que quedan y ahora tenemos que tirarnos a gatos elfos buenorros?"

"¿Qué? ¡No! Vaya... Quiero decir, ¿si quieres? No, la Tierra tiene una burocracia de gilipollas, creemos, y contamos como inmigrantes indocumentados aunque intentemos visitarla porque no tenemos las pruebas adecuadas de nuestro linaje. Al menos, ésa es la excusa que nos dan: el imperio terran está en plena guerra con otras especies y sus fronteras están completamente cerradas para nosotros". Explicó mientras se acomodaba un cabello detrás de la oreja. "Así que no nos dejan ir allí. Ni siquiera nos permiten acercarnos a la Tierra. Es como una enorme pesadilla de papeleo, sólo que no hay papel y no nos dan ninguna forma de trabajar para conseguir el objetivo de ir allí". Tiffany suspiró. "¿Recuerdas cuando despertaste de una cápsula criogénica? Estarías desnudo y cubierto de mucosidad".

"¡La viscosidad!" Me alejé de Arnina.

"¿Una vaina criogénica, como en criogenia?" preguntó Arnina.

"Sí, así que no hay una forma suave de hacer esto, pero estamos cientos de años en el futuro, y unos alienígenas decidieron en la década de 2000 más o menos ir por ahí secuestrando mujeres humanas de la Tierra y metiéndonos en cápsulas criogénicas y almacenándonos". Tiffany hizo una mueca de dolor al decirlo, escrutando nuestros rostros. "Al menos, esa es la cronología que nos ha dado el Imperio Terran. Estoy bastante segura de que nos lo ocultan porque nos han dicho varias cosas contradictorias".

"Oh", respondió Arnina con rotundidad.

Me invadió una emoción: sorpresa, horror, y algo diferente, algo inesperado.

No podía volver atrás porque no quedaba nada a lo que volver. Todo lo que conocía, todos los que conocía, habían desaparecido. Era aterrador, pero había algo más.

Había una alegría maníaca y absoluta.

"¿Qué coño?" Grité.

Esto... no era lo que esperaba.

Pensaba que sólo habíamos sido abducidos, no secuestrados y congelados en el tiempo para que pasaran cientos de años y todos los que alguna vez conocí u odié estuvieran muertos.

Espera un momento.

Nadie a quien odiara seguía vivo.

Estaban todos muertos.

Respiré hondo y se me dibujó una sonrisa en la cara.

Era una vida nueva.

"Estás a salvo con nosotros", dijo rápidamente Tiffany. "Tenemos un pequeño pueblo con un grupo de nosotros. Creo que ese alienígena Avatar intentaba vendérmote de todos modos, aunque no estoy segura, ya que acabamos de poner a funcionar los traductores para estos tipos. Todavía no funcionan para hablar con ellos, pero podemos-"

Arnina la agarró por los hombros.

"¡Dame un traductor!" exigió Arnina.

¡Sí! ¡Un traductor!

¡Por fin!

"¿POR QUÉ NO PODEMOS PINCHARLES CON UN CHIP TRADUCTOR COMO EL QUE ME METISTE A MÍ?". preguntó Arnina a Tiffany.

Me froté el punto dolorido detrás de la oreja.

Tiffany había presionado algo contra ese lugar y apretado un gatillo. Le dolió. Lo que más dolía era el repentino dolor de cabeza que iba desapareciendo poco a poco, un efecto secundario del implante traductor. No importaba. Valió la pena el precio. Parecía funcionar bastante rápido, pero resultó que aún no podían dárselos a los elfos gato. Estaban calibrados sólo para las especies que conocían los alienígenas cornudos, y aún no habían conocido a los elfos gato.

El imperio galáctico de los elfos gato se encontraba al otro lado del territorio cerrado de los terran y era otra especie poco amistosa que la nave de Tiffany había bordeado mientras exploraba.

"Nos costó mucho actualizarlo para tener en cuenta las imágenes", responde Tiffany. "Solo hemos podido hacerlo porque hemos podido extraer cantidades ingentes de datos de sus redes para pasarlos por un modelo de aprendizaje automático".

"Eso no responde a su pregunta", señale.

"Averiguar cómo pegarlo en una nueva especie es difícil y llevará más tiempo asegurarse de que no les hará daño", dijo Tiffany. "Hemos estado hablando con estos elfos peludos usando un traductor escrito".

"Así que puedo entenderte, pero aún no tienes ni idea de mí", suspiró Arnina, haciendo ojos de luna a su Boy Toy.

"Oh, déjame teclear eso". Tiffany levantó la tableta que tenía en las manos.

No disponían de un implante físico para los elfos felinos, pero habían programado unas tabletas para crear una pantalla de audio visual que tradujera el inglés mecanografiado a su lenguaje basado en el movimiento y los tonos.

"No se lo digas", le dije. "Ya ha dicho un montón de cosas jugosas. Si no sabe que puedes entenderle, dirá más".

Me sentí un poco mal por sugerirlo, pero no del todo.

Estos alienígenas querían follarnos. Necesitábamos alguna forma de pillarles si sus intenciones no eran buenas.

"Eso no es ético". El marido de Tiffany sonrió. Realmente necesitaba saber su nombre, pero los humanos habíamos estado tan concentrados en nuestra conversación que aún no se lo había preguntado. "Me encanta", terminó.

"¿Tú, tu marido y tus amigos queréis venir a quedaros con nosotros?". preguntó Arnina a Tiffany.

"Llevamos unos días atrapados en este puerto mientras averiguamos lo de los traductores". retumbó el marido de Tiffany. "Uno de los programas está en esa tableta".

Tiffany golpeaba imágenes en la tableta con teclado táctil.

"Escriba ahí y aparecerá su lengua escrita. Una idea básica, pero fue un coñazo hacerla funcionar. ¿Cómo crees que funcionará esto?" Tiffany preguntó. "El primer ministro de allí parece querer deshacerse de ti, y aunque a ese tipo le gustas, parece un drama".

"¿La señora del guardarropa es la primera ministra?" pregunté. "¡Neen! Tu novio es el hijo del primer ministro".

"Eso es lo que su título traducido a", dijo Tiffany. "No sabemos hasta qué punto es exacto. Esta es la fase de pruebas alfa".

"Mi plan es fingir hasta que lo consigas", asintió Arnina.

Miré la tableta traductora que me dieron.

"¡Señoritas! ¡Extraterrestres cachondos! ¡Vamos a requisar este coche!" Arnina gritó.

Parpadeé y vi a Arnina caminando hacia el coche en el que habíamos llegado.

Me había perdido algo.

Uno de los alienígenas con cuernos le dijo algo a Arnina que no oí.

Corrí rápidamente hacia ellos.

"Legolas, quédate con los demás en el barco", le ordenó el marido de Tiffany.

Era un nombre estupendo, pero ¿por qué se llamaba así un alienígena con cuernos? Era un nombre de la cultura pop humana. Qué extraño. Lo miré, y todo lo que vi fueron músculos y una sonrisa maliciosa dirigida a Arnina. Parecía un montón de problemas, y si se quedaba en la nave...

"Yo también me quedo en el barco, para husmear", dije. Arnina me miró y asintió, reconociendo mis palabras. "Consígueme una pulsera telefónica y mándamela, ¿vale?".

Zale y el Niño Juguete se quedaron a un lado, hablando en voz baja.

"Voy a asegurarme de que nuestra salida de aquí sea segura", le susurré a Arnina, y luego me volví para sonreír al alienígena.

"Puedo enseñarte el mejor sitio para sentarte en el barco", sonrió Legolas mientras giraba en su sitio para dirigirse hacia mí, provocándome un escalofrío de excitación al dirigirme parte de esa calidez en su mirada.

Maldita sea.

"¿Está en tu cara? Porque si es así, vas a tener que inventar una frase mejor para ligar", bromeé, y luego me alejé rápidamente para que él quedara detrás de mí.

Sí, estaba coqueteando.

No sabía qué hacer conmigo mismo, rodeado de toda esa virilidad musculosa.

¿Hombría? ¿Podría usar la palabra hombría para describir a un macho alienígena buenorro?

Al menos, suponía que era varón. Era un alienígena, después de todo. Podían muy bien reproducirse asexualmente o ser capaces de intercambiar sexos a voluntad, por lo que yo sabía. No debía suponer que tenía la capacidad de penetrarme sólo porque me miraba como si yo fuera una flor y él una abeja.

Todavía no había visto dentro de sus pantalones, así que no tenía ni idea de lo que estaba pasando allí.

Puede que sólo quiera lamer mi polen.

A pesar de que el sexy elfo gatuno extraterrestre me tenía el corazón hecho un nudo, temía que me lo rompiera. Zale estaba allí mismo, incapaz de entender mi conversación con el tío cachondo y sentí un destello de culpabilidad. Rápidamente lo aparté a un lado. Tenía que ser

práctica. Zale no me estaba diciendo que quería casarse conmigo mañana. ¿Y si en su especie ni siquiera existía la monogamia? No podía comprometerme con un tipo con el que ni siquiera podía comunicarme sólo por una noche de conexión increíble y alucinante.

"Mi cara sabe cómo conseguirte un café", dijo Legolas al alcanzarme.

"El café, el chocolate y los masajes en los pies están incluidos en la sesión facial".

Mi boca empezó a moverse antes de que pensara en las palabras.

Salieron, igual que en el club.

"Más te vale que te vibre la polla si vas a lanzarte a ese tipo de juego", dije, con un tono cálido, mientras le dedicaba al alienígena cornudo una sonrisa sensual.

Inmediatamente después, me arrepentí.

¿Qué estaba haciendo?

En realidad no me sentía así. Las palabras salieron de mi boca: informales y fáciles, producto del entorno en el que había trabajado los dos últimos años. Me había acostumbrado al coqueteo vacío con los hombres.

Pero ese entorno había desaparecido.

No tenía por qué actuar así.

Me sonrojé cuando busqué a Zale, sólo para ver que nos seguía, con las orejas aplastadas hacia atrás en la cabeza mientras miraba a Legolas. Apreté la tableta de traducción contra mi pecho.

No quería actuar así.

Sin embargo, sabía que eso no iba a detenerme.

Observé a Legolas mientras subíamos por la rampa y atravesábamos la puerta excesivamente grande de la nave espacial. Era lo bastante grande como para que cuatro de los alienígenas con cuernos la atravesaran uno al lado del otro. Apenas me fijé en los detalles, sorprendida por la torpe sonrisa de Legolas.

Cuando decía algo atrevido como lo que acababa de hacer, normalmente recibía un par de tipos diferentes de reacciones. Los chicos se burlaban, miraban con desprecio y se reían, y de vez en cuando recibía un destello de enfado o vergüenza por su parte. Yo les seguía dedicando mi sonrisa de dame todo tu dinero y no me preocupaba, pero si se quedaban hasta muy tarde me aseguraba de que el portero me vigilara hasta que llegara a mi coche.

Legolas era un extraterrestre, así que no estaba del todo seguro de qué emoción estaba viendo.

Sólo sabía que estaba ahí.

"¿Un penique por tus pensamientos?" Pregunté.

"Mis pensamientos son valiosos". Legolas perdió toda expresión al mirarme, su rostro perfectamente neutro y relajado. "Pero no necesitas comprarlos, ni siquiera por tan poco".

"Penny for your thoughts es un coloquialismo utilizado para preguntar a otra persona qué está pensando", le expliqué. "No estoy infravalorando tus pensamientos; intento ser educado al pedirte los".

"Oh." Legolas sonrió. "En ese caso, estaba pensando si hablabas en serio o no con tu flirteo. Nunca me había coqueteado una mujer humana, y en el curso de formación me advirtieron que no hiciera suposiciones, porque todas las mujeres humanas reaccionan de forma diferente y tienen distintas opciones sobre las interacciones."

Sabía que debía decirle a Legolas que en realidad no iba a sentarme en su cara. No era justo engañarlo, pero al mismo tiempo, no quería dar marcha atrás. No me estaba dando vibraciones agresivas ni violentas y aunque emocionalmente no me apetecía seguir con el flirteo, no quería

dejarlo del todo.

Así que evadí su pregunta.

"¿Curso de formación?" pregunté mientras la puerta daba a un almacén lleno de cajas apiladas y atadas. A un lado de la nave había una pequeña lanzadera sin ruedas sobre lo que parecía una escotilla automática.

Coquetear no era una promesa de acción.

Miré hacia atrás y vi que la gran puerta abierta por la que habíamos pasado estaba encajada en una enorme puerta cerrada del hangar de carga que parecía poder abrirse separándose por la mitad y deslizándose hacia la pared de la propia nave. Básicamente, las puertas de carga tenían una pequeña puerta del tamaño de una persona.

"¡He tomado todos los cursos, tanto los requeridos para el contacto a largo plazo con mujeres humanas, como algunos de los optativos!". dijo Legolas. "Incluyendo cortejo inicial y señales de luz verde, pare y no pase vaya, cunnil-"

"Guau", dije. Definitivamente no necesitaba oír que era experto en comer polen. "¿A quién se le ocurrieron estos títulos?"

"El Consejo Humano de Queens, por supuesto", respondió.

"¿Ahora la Tierra es como un gobierno totalitario feminista?" jadeé.

"No lo sé", se encogió de hombros. "No sé mucho sobre los territorios o planetas terran. Su espacio controlado es una zona prohibida. El Consejo Humano de Queens está en nuestro planeta".

Atravesamos una escotilla más pequeña que daba a un pasillo.

"Entonces, ¿el Consejo de Reinas está fuera del espacio humano?" pregunté. "¿Tienen un gobierno basado en los humanos en su planeta natal?"

"Por supuesto", sonrió. "Está formado por las reinas de tu época".

"¿Beyoncé también fue secuestrada?" Jadeé.

"¿Quién?", respondió.

"Está claro que no". Sacudí la cabeza.

Necesitaba que uno de los humanos me diera más detalles sobre la situación. Aunque ambos teníamos chips traductores, las piezas que faltaban del contexto cultural y mi total desconocimiento de la historia de los últimos cientos de años estaban creando una barrera de comunicación.

"¿Adónde vamos?" pregunté mientras seguíamos deambulando por el pasillo.

Se encogió de hombros.

"Te estaba siguiendo", dijo. "¿Dónde quieres ir?"

¿Cómo? ¿No se ofreció a acompañarme y a invitarme?

¿Se olvidó a mitad de camino?

Volví a desviar la mirada hacia Legolas.

Al parecer, su cerebro estaba formado principalmente por cuernos si pensaba que el hecho de que me acompañara significaba que yo tenía que ser el único dictador de esta aventura.

O era un buen chico y necesitaba un collar, y su cara pegada a una flor.

Dado que estudiaba la alimentación a base de polen, es probable que no estuviera muy lejos de la verdad.

"¿Ni café ni masajes en los pies?" pregunté.

"¡Definitivamente café!" Sonrió mientras señalaba el pasillo. "El comedor está justo delante. Aunque para los masajes de pies... el tipo que nos está siguiendo - si usted me necesita para luchar contra él, lo haré, pero si no, no estoy seguro de que realmente puede darle un masaje en

los pies sin una pelea va hacia abajo. Es, como decís los humanos, muy agresivo. Lo haré si realmente estás en peligro, pero si esto es sólo uno de esos escenarios donde te gusta ver a los chicos pelear por ti..."

Se inclinó hacia mí.

"No me gustas tanto", susurró.

Bueno, eso dolió.

Aunque tampoco me gustaba tanto, a una parte de mí le habría encantado que me quisiera. Habría alimentado mi ego. Siempre y cuando me quisiera de una manera respetuosa, déjame en paz cuando yo no lo quisiera, por supuesto.

"Estamos bien", le respondí a Legolas. "No necesitas pelear con mi novio".

La palabra novio flotaba en el aire.

Otra cosa que no esperaba que saliera de mi boca.

Volví a mirar a Zale.

Tenerle allí me hacía sentir muy segura.

A pesar de que sus orejas estaban pegadas al cráneo mientras acechaba detrás de nosotros, sus manos se apretaban y se soltaban mientras exhibía sus formidables garras. Hacía muecas, con los labios hacia atrás y los colmillos expuestos hasta las encías. Cuando bajé la vista hacia su boca, cerró los labios rápidamente.

Luego me dedicó una sonrisa de labios cerrados, con las orejas echadas hacia atrás.

Mis dedos se apretaron alrededor de la tableta que tenía entre mis brazos mientras le sostenía la mirada.

Un remolino de emociones complejas se enredó en mi garganta, y no sabía lo que estaba haciendo. Primero, me escabullí de él al dormitorio por la mañana. Luego le dejé allí e inmediatamente me escapé con la primera persona que me ofreció algo que hacer. Sólo vino con nosotros porque se despertó y subió a tiempo al coche volador.

Era mi *modus operandi* habitual.

Huía de la intimidad, de la conexión, del compromiso, del riesgo de que me volvieran a hacer daño. Incluso ahora, huía incluso de la comunicación básica. Tenía todo en mi mano para hablar con él ahora, para averiguar qué éramos, hacia dónde íbamos juntos... y a la primera oportunidad, flirteé agresivamente con otro hombre y luego corrí hacia su nave espacial.

Mi comportamiento no era saludable.

No me sentía bien haciéndole esto a otra persona, haciéndola cuestionar si la quería o no, y aquí se lo había hecho a los dos hombres al mismo tiempo.

No me gustaba nada esta parte de mí.

Sin embargo, sabía por qué lo había hecho.

Tener hombres, o en este caso, hombres alienígenas, enroscados en mi dedo, deseándome, deseándome, era una especie de poder en sí mismo. Me hacía sentir en control.

"El comedor está aquí arriba", dijo Legolas, haciéndome dar cuenta de que había dejado de caminar.

"Un segundo", dije. "Necesito hacerle saber a Zale que puedo hablar con él".

"Eso probablemente le ayudaría a tranquilizarse", dijo Legolas. "Deberías hacerle saber que yo también soy un tipo genial".

"¿Tío guay? Este chip traductor me está dando unas interpretaciones divertidas". Le sonreí mientras equilibraba la tableta contra mi vientre. Cuando mis dedos se deslizaron sobre ella, sentí tela. Le di la vuelta a la tableta. Había una correa de tela deslizada en la parte posterior del dispositivo, sujeta con una pequeña lengüeta que giraba hacia un lado cuando la empujaba. Tiré

de la correa y me la colgué del cuello. Así sería más fácil apoyarlo y teclear.

"¡Hice otra optativa sobre coloquialismos!". Legolas sonrió. "Puedes garantizar que estoy listo para matar si quieres deshacerte de este simpático para que pruebes lo que es estar anudado".

¿Qué diablos significaba eso?

"Sí, me parece bien no dejarle tirado", dije, concentrándome en teclear en el teclado de pantalla de la tableta. Cuando terminé, la giré hacia Zale para que pudiera ver la pantalla.

Sus ojos se abrieron de par en par cuando sonó la canción, llena de pequeños espacios vacíos entre las notas, pausas que normalmente no estaban ahí, producto de la expresión robótica de su lenguaje en contraste con la tonalidad fluida de cómo sonaba realmente su lengua. La figurita de la pantalla se agitó con el sonido percusivo.

"¿Puedes entenderme?", cantó suavemente.

"Sí, ahora te entiendo", tecleé en la tableta.

Escuchó y vio cómo se reproducía en la pantalla, y entonces sus ojos se cruzaron con los míos, sosteniéndome con una intensidad penetrante.

"¿Por qué me dejaste esta mañana?", preguntó.

"Ooooooh", añadió Legolas. "Chica no lo hiciste".

Si alguna vez me ponía en contacto con la persona que impartía ese curso de coloquialismo, iba a tener unas palabras con ella.

No aparté los ojos de Zale.

La galería de cacahuets no merecía más de mi atención en este momento. Al único que quería prestarle atención era a Zale. Había hecho tanto por mí. Significaba tanto para mí.

Merecía mi atención.

Se merecía mi honestidad.

Me merecía ser sincero conmigo mismo.

Tecleé en el traductor y lo tendí.

"TENÍA MIEDO DE QUE NO ME QUISIERAS DESPUÉS DE APAREARME CONTIGO, ASÍ QUE ME DEJÉ llevar por el miedo", cantó el aparato que tenía en las manos de forma forzada y sin emoción. Era extraño que le hablaran sin ninguna entonación emocional.

En el próximo momento libre que tuviera asignaría un equipo para trabajar con los alienígenas cornudos para mejorar la tecnología y desarrollar una propia. Un implante sería superior a esto. Como mínimo, podría conseguir un software funcional propio que funcionara en una unidad de muñeca antes de desarrollar el implante neurológico.

"Además, estaba pegajoso", terminó el aparato.

El macho cornudo que estaba demasiado cerca de mi pequeño hoomon volvió a ladrar. Estuve a punto de iniciar un incidente interestelar para deshacerme de él. Lo único que me contuvo fue el hecho de que ella no reaccionó ante él, ni siquiera lo miró.

Estaba centrada en mí.

Era intrascendente para ella, así que a menos que la tocara o la molestara, sus irritaciones no serían nada para mí.

Me concentré en las palabras que me había comunicado.

¿Le preocupaba que yo no la quisiera después del apareamiento? Aquel pensamiento me preocupó, y también me causó una dolorosa herida en lo más profundo de mi corazón. Un apareamiento bendecido por osae se consideraba de gran valor, y encontrar una pareja que lo incluyera no era algo que se tomara a la ligera. Nunca había tenido que preocuparme de que una pareja no volviera a quererme. Cualquier pareja potencial que había conocido se lanzaba a por mí.

Lo que me preocupaba no era que me quisieran.

Me habían deseado toda mi vida. Tenía tantas ofertas de pareja que tardaría semanas en revisarlas. Ser deseada como compañera era algo de lo que nunca había tenido dudas.

Que me desearan sólo a mí era otra cosa.

Nunca me habían querido por lo que era.

Sólo me habían buscado por mi título.

Ella no sabía quién era yo, así que ya me había dado ese respiro. Anoche se apareó conmigo sin tener ni idea de quién era, algo que nunca había experimentado en toda mi vida. Incluso llevando mi disfraz, la mayoría seguía adivinando quién era. Nunca había estado dispuesto a llevar una prótesis completa para cambiar mi estructura facial sólo para aparearme con alguien, ya que eso sería empezar nuestra relación con una mentira mucho más grande de lo que yo estaba dispuesto.

No tuve que hacer esto con Lorelei.

No sabía nada de mí.

Todo lo que sabía era lo que yo le mostraba con mis acciones.

Todo lo que sabía era que yo estaba ahí para ella.

No había nadie en el imperio que pudiera haberme dado eso. Era la primera persona que había conocido en toda mi vida que no sabía quién era y que se interesaba por mí por el mero hecho de cómo interactuaba con ella.

Que me quisiera por mí era algo tan precioso que viviría en mi corazón para toda la eternidad.

"Siempre te querré", dije, tomando el enorme regalo que ella me había hecho sin saberlo y comprimiéndolo en la clara traducción de la emoción.

Alargué la mano para tocar su mejilla.

El macho cornudo me agarró de la muñeca.

Me tensé, impidiendo que mi cuerpo desplazara instintivamente mi peso para agarrarlo y lanzarlo. Mi pequeña hoomon estaba entre nosotros. Estaba entre dos fuegos. No podía luchar contra él sin correr el riesgo de hacerle daño.

Pero tampoco toleraría su insolencia.

Levanté la otra muñeca, en la que llevaba el brazalete comunicador, di dos sacudidas definitivas y luego lo levanté para que registrara mi lenguaje corporal.

"Tomen la nave", gruñí. "Fuerza no letal".

"¿TOMAR LA NAVE?" MIRÉ A LEGOLAS, QUE SOLTÓ LA MUÑECA DE ZALE AL INSTANTE SIGUIENTE de gruñir su orden.

"¿Quién es este tipo?" Legolas preguntó. "Esa es una reacción extrema".

"No lo sé". Me encogí de hombros.

"¿No lo sabes?" preguntó Legolas mientras daba otro paso atrás. "¿No es sólo un guardaespaldas?"

Zale se puso delante de mí, interponiéndose físicamente entre nosotros.

"Eso es lo que pensé al principio", respondí, recordando los últimos días y todo lo que había observado. "Pero, ¿por qué iba a necesitar un guardaespaldas un montón de guardaespaldas, aunque sea el hijo del Primer Ministro? ¿Y por qué un guardaespaldas es capaz de dar órdenes a un escuadrón de guardaespaldas hasta el punto de que todos hacen lo que él dice en cuanto entra en la habitación?"

Entonces esa pequeña parte de mí, traviesa y un poco malvada, levantó la cabeza.

"Además, cuando nos conocimos, asesinó a un montón de tíos que se metieron conmigo y me regaló sus cabezas". Sonreí. Oh, era tan mala. "Probablemente debería haberte avisado".

"Mierda", dijo Legolas.

Se oyó un sonido suave, como de pies golpeando metal en la distancia.

Legolas dio un paso atrás y levantó las manos, con las palmas hacia delante.

Zale dio un paso atrás y se hizo a un lado, extendiendo el brazo para apretarme contra la pared mientras una masa de elfos felinos alienígenas con armaduras de combate se abalanzaba sobre nosotros. Uno se despegó y apuntó a Legolas con un arma.

"Rodillas", ladró.

Legolas se arrodilló, manteniendo las manos a la vista, con un gesto de fastidio en el rostro.

Al cabo de unos minutos, uno de los soldados trotó hacia atrás y se encaró con Zale, flexionó la mano como si fuera a arañar algo, pero en lugar de eso se la puso sobre el corazón.

"La nave está segura, señor", dijo. "¿Sus órdenes?"

¿Sire?

"Lleva a todos los alienígenas a la sala más grande", dijo Zale. "Hablaré con ellos de inmediato".

"¿Qué tal el comedor?" Escribí.

Realmente quería ese café.

"Lleva a todos los alienígenas al comedor", ordenó Zale.

Luego se inclinó, me rodeó la cintura con el brazo y me atrajo hacia sí.

Se agachó lo suficiente como para presionar su nariz y su boca contra la curva de mi cuello,

justo debajo de mi oreja.

Un escalofrío me recorrió cuando sus labios acariciaron suavemente mi piel mientras hablaba.

"Lo que quieras es tuyo", dijo. "Pero tú eres mía".

"Entendido", respondí, sin aliento. Luego me di cuenta de que acababa de hablar en voz alta, así que tecleé rápidamente la respuesta en la tableta traductora para él.

Dejó escapar una carcajada profunda y retumbante.

Nos dirigimos al pasillo tras el soldado.

Es hora de ver los daños.

MIRÉ FIJAMENTE A LOS MACHOS ALIENÍGENAS CON CUERNOS Y A LAS PEQUEÑAS MUJERES hoomon, todos ellos arrodillados. No me había dado cuenta de que había tantos hoomons a bordo, o habría dado órdenes a mis soldados de que los dejaran en paz y se limitaran a asegurar a los machos alienígenas.

Fruncí el ceño mientras los miraba.

Había demasiados soldados aquí. Algunos de estos soldados deberían haber ido con el Príncipe al zoo para ocuparse de las consecuencias del incendio. Se había ido para asegurarse de que no se había perdido ninguna prueba esencial. Había estado tan concentrado en mi pequeño hoomon que no les di ninguna orden concreta. Yreta no estaba con el grupo, así que debió de irse con él.

Eso era al menos algo.

Además, me había asegurado de que tuviera la mejor preparación física disponible.

Era totalmente capaz de defenderse de un grupo pequeño, como mínimo.

"El primer ministro garantizó nuestra seguridad", uno de los pequeños hoomons arrodillados, uno musculoso con el pelo oscuro que se enroscaba en pequeños tirabuzones alrededor de su cabeza, levantó una tablilla mientras comunicaba su intención. "¿Qué significa esto?"

"Podéis sentaros o estar de pie mientras hablamos; no hace falta que os arrodilléis". Hice un gesto con la mano hacia la sala y mis soldados retrocedieron, soltando a los hombres. El grupo de cautivos se puso en pie con cautela y se dirigió a los bancos.

Mis soldados estaban mucho mejor armados y equipados. Nadie se había defendido ni había causado dificultades, así que no había heridos. "No sufrirán ningún daño si acceden a mis demandas, y su nave permanecerá intacta y en su poder".

Una de las mujeres salomón dijo algo a las otras y me miró con el ceño fruncido.

Mi salchichita me dio un golpecito en el brazo y me acercó su traductor.

"¿Te importa si le pido a uno de ellos que me ayude a preparar una bebida marrón caliente con caféina?", preguntó.

"Haz lo que quieras", le dije. "Puedes ordenar a cualquiera de esta sala que te ayude".

Inclinó la cabeza hacia un lado, su rostro se sonrojó mientras una sonrisa se dibujaba en sus labios.

Entonces gritó algo a la sala.

Todas las mujeres hoomon se relajaron visiblemente, la tensión cayó de sus hombros.

Varios de ellos sonrieron con esa expresión agresiva, mostrando los dientes mientras se acercaban a mi pequeño hoomon. No hicieron ningún otro gesto hostil, así que los dejé en paz mientras el grupo se desplazaba hacia un puesto de preparación de comida adosado a una de las

paredes.

Mi pequeña hoomon dejaría claro si necesitaba ser defendida de ellos.

"¿Cuáles son tus exigencias?", preguntó la tableta del hoomon de pelo rizado.

"Le das a mi hoomon todo lo que desea, y nadie la toca", respondí.

"¿Hoomon?", cantó el de pelo rizado en mi idioma.

Entonces soltó una carcajada y dijo algo a la sala. El macho cornudo que se había atrevido a ponerme la mano encima replicó.

"Legolas dijo que no la había tocado", le tradujo el salmón de pelo rizado. "Sólo te tocó a ti, así que no había necesidad de esta reacción".

Todos mis soldados gruñeron en respuesta, provocando que todos en la sala se tensaran de nuevo por la vibración tonal que penetraba en los huesos. Comunicaba la promesa de violencia más de lo que podrían hacerlo las meras palabras.

Levanté la mano y mis soldados se callaron.

Todos en la sala estaban concentrados en mí.

Miré a mi salchicha, que ahora tenía una taza en las manos.

Me miraba con los ojos muy abiertos.

Era la primera vez que me veía mandar en una sala, mandar de verdad, y no que todos estuvieran pendientes de lo que hacía y me miraran de reojo como habían hecho mis hombres en la sala de entrenamiento cuando la llevé allí.

En ese momento, no había duda de que yo estaba al mando.

¿Le gustaría esta parte de mí?

Sabía que me quería por mí, pero ¿me querría una vez que supiera todo el peso que llevaba encima?

Me volví hacia el resto de la tripulación que tenía cautiva.

Ya era demasiado tarde para ocultar esta faceta mía.

Además, sonrió cuando le pasé la energía para su proyecto de bebida marrón con cafeína.

Tal vez le gustaría.

Miré fijamente a la tripulación. Tenía que dejarles clara su posición de poder. Mientras estuvieran en mi territorio, me respetarían y no me tratarían a mí ni a mi gorrino a la ligera.

La hoomon de pelo rizado estaba tecleando en su tableta traductora. Mi pequeña hoomon se acercó a ella, la miró por encima del hombro y le puso suavemente la mano en el antebrazo, moviendo la cabeza de un lado a otro mientras le decía algo en voz baja a la otra mujer.

La mujer asintió y dejó de teclear.

Tendría que aprender el lenguaje corporal del hoomon. Era mucho más sutil que el de mi especie, casi mudo en comparación.

La sala esperó a que hablara.

Bien. Ha sido suficiente.

"Podéis volver a vuestras tareas habituales", dije. Luego señalé a aquel irritante macho cornudo. "Nos mostrarás tu sala de control".

Varios soldados nos persiguieron mientras seguíamos al irritante hombre. Le dejé a él y a los soldados fuera, encerrándonos en la sala de control de la nave alienígena. Dos asientos de piloto daban a una pantalla de visualización frontal y otros asientos estaban orientados hacia varios puestos de la sala. Todo era diferente de cómo organizábamos las operaciones en nuestras naves, pero no escatimé más atención.

No estaba aquí por la habitación.

"Tenemos mucho de qué hablar", le murmuré.

Tecleó en su dispositivo y lo giró hacia mí.

"¿Como lo caliente que fue cuando te convertiste en un caudillo enloquecido?" Se acercó a mí y me puso la mano en el pecho mientras pronunciaba las palabras. Me miró a través de las pestañas y se pasó la lengua por los labios. Le cogí la barbilla con la mano y con el pulgar seguí el rastro que había dejado su lengua.

El traductor continuó. "Me has excitado con todo tu discurso de 'haz lo que digo o si no'. ¿Quizás podríamos hacer algo más que hablar?"

Su mano se deslizó por mis abdominales, dirigiéndose a la parte superior de mis pantalones.

Gruñí mi aprobación.

Quería que la llevara aquí, en el asiento de la nave alienígena con cuernos, marcando la habitación con el olor de nuestro placer. Quería marcar con su olor nuestra dominación.

No fue algo amistoso.

Era una salvaje, y me encantaba.

Sólo había una cosa que quería hacer más que llevarla. Quería comunicarme con ella. Debería haberlo hecho antes de aparearnos.

"Tenemos que hablar", dije.

Volvió a acercarse la tableta y la apretó contra su pecho, con los ojos tan abiertos que el blanco ocupó la mayor parte del espacio.

Sacudió un poco la cabeza.

No sabía lo que significaba ese gesto.

¿Tenía miedo?

Tecleó algo rápidamente en la tableta.

"¿Has probado alguna vez una bebida marrón con cafeína?", cantaba.

"Lorelei", ronroneé. Teníamos tantas cosas que repasar, como nuestra compatibilidad y el osae. Tenía que sacarle algo para que entendiera la urgencia. "No me quedará mucho tiempo en esta luna. Voy a marcharme".

El tácito "y te llevo conmigo" flotaba en el aire entre nosotros.

No estaba listo para mostrarle ese lado de mí.

Quería que aceptara venir conmigo.

Pero la verdad de lo que vivía dentro de mi corazón era que ella era mía ahora.

Iba a llevarla conmigo, le gustara o no.

Sólo quería que le gustara.

"Creo que te gustaría mucho una bebida marrón con cafeína, aunque tengo que advertirte: da dolores de cabeza por abstinencia. Es bastante adictiva".

Por otra parte, no tuve que hacerlo.

No tuve que hablar con ella de nada.

Nadie me impediría hacerle lo que quisiera. Nadie era capaz de hacerlo.

Este era mi Imperio.

"I-" Un fuerte golpe me cortó.

"¡Señor!" Uno de mis soldados gritó a través de la puerta. "¡Los sabaxls se han liberado en el zoológico!"

Allí había ido el Príncipe.

El incendio había sido una trampa.

El conglomerado estaba haciendo su jugada contra él. La muerte de un peligroso depredador enjaulado sería fácil de considerar un accidente.

Todos los soldados estaban conmigo.

Tenía poca o ninguna protección.

"Debemos irnos ahora", dije.

Mi pequeña hoomon saltó hacia la puerta, prácticamente huyendo de la habitación en su afán por lanzarse lejos de mi presencia.

Me había dicho que se sentía atraída por mí cuando ejercía mi autoridad. Estaba claro que tenía algún tipo de respuesta de miedo a las discusiones íntimas. Podía mostrarle la verdadera naturaleza de mi autoridad.

Era hora de mostrarle quién era realmente.

ME SENTÉ EN EL COCHE VOLADOR CON LA MADRE DEL NIÑO JUGUETE.

Zale me había dejado allí después de gruñirle algo en privado al otro alienígena. No me dijo nada; se limitó a mirar por la ventana.

Observé a Zale desde la ventana mientras se dirigía a un transporte de tropas. Reconocí al gran grupo de elfos felinos que había visto en el nivel de entrenamiento físico del rascacielos mientras se apiñaban a su alrededor. Todos vestían uniformes a juego con una base blanca y detalles en dorado, negro y rojo.

Estaban adornadas.

Zale cargó en el transporte de tropas y éste se elevó.

Nuestro coche salió poco después, siguiéndolo.

No había nada que detuviera mi mente mientras rebobinaba y repetía ese momento en el que me dijo que iba a dejarme.

Enterré la cara entre las manos.

No puedo creer que le siguiera dando café.

Qué manera tan ridícula de intentar evitar una conversación que no quería tener.

Debería haberle dejado despedirse.

Al menos debería haber intentado escuchar lo que intentaba decirme en lugar de recurrir a mi técnica defensiva de cambiar de tema y fingir que la conversación no tenía lugar. Simplemente no quería reconocer que iba a perderle, que iba a dejarme aquí y marcharse a donde tuviera que estar.

Fui tonta por pensar que unos días juntos y una noche increíble significaban que me quería para siempre.

Un pensamiento me quemaba en el pecho, doloroso como una herida que nunca había cicatrizado bien.

Fui una idiota por pensar que podía acostarme con un tío tan rápido y que él seguiría queriéndome, aunque literalmente acabara de decir que sí. Estaba claro que tenía mucho poder, así que probablemente dijera ese tipo de gilipolleces a las mujeres todo el tiempo para mantenerlas colgadas hasta que se aburriera de ellas. Un hombre extraterrestre con mando como él probablemente podría tener a su elección mujeres alienígenas gatas sexys que podrían darle pequeñas y lindas camadas de cachorros o cualquier tipo de bebés que tuvieran. Yo sólo era un polvo divertido, exótico y sin riesgos. No se puede preñar al alienígena, así que ¿por qué no ir a por ello?

Aparté ese pensamiento, negándome a aferrarme a él.

Ese pensamiento era tóxico y no era cierto. Podía ser cierto para algunos tíos, pero no lo era

para todos, y no era justo que me aferrara a él, especialmente para un alienígena. Tal vez estos tipos se apareaban de por vida o algo así. Tal vez no lo hicieron casual en absoluto.

Yo no lo sabía. No había hablado con él sobre los detalles de lo que quería decir.

Había hablado del maldito café.

¿Y si quisiera tener una relación a distancia?

¿Y si quería llevarme con él?

¿O si quería dar las gracias por la explosión, hasta siempre?

Eso último fue por lo que seguí intentando que hablara de café, de todas las cosas. No le engañé. Tenía que haber sabido que yo quería evitar la conversación. No fui sutil.

No quería hacer más daño.

Sólo quería que funcionara por una vez.

Respiré entrecortadamente cuando esa verdad me recorrió.

Así que ahora, en lugar de despedirme de un hombre cuya ausencia ya me pesaba en el corazón y me dificultaba la respiración, estaba aquí sentada, sin saber por qué me dejaba.

Sin saber por qué me dejaba atrás.

Le conocía desde hacía tan poco tiempo. No debería doler.

Debería poder dejarlo ir fácilmente.

Pero yo no quería.

Apreté los ojos, tratando de contener las lágrimas mientras aspiraba otro suspiro tembloroso y las dejaba escapar de todos modos.

Estos sentimientos no deberían estar aquí. Yo era más fuerte que esto. Había pensado que mi corazón era una roca dura en mi pecho, una bola arrugada y encallecida por golpe tras golpe. No había tierra fértil para que creciera. Sólo había momento tras momento, hombre tras hombre, que me demostraban que me odiaban sólo por ser mujer.

Nadie me quería por lo que era.

Había conocido a un mentiroso tras otro, y mi corazón se comprimía con cada interacción.

Zale no podía mentirme cuando no podía hablarme.

No hubo promesas ni compromisos.

Sólo había una caja llena de cabezas cortadas.

Negué con la cabeza.

Qué cosa para caer.

Me había demostrado que era despiadado, brutal y un auténtico asesino. También me demostró que me daría lo que necesitara, ya fuera una bolsa de comida para llevar o un viaje a un campo de tiro privado.

Esas cosas no eran pequeñas.

Nada en él era pequeño.

Me removí en el asiento.

Todavía estaba dolorido.

Me encantaba y no quería soltarlo.

Me froté la cara con las manos.

Me salvó la vida y sólo podía hablar de café.

"Soy lo peor", gemí.

"Tu amiga se pondrá bien", dijo la madre del niño de juguete, respondiendo a lo que creía que me pasaba por la cabeza. Al parecer, pensaba que estaba preocupada por Arnina. Levanté la cara de mis manos mojadas y la vi mirándome. "Mi hijo podría matar a toda una manada de sabaxls él solo. Él protegerá a su compañera y la mantendrá a salvo".

Su cola azotó con fuerza la palabra compañero, dándome a entender el extraño énfasis que ponía en ella.

Espera, ¿Arnina estaba en peligro?

"¿Qué es un sabaxl?" tecleé en la tableta traductora.

"Es mejor que no lo sepas", dijo, y luego se volvió para mirar por la ventana.

Conversación terminada, aparentemente.

Como sea, esta mujerzuela nos secuestró. Abrió la puerta a la conversación, y qué pena si quería cerrarla. De ninguna manera iba a retroceder ahora.

"¿Qué significa ser compañero? ¿Es algo a largo plazo o qué?" Escribí. No quería preguntarle a la madre de otra persona sobre relaciones ocasionales, así que, con suerte, ella ofrecería esa información cultural por su cuenta.

"Pareja es un término para referirse a la persona con la que vas a crear y criar a tus hijos", contestó, sin dejar de mirar por la ventana mientras le temblaba la cola. "¡Mi hijo, el que pronto será Rey de la segunda economía más grande del Imperio, ha decidido tener mestizos como herederos! El muy tonto le está complicando la vida más de lo necesario. Ni siquiera sabe si el Emperador aceptará mestizos en la línea de sucesión al trono".

Qué.

El.

Joder.

"¿Mitad de raza?" tecleé despacio, con la mano temblorosa mientras encontraba las teclas que deletreaban las palabras que necesitaba entender. "¿Quieres decir que nuestras dos especies pueden tener hijos juntas?".

Maldita sea, no había pensado que fuera una posibilidad.

Por supuesto, era una posibilidad.

Eran alienígenas bípedos parecidos a los elfos, no calamares ni mierdas por el estilo. Claramente teníamos algún tipo de similitud genética, y nuestras piezas encajaban claramente de una forma que animaba a seguir rompiéndolas más.

La biología se alineó, así que ¿por qué no iba a hacerlo el resultado?

"Sí", respondió escuetamente. "El osae ha hablado, al parecer. Vuestra especie es altamente compatible. No está garantizado, por supuesto. Lo sabremos con certeza cuando completen su apareamiento y se confirme la concepción".

De repente, el peso en mi pecho se aligeró.

Ahora su comportamiento de la otra noche tenía sentido.

Lo que había dicho Arnina tenía sentido.

Estos extraterrestres intentaban asegurarse de que todos estábamos de acuerdo en lo que venía después de follar.

Zale había intentado calmar los ánimos la noche anterior. Atravesé su leve resistencia como un incendio en la yesca, encendiéndolo para que su leve vacilación se convirtiera en un compromiso total con el acto de volarme la cabeza.

¿El acto de aparearse era algo serio en su especie?

¿Y si intentaba retrasarnos por ese motivo?

¿Y si era de eso de lo que quería hablar?

¿Y si le preocupaba el embarazo?

Si lo estaba, no permaneció preocupado mucho tiempo.

Estaba totalmente decidido a ir a por el oro.

Ni siquiera intentó retirarse.

Recordé cómo nos envolvía con su osae, manteniéndonos unidos.

Tal vez no pudo.

Por un momento, mi corazón se llenó de una repentina y dorada alegría.

Un lindo bebé con pequeñas orejas puntiagudas y una pequeña cola, y un compañero que masacraría a cualquiera que nos mirara dos veces. Él podría cuidar de mí, cuidar de nosotros. Tendría la familia que siempre quise, la que intenté formar con amigos para llenar los vacíos que dejaban en mi corazón los de mi propia sangre. Le daría a mi hijo todo lo que me habían negado. Mi hijo sería querido, amado y apreciado.

Pero acababa de decirme que me dejaba.

Que me dejaba.

Esa cálida sensación de querer algo tan especial se desvaneció.

Si me dejara embarazada, sería una madre soltera atrapada en un planeta alienígena.

Una sonrisa se dibujó en mi cara, mis lágrimas no eran más que sal seca en mis mejillas. Sería una madre soltera con una mejor amiga que se estaba enrollando con un rey. Independientemente de mis problemas con Arnina, al menos sabía que nunca se ofendía por nada de lo que yo decía. Ella me quería por mí. Mientras no cabreara a su Boy Toy, estaríamos bien.

No era perfecto, pero no estaba solo.

Iba a estar bien.

Realmente deseaba haberle escuchado.

Tal vez tenía un plan para cada posibilidad, incluso ésta, y quería hablarlo conmigo. Pero ahora no podía hablar con él, no estaba aquí.

Sin embargo, ahora podía mantener conversaciones con estos alienígenas.

No tenía que obtener la información que necesitaba directamente de Zale y arriesgarme a que mi incipiente corazón se rompiera en mil pedazos donde él pudiera verlo romperse. Incluso mejor, si tenía alguna información que él no supiera que yo sabía, me permitiría ponerlo a prueba más tarde para asegurarme de que no era un mentiroso como todos los hombres humanos.

"¿Sabes si Zale tiene pareja?" Lo escribí.

"¿Quién?", respondió ella.

"El del pelo negro que me metió en el coche", tecleé. "Habló contigo justo antes de irnos".

"Zale", se burló. "Por supuesto que usaría un nombre plebeyo".

"¿Tiene pareja?" Presioné.

"Zale ni siquiera ha mirado a una mujer desde que murió su primera compañera". Se golpeó las garras en los antebrazos cruzados. "Ha rechazado incluso intentar ver si alguna pareja funcionará".

Dudé ante eso. ¿Se había casado antes?

"¿Así que no tiene a nadie que le interese?" Escribí.

Me miró con ojos penetrantes.

"Él nunca te tocaría", espetó. "Su elección de pareja será muy examinada".

"Perra ya lo hizo", escribí. "Me tocó de maneras que no quieres saber".

Borré la palabra perra e hice que el aparato reprodujera el mensaje.

Sus ojos se abrieron de par en par y sus orejas miraron hacia delante. Se movió en su asiento y realizó varios gestos rápidos que me extrañaron porque los reconocí. Conmoción, concentración intensa, excitación... todo irradiaba en mi mente mientras el chip captaba mi información visual y me permitía entender lo que ella me estaba dejando ver deliberadamente.

Zale había estado tan quieto en el barco.

Apenas se había movido, apenas había dejado ver nada.

No me había dejado ver cómo se sentía, no hasta este punto.

O, al menos, no lo había teleografiado como estaba haciendo ella.

"¿Te has apareado con él?", preguntó, levantando una mano para hacer un círculo con el puntero y el pulgar. Levantó la otra mano e introdujo un dedo extendido en el círculo.

Bueno, eso dejaba claro exactamente lo que estaba preguntando.

Quería que le confirmara que me lo había tirado.

¿Por qué estaba tan emocionada?

"Sí", tecleé. "¿Por qué estás tan metido en eso?"

"Porque lo cambia todo para mi hijo", siseó.

¿Qué tenían que ver mis actividades nocturnas con su hijo?

El coche se detuvo y ella miró momentáneamente por la ventanilla, luego se puso en acción, se desató y prácticamente se lanzó fuera del vehículo.

Le seguí y me detuve en seco justo fuera del coche, mientras contemplaba el espectáculo que tenía ante mí.

Había dos cadáveres enormes en el suelo.

Podía ver alas, dientes y garras.

Eran dinosaurios. Dinosaurios muertos.

La sangre se agolpaba alrededor de las dentelladas que desgarraban la carne de los cadáveres, como si hubieran sido arañados por un depredador más feroz. Pero, ¿qué podría enfrentarse a un velociraptor volador de gran tamaño?

Aparté los ojos de la carnicería para ver a la madre del Niño Juguete hablar con Arnina, todo su cuerpo comunicando urgencia. Había otro alienígena cerca que reconocí: Yreta. Un puñado de humanos y alienígenas con cuernos estaban de pie alrededor de los cadáveres destrozados, estudiándolos con asombro.

El transporte de tropas no estaba a la vista.

¿Dónde había ido Zale no Zale?

Volví a centrar mi atención en mi amigo.

La propia Arnina parecía un poco conmocionada.

Corrí hacia ellos justo cuando la mujer elfa felina agarraba a Arnina por los hombros.

"Tendrás que reclamar el derecho de protección del compañero. La vista será retransmitida en directo, así que no podrán ignorarte. ¿Lo harás?", le cantó a Arnina.

"Sí", dijo Arnina, con palabras firmes.

"Yo te llevaré", añadió Yreta.

"¡Yo también voy!" interrumpo, haciendo que Arnina se gire y me vea por primera vez.

"¿Cómo has llegado hasta aquí?" Ella jadeó.

"Hice autostop con una zorra rica cuando se asustó por una fuga sabaxl en el zoo", me encogí de hombros. "¿Qué coño es eso? ¿Un pollo mutante gigante?"

"¿Te parece un pollo?" Se quedó boquiabierta.

Oh chica, estaba haciendo una broma.

Estaba claramente en un lugar donde necesitaba bromas.

"¿Has visto alguna vez una gallina?" pregunté. "Son pequeñas rapaces".

"Debes irte ya", dijo la madre del Niño Juguete.

Arnina le cogió la mano.

"¿Cómo te llamas?", cantó.

Parpadeé ante la extrañeza de que mi chip traductor tradujera el canto de otro humano en la lengua alienígena de los elfos felinos. ¿Cómo se llamaba su especie? Debería aprenderme los

nombres de las cosas y las personas en lugar de inventarme mis propios descriptores.

O lo que sea.

Gato elfo, Niño juguete y el resto de etiquetas eran divertidas, y no era como si alguien más pudiera ver dentro de mi cabeza.

Gracias a Dios.

Necesitaba totalmente alejarme de cualquier alien telepático.

Volví a centrarme en mi amiga. A Neen se le estaba dando bien aprender el idioma de los alienígenas si era capaz de cantar a pleno pulmón las preguntas. Me sentí un poco culpable. Si yo le hubiera dedicado el tiempo que ella, ¿sería capaz de cantar frases tan sencillas?

Suspiré.

Probablemente no, dado que incluso cantar una palabra básica en inglés ya era muy difícil. Ser sorda en una sociedad que se comunicaba cantando no era lo ideal. Tampoco me esforzaba mucho. O en absoluto.

"Aurroura", respondió la madre del Niño Juguete, y luego empujó a Arnina hacia el coche. "Ahora vete".

La seguí.

¡Voy a ayudar al Niño Juguete!

"¡Nos quedamos aquí!" Tiffany gritó.

Miré al pequeño grupo de humanos y alienígenas con cuernos que había al otro lado de la pila de cadáveres cuando llegué...

"Lorelei, deberías ir con ellos..." Arnina dijo. "Si algo sale mal, puedes irte".

Eso fue realmente dulce.

Me estaba dando una salida.

"Al diablo con esa mierda, perra". Me revolví el pelo. "¿Crees que voy a abandonarte alguna vez? Vamos a rescatar al tipo de tío que quiere desesperadamente reventarte los sesos, pero se contiene a la hora de presionarte durante una dinámica de poder injusta. Vamos, vamos. A esa clase de tipos hay que tenerlos cerca".

Había presionado a Zale mientras estaba en el lado más débil de nuestra dinámica de poder, ¿eso era malo?

Ojalá dejara de dudar, temer y darle demasiadas vueltas a las cosas. Cada vez que tenía un momento, mi cerebro se retorcía en nudos. Tenía que concentrarme en lo que me rodeaba para evitar que se desbocara en una puesta de sol supernova.

Necesitaba centrarme en el momento presente.

Respiré hondo.

"Yo... vale, vaya", respondió Arnina.

Ahora que sabía que yo le cubría las espaldas, tal vez recordaría aquella vez que no tuvo las mías.

Realmente me debía una disculpa apropiada.

Pero tampoco le había contado toda la historia.

"¡No dejes esta luna sin nosotros!" Le grité a Tiffany.

"¡Lo tienes!" Tiffany dijo. "¡Nos encontraremos en la nave!"

"¡Sólo si sobrevivimos a la interrupción del poder gobernante!" gritó Arnina.

Me acomodé en el asiento y, mientras me abrochaba el cinturón, Zale se subió a mi lado.

Me inquieté mientras el coche volador despegaba.

NADIE HABLÓ EN TODO EL TRAYECTO.

Yo miraba a Zale, pero él no decía nada. Se limitaba a mirarme con fijeza, sin expresión. Definitivamente me estaba dejando. Estaba teniendo claridad post-nutación y no podía esperar a alejarse de la alienígena loca y pegajosa que expresaba su aferramiento coqueteando con otros chicos y huyendo de él.

Sí, yo no estaba empezando esa conversación.

Acabé mirando por la ventana.

Nos acercamos a un castillo flotante.

Arnina no parecía haberse dado cuenta, y estaba ocupada mirándose las manos, ensimismada.

A través de mi ventana pude ver la pequeña isla de un edificio flotando sobre una gran mancha verde en un mar de edificios más pequeños y bajos que se diferenciaban radicalmente de los enormes rascacielos del resto de la ciudad. Había varias líneas que subían y bajaban desde la isla hasta el barrio de ocupas que había debajo. Estaba a bastante altura y se sostenía con enormes cables que la anclaban al suelo.

El palacio parecía tallado en un gigantesco cristal blanco, de paredes nacaradas que se elevaban hacia el cielo con estrías estriadas que captaban la luz y hacían brillar arco iris en el suelo y en los laterales de los edificios circundantes.

Era tan bonito que no podía soportarlo.

¿Dónde estaba el metal y la mierda de la era espacial?

Esto era una locura de elfo de palacio de cristal flotante.

Miré al cielo, esperando ver dos lunas, pero todo lo que vi fue aquel enorme planeta flotante de color blanco púrpura. Mis expectativas de la cultura pop se habían visto totalmente frustradas. Aquí no había jinetes lobo y, aunque los hubiera, no les iba nada tirarse a los humanos.

Así que devolví la mirada al palacio flotante.

"Ostentoso", murmuré.

Primero aterrizó el transporte de tropas, del que salieron soldados que se precipitaron al interior del edificio. Aterrizamos detrás del vehículo y atravesamos una pequeña puerta dorada.

Arnina echó a correr y yo la seguí.

Irrumpimos en lo que sin duda era una sala del trono.

Era una cámara vasta y etérea adornada con paredes de cristal iridiscente que parecían cambiar y brillar con tonalidades siempre cambiantes. Me dieron náuseas, así que intenté no mirar a las paredes. El techo se extendía hasta lo alto, creando una ilusión de espacio infinito, y estaba salpicado de estrellas palpitantes.

"¡Exijo el derecho a proteger a mi compañera!" Arnina cantó la canción alienígena, su voz

resonó en la habitación con la fuerza de una cantante de ópera. "¡Liberad a mi compañera de inmediato!"

Mi seastar no perdió el tiempo y le contó a todo el mundo de qué iba.

Me detuve cerca de la puerta mientras ella se me adelantaba.

Boy Toy estaba de pie en el centro de la habitación.

Tres elfos felinos de aspecto nudoso estaban sentados en tronos ornamentados colocados sobre un estrado elevado frente a él. La sala estaba repleta de soldados, y parpadeé un instante, centrándome en ellos por un momento.

Tenían exactamente los mismos uniformes que los soldados que salieron corriendo del transporte de tropas delante de nosotros.

Oh Dios mío - esto fue totalmente un golpe.

¿Por qué estos malditos alienígenas nos involucraron en un golpe?

Esto era ridículo. Ni siquiera tenía un arma.

¿Por qué nos diría la madre de Boy Toy que fuéramos aquí, formáramos parte de un golpe y nos limitáramos a gritar a los tres extravagantes gobernantes? Como mínimo, podríamos dispararles o hacer algo útil que realmente cambiara las cosas. Las palabras no iban a hacer nada.

Definitivamente no quería estar aquí, pero ya era demasiado tarde.

El miedo se apoderó de mí. Arnina se quedó allí de pie, con los puños cerrados, totalmente desafiante y decidida a llevar a cabo lo que fuera.

Miré a mi alrededor, buscando a Zale.

Se había quedado conmigo cerca de la puerta. Sólo verlo a mi lado me llenaba de alivio. Era el hombre que asesinó a mis maltratadores y entró en pánico al pensar que me perdería cuando nadé en la piscina de hielo. Aunque fuera a dejarme pronto, ahora estaba aquí.

Él me mantendría a salvo.

Además, estaba bastante seguro de que sus soldados acababan de infiltrarse en las filas de la guardia del castillo.

Sea lo que sea lo que estaba a punto de ocurrir, iba a ocurrir con fuerza.

"¿Qué?" Uno de los claramente pronto destronados douche knuckles miró por encima de la cabeza de Neen a sus guardias. "¿Quién dejó entrar a esa cosa aquí?"

Ewww, la llamó cosa.

Definitivamente digno de ser derrocado.

Yreta se inclinó hacia Arnina.

"Se llama derecho de protección de la pareja", murmuró, corrigiendo en voz baja a Arnina.

"¡Exijo el derecho del compañero a la protección!" repitió Arnina.

"¿Quién es exactamente tu compañero?", preguntó otro imbécil.

Arnina levantó una pequeña tableta y dio unos golpecitos en ella, tomándose un momento para ajustarse el auricular en la oreja.

"Makrus Auro Fironus es mi compañero", gritó, con una inflexión perfecta para describir su justa ira. Era tan buena repitiendo lo que oía cantar en su tableta. Qué buen uso le daba.

"Me protegió del sabaxl y me salvó la vida. Ahora exijo mi derecho a que mi compañero me proteja de los que amenazan nuestro vínculo. De aquellos que amenazan mi vida".

Oh, ¿así que les estaba gritando que le dieran a su Boy Toy algún tipo de protección legal?

No sólo estábamos implicados en un golpe de Estado, sino que ahora ofrecíamos a estos duendes gato felices enjaulados algún tipo de razonamiento legal para el golpe que estaba a punto de producirse.

El tercer imbécil miró hacia donde estaba un duende gato que sostenía un aparato con una

gran lente y abrió la boca.

No hubo ninguna otra advertencia.

El Niño Juguete bramó, rugiendo sobre él con un tono irregular que no era propio de él. Sonaba como si alguien hubiera cogido una bolsa de piedras sucias y se la hubiera metido por la garganta para usarla como mordaza. Dado que llevaba un collarín de aspecto extraño, mi mejor conjetura era que los imbéciles le estaban aplicando algún tipo de supresor vocal que le dificultaba rugir.

Dejó caer su peso en una profunda sentadilla, haciendo que los dos guardias que le sujetaban los brazos se tambalearan, de repente cargados con todo el peso de su cuerpo. Los arrastró hacia él justo cuando se lanzó hacia arriba, liberando los brazos de sus garras.

Hizo una patada dividida en el aire como un ninja gorram, pateando a los dos lejos de él al mismo tiempo.

Vale, ya no podía llamarle Boy Toy.

¿Figura de acción Boy Toy? No, ese no.

¿Quizá un juguete ninja?

Iba a necesitar un buen apodo nuevo.

Salió de su patada y se lanzó directamente hacia el escenario elevado.

Saltó, como había visto hacer a los luchadores en la sala de entrenamiento cuando practicaban sparring. Eso significaba que algo estaba a punto de pasar. Iba a pelear con ellos.

Espera, ¿Arnina le acababa de dar el derecho legal de patearles el culo?

Not Boy Toy aterrizó, con los pies por delante, en una de las tripas del imbécil, y su mano izquierda fue directa a la garganta del imbécil.

De repente, había sangre.

Mucha sangre.

Salía a chorros de la garganta del imbécil.

Aparté la mirada, incómoda por la excitación visceral que surgía en mi interior.

Debería sentir náuseas, o miedo, o algo así, pero en lugar de eso, me sentí... ¿encantada?

Miré a cualquier parte menos al escenario.

Los gruñidos, gritos y golpes del escenario resonaban en la sala sobre un fondo de silencio no total. Me quedé mirando a los soldados que no hacían absolutamente nada. No, nada no. Por allí, uno de los soldados retenía a otro mientras le susurraba al oído. Otros miraban a su alrededor, buscando a alguien que les diera órdenes, sólo para ver a varios de sus propios compañeros haciendo gestos para que se quedaran quietos, para que no se involucraran.

Oh, Zale había planeado esto duramente.

No sólo tenía soldados con el uniforme de la guardia de palacio, sino que estaban preparados para evitar que el resto de los guardias interfirieran en el caos de asesinatos Boy Toy.

"¡Guardias!" Gritó el imbécil número dos, haciéndome volver la vista al escenario mientras se revolvió hacia atrás sobre el brazo de su silla.

Los otros dos estaban muertos.

No podrías perder tanta sangre sin morir.

Además, era definitivamente imposible estar vivo con la garganta arrancada de esa manera. El escalador de sillas número tres era el último que quedaba en pie.

"¡Defiende al Príncipe mientras protege su legítimo derecho!" Yreta bramó a todo pulmón por encima del aterrorizado imbécil. "¡Protege a su compañera! Tiene pruebas de que los regentes han estado haciendo cosas sucias e ilegales".

Ah, sí, trajeron a Arnina porque acaba de darle a su juguete masculino el derecho legal de

destruir a sus enemigos por completo.

Estos duendes gato eran violentos.

Pero extrañamente organizado al respecto.

Pounce happy man toy. No, ese tampoco me gustó.

De todos modos, el Boy Toy aterrizó en medio de la espalda del último imbécil que quedaba, tirándolo al suelo.

Me di la vuelta e intenté no escuchar el sonido de la asfixia.

"Arnina, ven conmigo", dijo la Gatita Asesina. "Te necesito."

Esa era, esa era - Murder Kitty.

Me di la vuelta y lo vi tendiéndole la mano a Arnina, con cara de orgullo mientras le goteaba sangre de las garras.

"Neen, te cubro las espaldas si quieres cambiar de opinión y huir ahora", le dije. "Si no estás en ello, todavía estoy abajo para golpear eso".

¿Por qué he dicho eso?

Yo no estaba abajo para golpear eso.

Arnina se mordió el labio y me di cuenta de que estaba aguantando la risa, menos mal.

Sí, claro. Por eso lo dije.

Lo dije porque habíamos sido secuestrados, congelados en el tiempo, vendidos como animales cautivos y luego rescatados por monstruosos gatos elfos asesinos que querían ligar con nosotros. A veces, tenía que decir cosas ridículas sólo para lidiar con la tensión que acababa en mi pecho como un resorte.

Nada de esto era normal.

Tuve que perdonarme cuando reaccioné de forma anormal. El hecho de que una persona normal corra por ahí gritando y llorando porque acaba de ver a unos alienígenas enloquecidos y asesinándose unos a otros no significaba que yo tuviera que reaccionar así.

No todos los cerebros funcionaban igual, y el mío estaba extrañamente tranquilo con esto.

También alarmantemente, encantado.

No estaba preparada para afrontar esa reacción, así que en su lugar iba a quedarme con la calma.

"Yo me encargo, Seastar", dijo.

Se acercó al gatito asesino y le cogió la mano manchada de sangre.

"Yreta, eres la nueva capitana de la guardia de palacio, como ya sabes", dijo la Gatita Asesina. "Conoces el plan".

"Ya he llamado al equipo", dijo. Luego se volvió para mirar al resto de los guardias y a la gente que seguía de pie en los bordes de la sala mientras Murder Kitty se llevaba a Arnina al fondo de la sala y desaparecía.

"¡Tú, tú y tú!" dijo Yreta, señalando a varios guardias sucesivamente. "Tenemos que renovar esta sala a tiempo para la rueda de prensa".

Respiré hondo.

Estupendo.

La seguí a este golpe y me puse en peligro de ser abandonada de nuevo por un tío. Típico de Arnina, centrarse en el hombre de su vida por encima de todo lo demás. Eso no la convertía en una amiga de mierda a menos, claro, que ese hombre en su vida fuera en realidad la encarnación del mal, cosa que este tipo, a pesar de estar recubierto de la sangre de sus enemigos, no parecía ser.

No se parecía en nada a su ex.

Estuvo bien.

Estaba bien.

Sacudí la cabeza. ¿Debería haber venido?

Miré a mi alrededor buscando a Zale, pero había desaparecido.

Y así, sin más, me quedé solo.

Uno de los guardias estaba junto a mí.

Me volví para mirarle.

"Viene el Emperador", dijo. "Debes prepararte para recibirlo. Te llevaré a tu habitación".

No iba a volver a cometer este error. Nada de seguir a una persona cualquiera a quién sabe dónde.

Saqué mi traductor.

"No te conozco", escribí. "¿Quién te dijo que me escoltaras?"

El guardia echó las orejas hacia atrás, un poco molesto.

"El chico de los recados del Emperador", dijo el guardia. Luego alargó la mano y me agarró del bíceps, tirando dolorosamente de mí para obligarme a ponerme de puntillas. "Que pueda teñirse y vestirse para ser un doble de su real poderío no significa que tenga derecho a darnos órdenes a los guardias".

¿De quién hablaba?

¿Estaba hablando de Zale?

Su agarre en mi bíceps pellizcó.

"Me haces daño", le dije mientras me medio arrastraba por una puerta lateral y por un pasillo. Era mucho más fuerte que yo. Yo no tenía nada. Ningún arma, nadie que reconociera a la vista.

Su agarre se relajó, pero no me soltó.

"Te meto en tu habitación como me ordenaron para que puedas ser convocado cuando el Emperador lo desee", espetó. "Entonces me voy de aquí. No me quedaré a esperar a que aparezca el Emperador".

Me empujó a través de una puerta y la cerró tras de mí.

Me froté el codo magullado y descubrí pequeños pinchazos de sangre donde las garras del guardia me habían atravesado la piel.

¿Zale era el chico de los recados del Emperador?

EL GUARDIA ME PUSO EN UNA HABITACIÓN DE LUJO CON BAÑO PRIVADO.

Deambulé por la habitación, inspeccionando los mullidos muebles y el liso suelo enmoquetado. El cuarto de baño tenía una ducha enorme y una bañera del tamaño de un jacuzzi humano. La miré con preocupación. De ninguna manera iba a usarla hasta que supiera si aquella cosa helada era o no un elemento acuático normal.

Volví a la puerta y me quedé quieto un momento, echando humo.

Este palacio estaba flotando en el aire. De todos modos, no iba a ir a ninguna parte. ¡No tenían que encerrarme!

Recorrí la habitación, furioso, buscando una salida. Las ventanas no se abrían y no había balcón.

No me pareció bien.

Si me dejaban aquí mucho más tiempo, iba a romper algunos muebles y fabricar algunas armas. Ya estaba harto de que me confinaran y me trasladaran de un sitio a otro como si fuera un objeto. No me habían atrapado desde que había estado en la consulta veterinaria de aquel zoo: no iba a dejar que me volviera a pasar algo así.

La próxima vez que visitara un campo de tiro robaría un arma.

No tuve que esperar mucho, sumido en mi propia irritación, cuando se abrió la puerta. Todo un equipo de elfos felinos alienígenas entró en mi habitación sin llamar a la puerta.

"¡Oh, es tan mona!", arrulló un esbelto macho. Su pelaje era púrpura en la mayor parte del cuerpo, pero su melena era de un precioso plateado con vetas cerceta. Era el primer elfo felino que veía con el pelaje de un color más floral. ¿Era antinatural? Empujaba una caja con ruedas que le llegaba al pecho. "¡No sabía que sería tan pequeña!".

"Sé exactamente lo que quiero hacer con su pelo", dijo una pequeña elfa felina de color gris piedra. Llevaba elaboradas trenzas en la melena, entrelazadas formando un dibujo geométrico, y dos grandes bolsas.

Cogí mi tableta traductora de donde colgaba de mi cuello.

"Soy Lorelei", tecleé. "¿Y tú quién eres? ¿Tu pelaje está teñido o es natural?".

No tenía ni idea de lo grosera que era esa pregunta en esta cultura, pero daba igual, yo era un alienígena que antes había sido considerado un animal de zoo.

Podrían perdonar mis modales.

"Carr'ab" es cien por cien antinatural. Teñido por completo. Estamos aquí para prepararte para conocer al Emperador", gritó otro alienígena mientras arrastraba un perchero a la habitación. Tenía la piel muy bronceada y un pelaje color moca salpicado de mechones rubios. "Soy Terifin y me encargaré de sus trajes. Carr'ab se encarga del maquillaje y Maletica de los

adornos de piel. Has sido asignada como una invitada muy especial, por eso tienes un equipo completo. Si te gustamos, esto podría ser un trabajo recurrente para nosotros, así que por favor, haznos saber lo que tenemos que hacer para gustarte".

"Uh", tecleé en el traductor. "No me toques sin preguntar primero, y estamos bien. Estoy abajo para ser mimado. "

Terifin movió la cola, irradiando expectación y entusiasmo.

"¡Nunca habíamos trabajado con un alienígena!", dijo.

"Esto es sólo nuestra prueba". El colorido Carr'ab agitó también su cola, mostrando excitación en su lenguaje corporal. "Tenemos unos días antes de que llegue".

"¿Crees que tenemos unos días?", dijo Maletica, la pequeña gata elfa de color gris piedra, mientras se deslizaba a mi alrededor formando un círculo. Me giré y vi sus ojos clavados en mi pelo. "Con el Emperador nunca se sabe. A veces se adelanta o se retrasa unos días, y hay que esperar a que aparezca".

"¿Crees que el Emperador debe anunciar su ubicación exacta y su itinerario para que cualquiera pueda recogerlo en cualquier momento?". Terifin movió los hombros y giró una oreja: humor con un toque de reproche. "Vaya donde vaya, la flota más mortífera del Imperio le sigue - no te enfades cuando la presencia de nuestro glorioso Emperador signifique una afluencia de dinero para nuestra economía local. Este es el trabajo mejor pagado que he hecho en todo el año, y no estaría sucediendo si no fuera por él. ¿Vestir a un extraterrestre para una audiencia con el Imperio? Voy a ser capaz de actualizar a una unidad de gama más alta con el pago de este trabajo solo. Si no quieres eso, estoy seguro de que hay una lista de otros cien que ocuparían tu puesto sin la menor vacilación. Apuesto a que tardaría menos de quince minutos en traer a alguien".

Maletica agachó las orejas un instante antes de hacer un gesto con la mano, rechazando su afirmación.

"No uno que ya haya completado este nivel de habilitación de seguridad, además de tener una certificación sobre relaciones con los extranjeros", dijo.

Tecleé rápidamente en mi traductor.

"A este paso ninguno de vosotros va a pasar mi evaluación de relaciones alienígenas", tecleé. "Creéis que voy a quedarme quieto y dejar que os metáis conmigo sólo para cumplir las normas de mierda del Emperador después de que me hayan encerrado en mi habitación. Estáis muy equivocados. Estoy bien que me mimen. No estoy bien con estar atrapada y preparada. Pueden tratarme como si fuera un trabajo y no una persona".

Mientras sonaban las palabras, moví los hombros.

Será mejor que veamos cómo ha ido.

Los tres me miraron.

"¿Estabas encerrado?" Carr'ab agachó las orejas al pronunciar esas primeras palabras, y luego cambió su postura para irradiar calidez y cariño. "Alguien se meterá en problemas por eso. Estás marcado en la lista como un invitado de muy alto rango. No estamos aquí para meternos contigo. Estamos aquí para mimarte. Esto es un servicio completo. Al cien por cien, eres una emperatriz. Haznos saber lo que quieres, y lo tendrás. ¿Qué aspecto quieres tener? ¿Cómo quiere sentirse? Tu presupuesto asignado personalmente no tiene límite. Estamos aquí para servirte, Lorelei".

Me encantó cómo trabajaba el traductor. Le daba un toque especial a las interpretaciones.

"¿Sin límite?" Escribí. "¿Por qué?"

"No tenemos ni idea", cantó Maletica. "El Emperador ordenó esto personalmente. Lo que quiere, lo consigue, y aparentemente quiere mimarte tontamente".

"Ni siquiera me conoce", escribí.

"Probablemente haya visto todos los vídeos tuyos que hay por ahí -son superbonitos, por cierto- y haya decidido que quería causar una impresión positiva", dijo Carr'ab. "Después de todo, este es el primer contacto con la primera especie compatible con los osae. El hecho de que el Rey tenga como pareja a uno de su especie es revolucionario. Todos vimos la transmisión de su ascensión, fue muy dramática. Apuesto a que el Emperador va a querer utilizarte como relaciones públicas, sobre todo con lo bien que tus vídeos fueron tendencia. Te está mimando con este presupuesto para mimos".

¿El caos de Murder Kitty fue retransmitido en directo?

¿El Emperador quería usarme como relaciones públicas?

Podría conseguir un trabajo con esto.

No tenía que depender de Arnina para cuidar de mí.

Podría impresionar a este Emperador con mi utilidad. Ser una madre soltera con un trabajo bien pagado haría las cosas mucho menos estresantes que tener que depender de mi habilidad para besar a un Gatito Asesino que se estaba tirando a mi mejor amiga.

No es que supiera que iba a ser madre soltera.

Fue, como, una vez. El riesgo era bajo, ¿verdad?

"Iba a divertirme comprando para ti, pero por desgracia, ya tenían un armario entero elegido", dijo Terifin, señalando la ropa. "Parece que la selección que enviaron es toda de tu talla".

Me acerqué al perchero que tenía al lado y pasé la mano por las suaves telas.

Mis ojos se abrieron de par en par.

Agarré uno de los conjuntos, tirando de él para poder mirarlo más de cerca. Volví a guardarlo, rebuscando en todo el perchero, uno tras otro.

Estos eran mis conjuntos.

Los había elegido todos en mi juerga de compras con Zale.

¿Por qué estaban aquí?

Acababa de haber un golpe sangriento, ¿y Zale había ido inmediatamente a contratar a un equipo para acicalarme y darles mis trajes? El momento parecía tan extraño.

¿Era el ayudante de Murder Kitty?

Ojalá hubiera pasado los momentos que pasé con él haciéndole preguntas en lugar de intentar callarle con café.

"¿Acaban de llegar?" Pregunté.

"Oh no, estos nos los entregaron ayer cuando nos contrataron", ronroneó Terifin. "Si no te gustan, estaré encantado de ir a buscarte una selección diferente y tirar estos".

Vale, así que contrató a estos tipos y les entregó la ropa con un día de antelación.

Me estaba preparando para conocer al Emperador antes de acostarnos.

¿De qué quería hablarme?

"Me encantan", escribí rápidamente.

Quitó la mano de la ropa y me volví hacia los otros dos.

"Cuando dices mimar, ¿a qué te refieres exactamente?". le pregunté.

"Entonces, estamos listos para teñir, acicalar, cortar, masajear - las obras. Lo que tú quieras. Tenemos una lista de aceites que funcionan con tu biología, pero seguiremos haciendo pruebas aleatorias con cualquier producto nuevo para asegurarnos de que le damos a tu piel lo que quiere". Carr'ab movió la cola con entusiasmo, agitando las manos para añadir un elemento de alegría a la mezcla. "La cocina está trabajando en una torre de degustación, así que tendremos toda una serie de pequeños bocados para que los pruebes viniendo hacia aquí en cuanto estén

listos. ¿Por dónde le gustaría empezar?"

Me pasé la mano por el pelo, que sólo había recibido un cepillado brusco con el cepillo grande. Hacía siglos que no me lo cepillaba como es debido.

"Me vendría bien un corte de pelo", tecleé. "Y necesito encontrar los productos adecuados para manejar el desorden que hay aquí arriba".

"Yessss". Maletica finalmente añadió sus propios meneos de cola a la habitación. "Sé exactamente lo que necesitas. La consistencia de tu pelo no es tan diferente de la nuestra, así que estoy segura de que puedo conseguirlo exactamente como quieres una vez que discutamos qué es eso. Empecemos con un lavado y un acondicionamiento profundo. ¿Te gustaría también un tinte? Recogí un poco del tinte de alta gama que usan algunos nobles. Causa una interrupción en la grabación para ofrecer privacidad. Elimina tu color natural, así que después tendrás el pelo blanco plateado si te lo dejas más de un día".

"No es una buena elección si quiere que la cojan por relaciones públicas", añadió Terifin. "Necesita que la vean en las redes, no que la distorsionen".

"Sí, eso no", asentí. "¿Hay algo que demuestre mi lealtad al Emperador de buenas a primeras? Estoy totalmente de acuerdo en lanzar algunos signos de solidaridad si eso significa que voy a conseguir un buen trabajo con ello."

"Podrías optar por las marcas familiares del Emperador: como un alienígena súper mono que será visto como adorable, lo más probable", cantó Carr'ab. "Nuestro consejo es limitado en ese sentido".

"¿Qué aspecto tendría?" Escribí.

Maletica levantó la unidad de muñeca y empezó a tocarla. Una pantalla flotó en el aire por encima de su muñeca y, al cabo de unos instantes, agitó la mano y ésta giró en el aire para que yo pudiera ver en qué había estado trabajando.

Una foto de mi cara rodeada de pelo rubio con rayas horizontales de tigre negro.

Oooh, rubia... estaba totalmente de acuerdo con el rubio.

"Como no tienes las marcas, será un poco difícil de hacer", cantó. "Puedo lograrlo, pero podría ser más lindo si lo hacemos de esta manera y limitamos la posibilidad de que el Emperador se ofenda si copias sus marcas exactamente".

Le dio unos golpecitos más y las rayas negras giraron, pasando a ser verticales.

"Así que, punk rock", sonreí, enseñando los dientes. "Hagámoslo".

Dio un paso atrás, estudiando mi boca por un momento.

Puse el brazo detrás de mí, en el lugar donde podría haber una cola, y lo moví como les había visto hacer cuando estaban excitados. Ya sabía que no debía sonreír enseñando los dientes, pero me costaba recordarlo. Al menos podía añadir otro lenguaje corporal para suavizar el gesto.

"Te enseñaré algunas opciones para darle forma mientras tu pelo se remoja en el acondicionador", le devolvió la sonrisa, manteniendo los dientes cuidadosamente cubiertos.

"¿Puedo empezar con la manicura mientras haces el lavado y acondicionamiento?" preguntó Carr'ab. "¡Tienes unas garras tan delicadas!"

"Sí", escribí. "Esto va a ser divertido".

Sería más divertido si Zale estuviera aquí.

Me preguntaba qué diría cuando viera mi nuevo aspecto.

ME DI LA VUELTA EN MI INCREÍBLEMENTE CÓMODA CAMA, INCAPAZ DE DORMIR.

Me dolía el pecho en más de un sentido.

Respiré hondo y me agité bajo la manta de felpa. Había tirado casi todas las almohadas al suelo mientras me retorcí. Me había pasado el día recibiendo mimos. Me habían acicalado, pulido, masajeado y coordinado totalmente los colores.

Zale no había aparecido.

Ya debe haberse ido.

Al menos podría haberse despedido, pero eso era lo que intentaba hacer.

Volví a revolcarme en la cama, frustrada conmigo misma. No sabía nada de él. No sabía cómo ponerme en contacto con él. Ni siquiera sabía si seguía en esta luna o si se había subido a una nave espacial y había volado para siempre.

Respiré hondo y me concentré en relajar los músculos.

La puerta se abrió.

Me incorporé.

Entraba suficiente luz por la ventana para distinguir una forma familiar.

"Te hice esperarme", retumbó su voz en la oscuridad, y todos esos sentimientos retorcidos se desvanecieron. "Quería estar aquí antes".

No se había ido.

Estaba aquí.

Entrecerré los ojos, incapaz de distinguir nada más que la vaga definición de su silueta. Las puntas de su pelo brillaban con la pizca de luz que entraba por las cortinas, iluminadas con un suave resplandor como la luz de la luna en la Tierra.

Sentí el cambio en la cama cuando su peso se asentó en el extremo. Su voz era más cercana, pero no se movió mientras hablaba, permaneciendo en el extremo opuesto de la cama.

"Hay cosas de las que tenemos que hablar", dijo, su voz más grave de lo que había oído antes, el rumor vibrando en los registros más bajos, añadiendo un retumbar grave a su canción.

Me eché hacia atrás y cogí mi traductor de la mesa, tirando de él hacia mi regazo. Lo pulsé y el teclado de la pantalla brilló, cegándome con la tenue luz que iluminaba mis ojos en la oscuridad.

"La primera es que tú eres la pareja que mi corazón elige", retumbó, y levanté la vista del teclado y me quedé mirando sorprendida su silueta, con un cálido brillo envolviéndome el corazón al oír sus palabras. Aún no podía verlo muy bien, pero su silueta era clara en el extremo opuesto de la enorme cama. Los bordes de su pelaje seguían brillando. "Cuando te vi moverte por primera vez en la pantalla de vídeo, supe que haría cualquier cosa por hacerte mía. Vi el

fuego dentro de ti, la alegría de vivir tan profunda que irradian a los que te rodean. Hay algo especial en ti, y deseo pasar toda mi vida contigo".

"Oh", dije, agarrando los bordes del traductor.

Santo cielo.

Zale se enamoró de mí a primera vista.

Volví al momento en que mis ojos se cruzaron con los suyos. Estaba desnuda, perseguida por mis captores, y allí estaba él, más grande que la vida en una pantalla que yo no debía ver. Él me vio. La calidez que vi en sus ojos había tocado una nota en mi pecho, resonando a pesar de la agitada confusión de mi situación.

No era sólo que me viera en ese momento.

Vino a buscarme. Me salvó.

Asesinó a los que me hicieron daño.

Al hacerlo, sembró una semilla en mi corazón que floreció a la luz de su propio cuidado de mí. Lo que sentía por él era más que cualquier amor que hubiera sentido jamás. Estaba arraigado profundamente en mi necesidad primaria de encontrar un compañero que pudiera protegerme en mis momentos más débiles, que pudiera alimentarme y apreciarme cuando las cosas eran más difíciles que nada.

Si esto era amor, entonces nunca había amado antes.

No sabía cómo decirlo.

No estaba preparado para decirlo.

Sabía lo que significaba para mí, pero eso era por lo que había hecho por mí. Me había salvado más de una vez. Me había cuidado. Se había fijado en las pequeñas cosas de mí y se había esforzado por darme experiencias que disfrutara y que enriquecieran mi vida para mejor.

Pero la idea de que me dejara me había destrozado.

Me recordó lo pequeña y vulnerable que era en este vasto mundo. Entregarle todo mi corazón me dio más miedo que cualquier otra cosa que hubiera hecho.

¿Eso era amor?

No estaba seguro.

No, estaba segura, pero no estaba dispuesta a reconocerlo.

Reconocerlo significaba que dolería más cuando se fuera.

No podía permitirme amarlo todavía.

No hasta que supiera que se quedaría conmigo.

Cada vez que me había precipitado con el corazón, acababa tan quemada que las cicatrices aún me dolían para recordarme mi propia estupidez. Quería amar. Quería dejar que el calor de mi corazón creciera y brillara con cada latido.

Pero, ¿y si me dejaba creer todo lo que decía y resultaba ser mentira?

¿Y si lo malinterpreté a través de la lente de mi propio anhelo?

"Sé que esto es repentino", cantó. "Pero te deseo. Quiero aparearme contigo y crear hijos juntos que sean algo nuevo en un mundo que se ha estancado sin cambios. Aún no sé cómo te afectará el osae, pero los médicos con los que he hablado hoy han dicho que no debería perjudicarte cuando arraigue plenamente en ti."

Whoa - despacio - alerta de mierda alienígena.

Mi cerebro pisó el freno mental con tanta fuerza que podía oler cómo se quemaban las ruedas de los pensamientos.

"¿Los osae echan raíces?" tecleé, entrecerrando los ojos en la penumbra creada por una imagen proyectada en la tableta traductora. "¿Qué quieres decir con que echará raíces?".

Su pelaje parecía definitivamente más claro de lo normal.

Tal vez fuera el reflejo de las paredes de cristal del palacio.

"Es de lo que quería hablarte", cantó. "Tu especie no tiene el osae, pero tú sí. Es un simbiote que se transfiere a través del contacto íntimo. Ha aumentado la longevidad y la durabilidad física de mi especie, pero también ha disminuido nuestra fertilidad hasta el punto de que los cachorros sólo nacen en apareamientos bendecidos por el osae. Mi osae canta para ti. Tanto eso como los hallazgos de mi equipo médico indican que puedes concebir y dar a luz fácilmente a mis crías".

Vale, me molaban las bonificaciones por longevidad y durabilidad física.

Me pareció bien.

Definitivamente no parecía lo peor que había pasado por mi cuerpo hasta el momento, eso estaba claro.

Alargó la mano y me la puso en el tobillo, con la manta entre nosotros, y deslizó el pulgar por el lateral del pie.

Me recorrió un escalofrío.

Quería más.

"Cualquier apareamiento entre nosotros puede resultar en embarazo", dijo. "Sé que no es el momento ideal para decírtelo. Por eso, lo siento. Estoy profundamente agradecido de que ahora tengas el implante y el dispositivo traductor".

Me mordí el labio.

Ya me había arriesgado.

Ya había pensado en las consecuencias.

¿Lindos bebés con adorables orejas de gato y una mezcla de rasgos de Zale y míos? Un aleteo de emoción me recorrió. En toda mi vida, era la primera vez que me cuidaban de verdad. Claro, estos alienígenas eran un poco asesinos, pero nada de esa violencia iba dirigida a mí.

Todo el asunto del osae... apostaba a que tenían muchos datos médicos sobre nosotros de cuando estábamos en el zoo. Definitivamente tomaron sangre y otras muestras. Si estos elfos espaciales tenían médicos que decían que su simbiote iba a aumentar mi esperanza de vida, yo estaba absolutamente abajo.

Es que prefiero ser madre con pareja a ser madre soltera.

Tenía que dejarlo claro si iba a volver a hablar de irse.

"No me importa el momento. Me importa lo que quieras conmigo", escribí. "Siempre he querido tener hijos, pero nunca he querido criarlos sola. Quiero una pareja que esté conmigo en todo momento para dar a nuestros hijos lo que necesitan. ¿Quieres eso?" pregunté.

"Más que nada", ronroneó. "Me elegiste a mí, y nunca te dejaré ir. Serás mía. Cuidaré de ti y de nuestros hijos y te daré todo lo que necesites para prosperar. Te quiero".

Le sonreí en la oscuridad.

Con eso me bastaba.

Puse la tableta traductora en la mesa auxiliar y apagué la pantalla. Me arrastré hacia él con las manos y las rodillas, buscándole en la oscuridad. Sus manos encontraron las mías y se deslizaron por mis brazos. Dudó al sentir las vendas que el equipo de mimos había colocado sobre los pequeños cortes de mis codos.

"¿Qué es esto?", siseó. "¿Quién te hizo daño?"

Uf, necesitaba una buena paliza, ¿qué era todo ese parloteo?

Me aparté de él, cogí el traductor y tecleé rápidamente.

"Fue el guardia quien me encerró en mi habitación por orden tuya", escribí. "No importa. Estoy bien".

Cuando el traductor terminó de reproducir la frase, lo tiré, se deslizó de la cama y cayó al suelo.

Uy, no se hable más.

Me acerqué a él y le cogí por los hombros mientras deslizaba los dedos por su pelo, hurgando en la espesa y suave malla de pelo que tenía detrás de las orejas. Incliné la cabeza hacia mis caricias y sus manos se dirigieron a mi cintura mientras me subía a su regazo, a horcajadas sobre él.

Me senté, presionando mi centro contra la evidencia cada vez más dura de su deseo por mí en sus pantalones.

Olía raro.

Era como su olor normal a roble y jazmín, pero faltaba ese algo extraño que no podía ubicar. Olía diferente.

"Sí que importa", gruñó, el sonido retumbando contra mí, haciéndome cosquillas en mis partes más sensibles mientras me apretaba contra él.

Definitivamente necesitaba una flor en la cara mientras lo hacía.

"Voy a cazarle y...", empezó.

Le corté.

"Cállate de una puta vez. Voy a sentarme en tu cara", le siseé, sabiendo que no podía entenderme.

La emoción de mi propia agresión se apoderó de mí.

Me contoneé para que mis pies quedaran apoyados en la cama y me incorporé, poniéndome en pie mientras mantenía el agarre en su pelaje para mantener el equilibrio. Nuestras proporciones eran tan alocadas que su cara estaba en mi pecho, no contra mi flor como había esperado.

Lo necesitaba de espaldas, o iba a tener que poner un pie en su hombro y escalarlo.

"Tumbate", le dije y le empujé.

Se rindió a mis caricias, ya que no había forma de que yo pudiera mover a ese hombre alienígena sin que él me dejara, y se tumbó de espaldas en la cama debajo de mí. Solté una risita mientras me tumbaba con él; mi pecho no era tan grande como para ahogarle la cara, pero sí lo suficiente como para aplastársela y recordarme que estaba extrañamente dolorido. Apoyé las manos en la cama y las rodillas a ambos lados de él y trepé por su cuerpo.

Sus manos tiraron del pantalón del pijama que me había puesto para dormir.

Dejé que me las quitara mientras seguía arrastrándome.

Sus dedos se deslizaron sobre los huesos de mi cadera.

Acarició el punto sensible justo delante de ellos y me estremecí al colocar la rodilla sobre su hombro. Con la otra mano me quitó el pantalón del pijama por encima de los pies.

"Puedo oler tu deseo", gimió.

Deslicé mis pétalos de flor sobre su barbilla y aterricé en su tragón de polen. Otro estruendo salió de él, haciéndome vibrar hasta el tallo, y casi me hice miel yo sola mientras soltaba un jadeo de placer.

"Sí, más de eso", exigí.

Luego me lamió.

Se deslizó por mis pétalos como si estuvieran hechos de ambrosía, un néctar tan divino que los ejércitos lucharían y morirían por la mera oportunidad de probarlo. Y lo probó.

Mientras retumbaba.

Apreté las rodillas y me arqueé, arañando el aire para escapar de la repentina, deliciosa y

abrumadora intensidad de todo aquello. Sus brazos me rodearon las caderas y tiraron de mí hacia abajo. Me agarré a su agarre y sólo conseguí deslizar mi flor salvajemente contra su cara mientras él se comía mi polen como si fuera la primera vez en años que comía.

Era tanto, tan bueno, y duró una eternidad.

Exploté, retorciéndome en sus garras mientras hacía todo tipo de ruidos sin sentido.

Siguió lamiéndome los pétalos lenta y cuidadosamente mientras volvía a bajar.

Entonces estaba de espaldas.

Se estaba limpiando la cara en la camisa que había estado sobre mí hacía un momento, y luego estaba en el suelo.

Estaba encima de mí.

Mis manos estaban en sus abdominales cortados.

Sus osas resbalaban contra la suciedad húmeda, enviando réplicas a través de mí.

Luego se enroscaban alrededor de mis muslos, tirando de mí más cerca, tirando de él más cerca.

Sus labios se encontraron con los míos, y pude oler el aroma de mí misma mezclado con él mientras sus caderas rozaban el interior de mis muslos, su cuerpo empujando contra el mío, sujetándome, atrapándome contra la cama.

Entonces, su deseo se deslizó dentro de mí.

Me extendió.

Me destrozó.

No había nada más que él, nada más que esto.

No había nada más que el tamborileo de su corazón y el mío, el golpeteo de nuestros cuerpos juntos, la intensa conciencia de estar juntos, de estar llenos, de estar desgarrados y completamente devorados.

Era muy fuerte y no paraba.

Me estaba haciendo suya en todos los sentidos de la palabra.

Cuando otro universo explotó dentro de mi cuerpo, empujándome hacia una sensación absoluta de concentración presente y deliciosa plenitud física, él estaba allí conmigo. Retumbaba, rugía, llenaba.

Él era el calor dentro de mí.

El calor que me llenaba.

El revoltijo palpitante de todo lo que siempre quise.

Y todo lo que me aterrorizaba.

"Eres una compañera digna de un emperador", murmuró, con su aliento caliente contra mi oído. Mi cabeza se balanceó hacia atrás mientras él permanecía dentro de mí, la plenitud y la deliciosa sensación me alejaban de todo pensamiento mientras sus tentáculos seguían deslizándose dentro y sobre mí.

Me importaba un carajo estar con un Emperador, sólo quería estar con él.

"Soy la pareja perfecta para ti", murmuré, sabiendo que no me entendería.

Yo tampoco lo entendía.

Pero era la pura verdad.

LA LUZ DEL SOL SE COLÓ POR MIS PÁRPADOS, DEVOLVIÉNDOSE AL MUNDO DE LA VIGILIA CON suaves toques de luz y calor.

Mi cabeza descansaba sobre algo caliente.

En alguien fuerte.

Su aliento me levantó, mi cabeza, mi mano y mi hombro se elevaron mientras él inhalaba debajo de mí, lento y constante. Estaba parcialmente encima de él. Su brazo me rodeaba la cintura.

Escuché los latidos de su corazón.

Mantuve los ojos cerrados, hundiéndome en este momento, sin querer dejarlo ir nunca. Volvió. Volvió a pasar la noche conmigo. Habíamos hablado de las cosas que necesitábamos. Iba a cuidarme, a protegerme, a quererme... Todo lo que había demostrado con sus acciones, lo había ofrecido con sus palabras.

No podía negarlo: las palabras unidas a la acción bastaban para derribar mis muros.

Este brillo en mi corazón era inconfundible.

Esto era amor.

Nunca lo había sentido antes.

Así era como debía sentirse el amor: el calor de saber que mi corazón estaba a salvo para amar. Era la certeza de que ese hombre extraterrestre estaba aquí, estaría aquí; de que se tomaría el tiempo de hablar conmigo cuando tuviéramos cosas que necesitáramos resolver, en lugar de huir.

Este era un hombre por el que podía enfrentarme a mis miedos.

Abrí los ojos.

Pude ver la curva de su garganta, enmarcada por una melena de pelo translúcido que parecía casi blanco, sus raíces rubio arena apenas visibles contra su piel. Parpadeé y seguí la línea de su melena hasta donde se unía con el pelaje que cubría la parte superior de sus hombros. Había una raya negra muy marcada que resaltaba sobre el color.

El cálido resplandor de mi corazón se desvaneció en una oleada de pánico absoluto.

No, tenía que haber una explicación.

Tenía que acabarse de teñir el pelo, decolorando todo el color.

Me incorporé.

Abrió los ojos que me encantó.

Respiré hondo.

Su cara era la misma.

Sus ojos eran los mismos.

"Tu pelo", sonrió. "Te lo has cambiado".

Mis ojos se abrieron de par en par al ver las raíces rubias y arenosas de su propio pelo.

Mi corazón pareció detenerse en mi pecho por un momento mientras mi mente procesaba todo lo que me habían dicho. Zale era el recadero del Emperador. Tenía la misma cara y los mismos ojos que el Emperador. Tenían diferentes colores de pelaje. Zale se había estado preparando para entregarme al Emperador antes de que me enganchara a él.

Me habían dicho que el Emperador iba a venir a verme.

¿Era Zale el Emperador disfrazado, fingiendo trabajar para sí mismo?

Un golpe en la puerta interrumpió el torbellino de pensamientos de mi mente.

"Emperador Belirious, solicitó aviso inmediato si el vídeo era trending", cantó una voz a través de la puerta.

"No me molestes más", replicó el macho de pelaje plateado que estaba en mi cama, sin dejar de mirarme.

"¿Emperador Belirious?" Pregunté, aún inmóvil en un largo momento de espera.

Esperando a estar seguros.

Busqué el traductor detrás de la cama.

No estaba allí.

"Lo que dije anoche iba en serio", cantó. Luego levantó la pulsera y abrió la pantalla holográfica. Unos pocos movimientos más y un vídeo empezó a reproducirse en el aire entre nosotros.

Era un vídeo mío.

Estaba en la extraña oficina de la torre del zoo con Arnina y los adolescentes. Me estaba riendo, tomando los movimientos corporales que había aprendido y conectándolos en una mini coreografía de baile que repetí dos veces antes de reírme de nuevo y volver a trabajar en el aprendizaje.

Hizo clic en algo y se cargó otro vídeo.

Era un duende gato haciendo el mismo minidanza.

Me mostró un vídeo tras otro del bailecito que había hecho para divertirme, repetido por un desconocido tras otro que no conocía.

"Eres la pareja perfecta para un Emperador", ronroneó.

Mi corazón se hundió mientras me aferraba a los últimos zarcillos de mi incredulidad. El vídeo del que había hablado anoche. No era la pantalla en la que Zale me había visto maltratada por alienígenas lagartos. Era una publicación de tendencia en las redes sociales en la que aparecía haciendo el tonto mientras aprendía los movimientos que acompañaban a unas palabras que no podía cantar correctamente, un vídeo que

que el propio Zale tomó, a juzgar por la posición desde la que lo hizo en la sala.

Pero tenía la misma cara que Zale.

Si este no era Zale con un trabajo de tinte, entonces...

Rodé hasta el borde de la cama y cogí la tableta traductora del suelo.

"¿Tienes dobles?" Escribí. "¿Tiene empleados que se parezcan a usted para ayudar con la seguridad o los recados?"

"Sí", dijo mientras inclinaba la cabeza hacia un lado, estudiando mi cara.

Un ruido blanco sonó entre mis oídos, las palabras golpearon mi corazón como un gong, silenciando el resto del sonido de la habitación.

Respiraba entrecortadamente mientras me mantenía inmóvil.

Ese guardia había dicho que Zale era un recadero del Emperador.

El Emperador utilizaba empleados que se parecían a él para hacer recados.

Zale me había preparado para ser entregado al Emperador.

Zale me había dicho que me dejaba.

Miré fijamente al traductor mientras el subidón de mi alegría se desplomaba a mi alrededor, ahogando el resto del mundo en un monótono zumbido gris.

Mi mente repasó todo lo que el Emperador me había dicho en la oscuridad. No me había mentido sobre quién era. Se había dirigido a mí muy directamente, diciéndome exactamente lo que quería de mí. Fue franco en todo. El equipo de glamour de antes me había dicho que iba a reunirme con el Emperador.

El guardia me dijo que iba a ser convocado por el Emperador.

No esperaba que me abordaran en la oscuridad y me hicieran proposiciones, lo que ya de por sí no era nada agradable, pero era el emperador de un imperio que, al parecer, abarcaba varios planetas, así que tal vez fuera la forma socialmente normal de conseguir una nueva dama para su harén.

Estaba claro que esperaba que yo supiera quién se subía a mi cama.

Yo inicié las cosas con él.

Casi le di mi flor a la fuerza.

Incluso con todas esas racionalizaciones de cómo esto podría ser visto como bien, todavía se sentía mal.

Esperaba despertarme junto a un alienígena diferente.

Respiré hondo, cabalgando sobre las olas de emociones complejas.

Yo era hielo, congelado en ese momento.

Zale me había preparado para el Emperador. Tuvo que haber sido él quien grabó ese vídeo mío, el que llamó la atención del alienígena. Si él era el chico de los recados, probablemente también se lo envió directamente al Emperador. Me llevó a comprar ropa para llamar la atención de la realeza y se aseguró de que acabara en la sala del palacio a la que me llevaron para esperar al Emperador. Se encargó de que el equipo de mimos me preparara para el Emperador.

Me entregó a otro alienígena sin mediar palabra.

Me había rescatado, follado y entregado a otra persona.

Me había dejado llevar por el corazón. Había caído demasiado pronto, demasiado fuerte, sin saber mucho de él, y éste era el precio.

Traición aplastante y preguntas sin respuesta.

Debería haber hablado con Zale cuando intentó hablar conmigo. Quizá esto no habría pasado. Quizá me lo habría contado todo si le hubiera dado la oportunidad.

Tal vez no debería haberme lanzado a su jefe.

El dolor acumulado en mi corazón se superponía, comprimiéndolo en una bola de arrepentimiento, vergüenza, ira y odio hacia mí mismo.

No pude permitirme el lujo de derrumbarme.

Un entumecimiento familiar se apoderó de mí.

Si me iban a vender al mejor postor, tenía que asegurarme de que era yo quien hacía la venta y obtenía el precio prometido, nadie más.

O, al menos, necesitaba que el precio fuera lo suficientemente alto como para que me dejara ir.

Agarré el traductor.

"No acepté ser la compañera del Emperador", escribí. Realmente quería que esto saliera bien. No sabía qué hacer si no. Pero sabía que tenía que correr el riesgo. Necesitaba hacerme cargo de

esto para no ser sólo una mujer entregada de un hombre a otro. "No sabía cuál era tu posición cuando subiste a mi cama. Para que acepte ser tu compañera, debo cumplir varias condiciones".

Agitó las orejas en un rápido movimiento que indicaba sorpresa y consternación.

Anoche pensó que yo sabía quién era.

"Dígame", el Emperador hizo un gesto con la mano, indicando apertura y disposición a escuchar.

Gracias a Dios.

Ahora para asegurarse de que sabía que yo era una perra cara.

"Exijo un estipendio económico elevado y regular que se ingrese en una cuenta a la que sólo yo tenga acceso, y cuya cuantía regular sea el doble de la de su empleado mejor pagado", escribí.

"No eres un empleado, pero estoy de acuerdo", asintió. "Tendrás tu propio dinero en tus propias cuentas para hacer lo que quieras, como te corresponde por ser mi compañero".

Me adelanté.

"En segundo lugar, requiero mi propia casa donde pueda seleccionar personalmente al personal, con sus recomendaciones, y donde tenga el control total de a quién se le permite la entrada", escribí. "Esta casa también debe tener una gran piscina que se mantenga a una temperatura cálida y nunca se congele".

"Lo haré realidad", asintió. "Será un reto interesante para el cuerpo real de ingenieros. Mantener el agua en equilibrio sin las heladas todavía no se ha hecho".

Bueno, eso fue raro, pero está bien. Los alienígenas consiguen llegar al espacio sin construir nunca una piscina a temperatura constante, no es lo que esperaba que fuera un reto para ellos.

"Tercero, mis hijos son míos; no me los quitarás ni limitarás mi acceso a ellos de ninguna manera", escribí.

"Por supuesto", asintió. "Aunque, a medida que crezcan, su educación será supervisada por mí. Usted será bienvenido a añadir a ella también y no se mantendrá físicamente de ellos".

Respiré hondo y con calma mientras tecleaba, dejando que el aliento me llenara hasta lo más profundo.

Ahora, la demanda que más probablemente rechazaría.

"Por último, debes ser monógamo", escribí. "Seré tu única pareja".

Definitivamente iba a rechazar eso.

Me habría establecido como de alto valor y luego le habría dado una razón para rechazar una de mis demandas. Ahora, él negociaría algo que me diera aún más libertad, o me dejaría marchar por completo.

Sus orejas se aplanaron hacia atrás.

"Esto ya debería ser así", se inclinó hacia delante, las palabras salieron con un tono que casi rozaba el gruñido. "No has tenido la oportunidad de aparearte con nadie más. No te lo he permitido. Eres mía y sólo mía".

Una punzada de dolor me recorrió el corazón al pensar en Zale.

El Emperador no sabía que me había enrollado con él.

Zale me delató sin mediar palabra.

La sensación de frío se instaló en mi pecho.

Era el único que podía delatarme.

"Soy tuya", escribí. "Tú eres mía".

Con eso, era oficialmente una cazafortunas.

EL EMPERADOR SE HABÍA MARCHADO, Y EL EQUIPO DE GLAMOUR HABÍA ENTRADO Y ME HABÍA arremolinado antes de enviarme a la puerta. Dos guardias me escoltaron de vuelta a la sala del trono, que ahora estaba impecable. Habían retirado las tres sillas del estrado y apagado algunas de las muestras artísticas más nauseabundas. La sala era ahora mucho menos intensa visualmente.

El Emperador estaba allí de pie con un pequeño grupo de gente a su alrededor. Yreta era uno de ellos. Levantó la vista cuando entré y sus ojos se clavaron en los míos. Atravesó el grupo que le rodeaba, que se separó como el agua cuando se dirigió hacia mí.

Se inclinó sobre mí y acercó la mano a mi mejilla.

Me incliné hacia su tacto, sonriéndole mientras ponía mis propias manos sobre su abdomen.

Estaba musculoso bajo el elegante traje blanco y dorado que llevaba. Me di cuenta de lo musculoso y en forma que estaba la noche anterior cuando rodamos por ahí. En parte por eso estaba tan segura de que era Zale. Eso y su voz parecían similares... o quizá yo sólo quería que lo fueran.

Aleje ese pensamiento.

Lo de anoche no fue culpa mía.

Como mínimo, el Emperador debería haber llamado a la puerta y haber dicho: "Soy el Emperador y quiero follarte hasta dejarte sin sentido; ¿quieres ser mi mujer?". O incluso Zale en plan, me voy porque en realidad sólo te estaba preparando para conocer al Emperador, y lo siento, no deberíamos habernos enrollado.

Respiré hondo e intenté alejar la amargura de mis pensamientos.

Tomé mis propias decisiones.

No culpé a nadie de mis propias decisiones.

Yo había elegido este camino y tenía que darlo todo. Este era mi camino, y estaba absolutamente dispuesta a ser mimada por un extranjero rico y poderoso que ya sabía que era genial en la cama y que estaba dispuesto a ser todo mío.

Me lamé los labios y los separé mientras le miraba fijamente a los ojos.

Necesitaba hacer sentir a este duende gato que lo deseaba más que a nadie.

Más que Zale.

Oí un ruido y me giré para ver a Arnina entrando a grandes zancadas en la habitación, como si fuera la reina inspeccionando su ejército. Esa imagen se intensificó por el hecho de que tenía enormes tentáculos que emergían de su espalda como brazos adicionales.

"Neen, pareces la hija ilegítima de Úrsula y Kerrigan", dije, dejando de lado al Emperador para dirigirme hacia ella. Estaba claro que ella era más importante en ese momento.

"¿Ese hombre hizo experimentos científicos contigo? ¿Qué es eso?"

Abrió los brazos y me envolvió en un abrazo.

"Es un STS", susurró.

Qué.

"¿Qué demonios es eso?" Pregunté. "¿Hablas en serio?"

"Simbionte de transmisión sexual. Makrus dijo que no me iba a hacer daño en absoluto, al menos, aparte de cuando me atravesó la espalda. Se transmite por penetración completa, pero tiene que elegirte o algo así. Me dijo que me alargaría bastante la vida. Al parecer, todos los de su especie lo tienen".

¡Oh! Eso tenía sentido con lo que el Emperador había dicho.

No tenía ni idea de que podía sobresalir de nuestras espaldas como los brazos de un marine espacial mutado.

Pero si ella los tenía, ¿dónde estaban los míos?

"¿Pero por qué te sale por la espalda como si estuvieras a punto de empezar a controlar a los zerg?". pregunté. "¿No estaba en su... ya sabes?"

"Dijo que yo puedo decidir a dónde va", respondió ella. "Y todo lo que podía pensar era, bueno, Kerrigan, en realidad, y esto es lo que pasó".

Aún no estaba preparado para subir el pulpo.

Con suerte, mis osae esperarían, si es que estaban en mí. Tal vez mi cuerpo era un ambiente tóxico para ellos, y por eso no me había convertido en Cthulhu.

"¿Crees que puedes escalar cosas con él?" le pregunté.

Realmente necesitaba hacerme un chequeo.

El Emperador probablemente estaría súper de acuerdo en que me acercara a su equipo médico.

Otra ventaja era ser la esposa del Sr. Rico y Poderoso, lo que significaba que iba a recibir una atención sanitaria estupenda. Incluso podría tener mi propio equipo médico que se ocupara de todos mis caprichos, sobre todo porque él parecía muy dispuesto a tener hijos mestizos conmigo.

Excepto que él no era el único con el que había estado recientemente.

"Creo que sí", dijo. "Pero parece que están conectados a mi sistema musculoesquelético, así que apuesto a que voy a tener que entrenar los músculos de la espalda para poder hacer algo superguay".

"Revísala", gritó el Emperador, y otro elfo gato alienígena empezó a caminar hacia mí, sosteniendo algo en sus manos.

"¿Comprobarme qué?" cantó Arnina.

Arnina utilizaba el traductor de forma muy distinta a la mía. En lugar de dejarlo hablar por ella, lo utilizaba para aprender las palabras y cantarlas ella misma.

Eso fue genial.

"¿Saben hablar?", preguntó el Emperador, dedicándome una sonrisa pícaro. "El otro sólo utilizaba el traductor para comunicarse. Pensé que sus cuerdas vocales no estaban completamente desarrolladas".

Puse los ojos en blanco.

El Emperador me estaba tomando el pelo, ¿quizás?

Tal vez en realidad no sabía que podíamos cantar.

Bueno, Arnina sabía cantar. No había nosotros en el departamento de canto.

El alienígena se detuvo a poca distancia y me apuntó con el aparato que tenía en las manos.

"Grosero". Podemos hablar sin problemas. Eres tú quien no ha respondido a la pregunta", le

contestó Arnina.

"Para ser justos, me estaba poniendo en plan sirena con el jefe", dije en voz baja.

"El lenguaje corporal y todo eso funciona bien cuando tu voz al cantar se parece más a la de una gaviota".

"No pareces una gaviota", murmuró Arnina.

"Eres demasiado buena para tu propio bien", le respondí.

"La doctora no te hará daño", dijo la gatita asesina. "Te está escaneando para..."

"La alienígena está embarazada", dijo el dispositivo que la sostenía. "A juzgar por las lecturas, acaba de ser sembrada, pero se ha anclado en su interior".

¿Arnina estaba embarazada?

"¿Qué?" jadeó Arnina. "Creía que tardaría semanas... ¡a algunos les lleva años!".

Al menos sabía que era una posibilidad. Eso era bueno.

Sin embargo, el hecho de que el dispositivo pudiera detectarlo tan rápidamente era un poco chiflado.

Entrecerré los ojos.

El alienígena con el detector móvil de embarazos se acercó al jefe acorazado y le cantó algo en voz baja, asintiendo con la cabeza mientras hablaba.

Espera un segundo, ¿me escaneó a mí también?

El Emperador dijo que era difícil para su especie tener hijos... pero si Neen ya estaba embarazada después de un período muy corto de tiempo, entonces tal vez...

Ayer me dolían mucho los pechos.

Podría estar ya embarazada.

"Mierda, Neen, creo que la he cagado", dije.

Su Murder Kitty la envolvió en sus brazos y la apartó de mí.

"El osae elige correctamente", le ronroneó. "Eres la compañera de mi corazón y de mi cuerpo. Nuestros hijos tendrán lo mejor de todo".

No podía darnos ni dos segundos el uno con el otro. Me crucé de brazos, enfadada y comprensiva al mismo tiempo. Acababa de enterarse de que iba a ser padre.

"¿De verdad quieres esto?" le preguntó Arnina. "¿De verdad me quieres, nos quieres?"

"Sí", canturreó. "Eres mi compañera, y nos has convertido en una familia. Llevarás al heredero al trono si deciden seguir mis pasos".

"¿Y si es una niña?", preguntó.

"No lo entiendo", respondió.

"Tu madre no se convirtió en reina, ¿verdad?" Preguntó. "¿Sólo los varones heredan el trono?"

Sacudió la cabeza.

"No, eso no es sensato", respondió.

"Su madre no era la heredera", interrumpió el Emperador. "Le di la opción de reforzar su gobierno temporal hasta que Makrus alcanzara la mayoría de edad, y ella decidió que se lo quedara el conglomerado. Acordamos que serían una amenaza menor si se les entregaba lo que querían".

"Es una decisión de la que llegué a arrepentirme", cantó Aurora desde la puerta de la sala del trono. Cruzó el suelo y se inclinó profundamente ante el Emperador. "Estoy agradecida a mi señor por haberme dado esa opción, y me pregunto si las cosas habrían ido de otra manera si hubiera tomado otra decisión".

"Vivimos con las decisiones que tomamos", respondió el Emperador, asintiendo con la

cabeza a su reverencia. "Y las mejores elecciones son las que nos permiten vivir para hacer más. El Conglomerado probablemente habría organizado un accidente para ti después de mi partida. No eran honorables. La decisión que tomaste de retroceder y dejar que se hicieran con el poder y venir a vivir con seguridad a la capital fue la que os mantuvo con vida a ti y a tu hijo".

Inclinó de nuevo la cabeza e hizo una extraña mueca al suelo.

"Madre", dijo Murder Kitty. "Mi compañera y yo vamos a tener una cría".

"Ella..." su madre levantó la vista sorprendida mientras me miraba. "¿Los hoomons son realmente compatibles?"

"Humanos", suspiró Arnina.

"¡HUMANOS!" Dije al mismo tiempo.

"Se pronuncia humanos", añadió Arnina para suavizar nuestra intensa respuesta.

"El osae cambia lo que quiere", dijo Murder Kitty. "Mi compañera humana es compatible".

"Será un cambio", dijo la madre de Makrus mientras se ponía las manos sobre el corazón y miraba rápidamente al Emperador y luego a Arnina. "Un cambio hermoso, bienvenido, pero habrá que convencer a la población para que lo apoye".

Arnina se apartó de Murder Kitty y se acercó a mí.

"¿Qué está pasando?", preguntó. "¿Qué necesitabas decirme?"

"Cuando conseguiste... tu simbiote... ¿qué sentiste?" Pregunté.

"No estoy segura, pero una vez que decidí dónde quería que fuera, me dolió de verdad", respondió. "Me lo estaba pasando demasiado bien como para darme cuenta de lo que sentía cuando estaba haciendo lo suyo antes de eso".

"¿Y estás segura de que no mienten diciendo que podrías estar embarazada?". pregunté. "Son extraterrestres. No deberían poder dejarnos embarazados. Son como de otra especie".

"Bueno, Makrus intentó enseñarme un diagrama de educación sexual en el que se explicaba el embarazo, así que estoy bastante segura de que sabía...", cambió de frase a mitad de camino mientras me miraba a la cara. "Lorelei, ¿qué hiciste?"

También podría decírselo.

"Bueno, estuviste fuera algún tiempo, y ya sabes... hice un trato", dije.

"Dime quién", exigió.

"Me follé al Emperador", dije. "Y también..."

"¿Qué Emperador?" Me cortó.

"Este se viene conmigo". El Emperador me levantó del suelo.

"¡HEY!" gritó Arnina, y de repente unos tentáculos me rodearon los brazos y las piernas. Super raro.

Me estaba tocando con su simbiote.

"¿Tiene control sobre su osae?", preguntó el Emperador.

¿No tenía control sobre el suyo?

Tal vez por eso Zale había tratado de mantener mis pétalos de flores lejos de sus tentáculos.

Una vez que se agarraron, todo iba a ser definitivamente desplumado.

"¡No puedes agarrar a alguien e intentar irte con él sin pedirle permiso!". espetó Arnina.

Era tan luchadora.

Por un momento, olvidé todo el dolor y las luchas de nuestro pasado y la admiré por lo que era en ese momento. Puede que no siempre fuera consciente de mí y de por lo que estaba pasando, y que eligiera al cien por cien pasar el rato con su Murder Kitty antes que conmigo, pero cuando lo hacía, lo hacía.

El problema era que ella fuera consciente de que lo necesitaba.

"Soy el Emperador", respondió el Emperador.

"Bueno, soy la Reina de los Zerg, y si no te andas con cuidado, vas a tener que enfrentarte a una acometida", le contestó Arnina.

Sonreí.

El Emperador echó un vistazo a la sala.

"Sólo veo a mi guardia. Aquí no hay zerg", respondió, y luego me miró. "Pero soy amable. Pequeño hoomon, vendrás conmigo. ¿Sí?"

"Voy a ir con él", le dije.

"¿Qué? ¿Por qué?", preguntó.

No respondí.

A veces era tan difícil comunicarme, sacar las palabras cuando había tanto detrás de ellas; necesitaría el valor de una novela de comunicación para derramar la plenitud de la verdad de mi corazón.

"Tienes que hablar conmigo", me suplicó. "Sólo dime qué está pasando".

Le sonreí.

La audacia de esta mujer.

No le debía nada.

Me había mantenido en la sombra durante dos años, cuando más la necesitaba, sólo para poder aferrarse a una versión de fantasía del monstruo de su ex. Todo lo que tenía que hacer era pedírmelo y esperar en silencio a que se lo dijera.

Pero nunca me preguntó qué había pasado realmente.

En lugar de eso, le creyó.

"¿Lo hago, Neen?" Pregunté. "Ruégame otra vez que hable contigo. Te reto".

El silencio era cortante.

Ella sabía exactamente por qué estaba siendo tan picante.

"Lo siento mucho", dijo. "Debería haberte escuchado. Eras una buena amiga, y no hice honor a eso. Fui una estúpida, y el hecho de que siguieras a mi lado después de que rompiera con él... eres una buena amiga. Por favor, déjame ser una buena amiga para ti".

Abrí la boca para hablar.

"El barco en el que embarcaremos, el Darting Sabaxl, te lo regalo", interrumpió el Emperador. "Es tuyo. Puedes usarla en cualquier momento para volver con tu amigo o visitar a los hoomons del mundo Shek'invitali. Te será transferido como propietario para que hagas con él lo que quieras".

Oh, diablos sí, ¿una nave espacial entera?

Espera, ¿quiénes eran los Shek'invitali?

"Esa es parte de la razón", sacudí los brazos para intentar librarme de su agarre tentacular. "Ahora deja de retenerme, porque nena, soy una cazafortunas".

Me dejó ir.

El Emperador se dio la vuelta y se me llevó.

"Dime pronto la verdadera razón, ¿vale?" Me gritó. "¿Prometes que me llamarás?"

"¡Hago lo que quiero!" Le grité.

Esa zorra aún tenía que disculparse como es debido.

ME SACÓ DEL PALACIO TAN DEPRISA QUE APENAS TUVE TIEMPO DE DARME CUENTA DE LO QUE ocurría. Era extraño, el maldito Emperador llevándome, pero al mismo tiempo, el Emperador de toda una especie alienígena estaba actuando como mi propia bestia de carga personal.

Decenas de guardias cayeron detrás de nosotros, rodeándonos por ambos lados como una caja hecha de guerreros elfos felinos alienígenas. Salimos al exterior y nos acercamos a un gran vehículo que estaba aparcado cerca del palacio, sobre el césped, del tamaño de cuatro autobuses de tamaño normal pegados en un gran grupo. Había varios vehículos más cerca. Parecían más naves espaciales que coches, con bordes redondeados y elegantes.

Un momento, ¿y si realmente fueran naves espaciales?

Tendría sentido que el Emperador pudiera aparcar su coche justo al lado del palacio. No estaba listo para irme. Todavía no me había despedido.

No me había despedido de Zale.

Sentía una opresión en el pecho al pensar en él. Tenía la intención de no sentir nada. Se suponía que él era una forma fácil de arañar un centímetro y resolver mis necesidades, pero se convirtió en algo más. La idea de no despedirme me dolía más de lo que pensaba.

Había dejado claro que yo significaba algo para él.

Entonces dejó claro que no quería decir nada en absoluto.

Me entregó a otro alienígena como si fuera un regalo.

Pero iba a conseguir una nave espacial.

El degollador que había en mí estaba contento, pero el lado romántico y estúpido de mí que no quería dejar marchar al hombre que me regaló cabezas cortadas me dolía más de lo que sabía procesar. Pero no importaba.

De todas formas, mi lado romántico nunca me ha traído más que problemas.

De todos modos, las cabezas cortadas eran un regalo de bandera roja.

Mi reacción ante ellos lo fue aún más.

Tenía que ponerme a mí primero.

Especialmente dadas las circunstancias.

Aun así, al menos debería decírselo en lugar de hacerle saber de segunda mano que todo había terminado. Probablemente ya lo sabía, pero quería verle la cara. Quería saber con certeza que no sentía nada por mí, que cuando intentaba hablar conmigo en la nave del alienígena cornudo era para decirme que no podíamos ser nada porque al Emperador le gustaba mi vídeo de baile.

Me retorcí en el agarre del Emperador, pero no me bajó. No podía trabajar con el traductor. Estaba atrapado debajo de mí.

Me subió por la rampa a una de las naves de autobuses.

En el interior, vi largas filas de asientos corridos que rodeaban todo el borde de la nave, y me relajé. Era imposible salir de una atmósfera con ese tipo de asientos: las fuerzas gravitatorias no funcionarían. Cualquiera que hubiera estado alguna vez en una montaña rusa de verdad lo sabría.

Me llevó más allá de los asientos a través de una puerta que conducía a lo que supuse que era la cabina del piloto.

Luego me dejó en el suelo.

Saqué el traductor.

"Necesito despedirme de alguien", dije.

"¿QUIÉN?" HICE LA PREGUNTA COLGANDO EN EL AIRE COMO UNA GUILLOTINA.

Ya había hablado con su amiga. No conocía a nadie más. No había tenido tiempo de conocer a nadie más que a ese pequeño grupo de adolescentes.

Tenía que ser eso.

Quería despedirse de los adolescentes.

Mis hombros se relajaron, e incluso cuando ella pareció ponerse más tensa, evité mi mirada, echando un vistazo por la ventanilla delantera del transbordador.

"Uno de los guardaespaldas de Makrus fue muy amable conmigo", dijo. "Me siento mal, yéndome sin siquiera darle las gracias o hacerle saber que me voy".

La única persona en la que podría pensar sería Yreta.

Aun así, por si acaso, yo dejaría espacio para que ella rellenara los huecos.

Había algo que no encajaba en la forma en que sus ojos no se encontraban con los míos.

"Un guardaespaldas no necesita esas seguridades", le contesté. "¿Cómo se llama? Haré que el personal le envíe una recompensa por cuidar de ti".

Dijo algo en voz alta en su propio idioma, pero no lo puso en el traductor.

Incliné la cabeza y la esperé. El piloto se removió en su asiento, pero no nos miró. Nos iríamos cuando yo dijera que nos íbamos, ni un momento antes, y todos sabían que así era.

Sus dudas y su silencio me pusieron los pelos de punta.

"Se llama Zale", dijo.

Mi corazón cayó por mi estómago hasta que no quedó nada en mi pecho más que un vacío.

Esto fue un lío de mi propia creación.

"¿Zale?" Repetí.

Esta mañana, se había alejado de mí cuando me vio.

Todo este tiempo, pensé que estaba siendo directa. Pensé que ella entendía que había una diferencia entre ser la compañera de Zale y la compañera de mi posición como Emperador, así que había dejado claro lo que necesitaba para comprometerse conmigo, el Emperador. Me había dicho todo lo que quería. Sus peticiones eran extremadamente razonables, y fue inteligente por su parte calcular sus expectativas de antemano, dado que yo la arrastraría al centro de atención por el simple hecho de que existiera a mi lado.

Yo era el Emperador.

Pero yo no le importaba.

Ella sólo se preocupaba por él.

Esto fue un lío de mi propia creación.

Aceptó ser mi compañera porque quería mi poder, mi posición y mi riqueza. Había

desechado el amor para poder reclamar un título, algo que yo creía haber evitado.

Fui un tonto al pensar que me quería por mí.

Sin embargo, no iba a dejarla ir por eso.

"Tu asiento está ahí", señalé. "Siéntate".

Empezó a teclear algo en un traductor y luego se detuvo, mordiéndose el labio y sacudiendo ligeramente la cabeza. Luego se dio la vuelta y se sentó en el asiento que le ofrecí.

Me aparté de ella, manteniendo mis emociones cerca del pecho, sin que ella pudiera leerlas. No iba a dejarla atrás, aunque ella me deseaba por una razón muy distinta que giraba en mi corazón como una tormenta tumultuosa. Su simple petición acabó con la incipiente alegría que había brotado en mi interior, un sentimiento que no había sentido en tanto tiempo insoportable.

Esto era lo que significaba ser el Emperador.

Podría tener a la mujer que quisiera.

Pero nunca pude tenerlos porque me querían para mí. Incluso mi primera compañera fue un emparejamiento arreglado por obligación, algo que aún no me puedo perdonar.

Esas mujeres sólo me querían por mi título y ella lo había demostrado con sangre.

Pensé que mi pequeño hoomon era diferente.

Bueno, eso estuvo bien.

Podría cerrarle mi corazón.

Si ella sólo me quería por mi riqueza, yo sólo la querría por el niño que crecía en su interior.

EL EMPERADOR HABÍA PASADO DEL CALOR AL FRÍO EN DOS SEGUNDOS.

Sabía que no debería haber mencionado el nombre de otro tipo.

Siempre era un juego de azar cómo respondería un hombre al saber que tenía un amigo. Algunos se volvían aún más intensos o posesivos, excitados por el hecho de tener competencia, y otros me dejaban inmediatamente. Había estado rodeada de suficientes hombres y había tenido suficientes citas como para saber que primero había que tantear a otro hombre.

No debería haberlo hecho con este tipo.

Había una nave espacial en la línea.

Me senté en la silla y tiré de las correas a mi alrededor. Eran exactamente las mismas que en el coche volador, lo que corroboraba la idea de que tal vez se trataba más de un enorme autobús real que de una especie de transbordador espacial. El Emperador me ignoró, al igual que el resto de la gente de la cabina delantera. Parecía que había dos pilotos y un tipo más que revoloteaba cerca del Emperador, como una mosca de cocina cerca de un filete.

No es que necesitara atención.

Fue un gran contraste con la primera vez que me subí a un vehículo volador, cuando Zale intentó ayudarme a sentarme. Aunque no se lo permití, lo intentó. Se preocupaba por mí. Aquí a nadie parecía importarle una mierda si conseguía atarme o no.

Comprendí de qué se trataba.

Para hombres así, yo era una propiedad.

Me compró con una nave espacial.

La idea no me hacía sentir cómodo. No era exactamente como quería vivir mi vida. Pero al mismo tiempo, había un aspecto práctico en la vida. Arnina siempre veía el mundo a través de unas gafas de color de rosa, pensando que el príncipe azul iba a conquistarla. Esperaba que le saliera bien; el chico con el que estaba ahora parecía bastante bueno, menos el repentino asesinato violento. Al menos era un príncipe de verdad.

Pero había visto a muchos hombres que besaban a sus esposas y luego se dirigían directamente a mí para intentar meterme billetes de un dólar en el tanga. Que quieras que un hombre sea el príncipe azul no significa que no vaya a ser expulsado de un club de striptease por intentar meterle algo a una stripper.

Sabía que tenía un lado mercenario.

Pero si el Emperador cumplía lo que había prometido, me aseguraría de que su dinero valiera la pena. Volví a sentir un cosquilleo en las tetas y me invadió una oleada de preocupación.

No fue sólo la nave espacial lo que me convenció.

El autobús volador despegó y pude verlo todo a través de la cúpula curva de la ventanilla.

Nos elevamos en el aire suavemente y la ciudad se extendió bajo nosotros como una manta de picnic hecha de luces de hadas. Se me cortó la respiración y no pude hacer otra cosa que jaderar de asombro. Era lo mismo que cuando estábamos en el ático de Murder Kitty.

La capacidad de los seres para unirse y crear estructuras tan magníficas nunca dejó de asombrarme. En la Tierra, cada vez que pasaba por un cruce de autopistas, los puentes se superponían unos a otros, retorciéndose como enredaderas. Siempre me tomaba un minuto para maravillarme ante la audacia de la creación arquitectónica.

El transbordador se elevó más y más, y la vista pasó del paisaje urbano cada vez más pequeño al borde curvado de una luna. La ciudad cubría toda la superficie. A medida que nos elevábamos, pude ver la forma arremolinada del planeta alrededor del cual giraba la luna.

Entonces el transbordador giró y vi estrellas.

Definitivamente era un transbordador espacial.

Ahora estábamos en el espacio.

"Joder, sí", dije en voz alta. "Soy un astronauta."

Una de las orejas del Emperador se movió brevemente hacia atrás mientras hablaba, pero no se volvió para mirarme y no me molesté en teclearlo en el traductor. Si quería saber cuál era la alegría burbujeante, el pequeño y brillante resquicio de esperanza de que me sacaran de mi pequeña vida en la Tierra y me transportaran a quién sabe cuántos años luz de ella, podía preguntármelo a mí.

Podría pedirlo amablemente.

Ser un sugar daddy no significaba que llegaría a conocer mi corazón.

Tendría que ganárselo siendo cálido y no volviéndose frío conmigo sólo porque yo quería despedirme de alguien que significaba más para mí de lo que quería admitir.

Aplasté esa molesta sensación, empujándola de nuevo hacia abajo.

El amor no tenía nada que ver con la supervivencia.

El amor no iba a conseguirme una nave espacial.

Una pequeña mancha brillaba, las estrellas distantes se hacían más y más grandes a medida que nos acercábamos a ella. Hablando del diablo. Pude ver cómo la elegante forma metálica se hacía más grande hasta que fue todo lo que pudimos ver.

Allí estaba la nave espacial. Era enorme.

Al menos era más grande que el pequeño autobús en el que íbamos. Me encontré con las manos apretadas. Si esta era la nave espacial de la que hablaba, no sería capaz de llevarla sin una tripulación experimentada.

No era algo que fuera capaz de aprender a pilotar por mí mismo si era tan enorme. ¿Podría?

Si me diera esa nave espacial, necesitaría poder financiar una tripulación entera para llevarla a cualquier parte.

Este acuerdo podría ser más difícil de dejar de lo que pensaba.

Por otra parte, para una mujer en mi situación, ser la cortesana bien mimada de un Emperador no era lo peor que podía hacer.

Un panel lateral se abrió y nos deslizamos al interior de la caverna. El transbordador aterrizó y el Emperador se levantó de su asiento. Luché un momento para quitarme el cinturón de seguridad, y él me miró, dudando brevemente, antes de darse la vuelta y caminar hacia la puerta. Conseguí levantarme del asiento y le seguí rápidamente.

Bajamos por una rampa hasta un gran muelle. Media docena de miembros del personal, todos vestidos con trajes de trabajo de color rojo brillante, permanecían en fila; sus posturas eran rígidas e idénticas. Cuando pasamos junto a ellos, el Emperador miró a un hombre más pequeño

que flotaba a su lado con una tableta portapapeles en los brazos.

"Llévala a mis aposentos", dijo sin mirarme.

Muy bien, entonces supongo que así es como esto iba a ir.

El asistente se volvió hacia mí, sus orejas atigradas de color crema se movieron ligeramente hacia atrás antes de asentarse hacia delante mientras sus movimientos se volvían rígidos. El Emperador se alejó, y las filas de guardaespaldas lo siguieron.

"Sígueme", dijo el empleado antes de girarse bruscamente y enderezarse.

Oh, diablos no.

Me quedé donde estaba, crucé los brazos y esperé.

Me trataban como a un animal y me mantenían en una jaula en la consulta de un veterinario de zoo. De ninguna manera iba a tolerar nada menos que un educado respeto, especialmente si estaba haciendo un maldito emperador para pagar por ello. Si no me establecía ni como amigo ni como energía dominante, sólo iba a ser tratado como una mascota más.

El empleado cruzó toda la sala antes de darse cuenta de que no le seguía. Mientras caminaba hacia mí, con la cola azotándole, tecleé en mi traductor.

"En mi planeta se dice 'por favor' si quieres que alguien haga algo", dije.

Sus orejas se echaron hacia atrás.

"Son órdenes del Emperador", dijo.

No respondí. Me limité a mirarle fijamente.

Tras un largo momento, respiró hondo y calmó la cola, evitando mi mirada.

"¿Quiere seguirme, por favor? Te acompañaré a tus aposentos", dijo con un tono más suave.

"Gracias, sería estupendo", le contesté. "Sería maravilloso si también pudiera proporcionarme un mapa de la nave. También necesitare algo de comida. Aunque, estoy segura de que el Emperador requiere su asistencia para sus propias necesidades. ¿Quizás puedas encontrarme a alguien que pueda ayudarme con todo lo que necesito?"

"Sí, por supuesto", dijo, los músculos de su cuerpo se relajaron ligeramente. "Soy muy importante para el Emperador. Me aseguraré de que se le asigne su propio asistente cuando lleguemos a nuestro destino".

"Muchas gracias", dije, deseando que el traductor pudiera transmitir la calidez emocional tan útil en estas situaciones. "¿Cómo se llama?"

"Me llamo Braxlarth", respondió, nombre que acompañó con un movimiento deliberado de la cola.

"Braxlarth", respondí sin el traductor, agarrando el borde largo de mi falda y agitándolo de forma similar. Luego, tecleé rápidamente en el traductor. "Por favor, disculpe mi pronunciación tosca. Tardaré algún tiempo en mejorar con un instructor de idiomas con talento".

No mencioné que llevaría más que un poco de tiempo.

Mi sordera definitivamente no me estaba sirviendo en su civilización.

Le seguí por los serpenteantes pasillos de la nave. Había esperado que fueran en líneas largas y rectas, pero la nave tenía tantas rarezas como la suite del ático. Por desgracia, eso incluía tubos de salto verticales como los de la suite, con pequeñas plataformas entre cada uno, salvo que esta vez las plataformas eran muy pequeñas, dejando un enorme centro abierto en medio. Me asomé a uno.

Mi aprensión se desvaneció en el momento en que mi guía saltó dentro, y en lugar de caer o saltar al siguiente nivel, flotó en el centro, derivando hacia la pequeña plataforma.

A los tubos les faltaba la gravedad artificial.

Menos mal, porque nunca sería capaz de saltar tan alto, y Zale no estaba aquí para llevarme.

Nadie me había dado una escalera como la que tenía Arnina.

Floté suavemente hacia el centro del tubo.

Rápidamente me di cuenta de mi error.

Me había dado menos impulso y la velocidad a la que iba a la deriva era minúscula. No tenía ningún control mientras flotaba allí en medio, aunque era extremadamente divertido.

Extendí la mano hacia mi guía y él me empujó, agarrándome suavemente de la mano mientras tiraba de mí hacia arriba. Al menos, creo que hacia arriba. No es que hubiera un arriba y un abajo en el espacio.

Subimos dos pisos y me sacó por la siguiente abertura. Tropecé al aterrizar y caí sobre una rodilla. Respiré hondo y me levanté, cojeando un poco.

Eso iba a dejar un moratón.

Seguí a mi guía por el pasillo curvo bordeado de ventanas al exterior. Reduje la velocidad mientras miraba las estrellas fuera de mi alcance. Una grieta en aquel material que probablemente no fuera de cristal y sería succionado hacia la eternidad, perdido para siempre en el mar de la nada.

Eso fue metal como la mierda.

Sonreí para mis adentros.

Llegamos a un conjunto de puertas dobles que parecían el nivel de protección de la cámara acorazada de un banco en la capa de un malvado villano. Nos detuvimos frente a ellas y mi guía se inquietó de una forma que yo estaba seguro de que significaba incomodidad, pero quién sabe con estos alienígenas tan raros y elegantes.

"Tendrás que esperar aquí", dijo. "Nadie tiene acceso para abrir los aposentos del Emperador excepto él mismo".

Qué grosero movimiento de poder.

¿Esperaba que esperara a las puertas de sus aposentos como un paquete? En primer lugar, no firmé ningún contrato dominante-sumiso diciendo que me sentaría a esperarle como una niña buena.

En segundo lugar, esta era mi nave espacial.

"Entonces llévame al puente", ordené furiosamente, tecleando en mi traductor.

Mi guía parpadeó.

"No hay puentes en una nave espacial", dijo. "La fuente de agua de la sala de la vida no incluye ningún cruce".

Suspiré.

Ahí van mis sueños de decirles que vayan a velocidad warp y lo hagan así. El pequeño empollón de mi corazón lloró un poco ante ese pensamiento, pero lo dejé pasar. ¿Cómo se llamaba el puente? ¿El timón? ¿Se traduciría bien?

"Además, el Emperador dijo que te llevara a sus aposentos, así que debes esperar aquí", dijo, sin esperar a que averiguara qué palabra usar. "Debes obedecer al Emperador".

"Soy embajadora de mi especie", dije mientras me ponía a la altura de mi diminuta estatura. No era la mujer más baja del mundo, pero al lado de aquellos alienígenas imponentes, incluso de uno más pequeño como mi guía, yo era realmente menuda.

"Además, esta es mi nave espacial y dijo que yo sería la Emperatriz".

"Es el buque insignia del Emperador", respondió con una carcajada en el tono, y su cuerpo se contoneó. "Él lo diseñó a medida y supervisó toda la construcción. No se lo daría a un...". El tipo se detuvo un momento y me miró de arriba abajo. Pasó mucho tiempo mirándome el pelo, como si buscara algo. "Embajador".

Le sonreí con satisfacción.

"Es que soy así de buena", dije en mi idioma, sin traducirlo.

Entonces volví a teclear en el traductor.

"Tú ganas. Yo esperaré aquí". Le sonreí enseñándole los dientes.

Se estremeció un poco.

Sabía que no estaba ganando ningún amigo con mi comportamiento, pero por mi experiencia, sabía que era mejor que la gente te tuviera un poco de miedo a que pensarán que eres un pusilánime.

La amistad estaba hecha de algo más que pequeñas colisiones sociales.

"Bien", dijo y salió prácticamente corriendo.

Esperé hasta que se perdió de vista.

Era hora de conocer mi nueva nave, y no iba a hacerlo de pie junto a una puerta como un felpudo.

Lo primero era lo primero: había que aprender a jugar en gravedad cero.

ME ENCONTRABA EN EL CENTRO DE CONTROL DE MI NAVE, MIRANDO LOS MONITORES. LA SALA estaba junto a la sección de operaciones del personal principal de la nave, y yo tenía la capacidad de anular cualquier cosa que hiciera el personal en cualquier parte de mi nave. Mi centro de control personal estaba conectado a mi dormitorio y era uno de los lugares de más difícil acceso de la nave. A un grupo de abordaje le llevaría horas entrar en él, si es que lograban llegar hasta mis soldados.

Miré alrededor del sistema nervioso central de mi nave.

Ya no era mi nave.

Era de ella.

No importaba cómo me sintiera o cuáles fueran sus intenciones hacia mí, no iba a faltar a mi palabra. Esta nave era suya. Antes de entregársela, tenía que asegurarme de que sabía manejarla. Iba a llevar un tiempo. No era el sistema más sencillo de aprender, y ni siquiera estaba seguro de si su chip traductor le ayudaría a leer en nuestro idioma o si tendría que aprenderlo.

Es decir, si es que estaba dispuesta a aprender.

No sabía qué pensar de ella.

Ya me había dado cuenta de que la idea que tenía de ella en mi cabeza era completamente diferente de quien era en realidad. Pensaba que era el tipo de mujer que me amaba por lo que era. En cambio, era el tipo de mujer que dejaba a un hombre en la estacada a cambio de una ganancia monetaria.

Su corazón tenía que estar encerrado tras una jaula de acero para hacerlo.

Aun así, mantendría mi palabra.

Una notificación en el monitor principal me hizo saber que mi mayordomo, Braxlarth, solicitaba entrar en el centro de mando. Acepté su petición y le dejé entrar.

"¿Está instalada y feliz?" pregunté. Una maraña de emociones encontradas se enroscaba en mi corazón, retorciéndose con mis propias palabras. No debería importarme si era feliz. Tenía que apartarla de mi corazón.

Dejarla entrar había sido un error.

Pensar que podía amarme era una ilusión.

"Sí, Alteza", respondió. "Está esperando junto a la puerta de su dormitorio, como se le ordenó".

Mis orejas se aplanaron y él se encogió hacia atrás.

"¿Qué quieres decir con 'esperando'?" le pregunté. "Te dije que la trajeras a mis aposentos. Tiene acceso para entrar sola; sólo hay que enseñarle a manejar la puerta. ¿Le dijiste que esperara?"

"No lo he entendido, señor", balbuceó. "Nunca antes se había concedido a nadie el acceso a sus aposentos".

"Le estoy dando la nave", le informé. "Tiene acceso a todo lo que desee. No debe ser impedida ni retenida de ninguna manera, a menos que esté a punto de enviarse a sí misma por la esclusa de aire sin un traje - ¿entiendes?"

"Sí, señor, por supuesto, será como usted ordene, señor", dijo. "Iré a hacerle saber que puede entrar en sus aposentos".

Sacudí la cabeza.

No había ninguna posibilidad de que siguiera allí.

No era el tipo de mujer que esperaba a nadie.

"Puedo garantizar que no está esperando", gruñí. "La encontraré. Tú irás a buscar a la persona más adecuada para ocupar su nuevo puesto de mayordomo. Debes encontrar a alguien que domine el lenguaje de signos".

"¿Lenguaje de signos, señor?" Preguntó.

Envié una orden al centro de operaciones para iniciar el viaje.

Se trataba del buque insignia de última generación de mi flota: los que iban a bordo apenas sentían la aceleración. Salvo en caso de emergencia, era posible desplazarse a pie por el buque en cualquier momento del viaje.

Busqué su ubicación en mi consola.

Sus datos biométricos ya estaban registrados en el sistema.

En unos instantes, mi evaluación de su carácter quedó confirmada. Me invadió un torrente de afecto al darme cuenta de que, aunque no era quien yo quería que fuera, era exactamente quien yo sabía que era.

No era una mujer que se quedara de brazos cruzados ante el capricho de otro.

"¿Me estás interrogando?" Era una pregunta retórica. Claro que me estaba cuestionando. Mi mayordomo no consiguió su puesto por ser un callado sí, pero al mismo tiempo, me preguntaba si esa era la mejor idea para alguien que estaba allí para atender mis necesidades.

No esperé su respuesta y salí del centro de mando, seguido de cerca por mi mayordomo.

"Me pondré a ello, señor", dijo mientras se alejaba corriendo, probablemente intuyendo la dirección de mis pensamientos.

No le di más.

En lugar de eso, mis pensamientos giraban en torno a mi pequeño hoomon.

No debería quererla.

Había demostrado ser exactamente el tipo de persona con la que no quería estar nunca: alguien a quien sólo le interesaban la riqueza y la posición, alguien que echaba por la borda sus relaciones anteriores a la menor oportunidad de obtener beneficios económicos personales.

Entonces, ¿por qué corría hacia ella ahora?

ME REÍ HISTÉRICAMENTE MIENTRAS REBOTABA CONTRA LAS PAREDES.

Mis pies chocaron contra el muro y me lancé suavemente, girando un poco las caderas para volar en espiral.

Ya había aprendido a no presionar demasiado.

No había nada que frenara mi velocidad, salvo las paredes y la pequeña resistencia de la atmósfera interna de la nave. Solté una risita mientras giraba, intentando asegurarme de que mi risa no desviaba mi trayectoria por el pasillo de gravedad cero.

Me había reído tanto que me dolían los costados, y me preocupaba un poco que fuera a marearme encima, lo que sería un desastre absoluto en gravedad cero, por lo que recordaba de aquellos vídeos que había visto en mis días terrestres de los astronautas de la estación espacial jugando con líquidos en el espacio.

Sí, no había más líquido en este pasillo que el par de lágrimas que derramé mientras cacareaba para mis adentros.

Esto fue absolutamente hilarante.

Había pasado suficiente tiempo colgado de anillas y girando rápidamente en círculos alrededor de postes que la desorientación de la gravedad cero no hizo más que marearme ligeramente durante unos minutos. Cuando mi oído interno se adaptó a la ausencia total de subidas y bajadas, el túnel se convirtió en una práctica de placer absoluto.

Nunca habría tenido esta experiencia en la Tierra.

No era nada real para mí mismo. Sabía que era el tipo de persona que nunca llegaría a ir al espacio. No tenía dinero. No tenía habilidades que fueran deseables para la NASA. No sabía pilotar aviones, arreglar cohetes ni cultivar un enorme sistema hidropónico lo bastante grande como para mantener a varias personas de forma sostenible en condiciones extremadamente duras y estresantes.

Si esto no me hubiera ocurrido, si no me hubieran llevado y traído a esta loca aventura, nunca habría podido ir al espacio ni experimentar la gravedad cero.

Solté una risita y volví a empujar la pared.

Esto hizo que todo mereciera la pena.

En gravedad cero, mi corazón sanó.

El resentimiento que había sentido, el sufrimiento, el miedo y el terror de las dos últimas semanas se desvanecieron bajo el poder del juego. La pura diversión que encontraba en un nuevo modo de movimiento era suficiente para tomar los bordes sangrantes de mi psique y restañar la herida, dándole aire para respirar y sanar sólo un poco.

Al explorar la nueva forma de movimiento, mi mente tenía que concentrarse plenamente en

lo que mi cuerpo intentaba hacer. No había lugar para el dolor. Sólo había lugar para el momento presente, para permanecer en el ahora y mantener el espacio sólo para lo que estaba a punto de hacer.

El silencio en el movimiento era una dicha.

Empujé la siguiente pared e intenté dar una voltereta en el aire. Aterricé torpemente y mi cadera chocó contra una de las plataformas, haciéndome girar sin control. Estiré el brazo, con el estómago revuelto, mientras intentaba encontrar un punto de apoyo para detener mis rotaciones.

Unos brazos fuertes me rodearon.

Un olor familiar y masculino me envolvió por un momento: roble y jazmín.

La alegría de mi corazón se desbordó hasta que me di cuenta de que los brazos que me envolvían estaban cubiertos de un pelaje translúcido y nacarado con raíces rubias, en lugar del reluciente brillo metálico negro al que me había acostumbrado.

¿Por qué olía igual y, sin embargo, tan diferente?

Un agudo corte de pérdida me atravesó, perforando mi brillo feliz con una agonía momentánea.

El Emperador se agarró a una de las plataformas, manteniéndome firme.

"¿Estás ileso?", preguntó con voz suave y preocupada.

Cogí el traductor, que llevaba colgado del hombro como una bolsa de mensajero, y lo giré hacia delante. Dudé antes de teclear una respuesta. La Lorelei terrestre le habría gritado de inmediato, haciéndole saber lo mucho que había metido la pata al hacer que su subordinado me tratara como si fuera un paquete que se deja en el felpudo.

Pero la normal rabia contenida no apareció.

En lugar de eso, todo lo que sentí fue una sensación de pérdida que no quería sentir, una sensación que anegó incluso el ardor de mi rápida ira.

"Estoy listo para aprender a pilotar mi nave", contesté, sin responder a su pregunta ni a la grosería de su subordinado. "Puedes llevarme al puente ahora".

Me miró extrañado.

"No hay ríos en la nave espacial", respondió.

Por el amor de Dios, intentar transmitir las cosas en un idioma extranjero, incluso con un traductor, era un poco ridículo. Había tantos matices que no eran los mismos.

"¿Cómo se llama la parte de la nave donde se envían instrucciones y se maneja la nave y todas esas cosas buenas?". pregunté. Necesitaba entender bien la terminología. No todos mis coloquialismos se traducían, lo que me hacía preguntarme qué más se perdía entre nuestros entendimientos.

¿Qué otras cosas se habían malinterpretado?

Quizá una clase de coloquialismo no fuera mala idea.

"Está el centro de operaciones", respondió, "donde la tripulación tiene sus puestos de trabajo, y yo tengo espacio para supervisar en persona si lo deseo. También está mi cámara de mando privada".

"Bueno, entonces vamos a la cámara de mando", le sonreí, manteniendo los labios sobre los dientes. Mi simple petición de despedirme de Zale le había dejado emocionalmente frío. No iba a darle más vueltas a la idea de entregarme la nave espacial.

Con ese pensamiento, me retorcí entre sus brazos, soltando al traductor mientras deslizaba mis propias manos hacia arriba y detrás de su cuello. Con mi movimiento, nos desviamos ligeramente hacia un lado. Hundí los dedos en el espeso pelaje de su nuca, trabajando las uñas a través de él mientras rascaba suavemente hacia arriba, hacia la parte posterior de sus orejas; él

inclinó la cabeza hacia atrás con la presión de sus ojos, medio agitados por un momento.

Por un momento, se perdió en mis suaves caricias.

Entonces abrió los ojos de golpe.

Se agarró con más fuerza a la plataforma, girando las muñecas para que nuestros cuerpos se inclinaran hacia la pared. Sus pies conectaron primero, y él dobló las rodillas, empujando para enviarnos hacia arriba, o hacia abajo, o hacia los lados. No supe identificar nuestra orientación, salvo que nos dirigíamos hacia otro de los arcos del pasillo. Al llegar a él, se agarró a uno de los manillares del borde y nos balanceó hacia la gravedad, aterrizando ligeramente sobre sus pies mientras me enviaba con cuidado hacia abajo.

Luego me soltó.

Se apartó, alejándose firmemente de mi contacto de una forma que sentí como un reproche, y mis manos cayeron a mis costados, el frío vacío del espacio entre nosotros llenándose de escalofríos.

"Te encontraré un instructor adecuado para manejar la nave espacial cuando ya no necesites ese aparato", dijo, haciendo un gesto al traductor. "Concéntrate primero en eso. Todas tus necesidades serán atendidas, pero debes ocuparte de tu propia educación antes de que puedas tomar el control total de esta nave."

Cambió de peso como si dudara entre alejarse o quedarse allí.

"¿Me enseñas mi habitación?" pregunté, desesperada por encontrar algo a lo que aferrarme. Toda la calidez que había derramado sobre mí cuando nos conocimos había desaparecido. Estaba siendo reemplazado por una sensación de temor.

Me había bombardeado de amor.

Eso es lo que era.

Por eso me sentía tan mal.

Este Emperador era el tipo de hombre que derrochaba amor hasta que conseguía lo que quería, que en este caso era un revolcón en el heno y que yo me viniera con él, y ahora que tenía eso, ya no necesitaba mantener la máscara. Ya no necesitaba mostrarme falso afecto.

Así era él en realidad.

Había saltado de la sartén al fuego.

Como muchas de las decisiones precipitadas que había tomado en mi vida, respiré hondo y traté de olvidarlo. Ya estaba hecho. No tenía sentido lamentarse. Lo único que podía hacer era seguir adelante y hacer lo que pudiera con lo que tenía para trabajar en la situación en la que me encontraba.

"Lo haré", dijo, se dio la vuelta y se alejó por el pasillo, dejándome seguir su estela.

Llegamos de nuevo a las mismas puertas grandes de antes, y señaló un pequeño círculo en el centro de las puertas.

"Mantenga los ojos abiertos y coloque el ojo derecho delante de ese círculo", le indicó.

Me acerqué e inmediatamente descubrí un problema.

El círculo estaba a la altura de su cabeza, no de la mía.

Necesitaba un taburete.

Le devolví la mirada y él inclinó la cabeza hacia un lado, con los ojos desviados de mí al círculo y viceversa.

Sus orejas se aplanaron brevemente al darse cuenta del problema. Tendría que saltar muy, muy alto para hacer eso. No podía mantener el ojo fijo a esa altura.

Se acercó a mí, su pecho me rozó mientras se inclinaba sobre mí para presentar su ojo al escáner.

Ese calor familiar se encendió en mí ante su contacto.

La puerta se abrió delante de mí.

La habitación era lo que esperaba de estas zorras ricachonas.

Era más pequeña de lo que cabría esperar si no estuviéramos en una nave de espacio limitado que nos transportaba a través de un vacío vacío, pero probablemente era la habitación más grande de la nave.

Había una cama que era del mismo estilo que las que había visto hasta ahora, y todas las habitaciones en las que me había alojado después de ser rescatado de la caja eran lo suficientemente grandes para tres o cuatro de estos gigantes avatar-esqueleto. Había otro conjunto de grandes puertas dobles a la derecha y luego un arco que conducía a lo que parecía un modesto lavabo.

No me esperaba una piscina con jacuzzi en una nave espacial, pero nunca se sabe qué tipo de tecnología van a utilizar los alienígenas. Lo más probable es que sólo hubiera una ducha ahí dentro, si es que tenían sentido común. Dado que en la nave no había ríos por los que cruzar los puentes, tenían que tener alguna restricción de agua. Además, si la gravedad se apagó, una bañera sería una idea terrible.

"Apuesto a que sus guardaespaldas y soldados duermen todos en pequeños cubículos con forma de ataúd", murmuré para mis adentros en mi propio idioma mientras intentaba no pensar en cierto guardaespaldas personal del Rey.

Entonces se me ocurrió una idea.

Necesitaba ganarme mi lugar como cortesana favorita porque, de nuevo, siendo realista conmigo misma, este tipo probablemente tenía un montón de otras putas a las que probablemente no prometía naves espaciales. No había forma de que un tipo así cumpliera su promesa de ser monógamo. Probablemente fingiría durante un tiempo, pero tenía que asegurarme de que estaba preparada para el momento en que perdiera su interés. De todos modos, si podía ganarme mi lugar como cortesana favorita, tal vez podría contratar a mi propio guardaespaldas.

Tal vez podría contratar a Zale por mi cuenta.

La esperanza que acompañaba a ese pensamiento se agrió instantáneamente en mi estómago.

Si el Emperador se me ponía como una reina de hielo en cuanto le decía que quería despedirme de otro hombre, no iba a tolerar que le pusiera los cuernos con el hombre al que realmente quería, aunque estuviera dispuesta a faltar a mi palabra.

Necesitaba dejarlo ir.

Ahora estaba aquí.

Tomé mi decisión.

Tuve que sacarlo de mi corazón.

Él merecía estar con alguien que no eligiera una nave espacial antes que a él. Yo merecía estar con alguien que no me entregara a otro hombre sin una palabra de advertencia.

El anhelo de mi corazón no era justo para mí.

Volví al momento presente cuando me di cuenta de que el Emperador intentaba marcharse.

"¡Espera!" No tuve tiempo de coger el traductor, así que le cogí la mano. Se detuvo en seco cuando mi palma se deslizó sobre la suya y mis dedos rodearon el dorso de su mano.

Le empujé suavemente hacia la habitación conmigo, y él me dejó.

Las puertas se cerraron.

Era hora de arreglar esta frialdad entre nosotros.

Había una solución fácil que conocía para resolver el mal humor de un hombre que me deseaba.

Caí de rodillas, mirándole y dejando que mi lengua recorriera mis labios.

Le suelto la mano y dejo caer las dos sobre sus muslos mientras arqueo la espalda y saco el culo todo lo que puedo mientras me arrodillo. Le subo las manos por los muslos y busco la parte superior de los pantalones.

Iba a tener que hacer que se sentara.

Era demasiado alto para hacerlo bien de rodillas si estaba de pie.

No tuve la oportunidad de llegar tan lejos.

Se agachó, me agarró de las muñecas y apartó mis manos de sus muslos. Me levantó por las muñecas, sin dejar lugar a discusiones.

"¿Qué haces?", preguntó.

Me soltó las manos y cogí el traductor.

"Iba a hacerte sentir muy bien", dije. "Ya sabes, con mi boca."

"¿Haces esto porque te preocupa que no cumpla mi palabra?". Parecía casi enfadado, moviendo la cola. Pero luego se puso rígido y se quedó quieto, sin que su cuerpo me transmitiera nada que yo pudiera leer o entender.

Era de piedra.

Por qué sí, sí, de hecho, eso fue exactamente por lo que caí de rodillas.

Necesitaba darle otra muestra de lo que podía ofrecerle; su actitud fría y caliente me estaba volviendo loca, y ésta era la forma más rápida que conocía de ganar poder sobre un hombre. No quería que me dejara de lado. Necesitaba que supiera que yo valía la pena dándole a probar mis muchos talentos.

Era una habilidad que se me daba muy bien.

"No", mentí. "Sólo quería tocarte".

"No soporto que me toques", dijo mientras daba un paso hacia mí, dominándome, con sus ojos recorriendo mi cuerpo de arriba abajo. "No soporto ni siquiera mirarte".

Qué imbécil.

DEJÓ ESCAPAR UN RUIDO COMO EL AIRE DE UNA LATA COMPRIMIDA Y PUSO LOS OJOS EN BLANCO.

"Cierra la puta boca con esa mierda", escribió, la pequeña imagen del traductor sacudiéndose de forma lasciva para enfatizar las agresivas palabras.

"¿Qué?" Me quedé en shock.

Nadie me habló así como el Emperador.

La única persona que se acercó fue Makrus, pero no utilizó palabras tan soeces.

"No creas que puedes tratarme así sólo porque me compraste con una nave espacial si vas a ser un capullo maleducado y encarcelarme o matarme. Hazlo; no juegues conmigo y finjas que no tienes suficiente, y luego dime que te doy asco", continuó, con las palabras saliendo a borbotones del traductor mientras tecleaba furiosamente en él. "Trátame con el respeto básico de hablar de lo que sea que esté pasando dentro de ese cubo de locos que llamas adelante. Háblalo".

Estaba demasiado sorprendida para contener las palabras.

"Querías despedirte de otro hombre", dije, casi ahogándome por lo absurdo de lo que estaba diciendo.

¿Quién era ella para exigirme que le respondiera?

Ella no era nada para mí.

Incluso mientras pensaba eso, sentí la puñalada de mi propia falsedad. Sabía en mi corazón que me estaba mintiendo a mí misma.

Ella lo era todo.

Ella había resultado ser todo lo que yo no quería.

"¿Y qué?", preguntó ella. "Me conoces desde hace dos segundos. Entras en mi habitación en mitad de la noche, te me insinúas con fuerza y de la nada, y me ofreces seguridad, riqueza y una familia, ¿y esperas que me vaya contigo inmediatamente? No puedes haber pensado que nadie más me trató bien, que no tendría a alguien que quisiera..." sus dedos vacilaron un momento. "Realmente quería despedirme de él y decirle que lo sentía".

Pude ver el brillo de las lágrimas en sus ojos.

Alargué la mano para tocarle la mejilla y ella dio un paso atrás.

"¿Significaba algo para ti?" Le pregunté.

Dudó.

No iba a decirme la verdad.

"Necesito la verdad", exigí. "Si me mientes, ahora, lo descubriré, y no hay relación entre nosotros sin la verdad".

Me miró a los ojos y asintió.

"Me abandonó cuando le necesitaba. Me traicionó, y entonces tú estabas allí", dijo. "No

importa lo que siento... no importa lo que sentía por él. No estoy en una posición en la que pueda sucumbir a la fantasía. Necesito la realidad, y la realidad es que tú puedes cuidar de mí. Que puedes mantenerme. La realidad es que puedo darte algo que necesitas".

"¿Te traicionó?" Le pregunté.

"Me dejó", tecleó. "No sé por qué".

Sacudí la cabeza.

"Te mereces algo mejor que eso", canté en voz baja, reconociendo el conflicto en mi corazón. Debería decírselo.

Tecleó algo rápidamente y luego acortó la distancia que nos separaba para apoyar ligeramente la mano en mi bajo vientre.

"Por favor, ayúdame a olvidarle", cantó el traductor.

Su mano se deslizó dentro de mis pantalones.

Esto no era lo que yo quería.

Había querido que me conociera, que se enamorara de mí sin mi título ni mi riqueza.

Pero tal vez eso no era lo que yo merecía recibir en la vida. Quizá era lo único que podía tener: una mujer que quería estar conmigo porque quería que la cuidaran.

Tal vez sólo necesitaba que se enamorara de mí como el Emperador.

O tal vez no necesitaba su corazón.

Tal vez sólo necesitaba poseerla.

Rodeé su muñeca con mi mano y la empujé hacia abajo.

Pero vaciló y retrocedió un poco.

Me detuve, manteniéndola en su sitio mientras estudiaba su rostro.

Había cerrado los ojos y me daba la espalda.

Así no era ella antes.

Antes de que ella me alcanzara, me tocara. Ella era la que había iniciado nuestros apareamientos. Me había mirado como si yo hubiera hecho que el hielo se derritiera al primer roce del calentamiento. Ahora se encogía, se alejaba de mí, se apartaba de mi tacto lo justo para resistirse.

Ella no era lo suficientemente fuerte como para detenerme.

¿Lo hacía porque sentía que debía hacerlo?

"¿No quieres esto?" Le pregunté.

"¿NO QUIERES ESTO?", PREGUNTÓ.

Las palabras me hicieron volver en mí.

Le miré fijamente.

"No, no quiero", negué con la cabeza mientras las palabras salían de mi boca. Él no sería capaz de entenderlas, pero parecía que entendía el movimiento de mi cuerpo. Necesitaba ser sincera conmigo misma, aunque no pudiera darle toda la honestidad que debería.

No podía decirle que no lo quería.

Sólo quería seguridad.

No podía decir que pensaba que era otra persona cuando me acostaba con él, y aunque no le culpaba por ello, seguía sin sentarme bien.

Pensar en ello me provocaba una tensión en las tripas, un malestar al que no quería enfrentarme. Era una vieja costra, áspera e irritada por la presencia de una nueva herida.

Sabía que debía querer esto.

Elegí esto: irme con este hombre por el bien de mi propia seguridad.

Pero, al mismo tiempo, sentía un dolor en el corazón que no podía aliviar.

Un dolor causado por mis propias decisiones.

No le esperé.

Me fui con el primer hombre que me ofreció una nave espacial.

"Quiero a Zale", dije, mientras le miraba a los ojos, sintiendo el hundimiento de mi propia verdad mientras resonaba en mis oídos. "No debería haberle dejado".

Menos mal que no me entendía.

Me liberé de su agarre y tecleé en el traductor.

"Quiero estar sola", tecleé en el traductor.

"Quizá no sea conmigo con quien quieres estar", espetó, echando las orejas hacia atrás.

Luego se dio la vuelta y se marchó.

Me quedé atónito, sintiéndome como un completo idiota.

¿Por qué no podía tocarle y hacerle sentir que lo era todo para mí, aunque fuera mentira? ¿Por qué tuve que sabotearme así? Primero, dejé atrás a Zale sin siquiera despedirme, y luego, una vez que realmente subí a la nave con el Emperador, que me había prometido mucho para ir con él, lo rechacé y discutí con él.

En el pasado no me había costado fingir que quería a un chico.

Había trabajado en un club de striptease durante dos años. Fueron dos años de mi vida, fingiendo noche tras noche que aquellos hombres eran la flor y nata, los mejores que conocería en mi vida, aunque una parte de mí los despreciaba por haber entrado allí.

Absolutamente podría fingir.

Sin embargo, aquí estaba yo, incapaz de hacerlo para un extranjero que leía mi lenguaje corporal mejor que los hombres que habían pasado toda su vida inmersos en la misma cultura que la mía.

¿Qué estaba haciendo?

Respiré hondo.

Sabía lo que hacía.

No quería estar aquí.

Quería estar de vuelta en la luna, hablando con Zale.

EVITÉ A LORELEI.

Sabía lo que tenía que decirle, pero no podía hacerlo. Era un lío creado por mí mismo. Una parte de mí se aferraba a la esperanza de que de repente se diera cuenta de que era yo, de que se diera la vuelta y me reconociera como era a pesar de la diferencia en mi pelaje y mi título.

Fue mi indignación la que me impidió explicarle las cosas.

¿Cómo se atrevía a no verme como era?

¿Cómo podía pensar que yo, el Emperador, me colaría en la habitación de una mujer y la tendría así? ¿De verdad pensaba tan poco de mí?

Esa rabia brotó en mí, alimentada por una oleada de vergüenza y malestar.

Como si el Emperador la hubiera engañado de alguna manera.

Como si hubiera hecho algo malo.

Pero eso era ridículo.

Yo era el Emperador.

Si me hubiera querido como Zale, también debería haberme querido como Emperador. No debería tener que volver a pedirle perdón por no haberle dicho lo que esperaba que ya supiera.

Sin embargo, debería.

Era lo que debía hacer.

Algo que nunca había hecho, porque ¿por qué iba a necesitar un Emperador pedir perdón? Todo el mundo me perdonaba sin que yo tuviera que intentarlo. Estaba atrapado en un ciclo de mi educación, sabiendo lo que tenía que hacer para liberarme, pero enjaulado por la audacia que la situación se atrevía a imponerme.

Mi mente daba vueltas en círculos y no encontraba una salida.

Así que, en lugar de eso, me centré en mi trabajo.

Dejé a mi pequeña salchicha a su aire, evitando nuestras habitaciones. Evité mi centro de mando personal, que estaba conectado a esas cámaras a través de una puerta, y en su lugar, pasé la mayor parte del tiempo en la sala de operaciones o en la sala de entrenamiento con mis soldados, trabajando mis emociones físicamente. Me hice con una de las otras habitaciones privadas de la nave. No era ni de lejos tan cómoda como la mía, pero aquella habitación ya no era mía.

Era de ella.

No iba a faltar a mi palabra.

El barco era suyo, tanto si era capaz de enfrentarse a ella como si no.

Sabía que debía enfrentarla.

Pero me contuve.

Quería que me vieran.

Quería que me viera como era.

No quien ella pensaba que yo era en su cabeza.

LLEVABA SEMANAS DESPERTÁNDOSE EN UNA CAMA Y UNA HABITACIÓN VACÍAS.

El Emperador había desaparecido.

No pasé mucho tiempo buscándolo.

Una elfa felina llamada Meganar me traía la comida y cualquier otra cosa que le pidiera. Había sido asignada como mi mayordoma y, aunque quería conocerla, se mostraba distante, así que desistí rápidamente y me centré en la lectura. Mi traductora trabajaba para la palabra escrita, así que me abrí camino a través de una serie de literatura romántica, intentando hacerme una idea de las interacciones de sus especies. Parecía que favorecían mucho la monogamia cuando se trataba de parejas, pero si el osae no elegía a la otra persona, esas relaciones solían ser casuales o tener fecha de finalización. El hecho de que tanto el Emperador como el osae de Zale reaccionaran ante mí significaba que yo era un candidato ideal para una relación a largo plazo para ambos.

Por qué el Emperador querría eso con un alienígena que ni siquiera hablaba su idioma, no tenía ni idea.

No estaba atrapada en mi habitación.

La puerta había sido equipada con un escáner ocular a una altura adecuada para mí, así que explorar estaba en el menú. Entré en una rutina de estiramientos por la mañana, saltos por los pasillos de gravedad cero, lectura en la habitación y vagabundeo por la nave, buscando sin entusiasmo al Emperador mientras intentaba orientarme. Luego volvía a jugar en gravedad cero y a las novelas románticas de alienígenas.

Meganar me trajo comida a la habitación, pero evitó mis preguntas y cualquier forma de conversación trivial, así que tras varios intentos de obtener alguna información sobre el paradero del Emperador, desistí.

Encontré un comedor que usaban los otros elfos gato de la nave, pero cada vez que me asomaba, sentía una enorme oleada de vergüenza y me escabullía.

Esta era la gente del Emperador, no la mía.

Yo era el extraterrestre.

Y era una nave espacial.

Estaba aquí en alguna parte. Sólo que no quería verme.

Su gente en este barco tenía que saber que me estaba evitando.

El hecho de que el hombre extraterrestre se escabullera y se enfurruñara porque yo no quería tirármelo justo después de que tuviéramos una discusión era ridículo, y yo no necesitaba estar cerca de eso de todos modos.

Aun así, su ausencia seguía carcomiéndome.

Tenía miedo de que hubiera cambiado de opinión, de que se retractara y dijera que no me quería. Ese miedo iba acompañado de la misma cantidad de esperanza.

Debería haber esperado a Zale para hablar con él, al menos.

No debería haberme ido con ese Emperador aunque me prometiera una luna propia.

Por otra parte, el Emperador se había sentido seguro.

La forma en que me trató la noche que se metió en mi cama me resultó familiar, tan parecida a Zale que no había notado la diferencia. Sentía que había algo que me faltaba en la ecuación. ¿Tal vez eran parientes?

No importaba, aún así había hecho mi elección.

En mi mente flotaba el pensamiento de que si el Emperador me evitaba ahora, tal vez también se estuviera arrepintiendo de su decisión de llevarme con él. Quizá ya no me quisiera. Tal vez estaría dispuesto a que me fuera para que yo pudiera volver e intentar arreglar las cosas con el alienígena con el que realmente quería estar.

Me revolví en la cama al pensar en eso, y me invadió una nostalgia.

Mi corazón había superado esos momentos de infelicidad cuando Zale desapareció, y el Emperador se deslizó en su lugar como un sustituto bien usado.

¿Me perdonaría por irme?

¿Siquiera estaba segura de querer ir?

En una mesa cercana había una bandeja cubierta que Meganar había traído antes de salir corriendo, humeante y con un olor delicioso, así que salí rodando de la enorme y cómoda trampa de un espacio para dormir y fui a hincarle el diente. Había un cubo translúcido junto a la bandeja. Lo dejé a un lado para investigarlo más tarde y me centré en la comida. Al levantar la tapa de la bandeja, me invadió una oleada de náuseas y volví a dejarla caer. Me apresuré a entrar en el lavabo.

Saqué el retrete de donde estaba empotrado en la pared y pesé.

Volví a sentarme en el suelo extrañamente caliente. ¿Quizá había un ajuste de temperatura para eso? Me concentré en las sensaciones de mi cuerpo. Sentía los pechos un poco más pesados de lo normal.

Oh, no.

Volví al dormitorio y encontré el mayor espacio vacío del suelo. Me senté y abrí las piernas a horcajadas. Coloqué una mano delante de mí y la otra detrás de mis nalgas, y moví las caderas hacia delante, manteniendo los talones firmemente apoyados en el suelo, abriendo cada vez más la horcajada.

Me incliné hacia delante y apoyé el pecho en el suelo.

No hubo ni la más mínima resistencia.

Giré las caderas hacia delante y las rodillas rotaron mientras me movía en línea recta hacia los splits medios sin ninguna molestia.

Yo era flexible. Me había formado en flexibilidad con total determinación, ya que ese conjunto de habilidades encajaba bien tanto con mi pasión como con mi trabajo para ganar dinero, pero no era el tipo de flexible que podía ir directamente a la máquina de hacer dinero nada más despertarse.

Una mujer tiene que calentar sus músculos antes de empezar a usarlos para abrirse de par en par.

Me levanté, cogí un par de almohadas de la cama, me volví a sentar y volví a ponerme a horcajadas sobre las piernas. Esta vez, puse una almohada debajo de cada tobillo, levantando los pies del suelo, y luego, con mucho cuidado, empecé a rodar de nuevo hacia delante.

Esta era mi ventaja normalmente.

Aquí era donde dolía de esa manera tan especial. Cuando sabes que si te relajas y dejas que ocurra, no sufrirás ningún daño. Todo lo que tienes que hacer es dejarte llevar, y se hace más fácil.

Esta vez hubo una sensación muy extraña.

En lugar de ese delicioso dolor de llevarme al límite, era simplemente fácil.

Y mal.

Sentía que si continuaba, podría hacerme daño de verdad.

"¡Relájate!" Jadeé.

Ya lo había sentido antes.

Lo noté un par de semanas después de mi ruptura con Arnina, después de aquella mañana en la que me había despertado, desorientado, en la cama de su ahora ex-novio.

Aprendí que la flexibilidad adicional se debía a una hormona llamada relaxina que el cuerpo libera en circunstancias muy específicas.

No se lo dije a nadie.

Acababa de ocuparme de ello.

No quería hacer ahora lo que había hecho entonces.

Pero mi vida tampoco era una novela romántica.

Mi vida había sido una lucha tras otra que yo cubría con purpurina y pura determinación para encontrar la alegría y la belleza en cada momento.

Me llevé las manos al vientre mientras me invadía un intenso deseo y protección.

Quería a este niño.

Volvió a mí un pensamiento, algo que ya había asomado a los bordes de mi conciencia. Lo había dejado de lado, no estaba preparado para afrontarlo.

Ahora era el momento de afrontarlo.

No había garantía de que fuera el bebé del Emperador.

Podría ser fácilmente de Zale.

Si mi bebé naciera con pelo, el color no dejaría lugar a dudas de quién es.

El Emperador ya se había mostrado emocionalmente inestable ante la mera mención de que yo conociera a otro tipo.

No había forma de que lo llevara bien.

Tenía que salir de la situación antes de que se enterara.

Pero, ¿por qué iba a dejarme ir si creía que llevaba un hijo suyo?

Respiré hondo.

No podía dejarme llevar por mis emociones. Una cosa era rabiar y llorar cuando mi vida era la única que estaba en juego. Ya no había lugar para la inestabilidad en mi corazón.

Tenía que ser práctico.

Mi bebé me necesitaba.

De ninguna manera el Emperador iba a dejarme despegar en su nave insignia sin él, por mucho que hablara de que era mía. Si quería que aprendiera a hablar su idioma antes de aprender a manejarla, iba a tardar más de nueve meses. Si es que tenía nueve meses. No sabía cuánto duraba la gestación de su especie ni si eso influiría en mi nacimiento.

Solté el aliento, tratando de mantener la calma, e inhalé lenta y lentamente otra vez.

Todo iba a salir bien.

Todo lo que tenía que hacer era convencer al Emperador de que me dejara ir y volver con mi amigo y el hombre alienígena que dejé atrás.

Luego tuve que decirle al Emperador que no era su hijo -¿cachorro? - después de que nos distanciáramos físicamente.

Eso, o tendría que mentir y alegar un aborto espontáneo.

Eso no me parecía bien, pero tampoco arriesgar la vida de mi hijo apostando a que el posesivo Emperador se tomaría bien la noticia. ¿Y si su especie mataba a las crías que no eran genéticamente suyas, como hacían los leones?

Me levanté y me acerqué a la mesa donde estaba la comida. Volví a tapar la comida y cogí el cubito que había puesto a un lado de la bandeja. No hizo nada. Lo golpeé ligeramente, tratando de ver si estaba hueco.

Cuando la toqué, una imagen proyectada del Emperador flotó en el aire por encima de ella.

Se me revolvieron las tripas de emoción al verle.

Estaba enfadada porque me había estado evitando, pero también le echaba de menos.

"Este dispositivo tiene una clave que te permite comunicarte con Arnina", decía la imagen. "Dispositivos como éste se utilizan habitualmente para que quienes tienen problemas para vocalizar inicien llamadas con órdenes verbales. Aprieta ambos lados para iniciar una llamada".

Inmediatamente lo hice.

El cubo brillaba, cambiaba de color y emitía un suave tintineo cuando lo apretaba. Lo dejé sobre la mesa. Esperé. Y esperé. De repente, apareció una imagen de Arnina.

"¿Cómo es posible?", preguntó como si ya estuviéramos en medio de una conversación. "¿Yo estoy en una ciudad lunar y tú estás a quién sabe cuánta distancia? Esto es genial. No veo ningún retraso. ¿Ves algún retraso?"

No lo hice.

Su boca y sus palabras se alinearon como si estuviera hablando y se transmitió al instante.

"Digamos que es una loca tecnología alienígena de entrelazamiento cuántico y no nos preocupemos por eso ahora mismo. Si realmente te importa, estoy seguro de que puedes averiguarlo más tarde, pero ahora

Te necesito", le dije. "Necesito hablar contigo. He cometido un gran error".

La gran sonrisa de Arnina se desvaneció y me miró.

"¿Estás en una situación de Jekyll y Hyde?", preguntó. "Parpadea dos veces si está en la habitación".

"No, no es eso. Es más como una dinámica de Darcy y Elizabeth en la que él está en plan no, tengo que huir de amarla, pero lo hace después de que estén atrapados juntos en una nave espacial", dije, aunque de todas formas eché un vistazo a la habitación. Estaba completamente solo. "¿Crees que puede escuchar esta transmisión?"

"Lo sabes tanto como yo. " Arnina se encogió de hombros.

"Bueno, por si acaso, vamos a suponer que esto no es privado, o que una vez que tengan sus propios traductores, podrán volver a escuchar la grabación", dije. "¿Recuerdas cómo en el instituto ese amigo nuestro se metió en problemas?"

"¿Te refieres a Rebecca?" Preguntó Arnina. "La chica que..."

"Sí, exactamente", la interrumpí. "Estoy en la misma situación y necesito hablar con Zale".

Arnina levantó las manos y se tapó la boca mientras jadeaba, con los ojos desorbitados. Bajó las manos y habló en un susurro áspero que sonó tan fuerte como si hubiera estado gritando.

"¿Necesitas hablar con Zale al respecto?" Exigió más que preguntó. "¿No es el Emperador con el que te fuiste corriendo? Lorelei, oh mi diosa, ¿qué estás haciendo?"

"Cometí un error cuando decidí ir con el Emperador", dije. "Tomé una decisión precipitada como siempre hago, y..."

"Lorelei, acabamos de ser rescatados de un zoo en una luna metrópolis alienígena, y por lo que vi, este Emperador se abalanzó sobre nosotros y decidió que quería que vinieras con él". Su tono era fuerte y firme, exigiendo mi atención. "Esto no es tan simple como que 'cometiste un error'. Se trata de una especie alienígena. No te dio tiempo a poder elegir, ni estaba del todo claro que tuvieras tantas opciones en esa situación. Así que no seas duro contigo mismo en esto. Esto no es todo culpa tuya".

"Sí, pero me toca a mí lidiar con las secuelas", suspiré.

"¿Cómo quieres afrontarlo?", preguntó, con voz suave.

"Con amor", dije, con más agresividad de la necesaria. "Con un lugar seguro para vivir donde pueda tomarme mi tiempo para tener...". Me temblaba la voz mientras los ojos se me llenaban de lágrimas. "Quiero esto de verdad".

"Oh, Lorelei", dijo Arnina suavemente. "Me alegro tanto por ti. Estoy tan feliz de que te sientas así".

"Eso es mucho", dije. "No sé cómo voy a hacer esto".

"En primer lugar, me tienes a mí. Estoy aquí para ti, y estoy seguro de que podemos encontrar la manera de traerte de vuelta aquí si eso es lo que quieres. Así que, ¿por qué no hablas con él?" preguntó Arnina. "Arranca la tirita y acaba de una vez".

"Enloqueció cuando siquiera mencioné a Zale. No creo que tener una conversación con él sobre mi situación vaya a ir bien. Actúa de forma muy posesiva y, obviamente, tiene toneladas de poder, así que tengo miedo de cabrearle". Respiré hondo y dejé que esa verdad se asentara mientras la decía en voz alta.

Tenía miedo del Emperador.

No porque hubiera hecho algo que indicara que podía estar dispuesto a hacerme daño, sino por quién era. Era una persona en una posición de poder. Tenía que estar rodeado de compinches y, sí, de otros alienígenas, pululado por su gente en todo momento que quería una parte de su poder, que quería ser amigo de su posición más que de él.

La cosa es que no era sólo una persona en una posición de poder.

También estaba en una posición de poder sobre mí.

Me había entregado a un hombre poderoso.

Estaba en una nave espacial, separada de todo el mundo, con un hombre alienígena que tenía el control total de la nave y de todos los que estábamos en ella. No podía huir aunque quisiera. Había dejado muy claro que no le interesaba que mirara a otra persona.

Fuera de la nave había un vacío literal.

Y yo había elegido venir aquí.

Cuando sólo estaba yo, no parecía importar. En realidad no había pensado en ello, pero había estado viviendo sin preocupaciones, de un momento a otro, tomando mis decisiones a capricho.

Pero ahora, ya no era sólo mi vida.

Tenía que proteger a alguien.

Y eso fue aterrador.

Lo único que aprendí en los últimos años de mi vida fue a no mostrar nunca miedo.

Era mejor actuar como si tuvieras confianza para sostener un látigo que suplicar a alguien que no te hiciera daño.

Aunque, no podía actuar como nada si él estaba corriendo alrededor de la nave evitándome.

Lo peor de todo es que quería pasar tiempo con él.

Tenía miedo, pero también anhelo. Me había tratado bien, era fenomenal y tan familiar en la cama, pero luego me evitaba. Su calor había avivado las llamas del deseo en mi interior y su

frialdad me quemaba el corazón.

Había muchas posibilidades de que me enamorara de él.

Ya lo sabía de una noche juntos.

Pero me evitaba.

"No, quiero decir, ¿por qué no lo hablas con Zale?", me preguntó. "Necesitas a alguien de tu lado que conozca la cultura. Podría haber una manera socialmente aceptable de manejar esto que no enfurezca al Emperador".

"¿Puedes traérmelo?" Le pregunté. "¿Todavía te está vigilando?"

Sacudió la cabeza.

Sus siguientes palabras hicieron que mi corazón se encogiera y se ensanchara al mismo tiempo.

"Está en la nave contigo", dijo. "Makrus lo mencionó cuando le pregunté. ¿Quieres que le pida a Makrus que le diga a Zale que vaya a hablar contigo? Puede que te esté evitando desde que estás con el Emperador".

Me quedé de piedra.

No era sólo el Emperador quien me evitaba en este enorme cubo espacial.

Zale había estado aquí todo el tiempo, y también me estaba evitando.

Asentí con la cabeza.

"Yo también voy a buscarlo, pero tener la llamada de Murder Kitty debería ayudar", dije.

"Especialmente si ha estado aquí todo este tiempo y sólo se escondió de mí".

"¿Asesinar a Kitty?" Ella preguntó.

"Es una mejora de Boy Toy", sonreí.

"¿Boy Toy?" Arnina se rió. "Seastar, ¡NO me digas que has estado llamando a Makrus Boy Toy en tu cabeza todo este tiempo!".

"Últimamente le llamo Murder Kitty", sonreí.

Me encantaba cuando me llamaba Seastar. Me recordaba lo que solíamos ser y algo más, algo que todo este asunto del secuestro me había dejado entrever.

Nuestra amistad podría convertirse en algo más fuerte de lo que era antes.

Pero primero teníamos que hablar de lo que yo quería y no quería hablar.

Fue como si lo leyera en mi cara.

"Oye, quería decirte algo", dijo. "Siento mucho no haberte creído antes, ya sabes, dos años y varios siglos antes. Mi ex, era tan inflexible que te le insinuaste y..."

"Te llamaré más tarde", dije antes de que pudiera decir nada más, y terminé la llamada, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho.

Su necesidad de comprender lo sucedido no se impuso a mi necesidad de sentirme segura cuando estaba dispuesta a hablar de un trauma.

A pesar de lo mucho que pensaba que quería esto, me di cuenta de que aún no estaba preparada.

"OTRA VEZ", EXIGÍ.

"Ya has oído a tu señor". Darlitor se rió desde la banda. "De nuevo, grupos de cuatro imitando la anchura de un pasillo estándar de una nave".

"Que sean cinco esta vez", le ordené.

El equipo empezó a deslizar las paredes improvisadas hasta una nueva posición, ensanchando el pasillo de prácticas para que pudieran caber cinco hombro con hombro. Engancharon las paredes en sus nuevas posiciones y colocaron los tirantes. Las paredes podrían soportar el impacto de uno o dos cuerpos. La sala de entrenamiento estaba preparada para albergar una gran variedad de ejercicios, y hoy estaba trabajando con mis soldados en técnicas de abordaje y defensa de barcos.

Ahora mismo quería luchar solo.

Era muy poco probable que alguna vez tuviera que luchar sin mis soldados. Era improbable que alguna vez tuviera que luchar. Pero que algo fuera improbable no significaba que debiera ignorar la posibilidad.

No fui el Emperador porque esperé a que ocurrieran cosas malas para prepararme.

Fui el Emperador porque tuve la previsión de planificar muchas posibilidades diferentes.

"Ya le has oído". Darlitor asintió.

Ninguno de ellos tendría problemas por hacerme daño durante nuestras sesiones de entrenamiento. Necesitaba conocer sus habilidades igual que ellos necesitaban conocer las mías, porque si alguna vez necesitaba que me defendieran, necesitaban saber hasta qué punto podían confiar en que me cuidaría sola.

Aun así, el pequeño pelotón se miró con inquietud.

Hasta ese momento, habíamos estado entrenando combates de cuatro contra cuatro en el improvisado pasillo de entrenamiento, pero las ganas de ir a ver a mi pequeño hoomon me dominaban. Necesitaba algo que me distrajera y que mantuviera toda mi atención.

El escenario en el que el Emperador se enfrenta solo a un pequeño escuadrón me mantendría en el presente.

"Haz lo que te ordene tu comandante de escuadrón", ordené, mientras le levantaba una oreja para indicarle que estaba listo. Darlitor asintió y llamó a cinco de mis élites para que se reunieran.

Me di la vuelta para evitar ver parte de la conversación. Si alguna vez me encontraba en una situación así, probablemente no podría permitirme el lujo de saber qué tácticas adoptarían mis atacantes. Tendría que improvisar.

Todos los soldados de mi barco fueron elegidos a dedo por mí, seleccionados entre los

mejores de los mejores, con elogios y recomendaciones personales de gente que conozco de toda la vida. Por mucho que quisiera que eso fuera suficiente, añadí mi propio elemento a la mezcla.

Mi sociedad no era inmune a las puñaladas por la espalda.

Los gobernantes, tanto en mi línea como en los reinos más pequeños basados en planetas, tradicionalmente habían tenido que luchar para mantenerse en el poder. Por eso, al elegir a mis allegados, me aseguré de que cada uno de ellos tuviera una buena razón para querer mantenerme vivo y en el poder. Me aseguré de que sus familias estuvieran seguras y sus finanzas fueran abundantes.

No se les podía comprar ni chantajear.

Las únicas personas que mantenía a mi alrededor eran las que estaban bajo el yugo de mi propio poder. No importaba lo suave que fuera ese agarre, seguía desgastándome. Nunca pude soltarme del todo.

La lealtad era algo que capturaba y sujetaba con fuerza en mi puño.

Mi pequeño hoomon era diferente.

No tenía familia a la que proteger o amenazar, aparte de su amiga, de la que no parecía preocuparse demasiado. Había estado perfectamente dispuesta a marcharse y dejarla atrás.

Cuando me conoció, no sabía que yo era el Emperador.

Ella aún no lo sabía, un hecho que me había alejado de ella con mi propia frustración.

Necesitaba decírselo, pero esa parte de mí que quería ser vista no quería rendirse. Quería que me vieran como a una persona normal, amada por las cualidades intrínsecas de su naturaleza, y no por su trabajo. Nací para ser el Emperador. Ser el gobernante, de múltiples lunas y planetas, de una flota espacial intimidante y eficaz, de un ejército que mantenía a salvo las fronteras de mi imperio... tenía poder.

Pero yo no tenía el poder de hacer que alguien mirara más allá de mi poder, al alma que había debajo. Quería que me amaran por mis dos facetas: por lo que podría haber sido de no haber nacido en esta posición y por lo que era: la soberana de mis dominios.

Había nacido para ese papel, pero también me lo había ganado con el estudio y con la sangre.

Estudí otras civilizaciones y las estructuras de poder que ofrecían. Había civilizaciones que se organizaban con asambleas de civiles y familias. Había otras que intentaban una verdadera democracia a gran escala, en la que se contaba cada voto individual. Luego, había otras que se habían disuelto en civilizaciones dirigidas por corporaciones que devoraban los recursos naturales de los sistemas solares que controlaban sin ningún equilibrio.

Las corporatocracias tienen un alto riesgo de colapso debido a la corrupción.

Mi Imperio había encontrado el equilibrio en algunos aspectos y en otros no. Mi palabra era ley.

Sin embargo, cuando no me apetecía blandir mi autoridad para decidir el destino de los billones de personas bajo mi control, dejaba que un consejo hiciera el trabajo por mí. El consejo estaba formado por una mezcla de familias nobles, líderes corporativos, ciudadanos y representantes electos.

Había sido todo un reto ponerlo en marcha.

No era perfecto, pero era mejor que el desastre que me habían dejado.

Desgraciadamente, poner patas arriba el statu quo significó que tuve que sacar la basura y ejecutar a varios responsables de su estado cuando llegué al poder.

No había empezado con esa intención.

Pero la muerte de mi primera compañera dejó claro que nunca podría tener una familia a menos que me asegurara la lealtad absoluta de quienes me rodeaban. Nunca podría elegir una

pareja que se sintiera atraída por mí porque yo era el Emperador.

Tras su muerte, la primera década de mi reinado estuvo marcada por la sangre.

No se lo dejé a mis subordinados. Mi madre me había preparado toda la vida para semejante transición en el poder, para el hecho de que tendría que luchar para establecerme. Hizo todo lo posible para que me rodeara de partidarios leales, pero parte de ese apoyo se basaba en su certeza de que yo podría mantener mi puesto.

Había aprendido a luchar desde que podía ponerme de pie.

Sobreviví. Mi trono sobrevivió.

He eliminado los retos y he rehecho el sistema.

Actualmente no hay nadie que pueda desafiarme legalmente, salvo los reyes y reinas planetarios. Ellos eran los únicos que podían desafiarme formalmente por el derecho a ser Emperador, y todos habían sido seleccionados por mí.

Había asegurado mi reinado.

Había más cambios que aportaría a mi Imperio.

No quería que mis hijos e hijas heredaran un trono sangriento que les exigía abrazar plenamente al depredador que llevaban dentro, sobre todo porque parecía que los hijos de mi corazón iban a ser mestizos, hijos nacidos de una especie que parecía mucho más blanda y débil que la mía.

Pero no sólo el cuerpo tenía que ser fuerte.

Mis hijos tenían que estar dispuestos a luchar.

Sin esa fuerza de voluntad, fracasarían.

Para eso necesitaba una pareja que fuera cariñosa, devota y viciosa.

Mi mente volvió al momento presente cuando mis soldados salieron de su apiñamiento y se abalanzaron sobre mí sin previo aviso.

Se abalanzaron sobre mí todos a la vez, manteniéndose juntos en un bloque sólido, hombro con hombro. Mi única ventaja era que yo era ligeramente más rápido. La desventaja era que todos llevaban armadura y yo iba sin camiseta.

Este no era el Emperador, completamente blindado, luchando contra los marines espaciales que lo habían abordado. Se trataba del Emperador atrapado en ropa interior por cazas que habían violado la seguridad circundante.

Mi primera patada alcanzó al líder en el pecho cuando su brazo se levantó demasiado tarde para atrapar mi pierna. El golpe le hizo retroceder hacia los demás, su hombro los alcanzó mientras se tambaleaba, interrumpiendo la formación.

Hice un barrido bajo y rápido, tratando de atrapar sus piernas.

Uno cayó, pero el otro saltó, su puño bajó para atrapar el lado de mi cabeza.

Me moví con el golpe, absorbiendo el impacto y rodando hacia un lado y hacia atrás, despejando espacio entre nosotros.

El primer soldado se abalanzó sobre mí, acortando distancias, y me lanzó un hachazo a la cabeza cuando se adelantó al grupo. Me esquivé con suavidad y respondí con un rápido golpe en el torso. Su armadura le protegió del golpe, pero no el impulso que lo impulsó.

Mientras se tambaleaba, el segundo asaltante se acercó con una patada de barrido. Salté y di una voltereta en el aire para esquivar el ataque, aterricé detrás de él y le propiné una precisa patada en la cabeza que le hizo rebotar contra la pared y caer al suelo detrás de mí.

Los cascos les protegerían de gran parte de la fuerza, pero aún podría noquearles si utilizara contra ellos las superficies más duras que nos rodean.

Mi mayor ventaja eran sus números.

Era difícil luchar en grupo en un pasillo.

Mientras pudiera evitar que se me echaran encima, podría hacerlo.

Necesitaba sacar a más de ellos de la lucha.

El tercer soldado, aprovechando el momento, soltó una andanada de puñetazos y patadas. Bloqueé y atajé, pero un golpe especialmente fuerte me alcanzó, aturdiéndome momentáneamente con un dolor agudo en el costado. Lo ignoré. El equipo médico se ocuparía de mí después. Respondí con una rápida serie de golpes con las garras abiertas, obligándole a ponerse en posición defensiva mientras las puntas reforzadas de mis garras atravesaban su armadura en rápidos tajos.

No estaba por encima de mejorar mi propio armamento físico.

Mientras él retrocedía, otros dos se abalanzaron sobre mí, obligándome a retroceder.

Pasé por encima del cuerpo inconsciente del soldado que había derribado detrás de mí mientras retrocedía, intercambiando golpes con los cuatro que quedaban frente a mí. Me golpearon con los puños cerrados. Intenté desgarrar sus armaduras.

La lucha se intensificó a medida que avanzábamos por los estrechos confines de los pasillos.

Ejecuté un barrido bajo de precisión, desequilibrando a un soldado. Sin embargo, en el cuerpo a cuerpo, consiguió golpearme. Trastabillando, recuperé rápidamente el equilibrio y esquivé una patada.

Un oportuno paso lateral y un fuerte empujón lanzaron al soldado contra la pared del pasillo.

Mi atención se estrechó, aislando cada acción frente a mí.

Mis garras se engancharon en la parte delantera de la armadura de otro soldado, lo que me dio la fuerza necesaria para estamparlo contra la pared.

Un pie aterrizó en mis costillas, haciéndome trastabillar.

Convertí el tropiezo en una zambullida, creando más espacio para mí.

Nos habíamos quedado sin pasillos de prácticas.

Ahora me encontraba en el espacio abierto de la sala de formación.

Quedan tres.

Rebotaron en su sitio, una masa móvil de músculos depredadores concentrados.

Esta vez, en lugar de atacarme de lleno, uno se abalanzó sobre mí y me golpeó en la cabeza. Me agaché y corrí hacia los otros dos, agachándome. El siguiente me golpeó en la cabeza y en la espalda, y le di un puñetazo en las tripas. Apenas se dio cuenta y me golpeó la espalda con el puño cerrado.

Agarré la parte blanda de su armadura por detrás de la rodilla y la desgarré, agitándome mientras lo arrojaba de nuevo encima de uno de los otros.

Una mano me sujeta la cola mientras un pie se engancha a mi tobillo.

Me tiraron hacia atrás, se me salieron los pies y caí de rodillas.

Me llovían golpes mientras me retorcí intentando ponerme en pie.

Entonces sonó un grito, áspero, femenino y alienígena, y fui derribado a un lado por el filo de la cola de un blaster de fuerza.

Oí el sonido de mis soldados golpeándose contra el suelo al recibir el golpe de lleno.

Levanté la vista y vi a mi compañera de pie, con una mirada salvaje y una pistola de fuerza en la mano. Los soldados restantes sacaron sus armas.

"¡Alto el fuego!" Gruñí en la habitación.

Los soldados bajaron sus armas.

TENÍA QUE ENCONTRARLO.

De ninguna manera iba a dejar que siguiera escondiéndose de mí.

Seguía sin tener un mapa de la nave, pero eso no importaba. No era un bosque inmenso por el que pudiera vagar y perderme. Era un caparazón autónomo y completamente cerrado que volaba por el espacio. Las últimas semanas me habían proporcionado un mapa mental del lugar, y me sentía bastante cómodo recorriéndolo.

Ahora todo lo que tenía que hacer era moverme de forma que él no pudiera escabullirse tan fácilmente.

Avancé y retrocedí rápidamente por la nave.

Más allá de las cocinas, más allá de la exuberante selva tropical aleatoria en el centro de la nave espacial. Me acerqué a los sonidos procedentes de la sala de entrenamiento. Había evitado entrar allí. Me había asomado un par de veces, lo justo para ver la masa de soldados sudorosos que trabajaban en los distintos puestos. Era similar a la de la torre, pero con un espacio central más amplio.

La primera vez me marché después de echar un primer vistazo y nunca volví. Tenía sentido que Zale pasara su tiempo allí, así que era el primer lugar donde tenía que mirar. No podía simplemente echar un vistazo. Tenía que asegurarme de que no estaba allí antes de seguir buscando.

Me acerqué a la puerta.

Se abrió y entré en la gran sala de entrenamiento.

La habitación era ruidosa y silenciosa al mismo tiempo.

Había silencio, ya que la gran mayoría de los soldados de la sala habían interrumpido sus actividades y estaban observando un combate concreto. Era ruidoso debido a esa lucha en sí.

Vi cómo el Emperador salía a trompicones de un conjunto de muros provisionales, girando para convertir su tropiezo hacia atrás en una voltereta deliberada que le alejaba de los tres soldados que le perseguían.

Se enfrentó a ellos, con un gruñido en la cara y las garras fuera.

Estaba sin camiseta.

Tenía marcas rojas por toda la piel, como si le hubieran estado pegando, y su pelaje translúcido era salvaje. Los tres soldados que se acercaron a él llevaban armadura completa.

¿Qué estaba pasando?

No fue una lucha justa.

¿Por qué entrenaría sin camiseta contra hombres blindados?

El corazón se me agitó en el pecho y la ansiedad se apoderó de él.

No quería estar aquí con el Emperador, pero no quería perderlo en absoluto.

Había sido amable conmigo. Frío, pero amable. Estaba a salvo, sana, y no esperaba nada a cambio. Su delicado cuidado hacia mí había hecho florecer un pequeño brote de afecto en mi corazón hacia él. Perderle significaría perder al único que me quería aquí, que había demostrado dedicarse a cuidar de mí, incluso cuando no me estaba tirando los trastos a la cabeza como estoy segura de que él esperaba que hiciera en este tipo de situaciones.

Era un buen tipo.

Un tipo bueno, guapo, rico y físicamente atractivo.

Ahora mismo, la pelea no parecía una pelea de entrenamiento.

Parecía que estaba siendo atacado.

Busqué en la habitación con la mirada, divisando un armero.

Me puse a su lado.

Por si acaso.

Volví a centrarme en la pelea.

Uno de los soldados se abalanzó sobre él y le golpeó en la cabeza. El Emperador se agachó y se abalanzó sobre él, dejando que el primero lo esquivara con su impulso. Permaneció agachado mientras el siguiente soldado le golpeaba la cabeza y la espalda.

El Emperador le asestó un puñetazo en las tripas, pero el ruido sordo de la carne contra la armadura dejó claro que ese tipo de golpes no le llevarían muy lejos. El puño del soldado conectó con la espalda del Emperador, arrancándole un gruñido.

Nadie se dio cuenta cuando cogí una de las pistolas.

Le eché un vistazo, encontré el seguro y el gatillo, y me quedé de pie con ella apuntando al suelo.

Esto tenía que ser un ejercicio de entrenamiento.

El Emperador iba a estar bien.

No vi exactamente lo que pasó, pero el hombre que le golpeó en la espalda se elevó de repente por los aires, chocando con el tercero.

Entonces, el primero que había pasado junto a él agarró la cola del Emperador, enganchando su pie detrás del tobillo del Emperador. En un rápido movimiento, consiguió arrastrarlo hacia atrás y hacia arriba, levantando las caderas del Emperador del suelo al tiempo que le arrancaba la estructura de apoyo. El Emperador cayó de bruces contra el suelo.

Él en sus manos y pies.

Inmediatamente intentó levantarse, pero los tres hombres le habían rodeado.

Le daban patadas y le golpeaban, manteniéndole en el suelo.

¿Por qué no paraban?

Alguien tenía que detenerlos.

Iban a matarlo.

Los otros machos que observaban la pelea no se movieron.

Mi ansiedad se hinchó como una ola y mis brazos se alzaron con la cresta de la misma, apuntando con el arma al hombre que estaba en el centro de los tres. Quitó el seguro. Si les avisaba, podrían venir a por mí. No podía advertirles. Tenía que detenerlos.

"¡PARA!" Grité mientras apretaba el gatillo.

La pistola no era una pistola normal.

El retroceso me hizo tambalear hacia atrás mientras una extraña ráfaga salía del arma.

Alcanzó a los tres asaltantes en el pecho y la espalda, lanzándolos hacia atrás. El Emperador también fue alcanzado por ella, rodando hacia un lado mientras era arrojado.

Todos en la sala me miraron, el shock los recorrió en una onda, las cabezas se volvieron hacia mí al notarme por primera vez.

Los que tenían armas las giraron para apuntarme.

"¡Alto el fuego!", gruñó el Emperador.

Bajé mi arma junto con todos los presentes.

Mierda.

Había malinterpretado la situación.

Estaban entrenando.

"Lorelei, ¿qué haces?", preguntó mientras se acercaba a mí.

Me giré y dejé el arma en el perchero con cuidado antes de volverme para descubrir que había cruzado la distancia que quedaba entre nosotros y estaba justo a mi lado.

Su cuerpo irradiaba calor, producto de su esfuerzo.

La piel expuesta de su cuerpo tenía un ligero brillo de sudor, mientras que su pelaje permanecía seco.

El brillo reluciente resaltaba cada cresta de sus abdominales recortados y sus fuertes pectorales. Su aroma, rico y delicioso, con el tentador almizcle de un hombre que había trabajado duro su cuerpo, me hizo sentir calor.

Volví a mirarle a la cara.

Me quité el traductor del cuello y tecleé en él.

"Pensé que estabas en peligro", escribí. "¿Asumo ahora que estaba equivocado?"

"¿Pensaste que estaba en peligro y cogiste una pistola de fuerza y atacaste a mis atacantes en una sala llena de soldados?", preguntó.

"Me doy cuenta de que debería haber supuesto que estabas bien por el hecho de que ninguno de tus soldados parecía molesto", escribí. "Pero a mí no me lo pareció. Será mejor que intente aprender sobre su cultura".

"No te disculpes por eso", dijo, con palabras afiladas, incluso mientras las cantaba. Luego pasó junto a mí, acercando aún más su cuerpo al mío mientras cogía otra arma del estante. "Discúlpate por coger el arma equivocada".

Dio un paso atrás para apartar el pesado objeto de mí, y solté el aliento que había estado conteniendo cuando se acercó.

El mero hecho de tenerlo tan cerca hacía arder mi cuerpo.

Puso todo el peso del arma en mis brazos y me tensé para recibirla.

Necesitaba mis dos manos para sostenerlo.

"Esta te daría más posibilidades de acabar con todos los soldados de la sala", dijo. "Al menos lo haría si no fuera uno de los modelos de entrenamiento no letales. Llévala al otro lado de la sala, donde está el campo de tiro, y practica con ella. Cuando termines, te enseñaré dónde está la armería y te daré acceso a las armas de verdad. La próxima vez que pienses en ponerte en peligro uniéndote a una pelea, asegúrate de que serás tú quien acabe con ella".

"El arma que disparé también te dio a ti", señalé.

"Mi vida no importa al lado de la tuya", espetó.

Las palabras me golpearon como un tsunami y me dejaron sin aliento, como si el océano se retirara y dejara al descubierto un lecho marino estéril antes del choque masivo de una fuerza mortal.

¿Qué acaba de decir?

Era el Emperador, me había estado evitando, ¿cómo podía sentir eso por mí?

Levantó las orejas, se dio la vuelta y se alejó de mí.

Le vi caminar de vuelta hacia los soldados con los que había estado luchando.

¿Qué estaba haciendo?

¿No quería alejarme de su presencia dominante?

El calor que aún irradiaba a través de mí contaba otra historia, una que debía ignorar. Me sentía atraída por él, y era algo más que su riqueza. Me atraía su cuerpo, sin duda. Ya sabía lo bien que podía hacerme sentir, así que no tenía que adivinar si sería un buen compañero de cama o una mierda. También me atraía mentalmente su riqueza, porque sabía lo que significaba en términos de seguridad a largo plazo. Definitivamente me atraía su destreza en la lucha y su dedicación. Se estaba entrenando de forma intensa.

No era sólo su cuerpo, su determinación o su riqueza.

Fue el hecho de que, al igual que Zale, vio esa pequeña oscuridad dentro de mí y no se inmutó.

Actué con esa parte de mí que siempre había considerado que no estaba bien, que no estaba bien, y aquí no era un problema.

En lugar de odiarme por ello, me entregó un arma.

En lugar de destrozarme, me indicó la dirección del campo de tiro.

Era igual que Zale, tanto que dolía.

Volví a respirar estremecida, me tragué aquel dolor y crucé la habitación en dirección al campo de tiro. No podía quedarme sentada esperando a que Zale decidiera mostrarse ante mí. Tenía que cuidarme. Ya había estado trabajando en mi flexibilidad, maniobrabilidad en gravedad cero y fuerza en general, pero eso no era suficiente.

Era hora de seguir con mi entrenamiento con armas.

Todas las miradas de la sala me siguieron mientras cruzaba la habitación.

Tenía que superarme para poder mantener a salvo a mi bebé, pasara lo que pasara.

Si el Emperador me iba a dar acceso a armas reales, lo iba a aceptar.

Aún no sabía cómo reaccionaría si resultaba que el bebé no era suyo.

Pero ahora, al menos, sabía que si jugaba bien mis cartas, podría estar armado cuando se enterara.

"VOY A ARREPENTIRME DE ESTO", DIJE MIENTRAS ME MIRABA EN EL ESPEJO.

El rey Makrus me miraba fijamente desde donde su imagen se proyectaba en el lateral del espejo. Me había llamado para decirme que mi pequeña hoomon le había pedido a su amiga que le hiciera saber a Zale que era urgente que hablara con él.

La petición hervía en mi interior, pero al mismo tiempo no podía aplazarla más.

Hoy había demostrado que estaba dispuesta a luchar para protegerme.

Estaba dispuesta a hacerlo cuando las probabilidades estaban en su contra.

Eso había calentado el bulto frío que se había instalado en mi corazón cuando me di cuenta de que ella no me veía como realmente era. Me obligó a enfrentarme a mí mismo a la luz de su lealtad.

La había tratado injustamente.

La había estado evitando y había evitado la conversación que necesitábamos tener. La había evitado porque temía la verdad: que me había abandonado voluntariamente para ir tras un Emperador.

Esto fue un lío de mi propia creación.

Necesitaba arreglarlo.

"Ya te arrepientes de esto", me dijo mientras me inspeccionaba. "Te faltó una mancha debajo de la barbilla. No sé por qué no se lo dijiste en cuanto te diste cuenta de que pensaba que erais dos personas distintas".

Me levanté la barbilla con cuidado y me apliqué el tinte temporal con un pincel. Mi color natural había ido creciendo y odiaba volver a hacérmelo. Los productos químicos necesarios para lavarlo blanquearían de nuevo mi pelaje, lo harían translúcido y brillaría blanco como un diamante.

"Quería que se diera cuenta de que era yo solo", gruñí.

"¿Así que querías jugar con ella?", preguntó, encontrando el punto sensible y apuñalándolo con sus palabras. "Jugar a las adivinanzas para saber que ella quiere al verdadero tú hace lo contrario de lo que quieres. La has alejado fingiendo ser diferente de quien eres".

"Voy a decírselo ahora", dije, dudando antes de que salieran las siguientes palabras. "Sólo quiero ver cómo interactúa conmigo primero".

"Quieres ponerla a prueba otra vez", gruñó el rey Makrus. "Eso no va a funcionar como esperas".

"Estará bien", dije. "Ella es mía en cualquier caso".

"Eso no está garantizado", me recordó. "Estos hoomons son diferentes. Que haya aceptado ser tu compañera no significa que se quede contigo si eres cruel con ella".

"Nunca dejaré que me abandone", espeté, encogiéndome de dolor al pronunciar las palabras, pero sintiendo su verdad. "La mantendré a salvo".

Los ojos del rey Makrus se tensaron, pero no dijo nada.

No tuvo que decir nada.

Sabía lo que les había pasado a mi primer compañero y a mi madre.

"Hablares más tarde". Terminé la llamada bruscamente.

Examiné mi trabajo en el espejo, asegurándome de que estaba completamente seco, el tinte temporal firmemente en su sitio. Lo que necesitaba saber no podía averiguarlo en mi papel real.

Necesitaba saber lo que realmente pensaba de mí.

Cuando volví a entrar en mis aposentos, se encendió una alerta que iluminó la habitación mientras un tono áspero resonaba en ella. Atravesé la habitación, atravesando las puertas blindadas que daban a mi centro de mando personal.

"¡Informe!" espeté, abriendo el canal hacia el centro de operaciones para que toda la pared de mi despacho privado se convirtiera en una vista del centro de operaciones.

"Señor, la estación espacial Tevintith Garr ha informado de la aproximación de una gran fuerza desconocida", informó el oficial de comunicaciones, sin mostrar sorpresa por mi aparición. Mi tripulación estaba acostumbrada a mi tinte de piel. "Somos la flota más cercana".

Di un golpecito en mi escritorio y apareció el mensaje que acompañaba a la alerta.

"Cambia de rumbo", ordené. "Diríjanse a la estación. Informe a la flota".

"Sí, señor", respondió la tripulación al unísono.

Pasé la mano para cerrar la conexión.

He abierto un nuevo canal.

La pantalla se dividió en un panel de veinte casillas. Uno tras otro, cada recuadro se encendía a medida que el capitán de la nave respondía a la llamada y abría su canal.

Una vez que las pantallas estaban llenas, empecé.

"Estamos cambiando de rumbo", ordené. "Hay una flota desconocida acercándose a Tevintith Garr. Has recibido los detalles. Quiero un resumen completo de las proyecciones de batalla basadas en los datos actuales. La estación ha enviado exploradores para recabar más información que llegará en breve. ¿Alguna idea?"

Me acomodé en mi silla.

Esto iba para largo.

NO ESTABA EN NINGUNA PARTE.

Me tumbé en la cama, cogí una almohada y grité. ¿Dónde se había escondido?

Después de "salvar" al Emperador de su propio régimen de entrenamiento, había dejado de lado mi búsqueda de Zale. Supuse que acabaría encontrándome en esa sala de entrenamiento.

No lo hizo.

No había ni rastro de él.

Después de pasar lo que me parecieron varias horas entrenándome con distintos tipos de armas, di otra vuelta por la nave en su busca antes de volver a mis aposentos.

Zale no estaba en ninguna parte.

Había reanudado mi búsqueda esta mañana.

Vagué por el barco durante horas. Me dolían las piernas de caminar.

Esto se estaba volviendo ridículo.

¿Dónde estaba?

Tenía que estar evitándome activamente.

La única forma de que no le viera en este barco era que estuviera atento a dónde me encontraba y se asegurara de evitarme.

Se oyó el leve y sutil ruido de las puertas al activarse, algo a lo que ya me había acostumbrado, salvo que no procedía de la entrada normal. Venía del otro extremo de la habitación, de las grandes puertas dobles que no había conseguido abrir.

Las grandes puertas dobles se abrieron.

Habían permanecido cerradas todo el tiempo que había estado en esta habitación. Había pasado algún tiempo intentando averiguar qué había al otro lado, pero no se me abrían, y el camarero no respondía en absoluto a mis preguntas sobre ellas, así que el hecho de que se abrieran ahora captó toda mi atención.

Me apoyé en los codos, mirando fijamente.

Ahí estaba.

Zale atravesó las puertas dobles, su pelaje negro azabache captó la luz con un brillo casi metálico. Se me cortó la respiración al verle la cara. No los había visto juntos, pero se parecía tanto al Emperador que resultaba extraño.

Pero sólo era un chico de los recados.

¿Qué coño hacía entrando en el dormitorio privado del Emperador como si fuera su sitio?

Los ojos de Zale se ablandaron al verme tirado en la cama. Parecía agotado. Me incorporé, me acerqué al borde de la cama y me levanté arrastrando el traductor. Caminó hacia mí mientras yo me levantaba, agarrando el aparato como un salvavidas, con el corazón latiéndome en el

pecho a cada paso que daba.

Las preguntas se agolpaban en mi mente, amontonándose unas sobre otras mientras yo permanecía allí, congelada en el momento en que había permanecido tan fuera de mi alcance hasta ahora.

¿Por qué me había abandonado? ¿Por qué se había escondido de mí?

¿Por qué decidió que ya no me quería?

Esa pregunta fue la peor.

Ardía en los bordes de mi mente cada noche, etiquetando su comportamiento a partir de lo que había experimentado con hombres humanos, experiencias que subían como la bilis a mi estómago, obligándome a enfrentarme a algo que despreciaba por completo.

Tal vez no me quería porque me acosté con él demasiado rápido.

Se detuvo de repente, justo fuera de su alcance.

"Lorelei", dijo, con voz ronca.

Le miré fijamente.

Se parecía tanto al Emperador.

Lo había pensado la primera vez que vi al Emperador y me dijo que tenía dobles. Pero no era sólo una mirada. También sonaba como él.

Zale se movía como él.

La forma en que dijo mi nombre fue la misma.

Me di cuenta como un incendio forestal, quemando el nuevo crecimiento del afecto que había estado brotando.

¿Y si no era un doble?

¿Y si me hubiera engañado?

No había visto a los dos en el mismo lugar, y el tinte de pelo era definitivamente una cosa.

Parpadeé.

¿Pero por qué? No tenía ningún sentido.

Si el Emperador y Zale eran la misma persona, ¿por qué no me lo dijo en cuanto se dio cuenta de que yo pensaba que eran personas diferentes?

Se quedó allí, mirándome mientras yo le miraba fijamente, sin decir nada.

El silencio era pesado y lleno de mierda.

Estaba claro que esperaba algo de mí.

Respiré entrecortadamente y levanté mi traductor.

Tanto si era el Emperador, Zale, o la misma persona para ambos, lo que tenía que decir seguía siendo lo mismo. Si había estado ocultando información clave todo este tiempo, no cambiaba nada. Necesitaba dejar de mantener mis pensamientos atrapados dentro de mi cabeza.

Este alienígena frente a mí, quienquiera que fuese, necesitaba conocer la situación.

Si él era el Emperador actuando como Zale, necesitaba saber lo jodido que estaba todo en mi cabeza para que supiera que debía dejar de jugar juegos mentales y ser realista.

Si era Zale, sólo Zale, necesitaba saberlo para poder rescatarme.

"Estoy embarazada", tecleé, con mi naufragio emocional desbordándose. "Es tuyo".

"Lo sé", respondió Zale. "Te escanearon en el palacio cuando tu amigo".

"¿Lo sabes?" Las palabras salieron en un chillido, y tiré el traductor en la cama detrás de mí, y él hizo una mueca de dolor. "¿Por qué me dejaste entonces? ¿Por qué me arrojaste a otro hombre y te fuiste?"

"No te dejé", cantó suavemente. "Todavía estoy aquí."

"Esconderte de mí en una nave espacial no es lo mismo que estar conmigo, y lo sabes", le

dije.

"No pretendía esconderme de ti", respondió. Movi6 las orejas con pesar. "Al menos, no al principio".

"¿No querías esconderte?" De repente, esta conversaci6n me pareci6 agotadora. S6lo estaba respondiendo a lo que yo decía. No me estaba diciendo nada sobre por qué o qué. S6lo me estaba refutando. "¿Qué querías hacer exactamente?"

"Mi intenci6n era cuidar de ti", respondi6. "Y eso es lo que he hecho".

"¿Crees que entregarme a otro hombre como si fuera un regalo que puedes regalar es cuidar de mí?". Pregunté. "¿Qué crees que le va a pasar a nuestro hijo cuando descubra que no es suyo?".

Lade6 la cabeza, con el ceño fruncido por la confusi6n.

"El Emperador apreciaría a cualquier ni6n", respondi6, acercándose a mí. "Usted y su hijo están a salvo".

Retrocedí, queriendo estar cerca de él, pero sintiéndome desgarrada. Mis piernas chocaron contra la cama y no pude retroceder más. Estaba lo bastante cerca como para sentir el calor de su cuerpo. Podía alcanzarlo y tocarlo con facilidad.

No podría hacerlo.

"¿Cómo puedes saber eso?" Dije, retándole a que se explicara, a que me explicara cualquier cosa.

Se agachó y me rodeó con los brazos, atrayéndome contra él.

No me resistí.

Suspiré, fundiéndome en la calidez de su tacto durante un largo instante.

Entonces puse mis manos contra su pecho y empujé.

Me dejó retroceder un momento, dejó que mi pecho se alejara del suyo, pero mis piernas no tenían ad6nde ir. Todo lo que podía hacer era inclinarme hacia atrás.

Levanté la cabeza para mirarle.

Sus ojos buscaron los míos.

Luego cayeron a mis labios.

Se inclinó hacia abajo.

Oh, yo quería esto. Me habían dado tantas vueltas, me habían dejado sola y tampoco. Lo quería, pero estaba tan enfadada con él por dejarme.

Apretó suavemente sus labios contra los míos.

Le mordí.

Se echó hacia atrás, pero no lo bastante rápido como para evitar que mi palma le diera una sonora bofetada en la cara.

"¿Cómo te atreves!" Gruñí.

"Vas a tener que ser más específico". Se frotó la mejilla y dio un paso atrás, soltándose. Avancé, acechándole, y él retrocedió, encarándose mientras nos movíamos por la habitaci6n como si estuviéramos bailando.

"¿Me abandonas sin apenas decirme una palabra, me evitas cuando estamos en el mismo barco y luego apareces en el DORMITORIO del Emperador para intentar besarme?". Mi voz se elevó, mi frustraci6n vertiéndose en mi volumen vocal como un río rápidamente fuera de control. "Ahora estoy con el Emperador, como estoy segura de que sabes. Le di mi palabra. No voy a engañarle. Pero también he estado rechazando sus avances debido a cómo dejamos las cosas. Esto ha sido duro para mí. Me has puesto en una posici6n imposible".

"I..." Zale se miró el brazo y vio el pelaje del dorso. Sus ojos se abrieron de par en par, como

si hubiera olvidado que estaba ahí. Luego entrecerró los ojos y volvió a mirarme. "No rechazaste todas sus insinuaciones".

"Se metió en mi cama por la noche y pensé que eras tú", solté, con el dolor de esas palabras agudo y retorcido.

"No tardaste mucho en decidirte a ser la pareja del Emperador", replicó Zale. "¿La promesa de riqueza fue más tentadora que cualquier cosa entre nosotros?"

"Más vale pájaro en mano que ciento volando". Me di cuenta de que tal vez no entendiera el modismo culturalmente específico después de decirlo. "¡Has desaparecido!"

"Creía que me querías por mí", dijo, con tono sombrío.

"¡Me habéis abandonado! Soy un extranjero en una cultura que no conozco, sin recursos ni conocimientos. Pensé que eras increíble. Eres el mejor hombre que he conocido. Quería pasar cada momento conociéndote. Algo que sabrías si te hubieras esforzado un poco más en hablar conmigo". Agité los brazos para enfatizar mis palabras. "Un 'tenemos que hablar', ¿y luego me desapareces? ¿Por qué has hecho eso? ¿Tan poco significo para ti? ¿De qué querías hablar?"

Se me quebró la voz con la última pregunta.

"Yo no..." empezó a decir, vacilando en las palabras como si fueran una roca que tuviera que empujar por una cuesta empinada. "Lo eres todo para mí".

"¿Entonces por qué desapareciste?" Pregunté. "¿Por qué me dejaste para dejar que otro hombre se metiera en mi cama?"

Las palabras se sentían como lodo oscuro goteando de mi boca.

Los odiaba.

Odiaba la verdad de ellos.

Los odiaba por el peso que dejaban en mi corazón, la combinación de las heridas cicatrizantes de mi pasado y la pérdida y la rabia del presente.

Me odiaba a mí misma por no saber la diferencia entre los dos hombres en la oscuridad.

Odiaba que Zale no hubiera estado allí.

Sobre todo, odiaba lo bueno que había sido.

Y que no odiaba al Emperador por ello.

"Yo no..." Zale repitió. "Esto no es lo que crees que es".

Dejó de retroceder y me quedé inmóvil, de pie, cerca pero fuera de su alcance, con las manos cerradas en puños. Tenía los ojos muy abiertos y enormes y las orejas dirigidas hacia mí. Su cola se interpuso entre nosotros para rozarme el tobillo.

"Te amo más que a nada en este Universo", cantó suavemente. "Y he sido un idiota".

Sus palabras chocaron contra el revoltijo de emociones de mi mente.

Me quería.

Esas palabras fueron una daga en mi corazón.

Me amaba, pero me había abandonado, pero no me había dejado. Me amaba, pero me había abandonado, pero estaba aquí. Me amaba, pero me había traicionado, ¿o no?

Había algo que me faltaba.

Algo grande.

Me di cuenta de que no había estado usando la tableta traductora.

Lo había dejado en la cama.

"¿Cómo puedes entenderme?" pregunté.

Sus hombros se relajaron con la pregunta, como si el cambio de tema supusiera un alivio.

"Usando los datos proporcionados por el Shek'invitali ahora tenemos software configurado en nuestras unidades de muñeca". Levantó la muñeca. Una pequeña imagen holográfica de un

elfo gato genérico se proyectó en el aire sobre ella.

"Entonces, ¿ya no necesito esto?". pregunté, observando cómo se movía la imagen. Cantaba en voz baja una traducción, suave y discreta. No me había dado cuenta; había estado tan enfurecida y estresada.

Lo señalé. "Quiero uno de esos".

"Aquí tengo uno para ti", cantó mientras se acercaba a una de las paredes. Golpeó una pequeña hendidura y se abrió un cajón. Sacó de él una pequeña pulsera y la extendió.

Fruñí el ceño.

"¿Desde cuándo tienes esto?" Pregunté. "¿Quién puso eso en el cajón?"

"Estos son los prototipos", dijo. "Equiparé toda la nave con ellos. Yo soy el que ha puesto eso en el cajón".

Respiré hondo y se la quité.

Había otro asunto entre manos.

"Zale", exhalé. "¿Por qué estás aquí? ¿Por qué tienes acceso a esta habitación?"

"Esta es tu habitación", me contestó mientras se alejaba de mí hacia el baño. "Y como dije, he sido un idiota. Te he estado evitando cuando debería haberte hablado. Pero a veces, es mucho más fácil mostrar algo que decirlo. ¿Me ayudarás a mostrártelo?"

Le seguí hasta el cuarto de baño.

Abrió un armario bajo en la pared. Dentro había un gran tarro lleno de un licor negro brillante, de color similar al de su pelaje. Estaba atado al interior del armario. A su lado había varias almohadillas blancas brillantes.

Zale cogió dos y me dio una a mí.

Se quitó la ropa y se metió en la ducha.

Mis ojos se abrieron de par en par al contemplar aquel cuerpo que ansiaba. No lo había visto en tanto tiempo y al ver las líneas cortadas de sus músculos, la extraña alienación de su cuerpo peludo, la sección donde su cola se unía con la base de su columna vertebral.

El calor se encendió en mí.

Salí de la ducha y me crucé de brazos.

Lo deseaba pero estaba fuera de mis límites.

De ninguna manera me iban a pillar con otro hombre en la ducha del Emperador. Mantuve los ojos fijos en su rostro. Le había dado mi palabra al Emperador y no iba a tentarme con lo que no podía ni quería tener.

Zale tenía un minuto para mostrarme lo que quería que viera, y si implicaba que se acariciara, yo salía directamente por la puerta.

Abrió el grifo, introdujo la mano en la almohadilla y la puso frente al agua.

Luego puso la almohadilla contra su hombro.

Me miró con ojos penetrantes mientras se pasaba la almohadilla por el hombro y por la parte posterior del brazo, donde tenía el pelo. El negro se desprendía de su pelaje como el agua de una escobilla. Por donde pasaba la almohadilla, su pelaje quedaba translúcido, como un cristal de celestita.

Aferré el bloc entre mis manos.

Podía oír cómo me latía el corazón en los oídos mientras todas mis emociones se derrumbaban, los muros contruidos con ira y miedo perdían de repente todos sus cimientos.

Había construido una fortaleza de angustia.

Pero mi angustia sólo existía en mi propia mente.

Zale nunca me había dejado.

No me traicionó.

Nunca me acosté con otro hombre.

Tenía razón, había actuado como un idiota.

Se quitó la muñequera para frotar el pelaje bajo ella y luego volvió a ponérsela.

"¿Me ayudarás a recuperar mi espalda?" Zale cantó. Volvió a ponerse la unidad de muñeca.

Me quité la ropa y me metí en la ducha con mi Emperador.

Me invadió una extraña sensación de calma.

"¿Por qué no me lo dijiste?" pregunté mientras sostenía la almohadilla para quitar el tinte bajo el agua y me movía para limpiarle la espalda. Bajo la calma artificial podía sentir cómo se fraguaban mis emociones. La ira, la traición, la herida, el dolor... todo estaba allí, espumando en una mezcla tóxica.

Todo lo que quería era un hombre en quien pudiera confiar.

Y en su lugar conseguí un extraterrestre que me mintió.

"Me enredé en mi propia cabeza", cantó suavemente mientras le pasaba la mano por la espalda, quitándole el tinte. "Al principio no me di cuenta de que no sabías que era yo, y cuando me pediste que me despidiera de Zale... debería habértelo dicho entonces".

"Me dijiste que tenías dobles", señalé. "Pensé que Zale era uno de ellos".

"Lo sé. Me di cuenta después", cantó. "Siento haber tardado tanto en decírtelo".

Le pasé la almohadilla por la parte baja de la espalda, sintiendo los fuertes músculos que se asentaban a ambos lados de su columna vertebral, poderosos acordes de fuerza que debían de haber tardado años en desarrollarse. No había un solo centímetro de él que fuera suave. Sin contar el pelaje que estaba limpiando del tinte.

Envolví la almohadilla alrededor de la base de su cola y, con un movimiento rápido, la escurrí entera hasta la punta.

Todo su cuerpo se estremeció.

Empezó a girarse, pero le puse una mano ligera en la cadera y empujé contra él. Se detuvo.

"Tengo que terminar aquí detrás", dije, arrodillándome para pasar la almohadilla por la parte posterior de sus piernas.

Puso las manos en las paredes de la ducha.

No miró atrás para ver que había lágrimas corriendo por mi cara, mezclándose con el agua.

"¿Por qué hacer esto?" pregunté, ignorando lo que mi tacto le estaba haciendo a él y a mí. Había pasado demasiado tiempo. Lo había estado alejando, sin saber que lo rechazaba para serle leal. El mero hecho de tocarle así hacía que todos los nervios de mi cuerpo se pusieran en alerta. "¿Por qué teñir tu pelaje?"

No iba a apartarle más.

Este alienígena, este Emperador, nunca me había abandonado.

Ese pensamiento se mezcló en la tóxica olla de dolor que se estaba gestando en mi pecho. No detuvo la cascada que caía por mi cara, ni el nivel de agonía que se retorció a través de mí, arañándose el corazón.

Se había alejado un momento para quitarse un disfraz.

Y una mierda.

Debería habérmelo dicho antes.

"Libertad", respondió. "El tinte me da un nivel de privacidad. Aunque los ciudadanos me reconozcan, hacen como que no. Hice ilegal que cualquier empresa permitiera vídeos de alguien que llevara este tinte, así que todas las redes filtrarán automáticamente cualquier vídeo mío. Me da privacidad y libertad de la jaula de mi posición".

"Entonces, ¿por qué meterse con el vídeo de la adolescente?". pregunté, el mordisco de mi ira empezando a subir a la superficie, perforando la calma. Me estaba mintiendo otra vez, ¿verdad?

"Que algo deba ser automático no garantiza que lo sea", afirma. "Es mejor ocuparse uno mismo de las cosas que depender por completo de la tecnología".

No era más que otra excusa, otra explicación perfectamente razonable.

La calma se rompió, haciéndose añicos.

Tiré la almohadilla al suelo con una bofetada húmeda y me puse en pie.

Algo en mí se quebró.

Agarré la base de su cola con el puño y tiré con fuerza.

"¿Cómo has podido mentirme?" Exigí, el dolor en mi corazón pintando mis palabras con un chillido agrio. "¿Cómo pudiste evitarme? Me trajiste aquí y me dejaste sola".

Gruñó, con las orejas gachas, pero no se volvió.

Volví a tirar de su cola, que se agitó entre mis manos y cuya suave y húmeda punta golpeó la parte exterior de mi muslo.

"Lo siento", le dijo a la pared. "Cometí un error porque tenía miedo y te hice daño porque quería escapar de la jaula en la que me crié. No era mi intención causarte dolor. Mi comportamiento no fue culpa tuya y no te lo merecías. Te mereces algo mejor y yo te lo daré".

Con esas palabras, esas sencillas y fáciles palabras, el dolor de mi corazón se suavizó.

No me culpó por lo que hizo.

No actuaba como si fuera culpa mía que esto pasara.

Estaba reconociendo su parte en este malentendido entre nosotros y abordándolo, reconociendo el impacto de su educación en su comportamiento insensato sin descartar su propia responsabilidad por sus acciones.

Eso era algo que no esperaba de la gente corriente.

Y mucho menos de una persona que había sido criada para gobernar un Imperio.

Viniendo de él, era francamente impresionante.

Pero había algo en sus palabras que merecía una investigación más profunda.

"¿De qué tenías miedo?" le pregunté.

Inclinó la cabeza y el agua le corrió por el pelo hasta dejárselo pegado a la cara. Seguía de espaldas a mí, hacia la pared, y parecía que el peso de un sistema solar le oprimiera los hombros. Me quedé mirando los fuertes músculos de su espalda, cómo se levantaban sus omóplatos y se arqueaba su cuello.

Había algo familiar en ello, en la pesadez del silencio entre nosotros.

Le costaba encontrar las palabras.

Sabía lo que se sentía, cuando lo que tenía que decir dolía tanto que el simple hecho de decirlo en voz alta era como caminar por una playa llena de fragmentos de cristal, abriéndome los pies a cada paso que daba para sacar esa oscuridad a la luz.

"Si no estás preparado para hablar de ello, no hace falta", le dije, soltándole la cola para ponerle suavemente la mano en la espalda.

"Mi pareja asesinó a mi madre y murió en el intento", dijo, con los ojos aún fijos en la pared. "Fue un apareamiento concertado, en el que una gran selección de parejas potenciales se presentaron en un gran evento para encontrar a las pocas a las que mi osae respondería. Al final sólo hubo una. Mi primer compañero me quería por la posición y el poder. Yo estaba al mando de la flota real y, a petición suya, la dejé en la capital con mi madre. Solicitó una audiencia privada con la difunta emperatriz, insistió en que se marcharan incluso los sirvientes e intentó empujarla a una fuente de agua justo antes del ciclo de congelación. Mi madre se defendió y

ambas entraron".

Eso fue horrible.

No me extraña que quisiera que lo quisiera como Zale en lugar de lanzar todo el título de Emperador desde el principio. Su primera esposa literalmente mató para intentar ser Emperatriz.

"Lo primero que voy a hacer como emperatriz es crear un equipo de investigación y desarrollo para fabricar sensores corporales para vuestras malditas trampas mortales acuáticas que tenéis por todas partes", espeté. "Si un cuerpo caliente entra en el agua, el ciclo de frío se apaga. Una vez que tengamos la tecnología adecuada, voy a ordenar que todo el mundo tenga que tenerlos".

Se volvió para mirarme.

"¿Tu primera respuesta al oír el peso en mi corazón es buscar una solución para que no vuelva a ocurrir?", preguntó, con voz suave.

"No me necesitas para revolcarte en tu dolor", le dije, apoyando ambas palmas en su pecho. "Me he revolcado lo suficiente en el mío para saber que sentarme en la angustia no ayuda en nada. Lo que ayuda es salir y cambiar las cosas para que no vuelva a ocurrir. Ya sea cambiando la tecnología o cambiando las mentes, si dejas que el dolor te consuma no es más que otra jaula".

"Estar conmigo te arrastra a mi jaula", dijo, acercándose a mi mandíbula y pasándome el pulgar por el labio inferior mientras lo miraba fijamente.

"Eres un Emperador", dije, poniéndome en pie. Sus osas estaban fuera y se acercaban a mí. La punta de una de ellas me rozó el muslo, y sentí calor. Hacía tanto tiempo que no sentía su contacto. "Tú decides cómo es tu jaula y cómo funciona".

"Aun así, hay limitaciones a lo que puedo tener como Emperador", cantó. Su mano bajó y se posó en mi cuello de forma suave, pero posesiva. "Es difícil confiar en que alguien desee estar conmigo porque me desea y no por todo lo que mi posición puede ofrecer".

Le dediqué una sonrisa triste.

Era una preocupación justa.

Había cambiado literalmente mi corazón por una nave espacial porque era lo que más me convenía.

¿Cómo podía confiar en que alguien cercano a él se preocupara de verdad por él después de lo que le había ocurrido?

¿Cómo iba a confiar en mí?

"No deberías confiar en que la gente te quiere por ti", le dije, posando suavemente la mano en su pecho. Podía sentir el golpeteo constante de su corazón. "Con riqueza y poder, tienes que protegerte porque incluso alguien que te quiera se sentirá atraído por los dones que ofreces. Ya sabes que mi empresa se puede comprar, pero eso no significa que mi corazón haya estado nunca en venta".

Recorrí con la mano las duras líneas de sus abdominales.

Joder, estaba tan bueno.

Menos mal que no tuve que contenerme más.

No acostarme con él, sabiendo lo bueno que había sido en el pasado, había sido una tortura absoluta. Y ahora saber que nuestra última noche juntos había sido realmente con él me hacía arder con una deliciosa agonía. Quizá estuviera dispuesto a volver a jugar a eso. Que el Emperador se colara en la cama mientras yo pensaba que era otra persona era una manía que no sabía que tenía.

Pero primero teníamos que terminar esta charla.

Detuve mi mano y levanté los ojos hacia su cara.

"Si hubierais sido dos personas diferentes, y hubieras aparecido cuando estaba a punto de salir de la luna y me hubieras gritado 'no, no te vayas con él', habría dejado caer tu rico culo y me habría escapado con el hombre que pensaba que un buen regalo para una mujer eran las cabezas de sus enemigos en una caja", dije, presionando ligeramente mis uñas contra su piel. "Lo que se apodera de mi corazón no es tu dinero ni tu posición. Es cómo me tratas, es el poder que me das simplemente por estar dispuesto a arriesgar tu cuerpo para protegerme. Ser Emperador no cambia eso; sólo cambia tu potencia de fuego".

"¿Te sentiste atraído por mí porque ejecuté a los alienígenas que te capturaron y golpearon?", preguntó.

"A juzgar por la exhibición de Murder Kitty en la Luna, supongo que es algo normal en su cultura", dije. "Pero en la mía, cuando un hombre hiere a alguien más débil que él, la mayoría de los hombres se limitan a ignorarlo o a restarle importancia. Muy pocos se esfuerzan por detener al agresor. Para mí, cuando te ocupaste de ello de esa manera, me dejaste sin palabras. No sé cómo expresar con suficiente fuerza lo mucho que esa acción golpeó mi corazón, pero lo hizo".

"¿Asesinar a Kitty?", preguntó.

"Sí, el tipo que se tira a mi amiga Arnina", dije. "El Príncipe o Rey o lo que sea".

"¿Llamas 'gatita asesina' al rey de Sebsitar Prima, uno de mis súbditos más leales?", preguntó.

"No te distraigas. Ahora estamos hablando de nosotros, no de él". Le di una ligera palmada en el pecho.

Se rió, y el sonido resonó en la cámara.

"Entonces hablemos de nosotros en nuestra cama", cantó.

Accionó la palanca de la pared y el agua caliente se detuvo.

La ducha se llenó de aire caliente que sopló a nuestro alrededor, secándonos.

Cuando el aire se calmó, me levantó como a una maldita princesa.

Jadeé.

"No hemos terminado de hablar", le exigí mientras volvía a entrar en el dormitorio.

"Podemos seguir hablando", dijo. "Me estabas diciendo que te atraigo por mi carácter enérgico y agresivo".

Luego me lanzó hacia la cama.

Aterricé en la suave superficie con un fuerte golpe.

Estaba encima de mí antes incluso de que me acomodara, sus brazos a ambos lados de mi cabeza, sus rodillas entre mis piernas, su cuerpo suspendido sobre el mío, sin tocarse excepto donde sus rodillas presionaban la suave piel del interior de mis muslos.

El deseo se apoderó de mí al sentirme completamente dominada por su cuerpo.

"Oh", dije. "Dije algo parecido".

"¿Es esto lo que quieres?", gruñó, provocándome un escalofrío. "¿Quieres que te retenga y que nunca te deje ir? Porque no voy a hacerlo. Eres mía".

No pregunté qué pasaría si decía que no. Ya lo sabía. Si lo decía, él se echaría atrás y seguiríamos hablando de nuestros sentimientos y todo eso. Ya no me interesaban mis sentimientos.

Era el turno de mi cuerpo de dirigir mi corazón.

"Te quiero", le dije, agachándome para rodear su virilidad con la mano. "Te deseo. Si esto es lo que eres, entonces sí, lo quiero".

Se estremeció y sus oseos se enroscaron en mi muñeca mientras yo deslizaba la mano arriba y abajo. La punta se llenó de líquido cuando pasé el pulgar por ella y esparcí la abundante

lubricación por la cabeza.

Ya estaba empapado.

Pasar semanas separada de él había revitalizado mi cuerpo y estaba lista para partir.

Lo primero es lo primero: no podía olvidar lo último.

Apreté la mano, lo bastante fuerte como para transmitir una amenaza seria.

"Si vuelves a mentirme o a evitarme", gruñí. "Habrá serias consecuencias".

Me miró, su capucha alienígena en mi puño.

"Lo entiendo perfectamente", respondió.

Suficiente por ahora.

Necesitaba conseguir algo.

"Te necesito ahora", dije. "Podemos ir despacio..."

No terminé la frase cuando ya se había desplazado, alineándose con mi entrada y presionándola. Sus tentáculos de osae soltaron mi muñeca, envolviéndome los muslos mientras uno se deslizaba por mis labios inferiores, rozándolos.

"Oh", grité mientras me arqueaba en el placer, en él.

Esperó allí, sin avanzar, sólo presionando la evidencia de su deseo contra mí con la presión justa para quedarse, pero no la suficiente para separar mi piel y moverse dentro de mí. Mientras esperaba, su osae se deslizaba a mi alrededor, acariciándome.

Se deslizaban por el interior de mis muslos.

Uno se enroscó alrededor de mi protuberancia.

Se enroscaba y desenroscaba, se deslizaba y rozaba mi piel sensible.

Moví las caderas, impaciente y necesitada, la intensidad de la delectación me llevaba a una mayor locura, pero no podía hacer más que frotarlo a lo largo de mi abertura.

Entonces, me dio la más mínima muestra de lo que ansiaba.

Metió su punta dentro de mí.

Moví las caderas con él, incitándole a moverse.

Se inclinó y capturó mi boca, besándome.

Su lengua se deslizó entre mis labios.

Se movió dentro de mí, deslizándose otro centímetro.

Luego se retiró y giró su cuerpo, flexionando sus poderosos músculos como si me estuviera embistiendo en una pista de baile.

Gruñí como un animal, rodeándole con las piernas y clavándole los talones en los glúteos.

Necesitaba esto.

Lo necesitaba.

Necesitaba más.

Su cola se enroscó alrededor de mi pantorrilla.

Nos movimos juntos, moviéndonos en el silencio de nuestras palabras mientras él seguía rodando contra mí, dentro y fuera de mí, deslizándose y conduciéndome como si yo fuera alguien a quien había perdido y vuelto a encontrar. Me llenaba.

No era sólo mi cuerpo el que cantaba con su tacto.

Mi corazón necesitaba esto.

Necesitaba esto más de lo que podía soportar.

No era sólo el golpeteo de sus caderas contra mis muslos o la forma en que agarraba la parte posterior de mi rodilla y la levantaba hacia mi pecho para poder meterme más profundamente ese grosor.

Quería que le quisiera por lo que era.

Quería un hombre que me mantuviera a salvo.

Que me protegería.

Ese era exactamente el tipo de hombre que era.

Las estrellas estallaron contra mis párpados mientras me perdía en la intensidad de mi pico. Sus movimientos se volvieron más frenéticos y rápidos a medida que se unía a mí, deslizándose por el borde hacia un lugar sin pensamiento...

Se estremeció dentro de mí, palpitando mientras me llenaba con su calor.

Sólo estábamos él y yo juntos.

Como lo habíamos estado desde el momento en que sus ojos captaron los míos a través de la pantalla, y yo había sabido que había alguien ahí fuera para mí.

ESTABA ACURRUCADA EN MIS BRAZOS.

Le aparté un mechón de pelo de la cara dormida.

Mi corazón estaba contento.

Mi compañero estaba de vuelta conmigo.

No es que se hubiera ido nunca, pero su corazón se había alejado de mí mientras yo estaba demasiado ocupado preocupándome por la maraña que me había montado en la cabeza. El hecho de que se deleitara con mi posición y mi riqueza no quitaba que también viera quién era yo hasta la médula y me amara por ello.

Me levanté de la cama, sin querer dejarla, pero sabiendo que había trabajo que hacer.

Deberíamos estar acercándonos al punto de intercepción de la flota desconocida que se acercaba a mi estación espacial. Tenía que estar preparado.

Abrí uno de los paneles de la pared y saqué ropa. Ajustada y negra, me gustaba la ropa con la que podía moverme. Por encima, me puse una bata con tejidos de platino y oro blanco, lo bastante ornamentada para respaldar mi estatus, pero fácil de quitar y tirar a un lado.

No es que hubiera lucha física.

Si hubiera un altercado, las otras naves de mi propia flota serían las primeras en interceptar.

No iba a poner a mi pareja, ni a mis crías aún no nacidas, en peligro en una situación de contacto desconocida.

Mi compañera levantó la cabeza de la almohada.

"¿Adónde vas?", preguntó.

"Tengo trabajo que hacer", respondí, articulando mis pensamientos en palabras.

"¿Puedo ayudarte?", preguntó. "No quiero quedarme sola otra vez".

¿Podría ayudarme?

La pregunta resonó en el aire entre nosotros.

Yo era el Emperador.

Esta pequeña alienígena, esta pequeña hoomon a la que había tomado por compañera, quería saber si podía ayudarme en mi papel de gobernante de todo un imperio galáctico.

Qué adorable.

Ese pensamiento se me quedó grabado en la mente, una abrasión que arañaba lo que me habían enseñado a ser y en lo que quería convertirme.

¿Por qué no podía ayudarme?

¿Cómo podía saber si eso era algo que ella era capaz de hacer o no?

"No sé si puedes ayudarme", dije en voz baja. "Pero puedes venir conmigo y ver qué es lo que estoy haciendo. Eres bienvenido a unirme si ves un espacio que encaje bien contigo".

"¡Lo haré!", dijo, deslizándose rápidamente fuera de la cama y poniéndose un sedoso conjunto. Eligió un vestido plateado y negro que hacía juego con el que yo llevaba puesto.

La conduje a través de las puertas dobles del centro de mando.

Tomo asiento y golpeo uno de los paneles a mi izquierda.

Mi compañero miró a su alrededor un momento.

"Haré que instalen otro asiento aquí", le ofrecí.

"Eso no es necesario". Me sonrió. "Hay un espacio que me va bien aquí".

Luego se deslizó en mi regazo.

La rodeé con el brazo mientras ella se posaba en mi muslo, un cálido estruendo recorrió mi cuerpo. Esto era todo lo que quería. Alguien que tuviera la audacia de tomar lo que quería de mí, en lugar de esperar en silencio a que yo adivinara lo que tenía en mente. Me dijo lo que quería. Tomó lo que quería.

Todo lo que tenía que hacer era dar un paso atrás y dejarla, y ella se haría feliz conmigo.

Me decía lo que necesitaba de mí para que yo se lo diera.

El panel a mi izquierda se iluminó.

Mis ojos recorrieron la información y abrí el enlace de vídeo con el centro de operaciones.

"Informe", ordené.

"Las naves avanzadas de la flota han alcanzado el punto de contacto con la flota alienígena", transmitió mi oficial de comunicaciones. "Hemos identificado sus canales de comunicación. Ya han enviado una solicitud de contacto por vídeo".

"Abre el canal", ordené.

La pared frente a mí se encendió con la enorme imagen del interior de la nave alienígena.

Era el Shek'invitali.

Proyectaban una vista completa del interior de su sala de mando principal. Varios de sus machos con cuernos estaban de pie alrededor de varios puestos.

"Soy el emperador Belirious del Imperio de Norratar", canté, dejando que mi autoridad retumbara en todo mi ser. Ella se contoneó en mi regazo al oírlo, y dejó escapar un pequeño sonido de placer. "Expón tus intenciones".

"Saludos", empezó diciendo el gran hombre con cuernos que ocupaba el centro de la sala. Una pequeña gnomia de pelo dorado estaba a su lado, saltando sobre las puntas de los pies, con la boca abierta en señal de amenaza. "Soy el príncipe Rambo de los Shek'invitali. Pasábamos por las afueras de su territorio en una misión diferente cuando descubrimos que una de nuestras naves había sido detenida en su territorio. Su último mensaje describía su detención, e incluía un paquete de información sobre vuestra lengua y especie. Hemos venido a investigar".

"Entrar en nuestro territorio con una flota de ese tamaño se considerará una declaración de guerra", gruñí.

"Vaya, qué serio. Estás como", dijo mi compañera desde mi regazo. Bajó el tono una octava. "Entra en mi territorio y muere". Sacudió la cabeza. "Es súper sexy y todo eso, pero creo que atacar a alguien llamado Rambo no es una gran idea".

"No lo es", replicó el hoomon de pelo dorado. "Además, ¿es realmente necesario luchar? Ahora mismo estamos de camino a casa, y una batalla espacial no parece muy divertida, así que no lo hagamos. Por cierto, soy Silva. Sólo quiero saber a dónde fue la nave de Tiffany. Mientras estén bien, estamos bien y no nos meteremos con ustedes".

"Oh, ella está totalmente bien", respondió mi compañera, sus palabras vinieron rápidamente mientras respondía al otro hoomon. "Están en una gran ciudad lunar. La otra señora estaba flipando con el estudio de unos velociraptos voladores de pollos dinosaurio, así que lo más

probable es que aún no se hayan ido. Apuesto a que podría enviar una pequeña nave para comprobar en ellos si usted no es capaz de mensaje de ellos desde aquí. ¿No puedes enviarles mensajes?"

Me recosté en la silla y observé a mi pequeña gata.

Nadie me había interrumpido así antes.

Fue una experiencia única.

Especialmente porque se estaba adelantando y haciendo ofertas a esos alienígenas. Era mi compañera, y si pretendía que tuviera poder político, necesitaba saber cómo iba a utilizarlo. Probarla con alienígenas antes de hacerla interactuar con el grueso de mi población parecía una buena idea.

"No estamos lo bastante cerca como para ponernos en contacto con ellos", dijo Silva.

Reprimí una sonrisa.

Mi compañero ya había identificado una debilidad en las comunicaciones Shek'invitali. Sus capacidades de largo alcance eran significativamente inferiores a las nuestras.

"Le pediré a mi amiga Arnina que haga que se registren si ustedes no quieren enviar una nave", dijo mi compañero. "Supongo que si eres amiga de Tiffany serás otra de las de las criocápsulas. Yo también. ¿Qué estabais haciendo?"

"Quería saber cómo estaba la Tierra". Silva ofreció la información libremente. El príncipe cornudo no la interrumpió a pesar de que estaba dando información a una flota superior que acababa de amenazarlos. Miraba a un lado y a otro entre el hoomon y el príncipe cornudo, absolutamente fascinado por el intercambio. "La información de la República Terrana no tenía ningún sentido, así que decidimos comprobarlo por nosotros mismos".

"¿Qué has encontrado?" preguntó Lorelei. "Tiffany dijo que era una pesadilla burocrática y que a ninguno de nosotros se nos permitía visitarlo".

"¡Han estado mintiendo!" exclamó Silva, subiendo el volumen de su voz. "¡La Tierra ni siquiera está bajo su control!".

"¿Qué?" exclamó Lorelei. "¿Quién lo controla?"

"Al parecer, esta otra especie es la dueña o algo así, ¡y no deja que ningún humano se acerque! Por lo que hemos podido averiguar, todavía hay humanos en la Tierra, pero están completamente aislados de todo", dijo Silva. "Tenemos un montón de información sobre sus fuerzas, y nos dirigimos a casa para decidir qué queremos hacer al respecto. Somos un grupo que toma decisiones en conjunto".

"Envíamelo", exigió Lorelei.

El otro humano vaciló.

"No te ofendas, pero acabamos de conocernos", dijo Silva. "En realidad no te conozco ni sé nada de la especie con la que estás...".

"Soy géminis, licenciada en economía y durante los últimos años, antes de que me metieran en una vaina, trabajé como stripper en lugar de conseguir un empleo en una empresa debido a un problema de salud mental", explica. "Me encanta el café y dar largos paseos por la playa. Al menos, me encantaban hasta que me secuestraron en una. Ah, y soy totalmente la Emperatriz del Imperio Norratar, y mi compañero aquí presente definitivamente va a apoyarme para reclamar la Tierra si la logística militar funciona, ¿verdad?".

Me miró con ojos enormes.

Había más de una pregunta en esa frase.

"Sí, eres mi Emperatriz", dije, reconociendo la plenitud de esa verdad en mi corazón. "¿Y me preguntas si libraré una guerra para reclamar un planeta para ti?".

"Sí", respondió ella.

Esa pregunta no requería ninguna reflexión.

"Entonces lo haré", respondí. "Si creo que la victoria es probable. No malgastaré las vidas de mis militares en una guerra imposible de ganar".

Mi compañera asintió y volvió a centrar su atención en la pantalla.

"¿Te parece suficiente?", preguntó. "Dame la información para que podamos ir a joder alguna mierda y reclamar un planeta".

"Eh", respondió la otra mujer. "Si lo hace, ¿se comprometerá a dar pleno acceso a la Tierra al Consejo Humano Shek'invitali de Reinas y a todos los humanos que supervisamos?".

"Cabras, mis cabras", respondió Lorelei. "Aunque no de inmediato".

Eso no tenía ningún sentido para mí. ¿Qué tenían que ver los pequeños animales de granja? ¿Por qué llevarlos en una especie de bolsa? ¿Iba el hombre a llevar pequeños animales de granja en una nave espacial?

Al parecer, para la otra humana tenía sentido, ya que asintió.

"Vamos a hacerlo formalmente y por escrito", respondió Silva.

"Entendido", respondió Lorelei. "¿Qué tal si resolvemos los detalles tomando una bebida con cafeína?"

El traductor estaba proporcionando un montón de palabras para lo que era una sola palabra en el idioma del hoomon.

"Me encantaría probar alguna bebida con cafeína marrón de Norratar", respondió Silva.

Mi compañero se rió.

"Oh, no", soltó una risita. "No tienen nada, ¡pero sé que tú sí! Me estaba invitando a mí misma a servirme de tu alijo".

La audacia de ella.

El calor subió a mi corazón, un calor que brillaba en presencia de una mujer que parecía no ver diferencia entre mi posición y la suya. Actuaba como una emperatriz sin pensar ni sentir inseguridad. Era hermosa por la forma en que identificaba lo que quería y encontraba el camino más rápido para conseguirlo.

"Estupendo, nos encantaría invitarte a una bebida con cafeína marrón y a un tratado", dijo Silva.

"Nos reuniremos en nuestra estación espacial Tevintith Garr", intervino finalmente.

"Oooh, una estación espacial", respondió mi compañero. "Super guay".

¿Qué tenía que ver la temperatura?

"NO LO HICISTE", ME REÍ MIENTRAS SILVA SE SONROJABA. "¡CHICA, TE HAS NEGADO EN REDONDO! ¿PENSANDO QUE ERA UN SUEÑO?"

Estábamos sentados en lo que parecía una sala de conferencias muy lujosa.

Una enorme ventana daba a una cantidad alucinante de naves espaciales separadas en dos grupos distintos por un gran límite de espacio vacío entre ellas. Los diseños arquitectónicos de las dos especies eran distintos pero, al mismo tiempo, extrañamente similares.

Tal vez fuera como si todos tuviéramos cuerpos humanoides bípedos: el sentido de la arquitectura tenía que acabar siendo similar porque se adaptaba a una necesidad similar de los cuerpos físicos de nuestra especie.

Streamline era streamline.

La sala de reuniones era elegante y estaba cuidada al detalle, como las incrustaciones de pan de oro en el borde de la mesa o el precioso juego de tazas y cafetera de porcelana que Silva había traído de su barco.

El café que traía era divino.

El Príncipe Rambo y el Emperador se habían marchado para darnos privacidad después de que los términos del tratado fueran elaborados. Yo había evitado poner una fecha fija para la transferencia de la Tierra como territorio, y tenía una lista de condiciones para acompañarla. El tratado se había convertido en algo más grande que un simple intercambio de información. Se había convertido en un pacto de no agresión y en un acuerdo de libre circulación de los humanos entre los dos territorios.

En mi opinión, eso estaba muy bien, sobre todo porque los Shek'invitali tenían una colonia de mujeres humanas en su mundo natal que ahora podían venir a pasar el rato si querían. También significaba que cualquier mujer que se sintiera incómoda allí o aquí podría abandonar e ir a un lugar completamente diferente.

Le envié a Neen un mensaje rápido sobre el tema durante un descanso y me pareció que iba a crear toda una zona amigable para los humanos para que los visitantes pudieran empezar si querían visitar la luna, pero aún no estaban preparados para navegar por toda una sociedad extraña por su cuenta.

"Salió bien", soltó una risita. "El mejor tipo de sueño es un sueño húmedo".

"Oh chica, que sucia". Sonreí. "Es una locura que las mujeres de la Tierra seamos compatibles con más de una especie".

Su sonrisa vaciló.

"Tengo una suposición al respecto", dijo.

"Dímelo". Me incliné hacia delante.

"Bueno, la especie que controla la Tierra la teníamos en la cultura popular cuando yo estaba allí, ¿conoces a esos tipos grises de ojos grandes?", empezó. "Grandes cabezas, cuerpos grises, grandes ojos negros - estaban por toda la cultura popular".

"Sí". Asentí. "¿Y?"

"Bueno, había un tipo que salió en los medios de comunicación en la Tierra antes de que me atraparan. Dijo que había sido abducido durante años y que estaban haciendo experimentos genéticos para intentar producir el tipo de híbridos que querían", dijo. "Jugando con nuestra genética a lo largo de los años y cosas así. Le tacharon de loco y todo eso. Nunca le di mucha importancia, pero ahora..."

"Oh, mierda". Me recosté en la silla y di un sorbo a mi bebida.

Se le torció la cara.

"Me inquieta sólo de pensarlo", admitió.

"Eso es porque ese tipo de mierda no es consentida", repliqué. "No puedes simplemente robar a la gente y usar sus cuerpos o células reproductivas para tus experimentos. Sienta mal porque es superviolador. No sólo abusan de una persona. Están haciendo de las suyas con toda nuestra especie. No les importa que un sí entusiasta sea el único tipo de sí realmente aceptable. Si la raza humana no sabe que está ocurriendo, o los gobiernos locales están intercambiando personas por tecnología, entonces se trata de una situación de tráfico sexual extremo. Esto está jodido".

Suspiró, con los hombros caídos.

"Ojalá no tuviera que consultar a todo el mundo en casa y dedicar tiempo a elaborar un plan para esto", respondió. "A veces, cuando tienes que trabajar con un grupo, se tarda una eternidad en ponerse de acuerdo sobre el camino a seguir".

"Por eso decidiste adelantarte y darnos la información", concluí. "Porque soy una zorra mala, y sabes que voy a hacer algo al respecto".

"Sí", asintió, con los ojos brillantes. "Y aunque no puedo tomar unilateralmente la decisión de recuperar un planeta entero, sí puedo ofrecer información".

"También podemos ofrecer apoyo militar", añadió el Príncipe Rambo desde la puerta. "Especialmente si eso significa que obtenemos acceso ilimitado a los humanos de la Tierra, es decir, a aquellos que deseen interactuar con nosotros".

"¿Podemos?" Silva se animó.

"Si lo desea, iremos con ellos". El Príncipe Rambo asintió.

"Perra, vamos a conquistar un planeta", le dije, sonriendo a Silva.

"No soy una perra", respondió. "Técnicamente soy una Princesa".

La sonrisa de su cara me hizo saber que le parecía tan divertido como a mí.

"Muy bien, princesa guerrera, vamos a conquistar un planeta", me reí.

ESTA ERA LA ALIANZA MÁS EXTRAÑA QUE HABÍA NEGOCIADO HASTA AHORA.

Normalmente, el primer contacto con un gobierno alienígena requería una gran cantidad de tonterías burocráticas de las que dejaba que se ocuparan los embajadores. Llevaría años reunir y transmitir información suficiente antes de llegar a un acuerdo. La otra especie tendría que mostrar un claro respeto por nuestro territorio y las leyes que lo rigen antes de que nos planteáramos siquiera firmar y formar un acuerdo formal con ellos.

Ésta, con los Shek'invitali, no se parecía a nada que hubiera experimentado antes.

Tenían un único objetivo: acceder a las mujeres humanas y garantizarles el derecho legal a salir de nuestro territorio para ir al suyo y viceversa. Estaba tan concentrado que facilitaba las negociaciones.

No tuve ningún problema en ofrecer derechos civiles a los homosexuales.

Fue fácil aceptarlo.

Incluso ofrecieron una gran cantidad de información sobre el planeta natal de los hoomon y la fuerza militar de la especie que lo controlaba. Su única condición era la misma: acceso a las mujeres hoomon de ese planeta y el paso libre de esas mujeres hacia y desde su propio espacio.

Cuando dejé claro que capturaría el planeta, la flota Shek'invitali vino en su apoyo.

Ya había enviado exploradores para validar la información que me habían proporcionado.

Siempre cabía la posibilidad de que la información fuera falsa, un señuelo para llevar a mi flota a una posición comprometida.

Mis exploradores se reunieron con nosotros a mitad de camino hacia la Tierra y confirmaron que mis instintos eran correctos.

La información era fidedigna.

Estaba claro que mi flota podía tomar el planeta. Las defensas de los alienígenas grises no eran suficientes para detenernos, y no podrían reunir las fuerzas para retomarlos fácilmente. Había algo en el hecho de que los terran no controlaran la Tierra.

¿Se lo habían dado a los grises?

Los alienígenas grises que tenían la Tierra en su poder estaban dramáticamente superados. Era imposible que resistieran a que los otros hoomons recuperaran el planeta.

No opusieron resistencia alguna a nuestras fuerzas.

Así que nos fuimos.

Huyeron.

En dirección al espacio ocupado por los Terran.

Mi compañero estaba a mi lado en nuestra sala de control mientras avanzábamos hacia el sistema solar de la Tierra sin sigilo. Les superábamos en armamento. Nosotros lo sabíamos, ellos

lo sabían, así que caminamos por él como si ya nos perteneciera.

"Si era tan fácil, ¿por qué no tomaron el sistema los shek'invitali?", preguntó mi compañera en la sala de control, revisando los informes que llegaban de mi flota y haciéndose las mismas preguntas que acababan de rondarme por la cabeza. Le sonreí, complacido de que pudiera extrapolar la misma conclusión de los datos. "Los grises ni siquiera opusieron resistencia".

Nuestra flota estaba ahora estacionada detrás de la luna de la Tierra.

"Aún no tenemos suficiente información", reflexioné mientras revisaba los informes. "Pensábamos que estaban reteniendo el sistema mientras estaban en guerra con los terran, pero huyeron en esa dirección. Esto justifica una mayor investigación".

"Ese informe decía que estaban experimentando genéticamente con humanos en la Tierra", dijo mi compañera, agitando la mano para cambiar de pantalla holográfica. "¿Tu especie tiene alguna historia con estos tipos? Tiene que haber alguna razón para que tú y yo nos parezcamos tanto. Es imposible que haya tantos alienígenas humanoides bípedos que puedan cruzarse sin que alguien se meta con algo".

Guardé silencio durante un largo momento mientras procesaba las implicaciones.

"Pediré una consulta histórica", dije. "Tienes razón. Hay algo más".

"¿Qué coño pasa?" exclamó Lorelei.

Miré hacia ella, esperando que reaccionara a lo que le había dicho, pero la vi mirando una pantalla que mostraba una emisión desde la superficie del planeta. Me acerqué para mirar por encima de su hombro. El traductor de mi pulsera interpretó el sonido de la emisión como una especie de parte meteorológico.

"¿Qué es lo que molesta de esto?" pregunté.

"Es... yo..." Estaba claro que tenía problemas con las palabras.

Le pasé suavemente la mano por la espalda, tranquilizándola. Permanecí en silencio, esperando a que resolviera la complejidad que tenía en la cabeza. Apresurarnos e interrumpirnos mutuamente era lo que nos había metido en nuestro anterior aprieto.

Era importante esperar y dar al otro tiempo y atención para hablar.

"No han pasado cuatrocientos años", dijo. "La noticia es... que sólo han pasado cuatro meses".

Estaba temblando, todo su cuerpo temblaba de emoción.

"Los que conoces siguen vivos", dije. "Esas son buenas noticias".

"No", gruñó. "Bryan sigue vivo".

"¿Quién es Bryan?" Pregunté.

"¿QUIÉN ES BRYAN?" PREGUNTÓ EL AMOR DE MI VIDA.

La ansiedad se apoderó de mí mientras el viejo pánico inundaba mi cuerpo. Por un momento, lo único que oía eran los latidos de mi corazón golpeando mi pecho, mi respiración era superficial y rápida.

No podía decírselo.

¿Cómo iba a decírselo cuando ni siquiera podía decírselo a Arnina?

Las palabras se me atascaron en la garganta, lastradas por las palabras que se cernían sobre mí en el pasado.

No estuvo tan mal.

Debería superarlo.

No era como si me hubiera matado o me hubiera mandado al hospital, así que ¿cuál era el problema?

Los hombres sólo tienen sus impulsos. Fue culpa mía por no protegerme mejor.

Se me llenaron los ojos de lágrimas y los abrí más, dejando que el aire los secara. No iba a llorar más por esto. Ya había llorado bastante, sola y por mi cuenta.

Creía que lo había superado, pero oír a mi compañero decir ese nombre me devolvió todo el pánico, la rabia, la vergüenza y el odio que llevaba dentro.

"I..." Todavía no podía decirlo.

Habían pasado años y no podía decirlo.

Zale me miró a la cara durante un largo rato, observando cómo todos mis pensamientos se agolpaban en mi rostro.

"Voy a matar a este Bryan", retumbó, poniendo sus manos sobre mis hombros. "Si el problema es que sigue vivo, entonces lo colgaré y lo destriparé para que muera en una lenta agonía".

Whoa, reacción extrema.

Sin embargo, fue una reacción que me calentó la sangre.

"¿Qué?" Jadeé. "¿Cómo...?"

¿Cómo podía saberlo?

¡Ni siquiera había dicho nada!

"Actúas con angustia ante la mención de su nombre y el hecho de que vive. Eso me basta", dijo. "No necesitas decir nada. Sólo dime dónde puedo encontrarlo y morirá".

"Pero quiero decir algo", dije.

Se quedó callado.

Mis propias palabras me cortaron la respiración. No había estado preparada para hablar con

Arnina, pero sí lo estaba para hablar con este hombre extraterrestre. Era la simple diferencia entre una persona que se había ganado mi confianza y otra que la había traicionado.

Sin embargo, una parte de mí estaba totalmente aterrorizada.

¿Y si le cuento lo que pasó y me rechaza por ello?

Esperé a que dijera algo, pero no lo hizo, se quedó ahí parado y esperó.

"Significa mucho para mí que mates a un tipo por mí cuando ni siquiera he dicho que haya hecho nada", respondí. "Y francamente, se lo merece. Simplemente no quiero que lo mates".

De nuevo esperó, escrutando mi rostro.

¿Y si lo que hizo Bryan no fuera un crimen en el imperio de Zale?

Ese pensamiento se arremolinó en mis entrañas, mezclándose con la ansiedad que había allí como una sopa tóxica. Sería horrible. Pero, al mismo tiempo, si yo fuera Emperatriz, sería algo que podría arreglar.

No podría ser el tipo de Emperatriz que quería ser si pudiera confiar en mi marido.

"En la Tierra, legalmente lo que hizo se considera un delito", respondí. "Agresión y asalto por cuando me drogó contra mi voluntad, y violación".

Casi me dolió decir esa última palabra. Odiaba decirla, pero era la verdad.

Zale gruñó, echó las orejas hacia atrás y agitó la cola.

"¿Por qué no deseas que lo mate?", preguntó. "Forzar a otra persona a actos sexuales sin su consentimiento explícito se castiga con la muerte".

"¿Muerte?" pregunté. Estaba de acuerdo con él. Estaba muy de acuerdo con él. Pero una parte de mí se adelantó, queriendo hacer de abogado del diablo. "¿No deberían tener la oportunidad de arrepentirse o algo así? Vuestra cultura es violenta, he visto literalmente a Murder Kitty cargarse a tres tíos y nadie ha pestañeado. ¿Por qué la violencia sexual se trata de forma diferente?"

"La violencia en mi cultura se produce a través de desafíos formales o de la guerra. La violencia sexual es algo totalmente distinto. Una vez que una persona está dispuesta a cometer un delito así, lo hará una y otra vez", afirmó. "No se trata de que una persona sea torturada física y psicológicamente por otra. Es la promesa de toda una vida de causar daño a quienes les rodean".

El corazón se me aceleraba, la sangre me latía con fuerza en los oídos.

Toda mi vida me habían dicho que pusiera la otra mejilla.

Me habían dicho que tenía que ser amable, cariñosa y perdonar a los que me hacían daño.

Bueno, yo no creía en el perdón.

Perdonar a alguien que te hizo daño no te sirvió de nada ni a ti ni a ellos. Claro que dejar que el odio ardiera en ti tampoco ayudaba, pero el perdón era una evasiva sin sentido que hacía recaer en la víctima la responsabilidad de no sentir odio. Lo único que arreglaba el problema era que el agresor no volviera a hacer daño a otra persona de esa manera, que cambiara para ser mejor persona y que dejara en paz a sus víctimas anteriores.

Zale tenía razón.

Perdonar a alguien que abusaba y dañaba a otros era una absoluta gilipollez. Sólo significaba que saldrían y harían daño a otros.

Me encantaba la idea de que matara por mí, pero no era lo que yo quería. Lo que quería era ser lo suficientemente fuerte para conseguir justicia para mí.

"Esto no es algo que quiera que hagas por mí", dije. "Quiero tener el poder de lidiar con esto yo mismo".

Tras esa afirmación, respiré hondo y tembloroso.

En.

Fuera.

Esto no era algo que mi compañero pudiera hacer por mí.

Sólo el hecho de que se ofreciera, sólo el hecho de que viera mi pánico e inmediatamente buscara su solución, en lugar de enfadarse conmigo por reaccionar de esa manera o por ser incapaz de hablar - eso en sí mismo fue suficiente para poner una manta de peso en mi corazón.

"Sí", dijo.

Luego esperó a que yo hablara, a que me expplayara.

Cuando me expplayé, no me rechazó. No me apartó sólo porque un hombre humano hubiera decidido tratarme como a un objeto en lugar de como a una persona. No dejó que la cicatriz irregular que atravesaba mi mente le hiciera juzgarme. Simplemente se ofreció a eliminar la fuente del dolor.

Ahora que había rechazado su oferta de resolverme el problema, estaba esperando a que le dijera lo que quería.

Cada músculo de mi cuerpo se relajó mientras le sonreía.

"La Tierra es mía, ¿verdad?" Pregunté.

Pero, ¿qué significaba eso para él cuando se trataba del pequeño y viejo alienígena yo?

"Sí, es tuyo para que hagas con él lo que quieras", respondió. "Aunque, si decides no hacer nada, este planeta se volverá inhabitable. Requiere una gran corrección de su curso actual".

"¿Por qué?" Pregunté. "Sé que soy tu compañero, pero ¿por qué hacer esto? ¿Por qué comprometer a tu flota a tomar un sistema solar sólo para darme un planeta?".

"No es puramente desinteresado", respondió. "Quiero ver lo que harás con el poder. Así que te doy la oportunidad de demostrármelo. El modo en que avancemos con los privilegios de mi pareja dependerá de las acciones que tomes cuando te den el control de un planeta y una flota invasora".

"¿Qué significa eso exactamente?" pregunté. "¿Qué privilegios?"

"Nada que afecte a tu comodidad física o a tu libertad", dijo. "Sólo las libertades que te permitiré tomarte con mi pueblo. Si eres demasiado gentil para gobernar, no te pondré en posición de hacerlo".

"No sé lo que soy", dije, sacudiendo la cabeza. "Sólo soy una mujer de la Tierra que no sabe qué hacer con toda su rabia. Esta responsabilidad es inmensa y no sé si voy a meter la pata".

Guardó silencio un momento.

"Estoy seguro de que el Consejo de Reinas decidirá", dijo. "Los Shek'invitali están esperando en el borde del sistema como pedí. Si no deseas hacer nada, ellos se harán cargo. No eres responsable del bienestar de este planeta si no lo deseas".

Volví a respirar hondo.

No me sentía la persona adecuada para este trabajo.

Me sentí como un impostor.

Creía que habían pasado 400 años y que la Tierra había solucionado sus problemas. En lugar de eso, estaba justo donde la dejé, en medio de una gigantesca catástrofe medioambiental. Me dejaba decidir a mí, porque quería ver qué haría.

Quería ver cómo gobernaría.

Quería ver si yo tenía lo necesario para ser su igual.

Si quería que me viera como a una igual, tenía que actuar como tal.

No se trataba de dominarlo físicamente, ni de desafiar sus reglas, ni nada estúpido por el estilo: era un alienígena enorme y musculoso que se sentía atraído por una humana pequeña, blanda y débil en comparación, y esperar que yo fuera una máquina de matar era absurdo. Estaba

claro que me quería por lo que era, y esa persona de la que se enamoró era la mujer que se defendía, que golpeaba a un alienígena incluso cuando estaba rodeada, desnuda y completamente sola, sólo para asestar un golpe.

No, yo siendo su igual era yo siendo su igual en mi mente.

Tenía que enfrentarme a la parte de mí que había pasado meses hecha un ovillo debatiendo sobre mi propia muerte. Tuve que enfrentarme a esa parte de mí que había sido aplastada bajo el peso de la expectativa de mi sociedad de que, como mujer, debería estar agradecida de que un hombre deseara tanto follarme que me quitara la posibilidad de elegir.

Para ser Emperatriz, no podía dejar que mi viejo mundo se saliera con la suya.

Para ser Emperatriz, no podía tener miedo de actuar y hablar.

Era hora de ser fuerte.

La única diferencia era que ahora tenía poder real.

Como una gran potencia de fuego.

Yo tenía el mando.

Volví a respirar lenta y profundamente.

Tenía poder, pero no tenía conocimiento.

Por suerte, ser gobernante no significaba hacerlo todo uno mismo.

"No", dije. "Voy a hacerlo, pero necesito contratar a gente de la Tierra".

Había una espiral en mi corazón.

Sabía lo que tenía que hacer.

Este hombre estaba esperando que le mostrara quién era como persona. Me tenía como su pareja, pero quería saber si también podía ser su Emperatriz. Sólo había visto retazos de su cultura, pero lo que había visto era suficiente para saber qué tipo de comportamiento fomentaban en sus gobernantes.

Los que gobernaban lo hacían a través de la sangre.

"ME IMPORTA UN BLEDO TU CONSEJO DE REINAS", DECLARÓ MI COMPAÑERA, CON LAS MANOS EN las caderas y la mirada fija en la enorme pantalla y en el otro hoomon que aparecía en ella. "La Tierra es mía. Nuestro tratado es claro. Podéis tener acceso a ella. Podéis construir todo un centro de citas shek'invitali en cada continente si queréis, pero no tenéis nada que decir sobre lo que yo haga por lo demás hasta que me apetezca entregarla, lo cual no tiene fecha de vencimiento".

"No te vendría mal trabajar con otros", dijo. "Trabajar en grupo tiene mucho valor".

"También hay mucha basura", replicó mi compañero. "Ahora, el Emperador de Norratar, cuya flota tomó posesión de la Tierra, me ha dado el control total para hacer lo que quiera con este planeta. La Tierra me pertenece. ¿Vas a faltar a tu palabra y luchar contra mí por esto? No voy a echarme atrás, Princesa. Tienes a tus hijos en esa nave contigo. Dudo mucho que vayas a echarte atrás en esto".

Despiadada era lo que necesitaba en una Emperatriz.

La otra mujer suspiró, sacudiendo la cabeza en señal de derrota.

"Esto no es muy amistoso", dijo.

"No tengo por qué ser amable", replicó mi compañero. "Ser amable no me ha llevado a ninguna parte. Además, tú mismo firmaste el acuerdo. No sólo lo firmó tu Príncipe".

"Eso fue antes de que yo lo supiera", respondió. "Yo... nosotros... la mayoría de los humanos del mundo natal tienen familia que aún vive. No puedes reclamar el planeta como tuyo".

"Sí, puedo", gruñó mi compañero. "Cumpliré el acuerdo. Sin embargo, como un favor a usted, usted es bienvenido a tomar cualquier miembro de la familia que usted y su grupo quiere fuera del planeta. Sólo tienes que ser sigiloso al respecto".

La otra mujer dejó escapar otro suspiro exasperado.

"La gente se va a asustar si no eres amable", dijo. "No pueden soportar la verdad".

Mi compañero suelta una sonora carcajada.

"Eso es una sarta de tonterías. A la gente le parece bien la verdad. Lo que no soportan es que se les mienta durante décadas y luego se les engañe. Se merecen la verdad en bandeja", declaró mi compañero. "No voy a andarme con rodeos. Voy a arrancar la tirita con tanta fuerza que me voy a llevar todo el pelo".

"Eso no está bien..."

Mi compañero dio un manotazo al mando que puso fin a la videollamada.

"Vamos a tener que vigilar su flota", dijo. "Si se ponen emocionalmente nerviosos porque soy un culo duro con esto, podrían hacer algo estúpido".

"Tu culo es delicioso", gruñí. "Y en mi opinión, es bastante suave."

Su ceño se frunció y sonrió al mirarme. Estaba de pie junto a mi silla, junto a los mandos que

había añadido a la nave. Había insistido en que se subieran y bajaran para poder manejarlos tanto de pie como sentada, y cuando estaban en posición vertical, su silla se hundía en el suelo. Era un cambio agradable que había copiado a mi propia estación durante el vuelo.

Estaba aprendiendo rápido, como quedó claro en aquella llamada con la Princesa.

Había decidido aprovechar esta oportunidad.

Este fue enteramente su show.

"¿Qué vas a hacer ahora?" le pregunté.

"¿Ha vuelto ya el equipo?", preguntó.

"¿Cómo se averigua eso?" respondí, dejándola pensar en lo que tenía que hacer para obtener la información que me pedía.

Miró el panel que tenía delante y pulsó un control.

"Informe sobre la situación del equipo de salida", exigió al centro de operaciones cuando aparecieron en la pantalla frente a nosotros.

"¿El equipo de salida?", preguntó el agente de seguridad, con los ojos fijos en mí.

"El equipo especial de reconocimiento", le ofrecí.

Mi compañero seguía utilizando términos confusos para los míos.

"Sí, han regresado con el paquete a cuestas", confirmó el oficial de seguridad. "Ha sido entregado al sector de retención".

Dejó escapar un suspiro como si lo hubiera estado conteniendo y cerró la conexión con el centro de operaciones.

"Voy a hacer eso primero", me dijo.

"¿Tienes alguna orden para el equipo mientras tanto?" pregunté.

"Um, la flota puede mantener su posición, pero ya se les ha dicho eso", dijo. "Y ya he pedido ese único informe, ¿hay algo más que deba hacer?"

"El informe debe estar hecho cuando tú lo estés", respondí. "Hazles saber que querrás una presentación cuando acabes con tus asuntos".

Asintió con la cabeza y pulsó un botón.

"Braxlarth, informa a los oficiales científicos..."

"El equipo de científicos abducidos que habías sacado de la superficie del planeta," intervino.

"Informa a mi equipo científico abducido de que esperaré un informe en... eh... para que estén preparados cuando les llame", dijo.

"Sí, mi señor", respondió Braxlarth a través del comunicador.

"¡Ahora!" Se volvió hacia mí y respiró hondo. Luego vaciló, mirándome mientras se retorció las manos. "¿Estás seguro de que puedo hacer esto?"

"Puedes hacer lo que quieras", le contesté. "Yo te protegeré y te apoyaré. Todo lo que necesites es tuyo. Incluso esto".

Ella asintió.

"Es hora de ir a buscar un poco de bienestar emocional", dijo.

EL CORAZÓN ME RETUMBÓ EN EL PECHO Y SENTÍ NÁUSEAS.

Una parte de mí no podía creer que estuviera haciendo esto.

Nunca, ni en un millón de años, pensé que alguna vez tendría el poder de hacer algo así. Pensé que tendría que pasar el resto de mi vida sufriendo por saber lo que ese pedazo de mierda me hizo, lo que probablemente hizo a otros, y lo único que podía hacer al respecto era fingir que nunca había sucedido.

Legalmente, no tenía pruebas, así que no podía intentar que el sistema se ocupara de él, aunque fuera un sistema que se preocupara mucho por la violencia sexual.

Aunque lo hiciera, sólo le caerían unos años si tenía suerte. Lo más probable es que acabara con un tirón de orejas y un par de meses de libertad condicional.

Si intentara vigilarlo yo mismo, sería yo quien acabaría en la cárcel.

No me hacía ilusiones sobre mis propias habilidades o capacidades a la hora de batanear a ese mierda e intentar acabar con él yo mismo.

Así que me lo había tragado como una píldora envenenada.

Había dejado que manchara mi vida durante años. Me había lanzado a trabajar en el club de striptease, buscando algún tipo de redención en lo peor del lote, trabajando con algún ideal de tomar el control de mi propia sexualidad y encontrando en su lugar más odio y repugnancia.

Había evitado hablar de ello con Arnina en su totalidad, viéndola como una enemiga que le elegiría a él antes que a mí, cuando ella debería haber sido capaz de ver lo que me hacía daño sin que yo dijera toda la verdad en voz alta.

Nada de lo que hice fue saludable.

Y era porque había una podredumbre en mi corazón que no sabía cómo sanar.

No sabía si esto iba a curarlo, pero iba a asegurarme de que nunca pudiera hacerle a otra mujer lo que me hizo a mí.

Alargué la zancada, moviéndome más rápido mientras intentaba llegar a donde tenían al prisionero.

Aún me sentía un poco mal por haberle insinuado a Silvia que atacaría la nave donde estaban sus hijos. Tenía que disculparme con ella por eso.

Había sido una indirecta sucia, y lo sabía.

De ninguna manera iba a atacarlas. Las otras mujeres humanas que habían sido capturadas y criogenizadas como yo eran demasiado valiosas para mí. Además, todo el asunto del "niño" ponía la violencia completamente fuera de la mesa.

Aunque eso no significaba que no pudiera fingir ser un psicópata.

Era genial fingiendo ser un psicópata.

Era uno de mis métodos favoritos para hacer retroceder a un tipo. Siempre que tenía ese cliente trasnochado o madrugador que me esperaba en el aparcamiento y me pedía una "cita" mientras yo intentaba llegar a mi coche, me daba la vuelta y me volvía loca de remate con él. Gritando a pleno pulmón, ladrando, aullando, gruñendo... la mayoría de los hombres, aunque tuvieran malas intenciones hacia mí, no estaban preparados para enfrentarse a ese tipo de reacción.

Querían a las mujeres que se encorvaban y esperaban que desaparecieran solas.

O las mujeres que podían conseguir mientras estaban inconscientes.

Vaya, realmente tenía una mala opinión de los hombres humanos.

Eso es lo lamentable de las malas experiencias con un tipo de persona. Tienes suficientes malas experiencias repetidas con el mismo tipo de persona, y empiezas a asumir que todas las personas de ese tipo serán un nivel similar de bolsa de mierda.

La puerta se abrió y entré en la habitación.

Hablando de bolsas de mierda.

Cuatro marines espaciales elfos felinos estaban allí de pie, y entre ellos, Bryan arrodillado, con las manos aseguradas detrás de él y atadas a los tobillos. El pánico de su rostro se transformó en un alivio confuso cuando me vio.

"¡Tú!", jadeó.

Maldita sea, era yo.

Pero había alguien más en la habitación.

De pie en el borde de la habitación, lejos de los soldados elfos felinos, había una mujer de pelo castaño que intentaba encogerse contra la pared para volverse invisible. Tenía ojeras de maquillaje de ojos de mapache que no se había quitado antes de dormir. Llevaba una camiseta y ropa interior, y no llevaba pantalones.

Llevaba la ropa interior del revés.

Se me encogió el corazón al saber exactamente lo que estaba viendo.

Ese pequeño despiste o el hecho de que no se había preparado para pasar la noche en algún sitio... y dado que había estado con Bryan...

"¿Qué hace ella aquí?" Pregunté a los soldados, señalándola, esperando que la respuesta fuera algo totalmente distinto de lo que sabía que sería.

"Nos dijiste que trajéramos pruebas", dijo uno de los elfos gato.

"Me refería a cualquier sustancia tirada al aire libre o fotos raras o cosas así", dije. "Eso es una persona. No una prueba".

"El escáner de salud muestra la droga en su sistema que nos dijiste que buscáramos", respondió el mismo elfo felino.

"Mierda", dije.

"¡Lorelei! ¡Dime qué está pasando!" Bryan exigió, su voz subiendo de tono.

"Amordázalo o algo". Le hice un gesto con la mano mientras me acercaba a la asustada mujer.

Podía esperar.

"Hola", dije mientras me acercaba a ella lentamente. "Soy Lorelei. Estás a salvo aquí. Apuesto a que no recuerdas mucho de anoche."

Se inclinó hacia mí como si fuera un fuego en una noche fría mientras asentía.

"No, no tengo ni idea de lo que pasó anoche. Debo haber bebido demasiado. ¿Por qué hay elfos?", susurró. "¿Por qué tienen cola? ¿Y por qué cantan?"

Esto fue mucho.

Me invadió una oleada de culpabilidad, la dejé fluir y me dejé llevar. Sí, me sentía culpable por no haber hecho más para poner en evidencia a ese capullo y que no pudiera acercarse a otras chicas. Sí, me sentía culpable por no haber intentado apartar a Arnina de él. A saber qué clase de relación era aquella, si es que ella se acordaba de todo.

Esta mujer de aquí estaba en ropa interior del revés y una camiseta sin sujetador.

Parecía despeinada, confusa, incómoda, y estaba de pie en una posición ligeramente encorvada, como si le doliera el cuerpo.

No tenía chip traductor y no entendía lo que cantaban los chicos gato.

Así que estaba racionalizando el absoluto vacío que yo sabía que era su recuerdo de la noche anterior. Por supuesto, supondría que era algo que había estado bajo su control, como haber bebido en exceso. Si era eso, entonces era parcialmente su culpa, ¿verdad? Era algo que podía haber evitado, ¿no?

Maldición.

Nunca había querido hacer esto.

Pero aquí estaba yo, la mujer con el poder para detenerlo.

Primero, tuve que dar la horrible noticia.

Por primera vez en mucho tiempo, deseé ser un suave, cálido y cariñoso montón de humo femenino que supiera estar ahí para los demás con algo más que chistes groseros y técnicas humorísticas de distracción.

"Vale, esto es una mierda, y siento tener que decírtelo, pero estoy bastante seguro de que ya lo sabes", dije, haciendo una larga pausa.

¿Debería abrazarla?

Necesitaba una taza de té y una manta suave para esto, y todo lo que tenía era a mí.

Era yo.

Así que lo solté todo lo más rápido posible, mis palabras tropezando consigo mismas en mi urgencia por soltarlas. "Este imbécil de Bryan te drogó anoche. No fue culpa tuya. Él es el único responsable de sus actos. Tú no eres responsable de que se aprovechara de ti. Lo que te hizo a ti, me lo hizo a mí, y como es un serial..."

Respiré hondo y me detuve en la palabra.

Tenía que decirlo.

Era real. Tenía que decirlo.

"Como es un violador en serie, voy a asegurarme de que se le haga justicia, para que puedas estar tranquila de que no volverá a hacérselo a nadie. No necesitas estar aquí para esto. Puedes volver a la Tierra si quieres, o puedes quedarte aquí y dejar que nuestro equipo médico cuide de ti", terminé.

"Yo no... no puedo..." Respiró hondo y se miró los pies descalzos. Luego me miró de nuevo con su pesada con un nivel de confusión y agotamiento. "¿Qué quieres decir con volver a la Tierra?"

"Oh, estás en una nave espacial", dije. "¿Necesitas un abrazo? No soy bueno en esas cosas, pero puedo darte un abrazo si te ayuda".

Me parpadeó.

"Por favor, no me toques", dijo.

En ese momento. Asentí, reconociendo su necesidad claramente definida de no ser tocada.

No quería estar haciendo esto.

Ese pensamiento me vino a la cabeza, seguido de una oleada de alivio.

No quería ser esa persona porque no la había necesitado.

Me había preguntado, durante años, si habría sido capaz de hablar, de pasar por todo eso, de ponerle fin si hubiera tenido a esa persona, la que te daba abrazos y te ayudaba a pasar por todo, pero habría hecho lo mismo que hizo esta mujer.

Yo lo habría rechazado.

No quería los abrazos ni la compasión.

Lo que necesitaba era una amiga que tuviera palas en el maletero de su coche y una actitud de vida o muerte. No necesitaba a alguien que me cogiera de la mano. Necesitaba a alguien dispuesto a sostener la linterna.

"Estoy a punto de matarlo", dije.

Se quedó allí, en silencio, mirándome.

Abrió la boca y volvió a cerrarla.

Bryan emitió un gemido ahogado en el fondo, pero ambos le ignoramos.

"¿De verdad?", preguntó en voz baja. "¿No irás a la cárcel por eso?"

Le sonreí.

"Hola chicos", giré la cabeza para mirar a los cuatro soldados. "Si mato a este macho humano delante de vosotros, ¿supondrá un problema?". Luego miré hacia la puerta donde acechaba mi compañero. "Oye, Emperador, ¿vas a encarcelarme?"

Los soldados rieron en respuesta.

"Eres la soberana de la Tierra, mi amor", me respondió el Emperador, serio a pesar de mi tono bromista. Probablemente su traductor no manejaba las bromas. "Tú eres la ley aquí".

Me volví hacia la mujer y la vi confusa.

"Yo tengo un chip traductor, y ellos tienen un traductor en la pulsera, así que todos pueden entenderte, por cierto", le expliqué. "En cuanto a lo que dijo, el Emperador dijo, yo soy la ley y puedo hacer lo que quiera".

Sus ojos se abrieron aún más, algo que no creía posible.

Realmente estaba asustando a esta chica.

"¿Por qué?", dijo ella, con tono tenso.

La parte de mi cerebro que tenía un poco de humor malvado decidió que era hora de sembrar el caos en su camino. La verdad, expuesta sin rodeos, fue como un mazazo.

"Porque soy su madre y los tentáculos de su polla me eligieron a mí", dije, sin poder evitar que una sonrisa asomara por la comisura de mis labios.

Su boca se abrió y cerraba como la de un pez.

Oh, ahora necesitaba escapar antes de que se asustara de verdad.

"Bien, esto está tomando demasiado tiempo. Siento mucho que estés en un estado frágil, y sé perfectamente en qué estado te encuentras y todo eso, pero no quiero revivir todo eso siendo empático y consolándote, así que vas a tener que hacer esto por tu cuenta, pero con una atención médica mucho mejor." Me aparté de ella. "Uno de vosotros cuida de esta humana. Trátadla como a un huésped valioso, y haced que un médico la revise. Llévala de vuelta a la Tierra cuando ella quiera".

Uno de los soldados se separó inmediatamente del grupo como un castor ansioso y se dirigió hacia la mujer.

Ella le miró, con los ojos tan abiertos que el blanco podría iluminar la habitación.

"Probablemente debería volver", dijo.

Cierto, probablemente debería advertirle de eso también.

"Para contextualizar mejor lo de volver a la Tierra, puede que dentro de poco haya disturbios o algo así en la Tierra", dije. "Voy a hacer alguna locura de primer contacto, y luego voy a volar

un montón de edificios y cosas por el estilo. Francamente sería más seguro que te quedaras aquí un rato, y luego puedes volver a bajar cuando quieras. Haz lo que quieras. Aquí estás a salvo, y si necesitas un sitio donde quedarte, te tengo todo el tiempo que quieras".

No la conocía, pero se trataba de un gran barco, y al hacer aquel ofrecimiento sentí como si por fin saldara mi deuda, la injusta deuda que había contraído conmigo misma por no haber intentado al menos detenerle cuando me hizo daño.

Había una cosa más que podía ofrecerle.

"Si quieres, puedes apuñalarlo o profanar su cadáver si quieres", dije. "Y sólo en caso de que usted está confundido acerca de la moral o lo que sea, no me ataque o estos chicos gato absolutamente te pown".

Le entregué uno de los cuchillos que había guardado en mis botas nuevas, hechas a medida durante el viaje a la Tierra, con un bonito portacuchillos.

Me aparté de ella.

"¿Chicos gato?", dijo el soldado pelirrojo a su lado.

Es curioso que se confundan y no pown.

Me preguntaba si su traductor podría manejar el argot o no.

Me encogí de hombros.

Tenía una tarea que cumplir.

Podría haberme tomado el tiempo de darle a esa mujer un abrazo y una taza de té, y haber hecho todo eso del kumbaya, pero sabía que si hacía una pausa en mi misión, si me apartaba para tomarme un minuto para consolar y mimar a otra persona, no sería capaz de hacerlo.

Podía cuidar de sí misma.

"No quiero irme", dijo detrás de mí.

"Entonces quédate", le espeté, señalando con la mano al soldado que ahora se cernía a su lado. "Pero no creo que te vaya a gustar lo que vas a ver".

Volví a cruzar la habitación hacia el prisionero arrodillado, sin pensar en la mujer. Merecía estar aquí y presenciar esto tanto como yo. No iba a quitárselo, aunque fuera algo que se hiciera mejor sin testigos.

También me había planteado retransmitirlo a todo el mundo con un mensaje del tipo "buhahahaha soy vuestro gobernante, voy a por vosotros, violadores de mierda", pero había tirado esa maniática idea a la basura.

No necesitaba precipitarme mientras mi cabeza estaba en este espacio.

En lugar de eso, seguiría con el plan de poco o ningún testigo. De todos modos, sería más fácil hacerlo si no estuviera intentando convencer a un público de que tengo razón y de que deben apoyarme en mi sed de sangre.

Definitivamente no quería avisar con antelación a la población masculina de la Tierra que no tiene las habilidades sociales básicas para mojarse la polla de que iba a meter la pata hasta el fondo.

Probablemente iban a lanzar suficientes marines espaciales contra la nave tal y como estaba.

Dudé.

Iba a tener que averiguar cómo tratar a los prisioneros de guerra que legítimamente pensarán que estaban defendiendo el planeta. No había forma de que los grandes gobiernos del planeta se quedaran de brazos cruzados y me dejaran hacer lo que tenía que hacer.

Iba a necesitar una dura campaña en las redes sociales.

Necesitaba poner a la población general de mi lado en la medida de lo posible.

Si les gustara lo que hago, sería más difícil para los gobiernos oponerse a mí.

Aunque la mayoría de los gobiernos ejercían un férreo control sobre sus poblaciones, aún quedaba algo que decir sobre la opinión popular y la amenaza de las masas. El objetivo de cualquiera de los gobernantes de la Tierra era mantener a sus poblaciones atemorizadas y dispuestas a someterse al control. Iba a tener que combatir ese miedo y equilibrarlo con aspectos positivos.

O podría mandar a la mierda todo lo que había que mandar a la mierda y luego irme.

Esto iba a ser mucho trabajo.

Volví a centrarme en el momento presente, gratamente sorprendida de haberme perdido tanto en el enorme proyecto que tenía delante que me había olvidado de mi momento de venganza personal. Era como si Bryan no importara.

Él no importaba.

No importaba si lo mataba o lo dejaba ir.

Al menos, no para mí.

Zale me observaba desde el otro lado de la habitación. Podía sentir el calor de su mirada como una manta de peso sobre todo mi cuerpo. Su apoyo era silencioso y firme. Me sentía segura. Era el tipo de relación, la forma de sentirme en una relación, que siempre había deseado, pero que hacía tiempo había pensado que nunca podría tener.

Había llegado al punto de pensar que era un mito.

Ese amor era algo que otras personas fingían tener.

Pero esto, aquí y ahora, era lo auténtico.

Este hombre, este alienígena poderoso, cariñoso, posesivo y protector, me estaba esperando en silencio, pero sin interferir. Me apoyaba. Se alegraba de quedarse atrás y verme alcanzar esta meta, pero se aseguraba de que fuera una meta a mi alcance.

Me levantó y apoyó mis sueños.

Incluso cuando implicaban asesinato.

Si yo quisiera, lo haría por mí.

Pero era algo que necesitaba hacer por mí, pero también por algo más que por mí.

No se trataba sólo de lo que mis acciones significaban para la sociedad.

Se trataba de lo que mis acciones significaban para mí.

Se trataba de lo que estaba dispuesto a hacer a mis enemigos. Se trataba de lo que estaba dispuesto a hacer con el poder. Pero incluso con el peso de todo eso, necesitaba hacer esto por mí mismo.

Necesitaba hacer esto para convertirme en el tipo de mujer que necesitaba ser para hacer las cosas. Era hora de dejar de pasarme años evitando mis problemas.

Si no pudiera hacer justicia por mí mismo, ¿cómo podría pensar en cuidar de un planeta?

Era hora de seguir hasta el final.

Respiré hondo y me volví hacia Bryan.

"Bien", dije. "Bryan."

Emitió un sonido aterrorizado, con la mandíbula apretada.

Por un momento, no pude entender cómo le habían amordazado. Entonces me di cuenta de que tenía un pequeño dispositivo en la mejilla. Por un momento, consideré quitárselo.

Ese momento pasó rápidamente.

No necesitaba escuchar nada de lo que este pedazo de mierda tenía que decir.

Saqué el cuchillo de la funda que llevaba atada a la pierna.

Bryan hizo otro ruido sordo.

Había pasado mucho tiempo pensando cómo quería hacerlo. La esclusa y una pistola eran

opciones perfectamente válidas, pero había preguntado a mi compañero cuál era la opción normal para su especie. Si iba a ser la emperatriz de su pueblo, quería asegurarme de seguir sus costumbres en la medida de lo posible.

Ya sabía que agitaría las cosas lo suficiente.

Aun así, su costumbre implicaba mucha ceremonia, y yo no podía hacer mucho.

Agarré el cuchillo con fuerza en la mano y me acerqué a Bryan.

"Bryan, voy a ejecutarte ahora", dije. "Ya sabes por qué."

Dejó escapar un grito mientras intentaba alejarse de mí, con los ojos lo suficientemente abiertos como para mostrar el blanco de los mismos.

No lo he sacado.

Puse la punta del cuchillo contra su pecho.

Antes de que pudiera empujar, se abalanzó hacia un lado, arrancándome el cuchillo de la mano mientras caía al suelo. Por un momento, sentí un asco absoluto al verle allí, indefenso y atado. Eso era lo que me había hecho. Me había dejado indefensa, incapaz de defenderme, incapaz siquiera de recordar lo que había hecho, de modo que cuando intenté hablar de ello, lo único que sentí fue miedo e impotencia.

Si lo hiciera así, me pasaría lo mismo que a él.

Cogí el cuchillo.

"Suelta sus ataduras", ordené.

Nadie me contradijo. Nadie argumentó que debía hacerlo de otra manera. Mi compañero no dijo nada desde la puerta.

Los soldados le desataron rápidamente, le quitaron la mordaza electrónica y retrocedieron.

Sólo estaba yo con un cuchillo y el hombre al que iba a matar.

Además de cuatro soldados alienígenas gargantuescos entrenados y un hombre que me había dado las cabezas de mis enemigos en una caja. Puede que le haya dado al hombre la pretensión de una oportunidad, pero no tenía ninguna posibilidad de hacerme daño de verdad sin que ellos intervinieran para detenerlo.

Realmente no quería hacer esto con él atado e indefenso.

"¡Perra loca!" jadeó Bryan mientras luchaba por ponerse en pie. Debería haber sido más específico con los guardias y decirles que sólo le quitaran las ataduras de los pies y las manos, no la que lo amordazaba. Realmente no se merecía estas últimas palabras. "¡Yo no te he hecho nada! ¡Eres una maldita mentirosa! Sólo eres una zorra loca que estaba obsesionada conmigo y no podía soportar el hecho de que lo único que yo quería era a otra persona".

Me asaltó esa vieja vacilación familiar.

Esa duda, esa incertidumbre de que tal vez él tuviera razón, tal vez yo me lo había inventado todo en mi cabeza, y la historia que le había contado a todo el mundo era la verdad, que yo me había emborrachado y me le había insinuado y me había quitado la ropa y me había quedado dormida en su cama.

Que tal vez yo era el villano.

Mis ojos se desviaron hacia la mujer que estaba en ropa interior junto a la pared.

Los soldados habían dicho que el escáner médico mostraba que su organismo aún tenía restos de la droga que les pedí que buscaran. Si sólo hubiera sido yo, no le habría pasado a otros.

Si todo esto fuera producto de mi mente loca y desordenada, ella no estaría aquí.

Mi mente repasaba cada momento con este tipo.

Mostró pequeños gestos de disgusto y desdén hacia mí cada vez que interactuaba con él. La forma en que me invitó a una fiesta, diciendo que Arnina iba a estar allí, pero luego no estaba, y

cuando le envié un mensaje de texto, me dijo que no había oído hablar de ella. La forma en que me había dado esa botella de cerveza, ya sin la tapa.

"Nadie aquí te escuchará", dije en voz baja, mis palabras manteniendo el duro filo de mi certeza, empuñando el cuchillo. "Tus palabras son vacías. Un hombre que traiciona la confianza sólo para poder utilizar a los demás para su propio entretenimiento no tiene influencia aquí. Puede que hayas sido capaz de convencer a la gente en la Tierra porque la gente tiende a besar el culo a los hombres que se ponen histéricos con sus emociones y creen que gritar equivale a decir la verdad, pero estos tipos de aquí... ¿sabes lo que piensan de ti?".

Bryan se me quedó mirando.

Nunca había hablado antes.

Le conté a Arnina la versión desinfectada de lo que me había hecho, había empezado a contárselo, incapaz de darle toda la historia detallada de lo que había sido despertarme en su cama, y en su lugar opté por decirle que se me había insinuado, y que ella había acudido a él para que se lo confirmara.

Cuando reaccionara soltando la misma mierda que me acaba de soltar aquí, me callaría.

Me apagaría.

Pero ya no había forma de parar.

Iba a terminar esto.

Necesitaba regalarme una cabeza en una caja.

"¿Por qué la dejáis hacer esto?" Bryan había encontrado su voz de nuevo, y se dirigía a los soldados. "¡Está jodidamente loca!"

Qué idiota.

Estaba tan acostumbrado a que los hombres le complacieran sólo porque todos tenían pollas en los pantalones que pensó que su tarjeta de camaradería masculina funcionaría con los parecidos a Inuyasha.

"No piensan nada de ti, ¿verdad?". Miré al soldado pelirrojo que estaba junto a la mujer en ropa interior. "¿Qué piensan de él?"

El soldado resopló.

"Si vas a matarlo, hazlo de una vez. Esta mujer necesita ir al médico", respondió.

Sonreí.

Me encantó que el Emperador se rodeara de gente que dijera lo que pensaba.

"Dice que debería acabar con esto de una vez", traduje mientras me acercaba a Bryan.

"Así que eso es lo que voy a hacer".

"¡No!" Bryan gruñó y se abalanzó sobre mí, alcanzando mi mano con el cuchillo.

Se la retorcí, cortándole las palmas mientras me agarraba la muñeca.

Incluso con las manos cortadas, me tiró hacia él; hacia el cuchillo en mi propia mano que él me estaba devolviendo.

Empujo mi otro puño cerrado hacia delante.

Algo brotó de mí.

El espacio entre mis nudillos ardía y se desgarraba. Sentía como si hubiera serpientes deslizándose bajo mi piel, envolviéndose alrededor de mis huesos para apuntalarse, un esqueleto adicional envuelto alrededor del mío que me sujetaba de la cabeza a los pies antes de extenderse fuera de mí.

Mi osae finalmente había decidido emerger.

"¡Malditas garras de glotón!" Grité. "¡Por fin!"

Bryan tosió, la sangre le brotó de la boca y le goteó por la barbilla.

Levanté el brazo.

Los cuatro tentáculos se habían extendido desde mis nudillos y atravesaban el pecho y la garganta de Bryan. Al levantar el brazo, pude levantarlo del suelo con el extremo de mis tentáculos en forma de daga utilizando la fuerza que me daban al formar parte de mí para siempre.

Sacudí la mano y lo tiré al suelo.

Estaba hecho.

"¿Puede controlar su osae?", murmuró uno de los soldados mientras todos se apartaban un paso de mí.

"Sí", respondió el Emperador. "Los hoomons pueden controlar sus osae. Este hecho permanece en secreto por ahora".

"Sí, señor", respondieron los soldados.

Oh, mira, ¿quién era el alienígena que daba miedo ahora?

Volví a centrar mi atención en el moribundo que tenía delante.

Por un momento, me quedé allí, escuchando los jadeos estrangulados del hombre al que había odiado durante tanto tiempo, y el goteo constante de la sangre que corría por mis tentáculos. Pensé que sentiría más que esto. Pensé que sentiría toda la intensidad de mi odio o la furiosa agonía cuando me diera cuenta de que Arnina le había creído a él en vez de a mí.

Pensé que verlo morir me curaría.

Pensé que me sentiría mejor.

En lugar de eso, me sentí tranquilo.

Me limpié con cuidado los tentáculos en la camisa de Bryan y luego volví a atraerlos hacia mí.

Volvieron a deslizarse bajo mi piel, sin dejar más rastro que los cortes que cicatrizaban rápidamente entre mis nudillos.

Me aparté del cadáver.

Sólo era un demonio. Eliminar una sola mancha de oscuridad de un mundo lleno de mierda y sufrimiento no era más que una gota de agua en un cubo. No tendría ningún impacto real en nadie más que en mí y en las futuras mujeres a las que hubiera dañado.

Ignoré a la otra mujer de la habitación.

Sabía que no todo el mundo estaría de acuerdo conmigo.

El hecho era que las leyes que protegían a hombres como Bryan de una venganza como ésta habían sido creadas por hombres como Bryan, hombres que creían que un crimen que dejaba a la víctima viva y relativamente intacta físicamente no era en absoluto un crimen. Eso nunca me había sentado bien.

La rabia y la ansiedad que habían supurado en mí a lo largo de los años como consecuencia del ataque de Bryan no eran menores. Había una razón por la que los ejércitos antiguos utilizaban la violación como estrategia de guerra: destruía el corazón y el alma de la población, obligando a las personas que la recibían a pasar el resto de sus vidas viviendo con las secuelas de un acto perpetrado con odio.

Nunca había sentido odio antes de Bryan.

Lo conocía como concepto, pero nunca lo había sentido.

Si tenía razón o no en mi decisión de acabar con la fuente de mi odio, si los demás me juzgarían o no por acabar con una vida porque una mañana me desperté en una cama, desnuda, sin saber cómo había llegado hasta allí... nada de eso importaba.

Lo único que importaba era que ahora tenía el poder de hacer algo al respecto.

Al hacerlo, al ponerle fin, por fin sentí que, por primera vez en mucho tiempo, había hecho lo correcto. Por fin me había ocupado de ese cabo suelto que había sentido como mi responsabilidad.

Había sabido lo que me hizo.

Sabía lo que hacía a los demás.

No había podido hablar.

Pero había sido capaz de matar.

Y ahora, por primera vez en mucho tiempo, me sentía... tranquilo.

"Estoy listo para hacer la transmisión ahora", dije.

Sabía, sin la menor sombra de duda, que podía hacerlo.

Si pudiera cuidar de mí mismo, podría cuidar del mundo.

"Ya estoy listo para hacer la emisión", repetí, con una sensación de alegría feroz recorriéndome por dentro.

"¿Qué emisión?", preguntó la otra mujer.

"Voy a transmitir a todo el planeta y avisarles de lo que voy a hacer", dije. "Hay algunos lugares que necesitan ser evacuados y cosas por el estilo antes de que los vuele por los aires".

"¿Por qué vas a volar cosas?", preguntó.

Respiré hondo y miré al techo.

¿Por qué iba a hacerlo?

La calma que había en mí se llenó de una certeza que se sentía demasiado cercana a la manía.

Me hizo reflexionar.

Era hora de dejar de tomar decisiones precipitadas.

"¿Sabes qué?" Dije. "Debería tener una segunda opinión sobre esto antes de ponerme en plan antihéroe con todo el planeta. ¿Tienes una formación en estudios ambientales o algo así?"

"No...", respondió ella.

"Bien", dije, temblando por la intensidad de todo lo que estaba sintiendo. "Ya tengo a los frikis trabajando en lo que necesito destruir. Necesito a alguien que no tenga ni idea de lo que está pasando para ejecutar mi plan, así me aseguro de que no es una super locura. ¿Por qué no te lavas y te traigo algo de ropa? Luego podemos sentarnos para que pueda tener la opinión de una segunda persona normal".

"Oh... vale", dijo ella.

Oh, debería hacerle saber algo más.

"Además, si te follas a los elfos espaciales, te salen tentáculos y te quedas embarazada", le dije.

"Yo no...", balbuceó, ruborizándose.

"Lo que necesites, chica", continué. "Además, los alienígenas cachondos también te dejarán preñada, para que lo sepas. Todos ellos deberían llevar etiquetas de advertencia. Quizá cuando les deje montar su centro de citas ordene que todas las Norratar y Shek'invitali tengan que llevar trajes con advertencias de embarazo".

Me miró como si estuviera loca de remate, con los ojos gigantes y los lados de los labios dibujados horizontalmente hacia atrás. Tenía los párpados superiores levantados, dejando al descubierto el blanco de las pupilas, y los inferiores tensos.

No sabía cómo mejorar esto.

Se despertó tras ser drogada, fue secuestrada por un duende gato gigante y luego me vio asesinar a alguien con tentáculos saliendo de mis nudillos. Luego simplemente le advertí de que los alienígenas querían tirársela. De ninguna manera iba a ser yo quien la calmara.

Sería mejor si me sacara a mí mismo de esta ecuación.

"Tomo anticonceptivos", dijo.

"Bien por ti, chica lista", asentí. "Ahora ve a asearte. Voy a escribir un guión".

Quería salir de aquí.

Necesitaba hacer algo con toda la locura que se apoderaba de mí.

"¡Espera!", dijo.

¿Qué necesitaba ahora?

"¿Cómo se llama?", señaló al macho moteado que tenía al lado.

"Pregúntale", puse los ojos en blanco. "Él puede entenderte bien".

Luego salí de allí, con la impaciencia picándome en la piel. Acababa de deshacerme de mi demonio, y el acto me había puesto al borde de la excitación. Necesitaba correr. Necesitaba hacer algo.

Quizá no esperaría.

Tal vez volaría todas las sedes de gobierno del planeta.

MI COMPAÑERO ESTABA AGITADO.

Podía verlo en la forma en que acechaba por la nave, sus osae deslizándose dentro y fuera de sus nudillos como si quisieran agarrarse a algo o a alguien.

Me necesitaba.

"¿Y si simplemente destruyo todos los edificios gubernamentales del planeta?", dijo, con la tensión de su cuerpo irradiándose en su voz. "Deshazte de toda la gente que ha estado fallando a todos en el planeta. Lo único que les importa es su propio poder. ¿Y si se lo quito todo? Puedo hacerlo, ¿verdad?"

"Sí", retumbé. "Puedes hacer lo que quieras con este planeta".

Extendí la mano y la bajé por su brazo, cogiéndola entre las mías. Su osae rodeó mi muñeca y subió por mi antebrazo. La sensación era inusual. Me invadió una oleada de deseo que hizo que mi masculinidad se hinchara y engrosara.

Lo ignoré y la incomodidad que me causaba el roce con los pantalones.

Mi compañero me necesitaba en más aspectos que el físico.

"Te pregunto, sin embargo, ¿es eso lo que realmente crees que ayudará?". Pasé mis dedos por su osae y ella se estremeció ligeramente, relamiéndose los labios, sus ojos bajando hacia donde nos tocábamos. "¿Crees que el equipo que reuniste para asesorarte en este asunto no es útil hasta el punto de que ahora estás dispuesta a actuar sin tenerlos en cuenta?"

Se puso rígida al oír mis palabras y sus ojos volvieron a mirarme a la cara.

"Dijiste que podía hacer lo que quisiera", dijo.

"Como puedas", reafirmé. "Mi flota, su potencia de fuego, mis soldados - son todos tuyos para comandar".

"¿Entonces qué dices?", preguntó ella, con voz suave.

Tiré suavemente de su osae, acercándola a mí. La rodeé con los brazos. Se relajó en mi abrazo y se dejó caer sobre mí mientras levantaba la cabeza para mirarme a los ojos.

"La forma en que te sientes ahora, la energía que te recorre, ¿te ha servido de algo actuar impulsivamente con ella en el pasado?". le pregunté.

Sacudió la cabeza.

"Sé lo que me estás preguntando", dijo. "Sé que tomar decisiones precipitadas de las que no me puedo retractar, que afectan a tanta gente, probablemente no sea lo mejor, pero ¿qué es mi planeta para ti? ¿Te importa si estropeo las cosas con la Tierra?"

"No", respondí. "Si quisieras destruir el planeta, no te lo impediría. Pero eso influiría en los poderes míos que comparto contigo: no podría ponerte en situación de dañar a mi pueblo cuando sintieras el impulso".

"No quiero el poder para hacer daño a tu gente", dijo.

"¿Pero quieres hacer daño a los tuyos?" pregunté.

Guardó silencio durante un largo momento.

"Sí", respondió ella.

Luego dio un paso atrás y se apartó de mis brazos. La solté. Me dedicó una sonrisa tentativa y empezó a caminar por la nave. Caminé a su lado, dejando que me guiara en silencio mientras se concentraba en sí misma, sumida en sus pensamientos. Me condujo a nuestro dormitorio.

Cuando la puerta se cerró tras de mí, se volvió de nuevo hacia mí.

"No sé qué hacer con toda esta rabia que siento", dijo. "Pensé que desaparecería con la muerte de mi enemigo, pero no ha sido así. En cambio, sigue hirviendo, y todo lo que puedo sentir es odio hacia los sistemas y las personas que sirven a estos monstruos, que condujeron a su violencia en primer lugar. Este odio me abruma, pero no es lo que quiero para tomar mis decisiones. No quiero que me consuma. No quiero dejar que mi ira dicte mis decisiones. Pero es poderosa. Quiero usarla. Quiero usar el poder que me da".

"¿Quieres alimentarte de la energía que generan tus emociones fuertes?". pregunté.

Ella asintió.

"Pero a veces se me escapa". Me miró con ojos enormes, brillando con el fulgor de la autoconciencia crítica. "¿Cómo puedo evitarlo?"

Era tan hermosa.

Me tomé un momento para mirarla, para atraerla realmente y ver a la mujer que había elegido como compañera, que había sido elegida por el simbiote que prolongaba mi vida y me fortalecía hasta lo más profundo de mi ser.

Podía verse a sí misma.

Y lo que es más importante, estaba dispuesta a verse a sí misma.

Enfrentarse al interior, ver las pruebas y tribulaciones internas de la mente que masticaba el corazón, era imposible para muchos. Era fácil mirar hacia fuera y culpar al mundo y a los demás, porque a menudo eran la causa del sufrimiento. Pero, al mismo tiempo, saber que el sufrimiento estaba causado por factores externos y reconocer tu propio poder para controlar cómo reaccionabas ante ellos eran dos cosas distintas.

Era fácil devolver el golpe.

También era fácil poner la otra mejilla y negarse a luchar por miedo.

Lo difícil era reconocer que había más opciones. La energía generada por el miedo y la ira podía utilizarse, podía moldearse, podía alimentar un esfuerzo mayor que tuviera la oportunidad de cambiar las cosas a mejor.

Dejar que la mente sea dirigida por esa energía sólo garantizaba la creación de más de ella.

"Tú eres quien manda aquí", le dije. "Puedes destruir, pero con cada destrucción creas nuevas heridas, nuevas semillas de odio como las que llevas en el corazón. Si vas a destruir, tienes que planificarlo con cuidado y asegurarte de que eliminas el parásito de raíz, en lugar de alimentar el nuevo crecimiento. Si todo lo que haces es destruir la cabeza, al cuerpo le crecerá una nueva".

Respiró hondo, llevando esa información a la base de su ser.

La expresión de su rostro cambió.

Todo su lenguaje corporal cambió.

En lugar de estar rígida y tensa, se relajó y se movió con fluidez por la habitación, con los ojos fijos en los pensamientos que tenía en la cabeza mientras resolvía lo que quería hacer a continuación.

"Lo que realmente necesito es cambiar la opinión pública para que esté en consonancia con la

supervivencia a largo plazo de la raza humana, en lugar del consumo rápido de, bueno, de todo, y la destrucción de un clima confortable", dijo. Suspiró, se acercó a la cama y se tumbó de espaldas, mirando al techo.

"Para ello necesito mucho más que acabar con mis enemigos y destruir las grandes empresas causantes de la mayor parte de los problemas", continuó. "Necesito conocimientos. Necesito averiguar qué estaban haciendo aquí esos alienígenas grises. Tengo que desplegar disruptores a tiempo completo, tanto caras públicas como personas que puedan configurar bots para dejar comentarios en todas las plataformas." Se cubrió la cara con ambas manos. "Va a ser mucho trabajo".

Esta era la mujer que anhelaba.

El tipo de mujer que puede pasar de un estado de conflicto interno a la autoconciencia y a la planificación a gran escala.

"No tienes que hacer el trabajo", le señalé, dándole la salida. No era un trabajo que tuviera que hacer. Sería una práctica esencial para ella si pretendía involucrarse en la política de mi especie, pero nada de eso era necesario. Podía sentarse en un trono dorado y dejar que yo me ocupara de ella si lo deseaba. "Puedes irte. Podemos volver a mi mundo natal, y puedo mostrarte la belleza que ofrece mi pueblo".

Me senté en la cama a su lado, inclinándome sobre ella con una sonrisa.

Se apartó las manos de la cara, con los ojos encendidos al verme encima de ella.

"Sí", dijo. "Una vez que sienta que he hecho todo lo que puedo. No puedo dejar pasar esto y alejarme del planeta que me creó. Tú y todo tu mojo de Emperador Espacial me disteis el poder de hacer algo con todo esto, así que voy a hacer algo, joder".

Levantó la mano y me empujó ligeramente el pecho.

Puse mi mano sobre la suya, atrapándola contra mí.

"¿Hay algo más que quiera hacer con su poder, mi Emperatriz?" le pregunté. Acuné su mano entre las mías y la acerqué a mi rostro, recorriendo con los labios la delicada piel del interior de su muñeca.

"Sí", respondió ella, entrecerrando los ojos. "Ponte de pie para mí y quítate los pantalones".

Me levanté y me quité toda la ropa.

Sus ojos bajaron entre mis piernas ante la evidencia aún dura de mi deseo. Hablar con ella sobre las decisiones que tomaría en el futuro no había disminuido el calor que sentía por ella. Estaba embarazada de mí. Era una compañera dispuesta a hablar de sus momentos difíciles y a escuchar mis consejos, incluso cuando se enfurecía y quería destruir todo.

Ahora quería ver lo que hacía con su poder sobre mí.

ME ENCANTABA MIRARLO.

Las fuertes líneas de su cuerpo, el espacio donde el músculo se curvaba apretado contra los huesos de su cadera, deliciosas caídas que llevaban mis ojos hasta la bestia furiosa que tenía entre las piernas. Sus osas se retorcían, tratando de alcanzarme, rodeando de vez en cuando la base de su gruesa vara y tirando ligeramente. Mantenía las manos a los lados, pero podía ver la necesidad en sus ojos mientras me miraba como si fuera la persona más hermosa que hubiera visto jamás.

Era mío.

El corazón se me aceleró en el pecho, una excitación feroz que rebotaba de mi propio atrevimiento. Nunca lo había hecho antes, lo había evitado en el club cuando los hombres me suplicaban que les diera órdenes. En esos momentos había habido un atisbo de acierto cuando consideré la posibilidad de darles lo que querían por más dinero, pero no pude hacerlo.

Ahora sabía por qué.

Esta parte de mí no estaba en venta.

Esta parte de mí era una maldita Emperatriz.

"A partir de ahora, me llamarás Emperatriz", ordené.

"Sí, mi Emperatriz", sus ojos se entrecerraron mientras me observaba.

En el momento en que esas palabras salieron de mi boca, sentí un bienestar familiar que se instaló en mi corazón, como volver a casa después de un largo viaje. Era una parte de mí que llevaba toda la vida esforzándose por salir. Era una parte de mí que había luchado contra mi propia impotencia y mi experiencia de víctima.

Esta parte de mí era una verdad que estaba dispuesta a liberar.

En primer lugar, quería saber qué tenía que decir.

"Quédate ahí y dime qué quieres hacerme", le ordené mientras cruzaba la habitación hacia un cajón en particular con algunas prendas de ropa que había anotado mentalmente.

"Mi Emperatriz, quiero recorrer tu cuerpo con mis manos, sentir cada punto de tensión y acariciarlo, relajándote. Quiero recorrer la piel desde el interior de tu tobillo hasta el interior de tu muslo, observando cómo te retuerces y te retuerces ante mi tacto, preguntándote qué será lo siguiente. Quiero saborearte, ahondar en ese espacio sagrado que hay entre tus piernas y prodigarte toda la atención que necesites", dijo. Bajó la voz. "Quiero lamerte, chuparte y follarte hasta que no puedas decir frases completas. Hasta que te invada el placer. Quiero adorar tu cuerpo".

Lo miré, sintiendo un gran calor ante sus palabras, mientras sacaba una larga correa del cajón. No sabía para qué servía originalmente, pero sabía exactamente para qué iba a usarla.

"Arrodíllate en la cama", le dije.

"Sí, mi emperatriz", respondió. Sin dejar de mirarme, se subió a la cama y se arrodilló.

Me puse a su lado y hundí los pies en la superficie blanda. Incluso arrodillado era muy alto, pero así no tenía que estirar el cuello para mirarle.

Le puse la mano en el hombro y lo rodeé, dejando que mis dedos recorrieran ligeramente los fuertes músculos de sus deltoides, trazando las curvas y depresiones, pasando de la piel desnuda al suave pelaje que cubría la parte posterior de sus hombros y brazos. Caminé hasta su espalda y lo acaricié.

Entonces dejé salir mi osae.

Los enrollé alrededor de su antebrazo y su muñeca, utilizando su fuerza para tirar de ellos por detrás de su espalda con un movimiento brusco y fuerte. Me reforzaron, dándome un poder físico que podía sentir visceralmente por todo el cuerpo.

Me miró por encima del hombro.

"Voy a atarte", le dije. "Entonces voy a hacer lo que quiera contigo."

"Sí, mi Emperatriz", gruñó en respuesta, su virilidad crispándose en respuesta a mis palabras. Su cola se enroscó alrededor de mi pantorrilla, deslizándose por ella.

Movió el otro brazo hacia atrás.

Utilicé la tira de tela para atarlos juntos, tirando de ellos con fuerza. Una vez que terminé, sus músculos se abultaron como si estuviera probando la unión.

"¿Alguien te había atado antes?" pregunté.

"Nadie se atrevería, mi Emperatriz", respondió.

Una risita de placer brotó de mis labios como lava, llenando la habitación con el sonido de mi alegría sorprendida. Este hombre, este Emperador, estaba de rodillas sólo para mí. Estaba aquí para que yo lo usara, lo mandara, lo tomara, lo tuviera como quisiera.

Era poder puro, sin adulterar, y me lo dio todo.

Lenta y sensualmente, convertí cada movimiento de la tela sobre mi cuerpo en una tentación. Observó cómo mis dedos recorrían mi caja torácica, cómo se curvaban sobre el oleaje de mis caderas. Observó cómo me movía de la forma en que yo quería moverme, para mostrar la belleza que yo sabía que era mi cuerpo. Observó cómo hacía fuerza contra las ataduras, cómo sus músculos se tensaban y se abultaban mientras sus brazos se sujetaban allí donde no podía estirar los brazos para tocar.

Después de dejar la ropa tirada en el suelo, levanté un pie descalzo y presioné con los dedos la parte inferior de su virilidad, empujándola hacia arriba con la bola del pie, de modo que quedara pegada a la parte inferior de sus abdominales. Sus tentáculos de apareamiento se retorcieron, envolviéndome el talón y el tobillo, acariciándolos con la promesa de lo que harían una vez que los dejara pasar entre mis piernas. Tiraron ligeramente de mí.

Sabía que ese ligero tirón era engañoso.

Si acercaba mis caderas lo suficiente, me envolvían, tirando de mí hacia él, intentando juntarnos como piezas de un rompecabezas cachondo.

Aún no era el momento.

Moví los dedos de los pies contra la longitud de su pene, masajeándolo suavemente con el pie antes de levantarlo más alto para presionarlo contra su pecho. Me incliné hacia él, flexionando la rodilla y alargando la pierna de atrás, estirando la parte delantera del flexor de la cadera.

No se movió.

Era como presionar contra una pared.

"Túmbate", sonreí, incapaz de contener la risa en mi voz, dando un empujón más con el pie antes de bajarlo de nuevo a la cama para recuperar el equilibrio. Ni siquiera podía empujar a este hombre. Tenía que ordenarle que lo hiciera él mismo.

Se levantó de las rodillas y lentamente apoyó la espalda en la cama.

No cayó hacia atrás, sino que avanzó, desenrollándose con perfecto control muscular hasta que quedó tendido de espaldas, con los brazos atados e inmovilizados debajo de él. Di un paso adelante y me arrodillé encima de él, presionando con las rodillas la gruesa carne de la parte delantera de sus hombros.

Gimió y levantó la cabeza hacia mí.

Casi me caigo de él cuando se movió, su cuerpo lo suficientemente fuerte como para levantarme por completo en el aire sólo por un pequeño crujido hacia arriba.

Solté una risita y me incliné sobre él, apretándole los pechos contra la cara para volver a tumbarlo en la cama. Me frotó la cara contra ellos, me pasó la lengua por el pezón y sus afilados dientes rozaron los bordes sensibles de mi carne.

Jadeé mientras el placer me recorría como electricidad, encendiendo todos los nervios de mi cuerpo.

Le pasé los dedos por el pelo, agarrándolo por la nuca mientras levantaba el pecho alejándolo de su cara y le sujetaba la cabeza contra la cama con el mismo movimiento.

Había algo que deseaba más íntimo que el tacto, más erótico que saber que su dura vara estaba tan cerca de mí. Todo lo que tenía que hacer era deslizarme por sus desgarrados abdominales, y sus tentáculos de apareamiento me agarrarían y me obligarían a bajar para tomar esa gruesa longitud dentro de mí.

Quería que se desnudara completamente ante mí, que se hiciera vulnerable de un modo que requiriera el cerebro en lugar del cuerpo.

"Dime lo que amas de mí", le ordené. "Dime por qué me querías como tu Emperatriz".

Se aquietó, sosteniéndome la mirada con una suavidad que rodeaba sus ojos.

"Mi deseo por ti se encendió en el momento en que te defendiste del Izanbur que te había hecho cautiva", dijo. "Eras fascinante. Tan vulnerable, tus posibilidades de triunfar eran tan escasas y, sin embargo, no dejaste que eso te detuviera. Te negaste a ceder, a permitir que otros dictaran tu destino. En lugar de eso, elegiste luchar. Eso es lo que me gusta de ti".

Dudé, sintiendo ese viejo destello de vergüenza.

"No siempre he elegido luchar", dije suavemente mientras bajaba, sentándome sobre su pecho. Él no pareció notar mi peso.

"¿No es así?" Interrumpió mi espiral mental. "La voluntad de luchar no significa que salgas a por todas en cualquier situación. A veces la voluntad de luchar significa esperar, observar y desarrollar tus habilidades y tu cuerpo para estar preparado para cuando la lucha te sirva. A veces, la voluntad de luchar es también la voluntad de esperar hasta que puedas luchar. La voluntad de aprender a luchar".

Respiré hondo, dejando que el aire se hundiera por completo en lo más profundo de mí, expandiendo los pulmones hasta que no quedó nada en mí que llenar salvo el espacio dolorido y necesitado que había entre mis piernas. Zale se movió debajo de mí. Sacó las manos de debajo de él y las colocó sobre mis muslos desnudos.

Miré hacia abajo y vi los restos destrozados de las ataduras de tela en sus muñecas.

Los bordes dentados dejaban claro que simplemente los cortó con sus garras.

Sus pulgares recorrían el interior de mis muslos.

El calor siguió a su contacto y el espacio donde mis labios inferiores tocaban la piel de su

pecho empezó a sentirse resbaladizo por el ansia de mi cuerpo por su contacto. Pero no era sólo su tacto lo que ansiaba. Era la forma en que me veía hasta el fondo. La forma en que la mujer que veía cuando me miraba era el tipo de mujer que yo siempre había deseado ser, pero que no podía ver por mí misma a través de las capas de dudas que me había ido creando a lo largo de los años.

Sus manos se deslizaron más arriba.

Necesitaba más.

Me agaché y le agarré las muñecas, tirando de sus manos hacia arriba hasta que ambas estuvieron en mi punto de unión. Deslizó una de ellas por la parte posterior de mi muslo mientras yo me levantaba de su pecho para permitirle un mayor acceso. Me pasó los dedos por la parte exterior de los labios inferiores, provocándome con suaves caricias, mientras con la otra mano empezaba a acariciar los bordes de mi abertura, con las garras totalmente retraídas.

Solté un grito ahogado y empecé a mover las caderas, queriendo más, necesitando más.

"Me encanta la forma en que coges lo que quieres", dijo, con voz suave y retumbante. "En lugar de esperar a que te lo den. Sales a buscarlo".

Gemí, sus palabras y su tacto me acariciaban por dentro y por fuera.

Sus dedos trabajaron en círculos, haciendo que aumentara la presión en mi suelo pélvico mientras tensaba los músculos, aferrándome al espacio vacío que él aún no había llenado.

Luego deslizó un dedo dentro de mí.

Me mecí contra su mano, rechinando contra el talón de su mano mientras él encontraba ese punto dentro de mí que enviaba explosiones de energía a través de mí. Podía sentir la conexión desde el exterior de mi cuerpo hasta el interior, una vibración que irradiaba cada célula de mi cuerpo.

"Más", gemí.

Deslizó otro dedo dentro de mí, estirándome de forma sutil y flexible.

Era más, pero no era suficiente.

"Me encanta mirar tu hermoso y fuerte cuerpo". Bombeó sus dedos dentro de mí. "Me encanta cómo reaccionas cuando te toco. Me encantan los sonidos que haces, cómo te mueves y cómo me miras cuando te doy todo lo que deseas".

Esa presión en mí se estaba hinchando, apretando, pero no era suficiente. No quería sólo sus dedos; lo quería todo de él. Quería que me abriera en canal y conectara conmigo de una forma que sólo podría conseguirse uniendo nuestros cuerpos como si fueran uno solo.

"Te necesito dentro de mí", gemí. "Necesito más."

Soltó un gruñido.

Nos dio la vuelta y quedé debajo de él, pero no como yo quería. Con un movimiento rápido, se zambulló bajo mis piernas, enganchando mis rodillas sobre sus hombros para que mis talones quedaran contra su espalda, sin que sus dedos perdieran nunca su sitio dentro de mí.

Me lamió con un movimiento pausado, de la raíz al tallo, haciéndome mover la cabeza hacia atrás con el movimiento y gritar ante el repentino asalto de placer mientras seguía acariciando mi canal.

"Me encanta cómo sabes", continuó, sus labios rozando los míos mientras yo mecía mis caderas contra sus palabras. "Me encanta cómo me deseas. Podía olerlo en ti; incluso cuando no estabas segura de quién era, seguías deseándome".

Luego se zambulló de nuevo, consumiéndome.

Lamió, chupó, devoró, acarició, su boca y sus dedos trabajando en tándem para llevarme por las ondas espirales de energía hasta un pico de placer explosivo.

Me agarré a la cama, clavando los dedos en la suave tela. Mis caderas se elevaron en el aire.

Su mano me agarró el culo. Sus dedos me acariciaron por dentro. Su lengua se introdujo entre mis pliegues, dando vueltas.

Incliné la cabeza hacia atrás y grité su nombre mientras las estrellas estallaban tras mis párpados, universos que se contraían y expandían mientras mi respiración me llevaba hacia delante.

Me lamió suavemente mientras mis caderas se agitaban, retirando lentamente sus dedos. Luego me besó el interior de los muslos, pasando sus mejillas por ellos, antes de desenganchar mis piernas de sus hombros y desplazarse hacia arriba y a un lado.

Se tumbó a mi lado, me rodeó con los brazos y me acunó contra su pecho.

"Me encanta cómo sonríes. Amenazas a todos los que te rodean con tu alegría", murmuró.

Solté una risita ante la descripción.

Había tardado un tiempo en darme cuenta de que sonreír con los dientes era amenazador, y aun así, seguía haciéndolo de todos modos. Era esa parte de mí que se excitaba incitando problemas.

Se movió para que sus caderas presionaran la parte posterior de mis muslos.

Sus tentáculos rodearon mis piernas mientras su dura longitud se deslizaba entre mis rodillas. Los tentáculos empezaron a alcanzarme, a agarrarme los muslos, buscando mi abertura. Estaban demasiado bajos, así que se limitaron a acariciarme la piel, provocándome escalofríos de excitación al rozar mi piel sensible, masajeándola y tentándome con el tacto.

"Me encanta la forma en que te deleitas provocando el caos, pero aún así deseas lo mejor para los demás", murmuró, los bellos tonos de su voz amplificadas por las profundas vibraciones de su pecho.

"Me encanta cómo me ves", murmuré, moviendo mi cuerpo contra el suyo para desplazarme a lo largo de su cuerpo. Lo necesitaba dentro de mí. "No me hagas esperar más".

Se rió entre dientes y medio rodó sobre mí, apoyando su peso en los antebrazos, pero dejando que su cuerpo se inclinara sobre mí lo justo para mantenerme inmovilizada debajo de él. Su dura longitud me presionaba el interior del muslo y su calor me quemaba. Estaba tan cerca.

"Te haré esperar todo lo que quiera", gruñó, levantándose e inclinándose por la cintura para acercar su boca a un lado de mi oreja. Empujó mi cara hacia un lado, dejando mi cuello al descubierto. Sus labios trazaron un rastro sensible a lo largo de mi garganta. Levanté más la barbilla y giré la cara para dejarme llevar por su tacto.

Desplazó sus caderas, arrastrando su longitud a lo largo de mi muslo mientras sus osae se enrollaban y desenrollaban alrededor de mis piernas.

"Voy a marcarte ahora", dijo, con sus dientes rozando la unión de mi cuello con mi hombro. "Tu osae te sostendrá y te curará".

"¿Marcarme?" pregunté.

"Muerde", respondió escuetamente. "Para demostrar a todos que eres mía y sólo mía".

"Yeeeeess", gemí, levantando las caderas para intentar alcanzar la gruesa vara que sondeaba mis muslos, acercándose cada vez más. "¡Hazlo!"

Sentí su aliento caliente contra mi cuello.

Volvió a mover las caderas para que su cuerpo se introdujera completamente entre mis piernas, separándolas, y sentí la cabeza de su virilidad presionando contra mi abertura. Intenté abrir más las piernas para darle la bienvenida, pero sus tentáculos de apareamiento me encontraron. Uno de ellos se deslizó dentro de mí más allá de su punta, sacando mi humedad antes de retirarse y untarla alrededor de mi abertura, añadiendo a mi resbaladizo con su propia antes de envolver alrededor de mi clítoris y pulsando contra él.

Jadeé de placer y volví a levantar las caderas.

Empujó.

Me perforó, me abrió y me llenó mientras se deslizaba dentro de mí. Apretó los dientes y sentí una repentina punzada de dolor que se vio superada por el éxtasis del momento. Su gruesa intrusión me hizo sentir totalmente completa, llena hasta el último centímetro mientras empujaba profundamente dentro de mí. Llevé las manos a su espalda, deslizándolas hacia abajo. Mi osae se movió con mis manos, enroscándose alrededor de la parte posterior de sus piernas, deslizándose hacia abajo para acariciar sus pelotas desde atrás.

Gruñó contra mi cuello y se retiró todo lo que le permitieron sus tentáculos de apareamiento.

"¡Más!" Exigí. "¡Más fuerte!"

Me demolió por completo.

Me golpeó contra el suelo, empujando como un animal salvaje mientras montaba y me cabalgaba hasta el olvido. Lo único que existía eran los poderosos movimientos de nuestros cuerpos juntos. La dura bofetada de sus pelotas contra mi piel, mis propios jadeos, expulsados de mí con la implacable penetración de su dura polla.

Parecía que durara horas, el suave e interminable recorrido de su cuerpo retorciéndose sobre el mío para crear una deliciosa fricción de movimientos.

La energía se arremolinó en mi cuerpo, apretando y estrujando mientras alcanzaba un orgasmo épico que sacudió mi creencia misma en la naturaleza de la realidad. Grité su nombre, arañando su espalda. Me rompí en pedazos, reconstruyéndome con brillantes encajes dorados, separándome y volviendo a unirme como un soplo de viento que arremolina mi alma en un tornado de éxtasis total y absoluto.

Me penetró con fuerza, sus osae se cerraron en torno a mis caderas, apretándonos mientras su calor me llenaba, acompañado de un fuerte gruñido.

Sentí su dura longitud retorcerse dentro de mí, el latido de nuestros cuerpos agarrándose y tirando el uno del otro mientras nos relajábamos juntos en la conexión de la tensión liberada.

Volvió a desplazar su peso hacia un lado para no aplastarme y me sacó los dientes del cuello antes de lamérmelo suavemente.

Me sentí mareada, más en el sentido de la euforia de estar bien follada que en el de la sed de sangre.

Alcé la mano para tocarme el cuello donde me había mordido y encontré la piel intacta con una nueva y áspera cicatriz: ¿realmente me había curado tan rápido?

Lo miré y vi que me sonreía con los dientes al aire.

Eran unos colmillos monstruosos.

Le devolví la sonrisa.

Podría haberme arrancado la maldita garganta con esas cosas. ¿En qué coño estaba pensando cuando le dije que podía morderme?

"Me encanta cómo confías en mí", murmuró.

"Me encanta que te lo hayas ganado, joder", le contesté.

EPÍLOGO

ME RECUESTO CON LA CABEZA SOBRE EL PECHO DE ZALE, ESCUCHANDO LOS LATIDOS DE SU corazón.

Su mano estaba encima de la mía, sobre mi vientre fuertemente redondeado. Permanecemos tumbados en un silencio apacible. Todos los informes, las decisiones y el trabajo que nos correspondían esperarían algún tiempo.

Por ahora, sólo estábamos nosotros dos.

Pronto dejaríamos de estar solos.

"Si es niña, ¿qué me dices del nombre Zelda?". pregunté. "Es el nombre de una poderosa princesa que lucha por salvar su reino y recluta a un héroe para que luche a su lado. Ella toma buenas decisiones de contratación. Es bastante cultura pop".

"Es un nombre precioso", retumbó. "Aunque sigo sin entender por qué quieres esperar a saber qué nombre usar".

"A veces es agradable que te sorprendan", dije. "Hay tantas decisiones que tomar. Es agradable dejar que el destino juegue un papel en una de ellas".

Me llevó la mano a la barbilla, giró mi cabeza hacia él y me besó suavemente en los labios.

"Menos ahora que dejaste que el Consejo de Reinas se apoderara de la Tierra", retumbó.

"Yo hice todo lo difícil", dije. "Son perfectos para intervenir y ser la contraparte benévola que suavice los golpes".

Me giré en la cama, apretando la longitud de mi cuerpo contra el suyo.

Se movió para acomodarme, apoyando mi espalda con las manos.

"¿Qué te parece el nombre Zale para un chico?" Pregunté. "¿Zale junior?"

Me encantó la idea de utilizar el nombre que él eligió para sí mismo en lugar del que le dieron para dar a nuestro hijo su comienzo.

Sus ojos buscaron los míos.

"Nuestro hijo se enfrentará a toda una vida de juicio público, de tener que ser fuerte y despiadado frente a la oposición, de tener que tomar decisiones difíciles que afectan a miles de millones de personas y ser la única persona a la que culpar si algo sale mal, además de ser uno de los primeros mestizos en el poder... ¿y deseas ponerle el nombre de Zale?", preguntó en voz baja. "Es un nombre plebeyo".

Me acerqué para acariciarle suavemente la mejilla.

"Soy un plebeyo", dije. "Nacer en el poder no te hace digno, sólo te da herramientas diferentes para empezar. Nuestros hijos tendrán que aprender, crecer y adaptarse si quieren llegar a gobernar. Tendrán que aprender a averiguar lo que quieren y lo que necesitan para lograr sus objetivos. Zale es el nombre perfecto para un hombre que sabe lo que quiere y va y lo consigue.

Sobre todo porque nuestro hijo no va a convertirse en gobernante hasta dentro de mucho tiempo, ¿verdad?".

Su cola me rodeó el tobillo y su suave pelaje me produjo escalofríos.

"No envejeceremos durante siglos", dijo. "Cuando transmitamos el poder, será cuando nuestros hijos estén preparados para asumirlo, y cuando nosotros estemos listos para jubilarnos".

"¿Es una promesa?" pregunté, acurrucándome en su pecho.

Rozó con sus labios la parte superior de mi cabeza.

"Mi promesa es que haré todo y cualquier cosa para proteger a nuestra familia", dijo. "Mi promesa a mí mismo fue encontrar una pareja que hiciera lo mismo".

"Sabes que la mayoría de las mujeres humanas son así", dije. "Haremos lo que haga falta. Sólo que a menudo carecemos de la fuerza física o la potencia de fuego necesarias para hacerlo. Una mujer bien armada es una criatura peligrosa. Sin embargo, también tenemos tendencia a perdonar. No soy nada especial".

"En eso te equivocas", cantó. "Que tú seas especial no es cuestión de lo que otros puedan o quieran hacer. Es una cuestión de ti. No tienes que ser nada ni hacer nada para ser la única para mí. Puedes simplemente existir y dejarme existir a tu lado. Eres magnífico, y eres mío.."

"Oh", suspiré, cerrando los ojos en el calor del abrazo. "Eso es bueno."

NOTA DEL AUTOR

No esperaba que fuera tan grande.

Pensaba que la historia de Lorelei iba a ser algo rápido, pero la complejidad emocional en la cabeza de esta mujer requería un viaje mucho más largo, y no estaba totalmente preparada para lo que tuvo que soportar. Me costó decidir dónde terminar el libro, porque su historia no ha terminado del todo, aunque este libro acabara con un final feliz para siempre.

Aún le queda mucho por hacer.

Pero al mismo tiempo, su perspectiva no es la que quiero contar.

Habrà una secuela que profundizarà en lo que Lorelei hace en la Tierra, y una investigación más detallada sobre los grises, pero no será desde su perspectiva... todavía. Será desde la perspectiva de la encantadora dama que se vio envuelta en todo y fue testigo de un asesinato del que no estaba del todo tranquila.

Siento haberos hecho esperar, pero tampoco, porque lo bueno merece la pena esperar. Los que me habéis acompañado en este viaje hasta ahora me entendéis. Os aprecio muchísimo.

Suscríbete a mi boletín si quieres que te avise con antelación de cuándo saldrá el próximo libro de esta serie.

Eso, y pantalones cortos picantes gratuitos incluidos.

Por favor, deja una reseña si te ha gustado este libro, y gracias por apoyarme y tomarte el tiempo de adentrarte en mis mundos conmigo.

ZOO ALIENÍGENA

Arnina tiene su propio libro desde su propia perspectiva. Es un poco más corto que éste.

[Puede encontrarlo en Amazon.](#)

¿QUIERES MÁS?



¿Quiere más historias?

Puede encontrar una lista organizada de enlaces a mis series principales aquí:

<https://linktr.ee/deiridi>

A continuación encontrará los enlaces a las tiendas de Amazon.

Si quieres historias en el mismo universo pero con alienígenas más cachondos, prueba mi serie Cryo Crisis:

[Criocrisis](#)

[Criocrisis Mundo Hogar](#)

Si te gustan las télépatas luchadoras ayudadas por rudos hombres primarios, prueba Unspoken y Unseen in:

[Refugio para los perdidos](#)

Si te gustan los shifters de harén inverso, prueba Marte Salvaje:

[Marte Salvaje](#)

[Wild Mars Wild Pack](#)



POR FAVOR, DEJE SU OPINIÓN.

Las reseñas son de gran ayuda para los autores noveles como yo y pueden contribuir en gran medida a que mis libros lleguen a un público más amplio. Si tienes tiempo, ¡te agradecería enormemente tu positividad en la página de mi libro!

Gracias.

SOBRE EL AUTOR

Deiri Di es una jugadora, friki de la tecnología y entusiasta de las plantas con un vibrante amor por las frutas exóticas. Se siente algo incómoda escribiendo sobre sí misma en tercera persona, pero no le hace tanta gracia, ya que es importante encontrar el encanto y el placer en la vida.

Le encanta el chocolate, odia los largos paseos por la playa y es más feliz haciendo yoga.

En caso de duda, medita con cuencos de cristal y utiliza citas cuando discute con gente en Internet. Encuentra consuelo en la ciencia y gozo extático en el conocimiento de que hay mucho más ahí fuera de lo que actualmente podemos percibir, medir o comprender.

Esa es toda la mierda hippy sobre ella.

Lo que no es hippy es que pasó más de una década de su vida como directora de tecnología de una pequeña empresa de comercio electrónico. Antes de eso, trabajó como actriz de fondo en Hollywood (su papel favorito era el de miembro del público en las escenas de Magic Mike), como gurú informática en consultas médicas y como administradora de un establo de caballos. Es licenciada en Informática, de vez en cuando crea aplicaciones para el teléfono y ha hecho acrobacias con el personal de contacto frente al hombre (Burning Man) mientras ardía en varias ocasiones.

Sus dos palabras favoritas son chanchullos y defenestración.